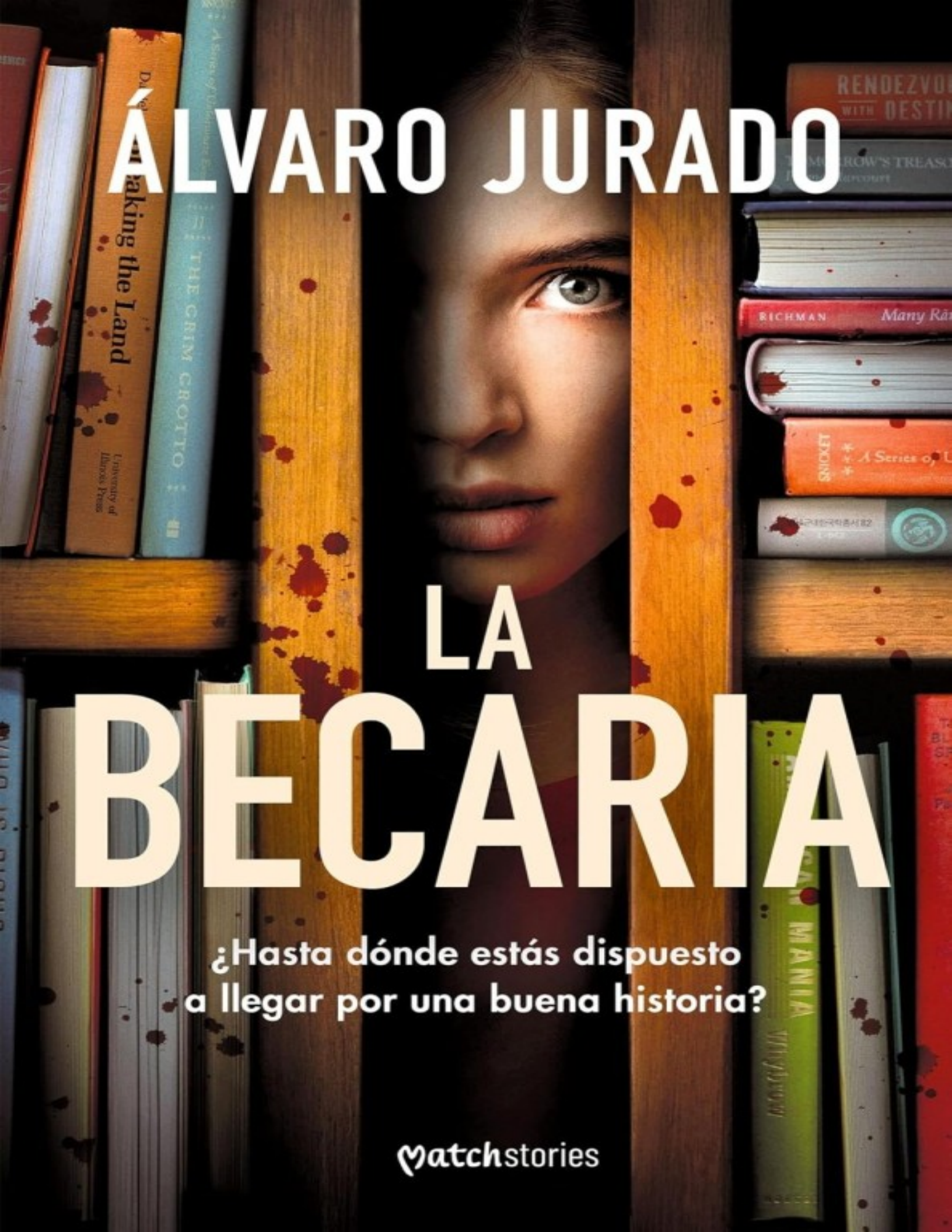




ÁLVARO JURADO

LA
BECARIA

¿Hasta dónde estás dispuesto
a llegar por una buena historia?

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte

1. Tessa

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

Segunda parte

30. Diario de Jane Sterling
31
32
33. Diario de Jane Sterling
34
35. Diario de Jane Sterling
36
37
38
39
40
41
42

43

44

45. Diario de Jane Sterling

46

47. Diario de Jane Sterling

48

49

50. Diario de Jane Sterling

51. Tessa

Tercera parte

52. Sloane

53. Tessa

54

55

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

LA BECARIA

ÁLVARO JURADO

 **match**stories

*A mí mismo, por no dejar nunca
de perseguir mis sueños*

Algunas novelas se escriben con tinta.
Otras, con sangre.

PRIMERA PARTE

1

Tessa

El autobús pasa tan cerca que el golpe de aire me sacude el abrigo, pero no me aparto a tiempo. Me quedo paralizada, viendo cómo el metal roza la tela de mi manga, a centímetros de arrancarme el brazo. Alguien grita algo desde la acera. El conductor toca el claxon, un sonido largo y furioso que se me clava en los oídos.

Yo solo puedo quedarme ahí, respirando mal, con los auriculares todavía puestos y la voz de Sloane taladrándome el cerebro.

«A veces, el castigo no llega de golpe. A veces, se toma su tiempo. Te observa. Espera a que creas que estás a salvo para recordarte lo que hiciste».

Doy un paso atrás, torpe, y el semáforo cambia a rojo. Mis manos tiemblan cuando me quito uno de los auriculares, pero no apago el pódcast. Nunca lo apago. Escuchar *A Sangre Fría* se ha convertido en mi ritual, mi penitencia diaria. Hace tres años, Sloane era mi mejor amiga. Ahora es la voz más influyente del *true crime* en el país, y yo soy la chica que camina por Boston esperando que el karma termine de cobrar su deuda.

Lo de ese autobús... no ha sido un simple despiste. Mi cuerpo lo ha interpretado como una advertencia. «Te lo mereces —susurra una voz en mi cabeza—. No deberías estar aquí».

Me obligo a avanzar. El edificio se alza ante mí como una torre de cristal impecable. Hoy empiezo mis prácticas en Blackpage, la

editorial más importante del país, donde publica mi autora favorita, donde podría cumplir mis sueños. Para el mundo es prestigio; para mí es el lugar que rechazó a mi padre antes de que él decidiera quitarse la vida. Entrar ahí debería sentirse como una victoria, pero se siente como una traición.

—¡Pelirroja! —La voz de Maya me saca del bucle. Está apoyada junto a la entrada, con dos cafés y esa energía luminosa que parece inmune a las desgracias—. He llegado pronto —dice dándome uno de los cafés—. No podía quedarme en casa.

Maya es mi mejor amiga y ahora mi compañera de prácticas. Es la persona que ha estado conmigo cuando todo lo demás se caía. Si hay alguien con quien quiero enfrentarme a este lugar, es con ella.

—¿Estás lista? —pregunta, observándome con atención.

—Lista —miento. Últimamente siempre miento, parece que es lo único que se me da bien.

Respiro hondo y eso me hace recordar que la americana que llevo puesta no es mía, ya que me queda bastante ceñida. La pinza del pelo tampoco lo es. Ni si quiera la confianza que intento proyectar, ya que simplemente me limito a imitar la actitud de Maya.

El vestíbulo nos engulle. Mientras caminamos hacia los ascensores, me toco la pulsera de plata en mi muñeca derecha. El amuleto de mi padre. «No te la quites nunca», me dijo. Como si un trozo de metal pudiera protegerme de lo que soy. Justo en ese momento Maya la señala.

—¿Llevas la pulsera?

Subo un poco la manga de la americana para que pueda verla.

—Sí —contesto y me relajo un poco.

Maya me conoce tan bien que sabe perfectamente lo que tiene decir para conseguir que me relaje. La pulsera me la regaló mi padre

antes de morir y ella lo sabe. Por un momento recuerdo lo feliz que era cuando él seguía vivo y sonrío.

—Entonces todo saldrá bien —añade, convencida.

—Eso espero...

Por eso me he propuesto no sudar, no tartamudear, no hacer chistes malos, pero sobre todo me he obligado a aparentar una actitud segura. Como si realmente me mereciera estar aquí por mi esfuerzo... y no por culpa de mi apellido.

El ascensor sube a una velocidad vertiginosa y antes de que pueda darme cuenta las puertas se abren en la décima planta. Lo primero que veo no son libros. Es el vacío. El edificio se abre en un patio interior inmenso, un hueco vertical que conecta todas las plantas. Desde la barandilla se ve, diez pisos más abajo, el *hall* principal con el logo de Blackpage incrustado en el suelo. Al asomarme las rodillas me flaquean.

—Vaya es bastante... —murmura Maya, apoyándose en la barandilla.

—¿Alto? —digo, apartando la vista.

—Iba a decir impresionante —responde—, pero sí. También es alto —añade con una sonrisa.

Me obligo a concentrarme en otra cosa. En el olor a papel nuevo, por ejemplo. Aunque también me llama la atención el silencio del lugar y la pared que se extiende a la derecha del pasillo. En ella hay muchas portadas enmarcadas. Todas iguales en tamaño, distintas en color y con el mismo nombre en letras contundentes: Jane Sterling. La autora que publica cuatro libros al año, con más de doce millones de ejemplares vendidos y cientos de traducciones, premios, listas... La reina indiscutible del *thriller* en Estados Unidos. La mujer que ha salvado a esta editorial de la quiebra una y otra vez.

En el centro de la pared hay una fotografía suya. No sonrío. Me mira con ojos que parecen saber exactamente qué hice hace tres años.

—Da un poco de respeto, ¿no? —bromea Maya.

No contesto. Siento que si lo hago, voy a decir algo que no debería.

Jane Sterling. La mujer que no conozco. La que escribe sobre monstruos humanos con una facilidad inquietante. La razón por la que este lugar existe tal y como es... y, de algún modo, la razón por la que yo estoy aquí.

Me aparto de la pared y seguimos caminando hasta que nos acercamos al mostrador de recepción. La chica que está al otro lado ni siquiera levanta la vista del ordenador. Tiene el flequillo perfectamente recto y expresión seria.

—¿Sí? —pregunta, sin rastro de cortesía.

—Tessa Hale y Maya Graves. Somos las chicas de prácticas — responde Maya con su entusiasmo habitual.

La recepcionista teclea algo sin prisa, mira la pantalla, y luego nos lanza una ojeada fugaz.

—A ver... —resopla—. Hale y Graves. Sala de juntas B. El señor Maddox y la señora Harrod las están esperando. Es todo recto. No tiene pérdida.

Nos tiende dos acreditaciones de plástico con nuestros nombres y la palabra: BECARIA.

—Gracias... —contesta Maya desconcertada y me mira con una sonrisa incómoda—. Encantadora —susurra en voz baja mientras nos alejamos.

Maya y yo caminamos juntas, hombro con hombro apretando la carpeta a la misma altura. Las dos estudiamos Filología Inglesa y Literatura, lo que básicamente significa que llevamos cuatro años

leyendo libros de gente muerta y soñando con publicar los nuestros. Pero hoy todo parece más real. Hoy entramos en el verdadero mundo laboral.

Desde segundo nos cubrimos las espaldas la una a la otra; en tercero compartimos piso; en cuarto, la biblioteca; y ahora... las prácticas. Dos meses y una sola plaza libre para quedarse trabajando.

La sala de juntas es de cristal. Dentro nos espera Anna Harrod, la editora jefa —una mezcla de elegancia severa y gafas de pasta roja—, y a su lado, Theo Maddox, el director de la editorial.

—Theo Maddox. Gracias por ser puntuales —se presenta estrechándonos la mano. Inmediatamente apunto mentalmente la palabra *puntuales* como si fuera una orden—. Sé que habéis leído las bases: rotación por corrección, marketing y contenidos... Si todo va bien, al final de las prácticas una de vosotras se quedará trabajando aquí.

Nos mira como si quisiera saber quién será la afortunada. Maya asiente, compacta, eficaz. Yo trago saliva y esbozo una leve sonrisa.

—¿Queréis preguntar algo antes de empezar? —añade mientras nos indica que tomemos asiento.

—Jane Sterling...—se me escapa, más alto de lo que pensaba—. ¿Trabajaremos con su equipo? —logro preguntar.

Maddox ladea la cabeza. La sonrisa se le ensombrece apenas, lo suficiente para que yo me arrepienta de haber abierto la boca.

—Sterling es Sterling. Ya la conoceréis —le resta importancia con la mano—. De momento, nos centraremos en lo básico: aprender a no estorbar —señala una pantalla donde parpadea el calendario de la semana—. Aquí tenéis reuniones, entregas, cafés obligatorios y hasta el control médico dentro de unas semanas que la editorial exige para todos los empleados y becarios que comienzan en la

oficina. Compartimos un Google Calendar para todo el equipo. Es decir, para vosotras también. Si no está ahí —señala el calendario—, no existe. Y una cosa más —dice inclinándose hacia nosotras—. Todos los autores quieren publicar. La mitad cree que lo hará este año. Un diez por ciento tiene una voz real. Y luego están las editoras que trabajan hasta que esa voz se oye. No me deis promesas. Dadme páginas de verdad.

Maya y yo asentimos un par de veces a la vez, como esos perritos cabezones que se colocan en el salpicadero del coche y mueven su enorme cabeza al mismo tiempo.

—Ella es Anna Harrod —nos presenta a la mujer que hay a su lado.

—Sois mías —dice con una sonrisa—. Me podéis llamar Anna —añade estrechándonos las manos—. Primera lección: si no sabéis algo, preguntáis.

—Y si creéis que sabéis algo, también —termina Maddox por ella.

Anna nos guía fuera para enseñarnos la planta. Pasamos por las mesas, la cocina y una zona de despachos privados.

—Esa es la sala de lectura de Sterling —dice nuestra jefa, señalando una puerta de cristal—. Nadie entra ahí. Nadie —recalca muy seria—. Ella necesita silencio absoluto para revisar sus manuscritos.

Seguimos caminando y pasamos frente a una cabina pequeña y acristalada. Dentro, una chica rubia habla por teléfono con vehemencia. El corazón se me para.

Sloane.

—Ella es... Sloane Lane —comenta Anna con un suspiro, como si fuera una molestia necesaria—. La *podcaster*. Hemos llegado a un acuerdo de colaboración. Va a grabar una serie de episodios

exclusivos sobre nuestros autores de *thriller* aquí, en el edificio. Ignoradla. Ella está en su mundo y vosotras en el vuestro.

Siento que el suelo se abre. Sloane está aquí. En mi trabajo. En mi vida. Justo en ese momento levanta la vista. Sus ojos azules cruzan el cristal, se clavan en los míos y deja de hablar.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—¿Tessa? ¿Estás bien? —Maya me toca el hombro, sacándome de mi parálisis frente al cristal del estudio de grabación.

Sloane ha vuelto a bajar la vista hacia sus papeles, pero siento el eco de su sonrisa en mi nuca.

—Sí, es solo que... me ha sorprendido verla aquí. No sabía que colaboraba con Blackpage.

—Es la nueva era, chicas —interviene Anna, impaciente—. Menos papel, más audio. Ahora, seguidme. Vuestras mesas están en la zona de edición.

Caminamos por un pasillo flanqueado por estanterías que llegan hasta el techo. El olor a papel viejo y café caro debería ser mi refugio, pero hoy me asfixia. Al llegar a nuestra zona, veo a un chico joven, con cascos alrededor del cuello y trasteando con los cables de un monitor bajo uno de los escritorios.

—Kai, ¿está todo listo? —pregunta Anna.

El chico sale de debajo de la mesa. Tiene el pelo revuelto y una camiseta de una banda de rock que ha visto mejores tiempos.

—Casi. El servidor de la planta diez está dando guerra, pero estas dos terminales ya están configuradas —responde este dedicándonos una sonrisa rápida—. Soy Kai, el que arregla lo que rompéis. Informática y soporte técnico.

—Tessa —digo, tratando de que no se me note el temblor en las manos.

—Maya —añade mi compañera con su entusiasmo habitual.

—Instalad vuestras cosas —ordena Anna—. A las once quiero un informe de lectura sobre el manuscrito que os he dejado en la bandeja. No os retraséis. Maddox no perdona la impuntualidad.

Intento seguir el ritmo en el que Anna habla, pero desde que he visto a Sloane estoy un poco dispersa y me cuesta recopilar todo lo que dice.

—Por cierto, ese es el baño —nos señala una puerta al final de pasillo—. La puerta se atasca a veces. Si os quedáis encerradas, golpeadla. Alguien vendrá a ayudaros.

Dicho esto, Anna se marcha y no sé por qué un escalofrío me recorre todo el cuerpo. No soy claustrofóbica, pero no me apetece nada quedarme encerrada y estoy segura de que, si hay que apostar por quién de las dos se quedará encerrada, seré yo la «afortunada».

—Si el sistema os saca un error de autenticación, avisadme. He sincronizado vuestros calendarios con el del servidor central para que no os perdáis ninguna reunión —nos informa Kai mientras recoge sus herramientas—. Nos vemos luego.

Me siento mientras Maya se instala en la mesa contigua, y obligo a mi mente a volver al trabajo. Abro mi agenda digital. Son las 08:30. A las 11:00 creo que tengo la entrega del informe, como estaba pensando en Sloane no he prestado mucha atención a lo que ha dicho Anna. De todas formas me pongo a leer el manuscrito —un *thriller* mediocre sobre una desaparición en los Hamptons—, pero las palabras bailan ante mis ojos. Incluso ahora, después de tanto tiempo, cada vez que cierro los ojos, veo su cara.

Pasa el tiempo. Estoy tan absorta en mis pensamientos que doy un salto cuando el aviso sonoro del ordenador me sobresalta. Un cuadro de diálogo parpadea en rojo en mi pantalla:

Reunión con Anna Harrod — 10:15 a. m. Sala de juntas B.
(Retraso: 5 minutos).

Me quedo helada. Reviso mi reloj de pulsera. Son las 10:20.

—¿Maya? —susurro, mirando a mi lado. Su silla está vacía. Miro de nuevo el calendario. Juraría... que la reunión era a las 11:00. Creo que lo he anotado en mi libreta justo cuando Anna se ha ido.

Abro la libreta con desesperación y busco la página de hoy. Allí, con mi propia letra, leo: *Reunión con Anna: 10:15*. Me golpeo la frente con la palma de la mano. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Estaba convencida de que era a las once. Es como si me hubieran robado un trozo de la mañana.

Me levanto de golpe, tirando casi la silla, y corro hacia la sala B. Al llegar, veo a través del cristal a Anna y a Maya sentadas. Anna está hablando y señala su reloj mientras mira a Maya, que asiente con cara de preocupación. Entro, sin aliento.

—Lo siento..., perdonad, yo... creía que era a las once —balbuceo.

Anna me mira por encima de sus gafas rojas y el silencio que sigue es cortante.

—En Blackpage, Tessa, la percepción no es la realidad. La realidad es lo que está en el calendario —dice con una voz gélida—. Maya ha llegado a su hora. Siéntate. Y que sea la última vez que interrumpes una sesión de formación por un despiste.

Me siento al lado de Maya. Ella me lanza una mirada de lástima que me duele más que el regaño de Anna.

—Lo siento —susurra Maya—. Te iba a avisar, pero estabas tan metida en la lectura que pensé que era mejor no distraerte.

No le contesto. Me quedo mirando mi libreta. Las letras de «10:15» parecen burlarse de mí. Sé que es mi letra. Estoy segura de que es mi letra. Pero no recuerdo haberlo escrito.

Después de la humillación con Anna, el resto de la mañana es un borrón de fotocopias y muchos manuscritos mediocres, a excepción de uno de una autora nueva llamada Joana Leen.

Maya intenta animarme en el almuerzo, pero solo puedo pensar en la cifra: 10:15. Escrita por mi mano, pero borrada de mi memoria.

A última hora, Anna me entrega una pila de correos que deben ser llevados a la planta doce. —Es para el despacho de Sterling —dice sin mirarme—. Déjalos en la bandeja de la entrada. No llames y no entres. ¿Entendido?

Aprieto la carpeta contra mi pecho y subo a la duodécima planta. Cuando las puertas se abren, lo primero que oigo no es una voz, ni un saludo, ni el murmullo de papeles. Es un grito amortiguado. Luego alguien dice «¡No!» y algo golpea el suelo. La moqueta vibra bajo mis zapatos. La carpeta se me resbala y cae al suelo, por lo que me agacho y recojo de inmediato los papeles que se han escapado.

Lo que acabo de escuchar no es un grito de dolor o miedo, es un grito de rabia. Lo entiendo en cuanto cruzo el pasillo y veo, a través del cristal satinado de la sala, una sombra moverse de un lado al otro como un torbellino. Se oye de nuevo un golpe. Esta vez puedo identificar qué es: una mujer ha tirado una carpeta sobre la mesa. La puerta se abre con un latigazo y Jane Sterling sale hecha una furia. Lleva el *eyeliner* perfecto, los labios pintados de un rojo intenso..., pero nada de eso sirve para disimular los ojos vidriosos ni la mandíbula apretada. Se detiene un segundo en el umbral, como si hubiera olvidado hacia dónde se dirigía, y entonces me mira. Más bien me fulmina con la mirada, haciendo que dé gracias a Dios por no haber comido nada esta mañana, sino ahora mismo creo que vomitaría.

—Aparta —escupe, en el mismo tono con el que estaba discutiendo. Yo me quedo paralizada—. ¡Te he dicho que te apartes! —vuelve a gritar.

Me muevo a un lado torpemente. La carpeta amenaza con volver a resbalarse, pero esta vez la sujeto con más fuerza. Jane aprieta el botón del ascensor con fuerza.

—¡Deja eso sobre mi mesa y lárgate! —añade mirándome como si estuviera enfadada conmigo.

El *ding* del ascensor resuena con fuerza, Sterling entra sin mirar atrás y las puertas se cierran dejando solo el zumbido de los fluorescentes y mi propio pulso en el pecho, que amenaza con reventar.

Me limito a asentir y dejo la carpeta sobre la mesa.

Regreso lo antes posible a mi puesto, con el corazón acelerado por la reacción de Sterling. Quiero recoger mis cosas y marcharme, pero Anna se detiene en el borde de mi mesa. Tardo un instante en darme cuenta de que está sonriendo.

—Buen ojo, Hale —dice, tendiéndome el informe sobre la novela de Joana Leen—. Esta historia es realmente buena —señala—, la has salvado de ser descartada. La autora te lo agradecerá.

Su elogio es una luz breve que me calienta más de lo que debería. Asiento y sonrío.

—Muchas gracias.

Maya levanta el pulgar desde su mesa y yo le devuelvo el gesto. Por un momento recuerdo el primer día que la conocí. Me había quedado sola en el segundo año. Sloane, la que era mi amiga de la infancia, dejó la carrera en primero, pero por suerte conocí a una de mis personas favoritas. Una chica guapísima de piel tostada que se complementaba muy bien conmigo.

De camino al ascensor, paso por delante del baño del fondo. La puerta parece perfectamente normal —finalmente no creo que me quede encerrada—. Al presionar el botón, el *charm* de mi pulsera tintinea contra el plástico de mi acreditación —BECARIA—. Como si esa

palabra pudiera eximirme de mis responsabilidades laborales. O peor aún, como si pudiera borrar lo que esta editorial le hizo a mi padre.

2

Cruzar el umbral de mi apartamento es como pasar del blanco y negro al color. El ruido de Boston y la presión del edificio de Blackpage desaparecen en cuanto la puerta se cierra tras de mí.

Aquí todo es orden y calma. El suelo de madera clara, los grandes ventanales que muestran una ciudad que parece de juguete y ese olor a sándalo que Dorian siempre elige. Es un lugar donde nada malo podría ocurrir. Un lugar que, cada vez que entro, me recuerda lo mucho que tengo que perder.

—¿Tessa? ¿Eres tú?

Dorian se asoma desde la cocina. Lleva un delantal negro sobre su torso desnudo, el pelo negro revuelto y esa sonrisa que, por un segundo, logra que mis demonios se callen. Se acerca y me rodea con sus fuertes brazos. Huele a limpio, a una vida perfecta. Apoyo la cabeza en su musculoso pecho y cierro los ojos, deseando que su estabilidad se me contagie por ósmosis.

—Hola —consigo decir, dejando el bolso sobre la silla.

—Estás helada —dice, apartándome un mechón pelirrojo—. ¿Qué tal el primer día? ¿Te han tratado como a la futura estrella que eres o tengo que ir allí a poner una reclamación? —bromea y me mira con esos preciosos ojos verdes.

Siento una punzada en el estómago al recordar la mirada gélida de Sterling y el error del calendario.

—Ha sido... intenso. He cometido un error con la hora de una reunión —admito, odiando mi propia debilidad—. He llegado tarde.

Dorian me guía hacia el sofá, restándole importancia con un gesto.

—Es normal, cielo. Es la presión del primer día. Estás en la mejor editorial del país, es lógico que los nervios te jueguen malas pasadas. Pero mírame —me coge la barbilla—. Eres la persona más brillante que conozco. Vas a demostrarles a todos de lo que eres capaz.

Asiento y Dorian vuelve a la cocina para coger el salmón y dos copas de vino. Tiene las manos grandes, manos de alguien que coloca libros pesados desde los diecisiete. Trabaja en la biblioteca de la Universidad de Boston. Allí es donde lo conocí. Sus manos parecen ásperas y brutas, pero cuando quiere sabe cómo usarlas con delicadeza.

Cenamos y, mientras, Dorian habla sobre sus clases del máster que está cursando, pero yo solo puedo pensar en Sloane. En su sonrisa detrás del cristal. En cómo el pasado se ha instalado en mi presente con la naturalidad de un fantasma que reclama su sitio.

—¿Has visto a Jane Sterling? —pregunta él, sacándome de mis pensamientos.

—Sí. Ha salido de su despacho como un torbellino. Parecía furiosa. Dorian se ríe suavemente.

—Supongo que así son los genios —dice, intentando aligerar el ambiente—. Comen gente en el desayuno y por la noche firman *best sellers*. Mañana será un día mejor.

Me obligo a sonreír, pero la copa de vino me pesa en la mano. ¿Cómo le digo que no me asusta Sterling, sino yo misma? ¿Cómo puedo explicarle que he visto mi propia letra en una libreta anotando una hora que no recuerdo haber escrito?

Más tarde, cuando Dorian ya duerme a mi lado con una respiración tranquila, yo me quedo mirando las sombras que

proyectan las cortinas en el techo. El silencio del apartamento es absoluto, pero en mi cabeza la voz de Sloane sigue reproduciéndose.

«Te lo mereces».

Me levanto con cuidado y voy al salón a por un vaso de agua. Al pasar junto a la entrada, veo mi bolso. La curiosidad —o el masoquismo— me obliga a abrirlo. Saco la libreta y busco de nuevo la página de hoy. Ahí está: *10:15*. Paso la yema del dedo sobre el papel. La tinta es la mía. El trazo es el mío. Pero el hueco en mi memoria sigue ahí, negro y profundo como el ataúd en el que se encuentra Flynn. Cierro la libreta con un golpe seco. Si el karma ha decidido empezar a cobrar sus deudas, no va a conformarse con un retraso en una reunión. Va a ir a por todo lo que amo. Incluida la paz de este apartamento. Incluido Dorian.

Una vez en la cama, me abrazo a mí misma tiritando a pesar de la calefacción. Mi primer día ha terminado, pero tengo la terrible sensación de que la cuenta atrás no ha hecho más que empezar. En ese momento mi móvil vibra sobre la mesita y la pantalla se ilumina en la oscuridad.

De: Jane Sterling

Asunto: Reunión urgente

Buenas noches, Tessa. Uno de los problemas de tener tantas responsabilidades en una editorial, siendo escritora, es que acaban afectándote. Sé que mi nivel de exigencia actual ha hecho que hayas recibido un trato tenso por mi parte. Como haberte gritado, por ejemplo. Agradezco sinceramente tu paciencia y discreción a pesar de mi brusquedad.

Mi intención principal es enmendar este error y asegurar un ambiente laboral óptimo. Intentemos que así sea de ahora en adelante.

De verdad espero que este sea solo un incidente aislado entre nosotras. Intuyo que así será. Aprecio el enorme esfuerzo de las becarias. Reconozco su profesionalidad. Incluso su talento en desarrollo. Obviamente, me gustaría hablarlo en persona, así que ven mañana a primera hora a mi despacho.

Jane Sterling

El aire se me queda atrapado en el pecho. Releo el correo un par de veces y la forma en la que está redactado me parece extraña, pero no puedo dejar de darle vueltas a por qué me ha escrito una disculpa a mí. Ni tampoco si debería sentirme halagada porque sepa mi nombre... o advertida porque quiera verme en su despacho. Me incorporo un poco, lo justo para enfocar mejor la pantalla, como si así pudiera cambiar lo que estoy leyendo. Antes de que pueda ordenar el pensamiento, el móvil vuelve a vibrar:

Google Calendar: Reunión con Sterling (*Tessa Hale*). Mañana, 09:00

Bloqueo el móvil con cuidado, como si pudiera morderme. A mi lado, Dorian duerme, ajeno a todo. Yo me quedo despierta, con una certeza incómoda instalándose en el pecho. Jane Sterling no me ha escrito por error. Y mañana, a las nueve, voy a descubrir si lo que tiene para mí es un regalo... o el principio de algo peor.

3

El despertador no suena. Me doy cuenta demasiado tarde, cuando la luz que entra por la ventana no es la luz blanda de primera hora, sino una claridad directa, impaciente. Abro los ojos de golpe y lo primero que hago es mirar el móvil: *08:31* —se me corta la respiración—. La reunión es a las nueve.

Me incorporo de un salto, con el corazón acelerado, y recorro el dormitorio con la mirada como si el tiempo pudiera esconderse debajo de la cama. El lado de Dorian está vacío. La sábana ya no guarda su calor. No está su chaqueta, ni sus zapatillas, ni ese ruido suyo al moverse por la mañana que siempre me despierta antes que la alarma.

Treinta minutos.

Treinta minutos para vestirme, salir, coger el metro y cruzar medio Boston.

En la mesita hay una nota doblada, junto al vaso de agua. La cojo mientras me pongo los zapatos a toda prisa.

*Buenos días, preciosa, he tenido que irme a estudiar.
Que tengas un buen día.*

—Dorian

No tengo tiempo para pensar en ello. Dejo la nota donde estaba, recojo la carpeta roja, me cuelgo el bolso al hombro y salgo del apartamento casi sin cerrar la puerta.

Bajo las escaleras a medio correr, contando mentalmente paradas, transbordos, minutos que no tengo.

El metro llega justo cuando entro en el andén. Me cuelo entre cuerpos, mochilas, abrigos. El vagón huele a prisa y a café derramado. Me agarro a una barra y trato de respirar con normalidad mientras el tren avanza a trompicones. No saco el libro. No saco el móvil. No quiero mirar nada que pueda recordarme que hoy no es un día normal.

Cuando por fin salgo a la calle, el aire frío me golpea la cara. Camino rápido, demasiado, esquivando gente, semáforos, pensamientos. Y entonces lo noto.

No de golpe. No como una certeza clara. Es una sensación incómoda, persistente, como un peso entre los hombros. Bajo el ritmo un segundo y el paso detrás de mí también baja. Acelero y el paso acelera. No miro atrás. Aprieto la carpeta contra el pecho y sigo caminando, diciéndome que es absurdo, que voy tarde, que estoy nerviosa, que no todo el mundo que camina detrás de mí es una amenaza. Aun así, al girar una esquina, la sensación no desaparece, por lo que me detengo en seco.

—¿Pasa algo? —pregunto, girándome de golpe.

La figura que iba detrás de mí se frena también. Lleva la capucha puesta, oscura, anónima. Durante una décima de segundo, el miedo me atraviesa el cuerpo entero. Entonces se quita la capucha.

—Tranquila —dice—. Soy Kai.

Parpadeo, como si necesitara confirmar que es real. El informático de Blackpage.

—Lo siento —añade—. Te he visto salir del metro y he pensado que podríamos entrar juntos.

Asiento, todavía con el pulso desbocado.

—Ah, vale —respondo desconcertada—, pero voy tarde.

—Ya... —responde, mirándome un segundo más de lo necesario—. Tienes una reunión con Sterling.

Por un momento me quedo en blanco. No sé cómo sabe lo de la reunión y él parece notarlo.

—Lo he visto en el Google Calendar —añade.

Eso me recuerda que ayer nos explicaron que el calendario es compartido con todo el equipo. Intento no sobrepensar demasiado y reanudamos la marcha hacia el edificio, cada uno por su lado.

Cuando entro en Blackpage, el *hall* está lleno de gente que al igual que yo llega un poco tarde. Miro el móvil: 09:10.

Mierda.

Y entonces ocurre.

No es un grito. Primero es un golpe. Sordo. Seco. Como si un mueble gigantesco hubiese caído desde el cielo y hubiera atravesado el aire a cuchilladas. El sonido me llega al pecho antes que a los oídos. Instintivamente doy un paso atrás. Noto algo húmedo en la mejilla.

No puede ser. No puede ser. No puede ser.

Miro al suelo. Justo en el centro del logo de Blackpage, ahí donde ayer me quedé paralizada mirando el mármol, está el cuerpo de una mujer. Uno de los tacones ha acabado a pocos metros de su cuerpo. La falda, ahora, parece otra cosa. El pelo rubio ceniza se ha abierto como un abanico imposible.

El silencio dura el tiempo exacto que tarda alguien en aspirar aire para gritar. Después, los gritos inundan el espacio. Gritos de todas clases. La gente se asoma por las barandillas. Algunos retroceden. Otros se quedan paralizados. Alguien dice «Dios mío» tres veces seguidas, como si a la tercera fuera a arreglarlo. El guardia al que le he enseñado la acreditación al entrar se queda clavado con las manos a media altura. El suelo vibra —¿o soy yo? —. No me muevo.

No puedo. El *charm* de mi pulsera golpea mi muñeca con un *tic* que me parece fuera de lugar. No necesito verla de cerca. El pelo. La ropa. La forma en que ocupa el centro mismo del logo.

Es ella.

Jane Sterling.

Mi autora favorita. La mujer que ayer me miró como si fuera la culpable de su enfado. La misma que me citó ayer.

Siento un hilo templado bajándome por la mejilla. Me toco con la yema de los dedos y la noto húmeda, pero no son lágrimas. Porque cuando me miro los dedos descubro que están manchados de un rojo intenso. Es... sangre. La sangre de Jane Sterling.

Alguien del piso de arriba grita un nombre que no alcanzo a entender. Otro dice «seguridad» y «ambulancia» y «no toquéis nada». Hay un murmullo de teléfonos llamando a la vez, un coro de notificaciones.

Alguien me aprieta más el brazo.

—Respira —escucho decir a alguien, como si pudiera ordenármelo. Kai. Sigue aquí, en el vestíbulo. A mi lado—. Tranquila, Tessa. Respira.

Lo intento. Uno. Dos. Tres.

Me quedo quieta, como si el suelo blanco de mármol teñido de rojo pudiera sujetarme desde los tobillos. Pienso en el ascensor. En los doce pisos. En cuántos segundos hacen falta para caer así. En el fondo pensaba que hoy podría haber sido un buen día. Y ahora estoy en el centro del *hall* de Blackpage, con Jane Sterling muerta a mis pies. Y cubierta de su sangre.

4

No sé cuánto tiempo pasa.

El mundo vuelve poco a poco, como si alguien hubiera bajado el volumen y ahora lo estuviera subiendo sin preguntarme. Estoy sentada en una sala pequeña, demasiado blanca, demasiado pulcra para lo que acaba de ocurrir. Una manta gris me cubre los hombros. Alguien me la ha puesto con cuidado, como si el gesto pudiera evitar que me rompa. La pulsera de plata está helada y me congela la muñeca. El *charm* me golpea el hueso cada vez que muevo la mano.

Me ofrecen agua en un vaso de cartón. Niego con la cabeza. No tengo sed.

Tengo miedo.

Jane Sterling está muerta.

La frase no termina de asentarse. Rebota dentro de mí sin encontrar un lugar donde quedarse. Hace menos de doce horas me escribió un correo. Me citó a las nueve. Quería hablar conmigo en persona. Disculparse de nuevo por el encontronazo del primer día, quizá. Y ahora su cuerpo está en el centro del *hall* de Blackpage.

—Señorita Hale —dice una voz frente a mí.

Levanto la vista. Un agente de policía, expresión neutra, bolígrafo en mano. No parece incómodo. Yo sí.

—¿Puede decirme la hora exacta a la que llegó al edificio?

—Serían las nueve y... cinco pasadas —respondo. Mi voz suena hueca, ajena.

—¿Qué ocurrió después?

La imagen vuelve sin pedir permiso. El golpe seco. El aire cortado. El cuerpo.

—Luego... —levanto la mano sin saber por qué—. Luego el golpe —entonces la dejo caer sobre la mesa. El sonido me sobresalta.

Asiente. Anota. Me observa como si yo fuera una pieza más de un rompecabezas que todavía no entiende.

—¿Reconoció a la víctima?

—Creo que sí... —respondo casi en un susurro.

—¿Quién cree que era? —pregunta bajando también el tono.

—Jane... Sterling.

El silencio que sigue es breve. El bolígrafo hace *clic*.

—¿Tenía usted relación con la señora Sterling?

Trago saliva.

—No. Solo... profesional.

—Sin embargo —dice, consultando unas notas—, consta una reunión agendada esta mañana en el Google Calendar. A las nueve. Con su nombre.

El corazón me da un vuelco.

—¿Puede explicarlo? —añade arqueando una ceja.

Pienso en el correo. En la petición de discreción. En la forma en la que me escribió. En lo que aún no sé.

—No sabía exactamente para qué era la reunión —digo al fin—. Recibí un correo citándome. Nada más.

Es una mentira. Parcial. Deliberada.

El agente me observa un segundo más.

—¿No le explicó el motivo?

—No.

—¿Le habló de algo en concreto? ¿Su manuscrito? ¿Algún indicio de que quisiera quitarse la vida? —esa última pregunta parece atragantársele.

Mi pulsera golpea la mesa. *Tic. Tic.*

—No —respondo.

Asiente de nuevo. No sé si me cree o si simplemente lo apunta todo para decidir más tarde.

—¿La vio ayer?

El *eyeliner* perfecto. La mandíbula tensa. El «aparta».

—Sí. Parecía... alterada —respondo intentando sonar natural.

—¿Con usted? —inquire.

—No, no —contesto rápido—. Por otros motivos.

—¿Cuáles?

—No lo sé —miento.

El agente no insiste. Cambia de página.

—¿Algo más que deba saber, señorita Hale? —Esta última pregunta la hace como si supiera que le he mentado.

Abro la boca para decir que no. Y entonces no estoy en esa sala.

Estoy en otro cuarto. Uno pequeño, con una ventana baja. Un escritorio demasiado lleno. Un vaso con bolígrafos gastados —el despacho de mi padre—. Mi padre, Max Hale, nunca fue un hombre importante. Hacía chapuzas. Cambiaba enchufes, montaba estanterías, arreglaba puertas que nadie quería arreglar. Tenía trabajos temporales, sueldos a ratos, manos de papel de lija y aun así, cada vez que no trabajaba, leía. Siempre llevaba un libro en la mano como si fuera un compañero de vida. Lo que tanto ansiaba —escribir— fue, al final, lo que lo mató.

A los cuarenta y ocho decidió «ponerse en serio». Lo dijo así. Como si antes no lo hubiese estado. Escribió noches enteras con una taza que decía: *El mejor papá del mundo*. Una que yo le regalé por el Día del Padre cuando era pequeña. Enviaba manuscritos y recibía silencios. A veces, rechazos educados. «No encaja en nuestra línea». «Gracias por pensar en nosotros». Guardaba esos correos en una

carpeta azul que llamaba *Museo de Noes* y se reía. Aun así, cada no le quitaba un milímetro de luz de los ojos.

Hasta que llegó *el sí*. Una de las editoriales más grandes del país le ofreció un contrato sobre la mesa. Tenía reuniones donde volvía con esa emoción contenida de los hombres que no quieren parecer débiles delante de sus hijas. «Va bien —decía—. Quieren una novela de verdad». Yo lo miraba como cuando miras una vela a punto de consumirse del todo.

Y entonces tuvo la reunión definitiva. Se puso una camisa blanca nueva y zapatos que usaba cuando había un evento especial. Volvió tarde. Apretaba los labios. «Quieren voz —dijo—. Dicen que la mía no está... Que aún no...». Lo del contrato se «replanteaba». Habían «encontrado a otra persona con una voz muy prometedora». Le dijeron que puliera el manuscrito. Que volviera con algo más suyo. Lo dijo sin llorar. Puso los papeles en la mesa. Se sentó. Abrió un libro. Le echó una ojeada. Lo cerró. Y no volvió a abrirlo nunca más.

Un mes después, mi madre salió a comprar y yo subí a buscar un cargador al despacho. La puerta estaba entornada. La luz encendida. Lo primero que pensé fue que todo estaba... demasiado ordenado. Los libros alineados, las hojas apiladas, el bolígrafo paralelo al borde de la mesa. Luego lo vi. Tendido en el suelo.

El charco oscuro extendiéndose lentamente bajo su cuerpo, su piel ya pálida y los dedos rígidos todavía aferrando el cuchillo. La sangre tenía ese olor metálico que se me pegó a la garganta y que sigo sintiendo a veces de la nada.

Mi padre había dejado una hoja marcada dentro de su libro favorito. No la miré. Simplemente me quedé allí, congelada, sin saber si correr, tocarlo o gritar. No recuerdo haber hecho nada. Solo mirar. Mirar y grabar cada detalle como si mi cerebro supiera que no me lo dejaría olvidar jamás.

Se había suicidado.

—Señorita Hale —repite.

Entonces vuelvo a la sala blanca.

—¿Se encuentra bien?

Asiento.

—Si recuerda cualquier otro detalle, por pequeño que sea, póngase en contacto con nosotros —dice, tendiéndome una tarjeta—. Por ahora puede marcharse.

Me pongo de pie. Las piernas no me pertenecen durante un segundo.

Anna me espera fuera, pálida, con un dossier apretado contra el pecho como si fuera un escudo y me mira con los ojos muy abiertos. La sangre aún salpica mi ropa.

—¿Estás...? —empieza.

—Estoy —miento.

—Vamos a cerrar el edificio unas horas —dice en voz baja—. Ya hablaremos.

El *hall* ya no parece el mismo sitio. Hay cinta amarilla cruzando el logo. El mármol sigue siendo blanco, pero ahora sé lo fácil que es mancharlo. Hay susurros. Móviles. Miradas curiosas. Me apoyo un segundo en la barandilla. El vacío sigue ahí.

Jane Sterling saltó desde la duodécima planta.

Pienso en la reunión. En nuestro desagradable encuentro del primer día. En el correo. En lo que no llegó a decir en persona. Y la pregunta se instala en mi pecho, incómoda, persistente: Si Jane Sterling tenía una vida perfecta..., ¿qué era tan grave como para saltar al vacío? Y, peor aún, ¿por qué pensó que yo debía saberlo?

5

Ha pasado una semana desde que Jane Sterling decidió quitarse la vida saltando desde la décima planta de Blackpage.

El suicidio fue el jueves. El viernes la editorial cerró «por respeto». El lunes siguiente tampoco abrió. Ni el martes. Ni el miércoles. Durante siete días trabajamos desde casa. O fingimos hacerlo. Correos breves. Videollamadas incómodas. Mensajes que hablaban de reorganización, de procesos, de mirar hacia delante. La palabra *suicidio* no apareció ni una sola vez. Jane Sterling se convirtió en el incidente. En lo ocurrido.

Yo intenté escribirle a Maya varias veces. Abría el chat. Escribía: *Jane me escribió*. Lo borraba. Volvía a intentarlo: *Tenía una reunión conmigo*. Lo borraba otra vez. No sabía cómo decirle que había un correo. Que Sterling me había citado. Que conocía mi nombre. Que quería disculparse otra vez en persona después de hacerlo con un email demasiado protocolario, aunque habría bastado con eso. Que algo no encajaba.

Cada vez que estaba a punto de contárselo, algo me detenía. Como si ponerlo en palabras lo hiciera real. Como si, al decirlo, la muerte de Sterling fuera culpa mía. Así que me lo quedé para mí.

Durante una semana entera Dorian respetó mi silencio, llamé a mi madre para decirle que estaba bien —mentí—. Dormí poco. Cada vez que cerraba los ojos veía el cuerpo de Sterling contra el suelo con la forma imposible de su caída, el sonido seco que me atravesó antes incluso de entender qué estaba mirando.

El domingo por la tarde llegó el correo de Recursos Humanos.

De: Departamento de RRHH

Asunto: Operativa semana 1 - Reincorporación

Tras una semana de reorganización interna, mañana retomaremos la actividad presencial.

Nuestro objetivo es recuperar la normalidad lo antes posible.

Gracias por vuestra profesionalidad.

Departamento de RRHH

Profesionalidad. Ojalá se pudiera comprar.

El lunes me visto sin pensar demasiado. Me miro en el espejo solo lo justo para asegurarme de que no parezco una versión deteriorada de mí misma y bajo a esperar a Maya en la esquina de mi edificio. Llega con un abrigo claro, coleta alta y ojeras que no necesita ocultar.

—¿Lista? —pregunta, como si fuera una pregunta real.

Asiento sin muchas ganas.

—Vamos, Tessa... Entiendo que fuera un golpe muy duro perder la oportunidad de trabajar con tu escritora favorita y en esas circunstancias, pero no podemos hacer nada para arreglarlo — intenta animarme—. No puedes hacer nada para solucionarlo — concreta agarrándome del brazo.

—¿Sabes qué? —me sorprende diciendo en un tono que no me había escuchado en toda la semana.

—Sorpréndeme, pecas —me sonrío.

—Pues... que tienes razón, amiga —me agarro a su brazo.

Ella sonríe, satisfecha, sin saber que no le he contado ni la mitad.

En el vagón nos encontramos con Kai. Va de pie, agarrado a la barra. Lleva una camisa remangada que deja al descubierto sus definidos brazos. Uno de ellos completamente tatuado. Maya lo mira dos segundos más de lo necesario.

—Es muy mono —me susurra.

Le doy un codazo suave. No sonrío del todo. La voz de Kai pidiéndome que respire tras ver el cuerpo de Sterling cubierto de sangre en el vestíbulo de la editorial es lo único en lo que puedo pensar cuando Maya hace ese comentario sobre él. Y pienso en la última vez que vi a Sterling con vida. En cómo me habló. En la reunión pendiente que ya nunca sucedería.

Al salir a la calle, la editorial parece el mismo edificio de siempre y, a la vez, otro. En el centro del *hall*, justo encima del logo, hay un altar pequeño: flores blancas, dos velas, una foto de Sterling en blanco y negro con la mirada que la caracteriza. Alguien ha dejado una nota doblada y un ejemplar de *La consulta* con un lazo rojo.

Respiro. Uno. Dos. Tres.

Subimos y nos dirigimos hacia nuestras mesas. La advertencia del correo se queda corta: el caos no es «un poco», es un caos generalizado en toda la planta. Hay teléfonos sonando sin parar. Gente yendo y viniendo con carpetas. El ruido de las impresoras parece un enjambre. El *clic* seco de las grapadoras es incesante. Maya y yo no logramos llegar a nuestro sitio cuando Anna nos intercepta a mitad del pasillo.

—Buenos días. Reunión urgente —dice sin dar más detalles y nos guía a la sala grande. La sala D.

Dentro hay demasiada gente para una reunión a primera hora del día: altos cargos, accionistas, editores jefes, directores de varios

departamentos... Maddox ocupa la cabecera. Anna se sitúa a un lado, con expresión contenida. Entonces la veo.

Sloane está sentada dos filas más adelante, con una libreta en las rodillas y el móvil boca abajo sobre la mesa. Parece tranquila. Profesional. Como si no hubiera pasado nada. Como si no fuera la voz que lleva una semana repitiendo el nombre de Jane Sterling en todos los medios.

Un nudo me aprieta el estómago.

—Gracias por venir —rompe el silencio Maddox—. No voy a maquillar esto: estamos en crisis.

Nadie emite ningún sonido. Solo se oye un móvil que vibra y alguien lo silencia.

—Sterling era nuestra mayor fuente de ingresos —sigue— y una de las principales accionistas. Sin ella y sin su próximo lanzamiento, que estaba programado para dentro de tres meses, el riesgo de quiebra es real.

La palabra cae en la mesa como un bloque de hielo.

—Necesitamos actuar —dice, mirando a cada uno como si pudiera sacar ideas del aire—. Todo lo que propongáis desde vuestros equipos se va a estudiar.

Maddox habla de cifras. De pérdidas. De preventas canceladas. De la fragilidad del sistema. Las palabras rebotan en mi cabeza sin llegar a quedarse. Sloane levanta la vista un segundo y sus ojos recorren la sala. No sé si me ve. No sé si me busca. Bajo la mirada.

—Pero también... —gira la cabeza hacia nosotras— queremos escuchar cualquier solución que venga de todas las caras de la editorial.

Tardo un segundo en entender que nos mira a Maya, a mí y a Sloane.

—Las prácticas no son una asignatura de la universidad —añade—. Esto es la vida real. Y quizás ver lo que veis desde fuera nos aporte algo que se nos escapa. Tenéis libertad para proponer lo que queráis. Mañana, a primera hora habrá otra reunión en la que escucharemos todas las propuestas.

Nos miran como si pudiéramos arreglar la editorial con nuestras propias manos. Todos asienten. Yo no. Porque sigo pensando en lo mismo: si Jane Sterling sabía que iba a morir, ¿por qué quiso verme a mí? Y si no lo sabía... ¿qué era tan importante como para citarnos a solas?

La reunión se disuelve cuando Maddox se levanta. Anna nos toca el hombro al pasar.

—Gracias por estar —dice.

Asiento. No sé ni qué responder. Necesito un minuto, por lo que voy al baño del fondo. Cierro el pestillo. Y me lavo la cara con agua fría. Cuando intento salir, la puerta no se mueve.

—En serio —murmuro—. Ahora no. ¡Joder!

Tiro. Giro. Empujo. Nada.

Entonces empiezo a golpear con la palma abierta.

—¿Hola? —pregunto gritando—. ¡Se ha quedado atascada!

El zumbido de los fluorescentes es la única contestación. Vuelvo a golpear. Una, dos y tres veces. Solo recibo silencio del pasillo. Los nervios se me suben a la garganta. Me acuerdo del primer día, de Anna diciendo «*Si se atasca, golpead*». Golpeo y mi corazón acelera el ritmo reflejándose en los oídos.

—¿Tessa? —escucho la voz de Maya al otro lado—. ¿Eres tú?

—Se ha atascado —digo, intentando sonar normal.

—Apártate —responde.

Me pego a la pared y oigo un golpe seco desde fuera, luego otro. Entonces el pestillo vibra. A la tercera, cede y se abre.

—¿Estás bien? —Maya entra acelerada.

—¡Joder! —resoplo agobiada—. Te juro que voy a hablar con mantenimiento ahora mismo.

—Anna nos avisó el primer día —murmuró—. Dijo que a veces pasaba.

Salgo a trompicones del cubículo y me vuelvo para admirarlo desde fuera. Maya sostiene un palo que parece ser el de una fregona.

—Creo que los de mantenimiento nos pueden ayudar con esto —dice enseñándome un palo azul de fregona—. Esto debe de haberse resbalado de la pared y se ha encajado en las bisagras de la puerta —me explica de manera improvisada.

Maya, al ver que no contesto, continúa hablando sola.

—A ver, ya sé que suena un poco raro.... pero no hay otra explicación. No creo que nadie quiera encerrarte, ¿no?

—Pues... espero que no —respondo sincera.

Una parte de mí quiere creer la hipótesis de Maya. Pero no recuerdo haber visto ese palo antes de entrar y me parece demasiado casual. Aunque la otra opción es que alguien me haya encerrado a propósito. Eso suena demasiado paranoico. Y, aun así, no consigo quitármelo de la cabeza.

De vuelta a mi mesa, abro el portátil. El correo de Sterling sigue ahí. Lo leo despacio. Otra vez: *Obviamente, me gustaría hablarlo en persona, así que ven mañana a primera hora a mi despacho.* Cierro la pantalla.

Jane Sterling está muerta.

Y yo soy la única persona a la que citó esa mañana.

6

Después de darle vueltas durante todo el día a la posibilidad de que alguien haya querido encerrarme y, sobre todo, al correo de Sterling, Maya y yo decidimos ir a mi apartamento para pensar algo para la reunión de mañana. No tenemos ninguna idea brillante que proponer ante la «posible quiebra», pero hay que intentarlo.

Una vez que llegamos al apartamento, extendemos todos mis libros de Jane Sterling en el suelo del salón, como si fueran cartas del tarot: *La consulta*, *La siguiente página*, *Cuarenta horas*, *El huésped*...

Portadas brillantes, lomos gastados, dedicatorias que me sé de memoria.

—Si Sterling estuviera aquí, ¿qué haría? —pregunta Maya, sentándose, cruzando las piernas.

—Escribir —respondo sin pensar.

—Además de eso. —Coge *La consulta* y la hojea al azar—. Pensaría en el lector. En el gancho. En cómo convertir un problema cotidiano en un espectáculo.

Asiento. Vamos recopilando ideas que no son muy buenas: reeditar catálogos, recuperar relatos antiguos, alguna firma con autores medianos, hacer ediciones de bolsillo. Todo suena a malas ideas.

—No es suficiente —dice Maya por décima vez.

—No, no es suficiente —confirmo.

Sin que nos demos cuenta se hace tarde. El reloj del asistente virtual que tenemos en casa permanece apagado porque ni Dorian ni yo lo hemos puesto en hora desde el último corte de luz.

La puerta se abre.

—Hola, mi amor— saluda como siempre Dorian—. ¿Estoy... interrumpiendo un culto a Jane Sterling o algo por el estilo? ¿Estáis intentando invocarla? —bromea acercándose.

—Algo así —respondo sin humor—. Mañana el dueño y director de la editorial quiere que llevemos algunas propuestas.

—Muchas propuestas —corrige Maya.

Le resumo a Dorian en cuatro palabras: crisis, reunión, «salvar la editorial». Mi novio me mira con esa mezcla de ternura y cansancio que a veces me enfada y otras veces me sostiene.

—Seguramente encontréis algo bueno que proponer —dice con tono seguro, acercándose para darme un beso—. Vosotras dos sois muy peligrosas cuando pensáis juntas.

—Tienes toda la razón— dice Maya, divertida.

—Me ducho y me meto en la cama. Os dejo en el campo de batalla —señala todos los libros que hay desperdigados por el suelo del salón y desaparece por el pasillo.

Maya abre el portátil y empezamos a buscar noticias, hilos de Twitter, tendencias... El suicidio de Jane está en todas partes. En todas. Hay vídeos del altar que han puesto en la editorial, titulares repetidos, comentarios que no quiero leer. Y entonces aparece ella. No es una sorpresa. No del todo. Sé perfectamente quién es Sloane ahora. Sé que es *influencer*. Sé que su pódcast *A Sangre Fría* está en lo más alto. La escucho casi cada día. Aun así, verla aquí, entre titulares sobre Jane Sterling, me provoca una punzada seca en el estómago.

—Reproduce ese —le digo a Maya, señalando la miniatura.

El vídeo tarda unos segundos en cargar. Cuando lo hace, su cara ocupa toda la pantalla. La cara de mi ex mejor amiga. Sloane habla con esa voz suya que conozco demasiado bien: pausada, firme, perfectamente modulada. La música de fondo es sutil, calculada. Está contando los hechos con precisión quirúrgica. El ascenso. El impacto. El vacío. No dramatiza. No lo necesita. Lo convierte en relato. El contador de *likes* supera el medio millón.

—Es increíble... —murmura Maya.

Yo no respondo. No puedo dejar de mirarla. Parece cómoda. Segura. Como si llevara años esperando este momento. Como si Jane Sterling fuera un caso más en su catálogo.

Después de dejar la universidad, después de todo lo que pasó, parece que le ha ido muy bien. Me quedo inmóvil mientras Maya sigue viendo el vídeo. Alargo el brazo hasta la mesa y cojo el móvil. No puedo evitarlo. Abro el navegador y escribo su nombre. El pódcast aparece en primer lugar. Decenas de episodios. Portadas cuidadas. Títulos diseñados para no soltarte. Casi dos millones de oyentes.

—No tenemos tiempo para esto, Tessa —dice Maya—. Tenemos que pensar en ideas para la editorial.

Asiento, pero mi cabeza ya no está ahí.

El silencio que se abre paso entre nosotras dura apenas unos segundos. Luego la escucho decir, con esas pausas que siempre usa cuando tiene una idea:

—Hay que usar esto —dice enseñándome una entrevista que le hicieron a Jane hace un par de años, donde intentaba descubrir el secreto de su éxito—. No de forma morbosa, sino estratégica. Pero... ¿cómo? —Maya se queda pensativa.

—A ver... Sterling sacaba cuatro libros al año. Era una máquina. Todo el mundo habla de su «voz», de su velocidad, de cómo te

atrapaba... —Hago una pausa—. ¿Y si convertimos eso en una convocatoria?

Maya parpadea confundida y yo continúo acelerada.

—Podemos hacer un reto en redes. A nivel nacional. Lo llamaremos el Reto Sterling. —Levanto las manos como si pudiera visualizarlo en mi salón—. Primera fase: microrrelatos de *thriller*. Algo adictivo, con giro, mil o mil quinientas palabras. Se revisarán y se elegirán los tres mejores. En la segunda fase: el manuscrito. Los finalistas deberán escribir un manuscrito y el mejor de los tres se premia con la publicación de la novela. «El ganador del Reto Sterling». Un autor o autora novel por lo general no genera muchos ingresos, pero con toda la publicidad del reto y de Sterling podría ser un bombazo.

—La prensa ya tiene el ojo sobre la editorial y sobre todo lo que esté relacionado con Sterling —añade—. Si movemos bien el *hashtag* en las redes sociales, si los medios lo recogen y si los *booktokers* lo comentan, podemos... —Maya se queda sin aire a mitad de la frase—. Podemos darle a la editorial algo que vender ahora. Y comprometer preventas. Y *sponsors*.

Asiento rápido.

—Y el nombre... no creo que a nadie le importe que usemos «Sterling». Era accionista. Es un tributo. Un homenaje. Y una buena salida —comento—. Esto... podría funcionar —digo por fin.

—Va a funcionar —responde Maya, como si pudiera decretarlo.

Para organizar la idea traspasamos todo a un esquema con los objetivos, las fases, el calendario, el jurado (Anna y Maddox), las bases legales, el *hashtag*, el plan de comunicación, la *landing* mínima, las posibles piezas para redes, el lanzamiento en cuarenta y ocho horas —si lo aprueban—. Todo cerrado. Todo pensado. Todo un poco precipitado. Pero funcionará.

Nos miramos cuando cerramos el documento. Son casi las dos de la madrugada.

—Lo tenemos —dice sonriente.

—Lo tenemos —confirmo feliz.

Y por primera vez en cuatro días siento en el pecho algo cálido. Felicidad.

Maya recoge su bolso y su abrigo, aunque le he dicho tres veces que podía quedarse a dormir.

—Mañana lo proponemos. Ya sabes que no me quedo porque soy una maniática con las almohadas. Necesito la mía para poder descansar —enfatisa entre risas.

Es cierto, Maya no puede dormir si no es con su almohada de una marca carísima que a mí me parece igual que la que yo tengo de Primark.

Maya me da un último abrazo en la puerta y se va.

Apago la mayoría de las luces. El salón se queda desordenado por los libros de Sterling que he dejado por el suelo —mañana lo recogeré—. Me tumbo en el sofá con el móvil en la mano y le doy vueltas a la propuesta en la que hemos estado trabajando Maya y yo. Es una buena oportunidad para Blackpage, pero también lo es para alguien que aún no tiene nada. Para alguien que sueña con ser leído. Publicado. Escuchado.

Mierda. Ese también es mi sueño.

Abro el calendario en el teléfono para comprobar, por enésima vez, la hora de la reunión.

Google Calendar: Reunión propuestas – Sala D – Mañana, 11:00

Perfecto.

Me levanto para buscar mi agenda, pero no está en el bolso. Frunzo el ceño. Seguro que Maya se la ha llevado sin querer cuando

ha salido corriendo al ver la hora que era. No importa. Mañana me bastará con el móvil.

Vuelvo al sofá y bloqueo la pantalla. El apartamento está en silencio. Dorian duerme. Las luces están apagadas. Todo está en calma, así que cierro los ojos y respiro.

Uno. Dos. Tres.

Los vuelvo a abrir y la pantalla del móvil se ilumina sola sobre la mesa. Tengo una notificación. Trago saliva antes incluso de leerla.

A Sangre Fría – Nuevo episodio disponible.

Jane Sterling: lo que nadie vio venir.

Se me tensan los dedos.

Durante un segundo pienso en ignorarlo. En dejar el móvil boca abajo. En irme a la cama y fingir que hoy no ha pasado nada más. Pero llevo semanas escuchando su voz. Semanas dejando que me cuente lo que otros hicieron. Lo que otros ocultaron.

Pulso el *play* y la música de inicio suena suave. Reconocible. Demasiado familiar.

—Hay historias que no empiezan donde creemos —dice Sloane—. Y hay muertes que no son el final, sino la última pieza de algo mucho más grande.

El aire se me queda atrapado en el pecho.

Me quedo inmóvil, con el móvil apoyado sobre el estómago, mientras su voz llena el salón oscuro. Y entonces caigo en la cuenta de que, antes de releer el correo de Jane Sterling, voy a escuchar cómo otra persona cuenta su historia.

***A Sangre Fría* – Episodio 10**

Jane Sterling: lo que nadie vio venir

Tiempo de reproducción: 35 minutos

[Sonido inicial: respiración suave, clic de grabadora encendiéndose].

Hola. Soy Sloane Lane.

Antes de empezar, quiero dejar algo claro: no grabo esto para alimentar el morbo ni para especular con la tragedia. Grabo este episodio porque lo que ocurrió ese jueves en la editorial Blackpage cambió algo más que la rutina de una editorial. Cambió la manera en que miramos el éxito, el talento... y los límites de la mente humana.

[Cortinilla musical – cabecera del programa: *A Sangre Fría*].

Este caso me acompaña desde hace días. Porque no hablo de una desconocida ni de un titular vacío. Hablo de Jane Sterling –la autora más leída, más enigmática y, paradójicamente, más inaccesible del panorama editorial.

Durante años escribió historias sobre mentes perturbadas, sobre el filo invisible entre la cordura y la locura. Y, según muchos, terminó convirtiéndose en una de ellas.

Pero empecemos desde el principio.

Era un jueves. Las cámaras del edificio registraron su llegada a las 08:12 de la mañana. Entró sola. Saludo rápido al recepcionista, café en mano, carpeta azul bajo el brazo.

A las 08:15 subió en el ascensor hasta la décima planta. Tres testigos afirman haberla visto discutir con alguien dentro de una sala de reuniones.

A las 09:06, Jane Sterling se subió a la barandilla y se arrojó al vacío. Cayó en el hall principal, justo bajo el logotipo de Blackpage. Los empleados describieron un silencio absoluto antes del grito. Un tacón roto, papeles desperdigados, el cuerpo de Sterling boca abajo...

Nadie entiende por qué lo hizo. Y quizá esa sea la razón por la que este caso fascina tanto.

[Pausa. Sonido de hojas de periódico moviéndose].

Los rumores no tardaron en multiplicarse.

Unos dicen que su suicidio estaba relacionado con su pasado —una historia familiar que nunca quiso compartir—. Otros aseguran que la presión de la editorial tuvo algo que ver: los contratos, las fechas de entrega, las firmas de libro... la habían llevado al límite. También hay quien afirma que se había obsesionado con sus propios personajes; que las historias que escribía empezaron a devorarla, que la línea entre ficción y realidad se volvió tan delgada que terminó desapareciendo. Pero lo cierto es que, oficialmente, no hay una causa concreta.

No hay una nota.

No hay una explicación definitiva.

Solo hipótesis, fragmentos y un silencio incómodo.

[Corte de sonido - grabadora antigua rebobinando, leve zumbido].

Lo que sí sabemos es que Jane Sterling llevaba días alterada.

Su asistente declaró que discutía con frecuencia, que apenas dormía, que decía cosas como «Alguien va a arruinarlo todo» o «Hay algo que no puedo detener».

Frases que, fuera de contexto, suenan a paranoia.

Pero tal vez eran advertencias.

Nadie lo sabe.

O quizá alguien sí...

En la siguiente temporada vamos a repasar los últimos días de Jane Sterling, las horas previas a su caída y los documentos que la policía decidió no hacer públicos.

No voy a afirmar que su muerte fue un asesinato.

Pero tampoco voy a afirmar que fue un suicidio.

Solo diré esto: en toda historia, incluso en las que parecen cerradas, siempre queda una grieta por donde se cuele la verdad.

[Pausa larga. Sonido de una página arrancándose].

Soy Sloane Lane.

Y esto es *A Sangre Fría*.

El caso de Jane Sterling: la mujer que escribió sobre la oscuridad... hasta que la oscuridad terminó con ella.

[Silencio. Música final tenue].

Fin del episodio 10 - *A Sangre Fría*

7

Me despierto con el sonido desagradable de una decena de mensajes bombardeándome el teléfono. El móvil vibra sin parar sobre la mesa y, durante un segundo, no sé dónde estoy ni qué día es. Luego enfoco la pantalla: 09:45.

—Mierda, mierda, mierda.

Tardo unos segundos en incorporarme. La cabeza me pesa como si no hubiera dormido nada. Y, en realidad, no lo hice. Anoche me prometí no volver a abrir el correo de Jane Sterling. Me lo repetí como un mantra después de escuchar el último episodio del pódcast de Sloane. Pero, aun así, lo leí otra vez. Despacio. Línea por línea. Como si entre sus palabras fuera a aparecer algo nuevo. Algo que no hubiera visto antes. No apareció nada. Solo más preguntas.

El teléfono vuelve a vibrar y esta vez lo cojo de golpe. El corazón me golpea en el pecho con fuerza. Cuando veo el nombre en la pantalla me doy cuenta de que tengo veinte mensajes de Maya:

Maya

¿Dónde estás?

La reunión es a las diez.

¡Tessa, contesta!

Voy entrando, te espero en la sala D.

Me quedo congelada.

La reunión era a las once. Lo vi en el calendario. Lo comprobé antes de dormir. Lo recuerdo con una claridad incómoda. Me incorporo de golpe, reviso el Google Calendar y... ahí está.

Google Calendar: Reunión propuesta – Sala D – Hoy, 10:00

No.

Ayer estaba marcado una hora después. Lo sé. Si lo hubieran cambiado, habría avisos. Notificaciones. Algo. Pero no hay nada. Solo el registro a las diez, como si siempre hubiera sido así. Si Maya no se hubiera llevado mi agenda por accidente, esto no habría pasado. Puede que estuviera cansada, pero juraría que era a las once.

El pánico me paraliza un segundo. Luego reacciono.

Consigue tiempo. Estoy llegando.

Me visto a toda velocidad: vaqueros, camisa arrugada, el moño de ayer rehecho a trompicones. Apenas me pongo la pulsera y agarro la carpeta. No desayuno. No pienso. Solo corro.

Entro en Blackpage a las 10:25, con el corazón golpeándome en las costillas como si quisiera salirse. Subo de dos en dos las escaleras porque el ascensor seguramente tardaría una eternidad.

Al llegar a la sala D, me detengo un segundo frente al cristal. Veo a Maya hablando con seguridad, las manos en el aire, captando la atención de una mesa larga repleta de trajes, corbatas y rostros tensos. El foco del proyector ilumina la pared y recorta sombras alargadas.

Reconozco a Maddox en la cabecera. A Anna, sentada a su derecha, con el dossier cerrado y expresión contenida. Dos sitios a la

derecha está Sloane. No hace nada para llamar la atención, solo observa.

Respiro. Uno. Dos. Tres.

Abro la puerta y todas las cabezas se giran hacia mí. El silencio se vuelve personal.

—Lo siento muchísimo, he tenido un percance con el metro — balbuceo, todavía sin aliento.

Maddox me lanza una mirada que podría fulminar a cualquiera. Es la misma que Sterling me dedicó el día anterior a morir. Maya, en cambio, sonríe como si no pasara nada.

—Justo iba a empezar con la propuesta, Tessa. Llegas a tiempo — dice, tranquilizándose solo como ella sabe hacerlo.

Camino hasta su lado con la carpeta apretada contra el pecho, como si fuera un escudo. Maya me cede la palabra y, entre las dos, explicamos el Reto Sterling: un movimiento nacional en redes, dos fases, microrrelatos primero, manuscritos después, y un ganador novel publicado bajo el nombre del reto.

Cuando terminamos, la sala se queda en silencio. Esa clase de silencio el cual no sabes si es respeto... o fracaso absoluto.

Se me seca la boca.

Entonces Maddox se pone de pie y... aplaude. Es un aplauso breve, seco, que pronto imitan los demás.

—Me gusta. Me gusta mucho —dice, ajustándose la corbata—. Pero tenemos un problema. No podemos prometer publicar un libro sin encajarlo en nuestra agenda editorial. Y créanme, los huecos no son inmediatos. Cuando ese manuscrito pudiera ver la luz, el boom Sterling ya habría pasado.

Maya baja la mirada. Yo no.

—¿Y si se publica en el hueco que ha dejado Jane Sterling? —digo sin pensarlo demasiado.

Maddox suelta una risa incrédula.

—Imposible. Para que eso funcionara, necesitaríamos tener el manuscrito terminado en un mes y medio. Como muy tarde.

—Perfecto —respondo, seria.

—¿Perfecto? —responde incrédulo.

—Sí. Justamente de eso trata el reto. Sterling era famosa por escribir con rapidez y calidad. El reto tendrá una duración de treinta días. Treinta días para demostrar de qué eres capaz —hago una pausa para coger aire—. La sociedad quiere immediatez. Nosotros vamos a dársela. Y vamos a darle la mejor novela posible, que además llevará su nombre como homenaje.

El silencio que sigue mi propuesta se rompe en asentimientos. Maddox sonríe. Anna toma nota. Más atrás, Sloane levanta la vista un segundo. No sonríe. Tampoco frunce el ceño. Solo me observa.

—La idea es brillante. Tanto que, además de la publicación, añadiremos un premio económico para animar al mayor número posible de candidatos pese al reto de escribir en tan poco tiempo. Tendremos que reunirnos y consultarlo con socios y patrocinadores, pero esta edición podría contar con un premio de cien mil dólares —interviene uno de los jefes.

El corazón se me detiene.

Y justo cuando estoy a punto de convencerme de que he oído mal, Maya me aprieta el brazo y sonríe como si acabaran de anunciarnos que nos ha tocado la lotería.

—Muy bien, señorita Hale —dice Maddox al fin—. La idea es brillante, pero ha llegado tarde. Espero que no vuelva a ocurrir. Porque la próxima vez no la dejaré pasar... y perdería una mente brillante en la reunión. Así que que esta sea la primera y la última vez.

—Sí, señor Maddox. Tiene usted toda la razón —me disculpo, aunque por dentro estoy segura de que la reunión era una hora más tarde, pero estoy eufórica. He tenido una idea brillante.

Maya me abraza con fuerza. Anna asiente desde su sitio, aprobando, como si ya formáramos parte del equipo.

Cuando la reunión empieza a disolverse, me planteo preguntarle a Maddox si sería posible que Maya y yo participáramos en el reto. Durante un segundo estoy a punto de hacerlo... pero he llegado tarde, y su respuesta probablemente sería un rotundo no, ya que en estos premios no se permite que participen trabajadores de la editorial. Se me revuelve el estómago solo de pensar en salir elegidas y perder el premio o las prácticas, pero ¿no dicen que es mejor pedir perdón que pedir permiso?

Así que salgo de la sala poco después de Maya con la decisión tomada:

Yo voy a presentarme al reto.

Acelero el paso hasta que alcanzo a mi amiga.

—Maya, tengo una idea —susurro en su oreja.

—¿Qué estás tramando ahora, Tessa Hale? —pregunta con una sonrisa socarrona—. Por cierto, toma tu agenda —la saca de su bolso y me la tiende—. Ayer me la llevé sin querer.

—Gracias —digo cogiéndola—. Pues... he estado pensando en participar en el reto...

—¿Qué? —me interrumpe, frena en seco y me agarra el brazo para que yo también deje de andar.

—Que me voy a presentar al reto —repito.

—¿Le has preguntado al señor cascarrabias? —pregunta refiriéndose a Maddox.

—No —contesto de manera rotunda.

—¿Entonces? —me hace un gesto con la mano para que continúe hablando.

—A ver, amiga, si le preguntamos seguramente nos diga que no, por lo que vamos a presentarnos con un seudónimo —le explico.

—Tessa, no creo que sea una buena idea... me parece poco ético... —contesta frotándose el brazo.

—Maya, ni tú ni yo vamos a estar involucradas en cómo se desarrolla todo el concurso. Nosotras sólo hemos dado la idea. Somos simples becarias.

—Es verdad... ahí tienes razón —claudica.

—Además, si no fuera idea nuestra y no estuviéramos trabajando aquí... participaríamos seguramente —sigo convenciéndola.

—Eso es verdad...

—Pues ya está, decidido. ¿Cuándo quedamos para escribir? —le digo con una sonrisa.

—¿El jueves después del trabajo? —pregunta emocionada—. Así no lo entregamos las últimas. Si siguen la planificación que hemos hecho, el viernes a las once y cincuenta y nueve se cierra la recepción de microrrelatos —me recuerda.

—Sí, me parece bien. Nos dará tiempo.

—Pero... ¿y si nos seleccionan y nos pillan? —pregunta preocupada.

—Pues si nos seleccionan es porque valemos la pena. Además, es mejor pedir perdón que permiso... —repito la frase que me he dicho a mí misma.

—¡Me encanta esta Tessa que se salta las normas! —anuncia emocionada—. Pero ¿quién eres tú? ¿Y qué has hecho con mi amiga? —bromea.

8

El día siguiente al lanzamiento del Reto Sterling es como un meteorito en redes sociales.

En cuanto Maddox dio el visto bueno y el equipo de comunicación subió la campaña, los titulares empezaron a multiplicarse. Los *booktokers* lo comentaron con entusiasmo. En Twitter los *hashtags* #RetoSterling y #SterlingChallenge se viralizaron en cuestión de horas. *Instagram* se llenó de *stories* con portadas antiguas, frases de sus libros, fotos del altar improvisado que hay en el *hall*.

El correo de prensa se reenvía en bucle a diferentes medios de comunicación: «Blackpage homenajea a Jane Sterling con un concurso nacional para descubrir nuevas voces del *thriller*».

En TikTok ya hay vídeos de chicos y chicas hablando a cámara, con esa emoción nerviosa de quien siente que puede ser descubierto. «Voy a presentarme, tengo esta idea sobre un detective que...». Otro: «Me da miedo, pero Jane Sterling es mi inspiración desde siempre, así que aquí va mi relato...».

Maya y yo nos miramos y sonreímos. El caos de hace unos días ahora se ha transformado y ahora es un «caos» en el buen sentido.

Cuando llego a casa, me dejo caer en el sofá con una mezcla extraña de agotamiento y euforia. Dorian está en la cocina, removiendo algo en una olla, con el gesto relajado de quien ha tenido un buen día.

—¿Qué tal hoy, mi amor? —pregunta desde allí, sin mirarme, con un cucharón en la mano.

—Increíble. El Reto Sterling ya es viral. De verdad, es... una locura.

Dorian sonríe como si hubiera estado esperando exactamente esa respuesta.

—Sabía que lo lograrías, Tessa —dice tras una breve pausa—. Eres la mejor.

—Gracias —respondo, y lo digo de verdad—. Por cierto, mañana va a venir Maya a casa.

—¿Y eso? ¿Maratón de alguna película mala de las que te gustan? —bromea.

—Ojalá —me río—. Pero no. Maya y yo vamos a presentarnos al reto y queremos escribir juntas. Maddox no solo ha dado luz verde a la publicación de la novela ganadora, también ha aprobado una cuantía económica de cien mil dólares para el premio.

Lo digo con cuidado. Midiendo su reacción. Sus ojos se abren como platos al instante.

—¡Eso es genial! —responde sin dudar—. ¿La editorial os ha dado permiso?

—Sí... —miento, sin mirarlo.

Es una mentira pequeña. De las que se dicen para no romper nada.

—Entonces mañana llegaré tarde del trabajo —añade—. Así estaréis tranquilas. Pero la cena sigue en pie, ¿no?

—Claro que sí.

Se acerca y noto cómo intenta disimular el brillo de interés que le ha cruzado la mirada desde que mencioné lo que implica ganar el reto.

—Sería un sueño cumplido para ti si lo logras —pronuncia.

—Lo sé, aunque es complicado.

—Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo, Tess.

Asiento y fuerzo una pequeña sonrisa antes de apartarme ligeramente de él.

—Bueno, todavía tenemos que escribirla —bromeo, intentando rebajar la intensidad del momento—. Y sobrevivir a Maddox durante el proceso.

Inmediatamente desvío la conversación hacia temas más fáciles. Su posible ascenso. Una compañera suya del máster que detesta. Cualquier cosa que no parezca demasiado importante. Cuando terminamos, nos dejamos caer en el sofá. Yo abro el portátil con la intención firme de empezar a pensar un relato para el concurso. Mil palabras. Un *thriller* rápido. Algo que Jane Sterling habría aprobado. A mi lado, Dorian desbloquea el móvil y el sonido de TikTok irrumpe en el salón.

Parpadeo.

—¿Tú con TikTok? —pregunto, sorprendida.

—Me lo he instalado hoy —responde, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Hoy? Pero si ni siquiera usas Instagram...

Dorian sonríe, un poco incómodo, gira la pantalla y aparece Sloane.

El corazón me da un vuelco, aunque por fuera no se note. Su voz pausada llena el salón. Esa cadencia precisa. La música de fondo. El tono de alguien que controla la historia que está contando.

—Es buena —dice Dorian, absorto—. Tiene algo especial para narrar... Me la encontré hace unos días en la cafetería de la universidad. Fue ella quien me contó que ahora se dedica a crear contenido de *true crime*. Me dijo que escuchara su pódcast.

—Ah... —respondo, fingiendo sorpresa—. No tenía ni idea.

Miento sin pestañear.

—¿Te la has encontrado hoy? —añado, como si fuera simple curiosidad.

—Sí. Me ha contado que a veces va allí para investigar casos para su pódcast en la biblioteca. ¿Te molesta que hayamos hablado?

—No, para nada —digo rápido—. Solo preguntaba porque hace mucho que no sabía de ella.

Otra mentira. Mejor dicha y mejor colocada.

No le digo que la vi el primer día en Blackpage, bueno más bien que trabaja en la misma editorial que yo.

—Me ha preguntado por ti —añade de pronto.

El aire se me queda atascado en el pecho.

—¿Por mí?

—Sí. Quería saber qué fue de ti. Si seguías escribiendo...

Fuerzo una sonrisa y me parece raro que no le haya dicho que nos vimos en la editorial, pero sinceramente se lo agradezco, no quiero que Dorian esté al corriente de mi pasado.

Dorian me observa unos segundos. Luego baja el móvil.

—¿Puedo preguntarte algo? Pero de verdad —asiento—. ¿Por qué dejasteis de ser amigas?

Mis dedos se quedan quietos sobre el teclado.

—Es... complicado.

Dorian asiente, como si entendiera que no es el momento. Se levanta y estira los brazos.

—Bueno... pues voy a ducharme y a la cama. No te quedes hasta tarde.

Me besa en la frente y desaparece por el pasillo.

Dorian y yo no empezamos de golpe. Nos conocíamos de vista desde primero. Él era «el chico de la biblioteca», el que siempre estaba entre estanterías, el que sonreía cuando coincidíamos en la máquina de café. Hablamos un par de veces. Nada importante.

Comentarios sueltos. Una broma tonta. Él sabía que Sloane y yo éramos amigas. Yo sabía que él compartía clases con ella. Y ahí se quedó todo. Hasta que Sloane se fue.

No fue inmediato. No pasó nada al día siguiente. Ni a la semana. Pasaron meses. Meses en los que su nombre dejó de mencionarse. En los que su cama quedó vacía en el piso. En los que la vida siguió, como si no hubiera pasado nada... aunque lo hubiera cambiado todo. Y entonces, sin darme cuenta, Dorian empezó a estar más. Más cafés. Más conversaciones. Más silencios cómodos. Empezamos a salir cuando Sloane ya no formaba parte de mi día a día. Cuando el pasado parecía algo lejano. Controlado.

Dorian nunca preguntó demasiado. Tampoco supo por qué Sloane dejó la carrera. Ni por qué desapareció de un día para otro. Sobre todo, nunca supo la verdad. Y nunca la sabrá. Porque si la supiera, me dejaría. Lo sé.

No porque sea cruel, sino porque es justo lo contrario.

Dorian es lo mejor que me ha pasado. Demasiado bueno. Demasiado real para el tipo de persona que fui entonces. Y no pienso perderlo por algo que ya no soy.

Por eso, cuando pienso en Sloane, en que no haya mencionado nada de mi pasado, siento algo parecido al alivio. Aunque no deja de ponerme nerviosa que se haya atrevido a acercarse a Dorian.

Una notificación me saca de mis pensamientos.

@SloaneLane ha empezado a seguirte.

Me quedo inmóvil, porque no la sigo con mi cuenta personal. Nunca la he buscado desde aquí. Todo lo que sé de ella lo he visto desde una cuenta secundaria. Y, aun así, me ha seguido.

El móvil vuelve a sonar, pero ahora es un mensaje directo.

Sloane

Tenemos que hablar.

El pulso me retumba en los oídos.

Y sé, con una certeza incómoda, que esto no va a acabar bien.

9

Me despierto antes de que suene el despertador, con esa sensación extraña de haber dormido... pero no descansado. El cuerpo pesado. La cabeza un segundo por detrás de todo lo demás. Me quedo quieta unos segundos, respirando, intentando recomponerme antes de levantarme. Como hago últimamente.

Llevo semanas notándome rara. No cansada. Ni triste. Rara. Y, aun así, creo que he estado haciéndolo bien. Sonriendo cuando toca. Contestando que sí cuando me preguntan si estoy bien. Siguiendo la rutina. Convenciendo a Dorian de que no hay nada de qué preocuparse.

Anoche, después de leer el mensaje de Sloane, le respondí tras darle muchas vueltas con un simple: *¿Cuándo?* No era una pregunta complicada. No pedía explicaciones. Solo una hora, un lugar, una señal de que iba a decir algo más, pero no contestó.

El olor a café me saca de ese tornado de pensamientos y me guía hasta la cocina. Dorian está allí, de espaldas, moviéndose con una concentración casi exagerada. Huevos en la sartén, beicon chisporroteando, la televisión encendida con el volumen bajo. Dos vasos de zumo sobre la encimera. Todo parece normal. Hasta que lo veo.

Inclina uno de los vasos y deja caer dentro dos pastillas pequeñas. Se disuelven despacio, sin hacer ruido.

—¿Qué haces? —pregunto, con la voz aún ronca por el sueño.

Dorian se queda inmóvil un segundo, y luego se gira con una expresión de niño pillado con las manos en la masa.

—No es nada malo, lo juro —dice rápido—. Son vitaminas —añade levantando las manos como si eso lo explicara todo.

Abre un cajón y saca un bote con una etiqueta verde menta: «NeuroBloom. Energía. Claridad. Bienestar». Reconozco el nombre enseguida, lo he visto anunciado en todas partes últimamente.

—Te he visto muy cansada estos días —comenta en voz baja—. Pensé que podría ayudarte un poco.

Ahí es cuando algo se me hunde en el estómago. Porque yo creía que no se notaba. Creía que estaba haciéndolo bien. Creía que había conseguido que no se diera cuenta.

—Podrías habérmelo dicho —murmuro al fin.

El nudo en el estómago porque Dorian haya notado mi inquietud diaria se transforma en una rabia devastadora. ¿Qué importa que las pastillas sean naturales o que él crea que estaba ayudándome? Me ha drogado. Dorian ha puesto pastillas en mi desayuno. Sin preguntarme. Sin avisarme. Como si tuviera derecho a decidir qué entra en mi cuerpo solo porque cree conocerme mejor que yo misma. Y después de todo lo que he pasado con la medicación, él mejor que nadie debería saber que no puede hacerme algo así.

—Sabía que, si te lo decía, no las ibas a tomar —responde encogiéndose de hombros—. Perdón, Tess, solo quería que te sintieras mejor.

—¿Hace cuánto lo estás haciendo? —pregunto con la rabia trepándome por la garganta como ácido.

—Hace... unos días —confiesa con la cabeza gacha.

—¿Hace unos días? —grito desesperada.

Respiro hondo y asiento despacio. No pasa nada, me digo para tranquilizarme, aunque sí que pasa.

Hace años que no tomo nada. Ni una pastilla. Ni un analgésico. Ni una aspirina. Después de la muerte de mi padre, la psiquiatra pensó que el mejor tratamiento para mis crisis era medicarme, o como ella decía: «para ayudarte a estabilizarte». Pero el resultado fue justo el contrario: alucinaciones, terrores nocturnos, una versión distorsionada de la realidad que no deseo volver a vivir nunca. Desde entonces no tomo nada. Absolutamente nada.

Dorian intenta acercarse. Sus brazos se abren hacia mí. Quiere que nos fundamos en un abrazo para volver a suplicar mi perdón y darme de nuevo esa explicación con la que pretende convencerme de que lo ha hecho por mi bien. Porque me quiere. Porque solo desea cuidarme. Y sé que es cierto, pero no me apetece zanjarlo aquí y ahora.

—No —digo, apartándome de golpe antes de que pueda tocarme—. Necesito... Necesito que me dejes sola, Dorian.

Sus brazos caen inertes a ambos lados del cuerpo. La luz de esos ojos que me aman se atenúa al instante y una punzada de culpa me atraviesa por haberlo rechazado, pero el enfado sigue ardiendo demasiado fuerte dentro de mí como para ceder.

Me alejo para ir a la habitación sin mirar atrás.

Mientras me visto, no puedo dejar de pensar en ello. En lo fácil que ha sido para Dorian echar esas pastillas en el vaso, en lo mucho que confía en que no me dé cuenta y en esa sensación extraña que llevo días arrastrando. Obviamente no creo que esas vitaminas puedan hacerme el más mínimo efecto, pero hacía mucho tiempo que no me sentía así.

En el metro, Maya habla sin parar sobre el Reto Sterling.

—No te exagero, Tessa. Hay gente en TikTok que está llorando de la emoción por participar. Creo que ha sido una idea fantástica —dice alucinada.

Yo asiento, pero tengo la cabeza en otra parte.

Busco «NeuroBloom» en el móvil. Las reseñas son casi idénticas a las frases de los anuncios: «100 % natural», «sin efectos secundarios», «te cambia la vida». Todo suena tan correcto que roza lo sospechoso.

—¿Qué miras? —pregunta Maya, inclinándose hacia mí.

—Esto... son unas vitaminas que me ha comprado Dorian — respondo, sin añadir nada más.

—Pues como funcionen, me las compro. Necesito energía. —Se ríe—. Parece ser que nos estamos haciendo viejas, hablando de suplementos en el metro.

Sonrío sin muchas ganas. La verdad es que me siento rara.

Al llegar a la editorial, Anna nos intercepta antes de que podamos dejar los abrigos.

—Buenos días —dice entusiasmada—. Hoy vais a tener una jornada movidita. Gracias a vosotras, Blackpage tiene una oportunidad de salir a flote después de... lo de Sterling. —En esa última frase la voz se le apaga un poco—. Así que muchas gracias, pero hay que volver al «trabajo de verdad».

Mientras caminamos por el pasillo, Anna nos indica las tareas que tenemos que llevar a cabo hoy.

—Tessa, hoy te toca hacer dos informes de lectura, es decir, los *reader's reports*. Te he pasado por correo los manuscritos y puedes imprimirlo si lo necesitas. Maya, tú hoy te encargas de la búsqueda de referencias y derechos de autor del último manuscrito de Austin Pael. También lo tienes en tu correo.

Maya y yo asentimos a la vez y nos dirigimos a nuestras mesas para ponernos manos a la obra. Cuando hacemos la parada para comer, casi he terminado de leer uno de los manuscritos y la historia me tiene completamente enamorada. Es una comedia romántica de

lo más original. Pero por los comentarios que ha soltado Maya mientras trabajábamos, parece ser que su tarea es un poco menos divertida que la mía.

Tras terminar el segundo manuscrito y empezar el informe sobre este, la jornada laboral se acaba por fin.

—¡Amiga, ha llegado el momento de escribir! —dice Maya cuando cierra el portátil.

—Shhh, que nos van a oír —le reprendo.

—Perdóname, pero es que estoy muy emocionada —dice con una sonrisa.

—Yo también —miento, porque solo puedo pensar en el mensaje de Sloane y en que todavía no he recibido respuesta.

De camino de vuelta a casa Maya me cuenta todas las ideas que pensó ayer y yo me doy cuenta de que no he tenido ninguna idea buena. Al llegar a mi apartamento, mi amiga se deshace de la chaqueta y el bolso. Y se dispone a abrir el portátil enseguida, para concentrarse. Yo me quedo mirando la pantalla en blanco. No me sale ni una palabra.

Entre las vitaminas que Dorian me ha estado dando a escondidas y el silencio por parte de Sloane no he podido pensar en alguna idea.

Después de un rato decido recorrer el apartamento para despejarme. Camino por el pasillo a oscuras, paso por el baño y, al volver, el sonido de una notificación me sobresalta. Al desbloquearlo veo que proviene de la aplicación de TikTok:

Basado en tus intereses esta serie de creadores han subido un vídeo nuevo:
@Ellensboocktok, @Samboocks, @SloaneLane...

Abro la aplicación y busco a Sloane en el buscador. El último vídeo que ha subido es hace dos horas —ya me podría haber contestado

—, es un *clip* del episodio del pódcast en el que habla del caso Jane Sterling.

Entonces una idea me ilumina la cabeza y corro de vuelta al salón para escribir.

Cuando me siento otra vez frente al portátil, la idea parece desarrollarse sola, como si hubiera estado esperándome.

La historia parte de una escritora que aparentemente se suicidó, pero cuya muerte esconde algo mucho más oscuro. Forzada al silencio, decidió hablar de la única forma que podía: dejando pistas en su última novela para que alguien, algún día, descubriera la verdad.

Al cabo de unas horas Maya intenta convencerme de parar para hacer un descanso, pero no puedo. Siento que, si dejo de teclear, la historia se me escapa, pero tres horas después tengo el microrrelato completo. Lo leo entero, en voz baja. No sé si está a la altura del concurso, pero es mío y me gusta.

Cuando ambas creemos que nuestras minihistorias están listas, nos intercambiamos los portátiles. Durante varios minutos se crea un silencio sepulcral hasta que Maya lo rompe con estrépito:

—¡Tessa! ¡Me encanta! —grita a todo pulmón.

—¿En serio? —pregunto atónita.

—Sí, tía, es ligero, es intrigante y la prota me encanta —comenta con entusiasmo.

—¡Muchas gracias, Maya! —grito, y doy un saltito de emoción dejando el portátil a un lado y le doy un abrazo—. Ahora es tu turno. Maya, no sé cómo decirte que... ¡me putoencanta! —grito entusiasmada.

—¿De verdad? —pregunta en voz baja.

—¡Claro que sí! —respondo enseguida—. Maya, quiero que ese hombre también me acose a tal punto que me enamore —le digo

refiriéndome al protagonista masculino de su microrrelato.

Maya estalla en carcajadas.

—Me puedes explicar cómo se te ha ocurrido que él le meta a ella el cañón de una pistola por... ahí —señalo las partes íntimas de mi amiga.

—Prefiero que no preguntes —contesta entre risas—. Mejor, vamos a celebrarlo —anuncia.

Maya y yo salimos del apartamento con la energía por las nubes. Nos dirigimos a un bar que se ha puesto muy de moda y que está relativamente cerca. Según me ha contado mi amiga.

—Maya, estamos a una parada del trabajo, ¿no has dicho que estaba cerca? —pregunto un poco irritada.

—Bueno..., puede ser que te haya mentido un poco, pero va a merecer la pena —asegura dándome un beso.

Cuando por fin llegamos, el bar está prácticamente vacío. Maya me mira con una cara extraña y me hace un leve gesto con la cabeza para que mire en esa dirección. Le hago caso y veo al instante a Kai. Camiseta remangada, sonrisa socarrona y el pelo algo revuelto. Está sentado en un taburete, apoyado con confianza en la barra, como si fuera su sitio de siempre.

—¿Qué tal el día, chicas? —pregunta acercándose.

—¡Pues de puta madre! —responde Maya antes de que pueda abrir la boca.

Kai se ríe.

—Me alegro mucho —dice, mirándonos—. ¿Os sentáis?

Yo no contesto enseguida.

Durante un rato he conseguido algo que no me pasaba desde hace días: dejar la mente en blanco. Reírme. Pensar solo en escribir. En Maya. En nada más. Y ahora mismo no me apetece socializar. No me apetece explicar nada. Ni añadir otra presencia a este pequeño

espacio seguro que acabábamos de construir. Lo único que quiero es divertirme aquí, con mi amiga, un rato más.

—Pues claro que sí —responde Maya enseguida y yo me aguanto las ganas de resoplar.

Llevo un rato escuchándolos hablar. O fingiendo que escucho. Kai está contando algo sobre un proyecto nuevo, Maya le sigue el hilo con entusiasmo, se ríen, se interrumpen, se entienden demasiado bien. La conversación es... «fascinante». Le doy vueltas al hielo del vaso y dejo que sus voces se mezclen en un murmullo de fondo.

El móvil vibra sobre la mesa, lo cojo con rapidez y entonces mi cuerpo se tensa.

Sloane

Te espero en quince minutos.

En el bar de siempre.

El corazón me da un salto. Miro la hora y hago el cálculo casi sin darme cuenta de cuánto tiempo voy a tardar. Si salgo ahora puedo llegar en diez minutos. Me sobra tiempo. Bloqueo el móvil y levanto la vista. Maya sigue hablando, gesticulando, ajena a todo. Kai asiente, apoyado en la barra, completamente cómodo.

Me levanto.

—Oye —digo, forzando una sonrisa—, lo siento, pero me tengo que ir.

Maya frunce el ceño, sorprendida.

—¿Ahora?

Asiento.

—Sí. Me ha surgido una cosa.

No explico más.

Salgo del bar y el aire frío me golpea la cara, como si intentara despertarme. Camino rápido, sin pensar demasiado, con el sonido de mis pasos marcándome el ritmo. El móvil vibra otra vez en el bolsillo.

Dorian

¿Dónde estás? La cena ya está casi lista.

Se me encoge el estómago. Mierda. La cena.

Me detengo un segundo en mitad de la acera. Me apoyo en una farola y cierro los ojos. Me odio un poco por haberlo olvidado. Por lo fácil que ha sido apartarlo de la cabeza. Dorian, con su cuidado constante, con su manera de estar siempre ahí sin exigir nada. Dorian, que no tiene la culpa de nada de esto. Podría dar la vuelta...

Miro el móvil otra vez y veo que me quedan siete minutos. Cinco si acelero el paso. Respiro hondo y escribo rápido, sin pensar demasiado, antes de que me arrepienta.

Lo siento, se me ha complicado el día. Ceno fuera.

Luego hablamos, ¿vale?

Bloqueo la pantalla antes de que pueda contestar. No me gusta la decisión que acabo de tomar, pero sigo adelante. Porque hay preguntas que llevan demasiado tiempo persiguiéndome. Porque necesito saber. Porque, por una vez, no voy a elegir lo fácil.

Reanudo el paso. El bar de siempre está cada vez más cerca. Y con él, la sensación de que estoy a punto de cruzar una línea que puede no tener vuelta atrás.

10

Llego al sitio con algunos minutos de antelación y ahora mismo no sé si ha sido buena idea venir. El bar está casi igual que siempre: luz cálida, mesas de madera, música baja... El tipo de sitio donde nadie presta demasiada atención a nadie. El bar de siempre. El que dejamos de frecuentar cuando todo se torció.

Sloane está sentada al fondo, con la espalda apoyada en la pared y una taza entre las manos. No bebe. Solo la rodea con los dedos. Mira el móvil, pero no parece leer nada. Cuando levanta la vista y me ve, se levanta de golpe, como impulsada por un resorte, y cruza la distancia que nos separa en dos pasos. Antes de que pueda reaccionar, me abraza. No es un abrazo incómodo ni torpe. Es firme. Seguro. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si yo no fuera la responsable de lo que ocurrió.

Me quedo rígida durante un segundo, sorprendida, intentando procesar el gesto. Me había preparado para muchas cosas: reproches, frialdad e insultos, pero no para esto. Por lo que le devuelvo el abrazo, aunque lo hago tarde y con cuidado, como si no estuviera del todo segura de tener derecho a hacerlo.

—Gracias por venir —dice en voz baja.

Asiento sin saber muy bien qué contestar y nos sentamos frente a frente. Durante unos segundos no hablamos. El camarero se acerca y pedimos lo que siempre solíamos tomar.

—Tenía ganas de verte —dice Sloane al fin—. No para lo que piensas. Solo... para hablar.

—Lo entiendo.

No estoy segura de que sea verdad, pero tampoco miento del todo.

—Quería decirte algo —continúa—. Y no quería hacerlo por mensaje.

Asiento otra vez. Siento una presión leve en el pecho, una expectativa que no sé si quiero cumplir.

—Durante mucho tiempo pensé que todo era culpa tuya —dice de pronto, sin rodeos—. Que si tú hubieras hecho algo distinto, que si no hubieras dicho aquello, que si...

Se detiene. No termina la frase. La miro, desconcertada. No esperaba eso. No así.

—Tú no tuviste la culpa, Tessa —dice al fin, mirándome a los ojos.

Las palabras me caen encima con un peso extraño. No me alivian. No me liberan. Simplemente no encajan con la historia que llevo años repitiéndome.

—La que se alejó... fui yo —añade—. Y lo hice porque no encontré otra manera...

—Sloane...

—No —me interrumpe con suavidad—. No quiero que te disculpes. No quiero explicaciones. Ha pasado tiempo. He pensado mucho. He madurado. Y... —se encoge de hombros— supongo que necesitaba decirte esto en persona.

No sé qué responder. Tengo la sensación de estar escuchando algo que no me corresponde. Algo que, a lo mejor en otro momento, me habría ayudado bastante.

Hablamos un rato más. De cosas neutras. Superficiales. Trabajo. Rutinas. La ciudad. No entramos en los detalles importantes, pero tampoco los esquivamos de forma evidente. Simplemente orbitamos alrededor.

Sloane no menciona Blackpage, ni menciona a Jane Sterling y tampoco profundizamos más en el pasado. Ni siquiera hablamos de la universidad o del encuentro que tuvo con Dorian. Pero eso no es lo que más me inquieta: ninguna de las dos ha mencionado a Flynn.

Quizá sea mejor así. No remover lo que pasó para evitar hacernos todavía más daño.

Miro el reloj sin querer y la imagen de Dorian esperándome en casa me revuelve el estómago.

—Sloane..., tengo que irme —la interrumpo—. Hoy había quedado con Dorian y lo he dejado plantado.

—¡Por Dios, Tessa! Podríamos haber quedado mañana —responde con culpabilidad—. Pero... me alegro de que hayas venido.

—Yo también. Y no te preocupes por Dorian, ya lo recompensaré.

No sé si lo conseguiré, pero suena convincente.

Al llegar a casa me falta el aire y me cuesta abrir la puerta por los nervios. Cuando por fin lo consigo, entro y la casa me recibe a oscuras.

—¿Dorian? —pregunto bastante alto para que me oiga.

No hay respuesta.

Camino a ciegas por el apartamento. El salón está un poco más iluminado y entonces lo veo todo con claridad: mantas extendidas en el suelo, velas apagadas, copas de vino a medio servir y un vídeo en la televisión que simula una chimenea.

Así, sin apenas luz, ya es bonito. No quiero imaginar cómo habría sido cuando las velas estaban encendidas y él me esperaba con dos copas de vino.

El nudo en la garganta me asfixia. Lo he estropeado por completo. Después de lo de las pastillas naturales, esto era su intento de arreglar las cosas. Soy una imbécil.

Saco el teléfono y marco su número con rapidez, pero antes de que suene aparece por el pasillo, en pijama.

—Lo siento —digo nada más verlo—. Tenía que hacer una cosa...

Me mira durante unos segundos antes de hablar.

—Había preparado algo especial —dice con apenas un susurro.

—Lo sé —me lamento por haberlo arruinado.

No me reprocha nada. Incluso vuelve a disculparse con una sinceridad que me desarma por haber intentado cuidarme sin mi permiso. Y eso lo hace peor.

—¿Todo bien?

—Pues... he hablado con Sloane —admito, cambiando de tema, y este levanta ligeramente las cejas.

—¿Ah, sí? —pregunta sorprendido.

—Sí —sonríó apenas.

Asiente despacio.

—Bueno..., entonces me alegro —dice acercándose un poco más—. Sé que era algo importante para ti.

Hace una pausa.

—Solo... avísame la próxima vez. Lo entenderé, ¿vale?

—Lo haré.

Acto seguido me besa.

Dorian es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y probablemente yo sea una de las peores cosas que le han pasado a él. Aunque aún no lo sepa.

11

Casi ha pasado una semana desde la noche en la que llegué tarde a la cita con Dorian. De momento, todo va bien. O eso es lo que diría cualquiera que nos viera desde fuera. Seguimos desayunando juntos. Seguimos durmiendo en la misma cama. Seguimos preguntándonos cómo ha ido el día. Pero algo ha cambiado. No de forma evidente. No lo suficiente como para señalarlo con el dedo. Es más bien una sensación. Ahora el aire entre nosotros pesa un poco más. Las conversaciones se vuelven lentas, cuando antes fluían. Las pausas aparecen sin motivo aparente. Como si los dos camináramos con cuidado, procurando no pisar nada invisible.

Dorian intenta no mirarme cuando me quedo en blanco. Yo intento sonreír cuando tardo demasiado en responder. Y cada vez me cuesta más justificarme.

No es que no recuerde las cosas. Es que el tiempo se me escapa. Se me desliza entre los dedos sin que me dé cuenta. Un minuto se convierte en media hora. Un trayecto corto se alarga sin motivo. Y cuando intento reconstruirlo, todo parece lógico..., pero incompleto.

Antes fingir que no pasaba nada era fácil. Ahora tengo que esforzarme.

Maya, en cambio, se ha pasado toda la semana pendiente de mí, recordándome día tras día que Kai solo le preguntaba sobre mí cuando los dejé a solas en el bar. Un comentario amable dicho sin segundas. Gente que se conoce, que charla un rato y que luego

sigue con su vida. Nada más. No quiero buscar significados donde no los hay ni añadir otra preocupación a una lista que ya empieza a pesar demasiado. Así que lo dejo ahí. Archivado. Como si no hubiera pasado. Aun así, Maya me ha estado «ayudando» a esquivarlo como si fuera una ninja profesional.

Cada vez que nos lo cruzamos por el pasillo, se interpone con excusas absurdas: «¡Tessa, corre, Anna te está buscando!» o «¡Urgente, hay que ir a la impresora!». No es muy discreta, pero por el momento parece que ha servido.

Desde que hablé con Sloane, las cosas en la editorial también son distintas. No fue de golpe, no como en las películas, pero cuando nos cruzamos por el pasillo nos saludamos. A veces intercambiamos un comentario rápido sobre el trabajo, una broma ligera, algo sin peso. No hablamos del pasado. Tampoco lo evitamos de forma consciente. Simplemente... no es necesario.

En los últimos días solo he vuelto a leer el correo de Jane Sterling un par de veces. No más. Como si ponerme ese límite sirviera de algo. Empiezo a pensar seriamente en borrarlo, porque es evidente que no voy a encontrar ahí la respuesta que busco y, aun así, sigo abriéndolo con la misma expectativa absurda. Me está pasando factura. Se nota. He terminado el microrrelato y lo he entregado por los pelos, no por falta de interés, sino por no estar centrada. Como si todo lo demás se hubiera colocado delante de la pantalla y me hubiera dejado escribir solo a ratos.

La semana vuelve a empezar. Es lunes y Boston parece ir un paso por detrás, como si el cielo aún no hubiera terminado de despertarse. El café que me preparo —porque sí, desde que pillé a Dorian echándome vitaminas en el desayuno, soy yo la que se encarga de hacerlo— no me hace ningún efecto. Lo bebo igual, más

por costumbre que por necesidad, esperando sentir algo que no llega.

A primera hora, Anna nos ha citado en su despacho y hablando con Maya no sabemos exactamente por qué lo ha hecho.

La primera fase del Reto Sterling terminó el viernes a medianoche y, según el correo interno, los seleccionados ya habían sido contactados por correo durante el fin de semana.

Solo nos hemos enterado por TikTok de la parte triste del proceso: vídeos de gente llorando, mensajes de decepción, *hashtags* de #NosotrosNoSomosSterling.

También vi un vídeo de una chica que me dejó hecha polvo. En él contaba la idea de su relato: una chica con gustos poco convencionales que se enamoraba de un asesino en serie y juntos se convertían en una máquina de matar. Era brillante. Oscura. Perfecta. Pero se parecía mucho al primer libro de Sterling. Y obviamente no la habían seleccionado.

Maya y yo tampoco recibimos ningún correo, así que asumimos que tampoco habíamos pasado a la siguiente fase.

Los nombres de los tres finalistas son confidenciales —ni siquiera los encargados de hacer los informes podían contárnoslo todavía—, pero ambas teníamos la esperanza de poder sonsacar algo después de la reunión —al final, la idea era nuestra, ¿no?

Solo esperábamos que Anna no nos hubiera llamado para echarnos una bronca por olvidar alguna tarea o algo parecido.

El despacho de Anna siempre huele igual: a café y a papel. Ella está detrás de su escritorio, revisando algo en la pantalla del ordenador. Cuando entramos nos mira por encima de las gafas, con ese tipo de mirada que parece un análisis psicológico. Y yo odio todo lo que tenga que ver con la psicología.

—Señorita Hale, señorita Graves —dice sin preámbulos—. Por lo que veo han decidido participar en el Reto Sterling, ¿no?

Mierda. Eso no me lo esperaba.

—Mmmm... Sí, señora —responde Maya con la cabeza agachada.

Anna junta las manos sobre la mesa y se toma unos segundos antes de continuar.

—He leído sus microrrelatos, bueno o más bien el de una tal Margot H. T. y una tal Lily Winter —hace una pausa—. Y, francamente, me sorprendieron. Pero, antes de contactar con ellas, porque no podemos directamente seleccionarlas, tenemos que investigar un poco —nos explica—. Nos dimos cuenta de que una de ellas no existía, por lo menos a nivel nacional y la otra es su madre —me señala de forma acusatoria.

Joder. Debería haber pensado otro nombre.

—Contactamos con su madre y ella no sabía nada sobre el concurso, por lo que supusimos que la verdadera autora era usted, señorita Hale... y por descarte la otra podría ser la señorita Graves. ¿Me equivoco?

Ambas negamos con la cabeza.

—Entonces mi pregunta es... —dice al fin—. ¿Qué hago con ustedes dos? —Se lleva el dedo a la barbilla y se da golpecitos a modo pensativo.

—Pues... —intenta contestar Maya.

—Shhh, silencio. Era una pregunta retórica —le explica a Maya—. Entonces tengo dos opciones. La primera, las dejo participar y se salen con la suya —enumera levantando un dedo—. Y la segunda, las descalifico por participar trabajando en la editorial, y pido a la universidad que les reasignen otras prácticas —dice ahora levantando otro dedo—. Creo que ya saben que la decisión final no

la tomo yo, pero... puedo influir mucho —añade con una leve sonrisa malévola.

Maya me lanza una mirada ansiosa. Yo mantengo las manos sobre la carpeta y respiro tranquila. En mi cabeza ya sé el final de este discurso: «Obviamente no han sido seleccionadas, me han hecho perder el tiempo, sigan con sus tareas».

—Siento decirles... —hace una pausa para crear una tensión que no me afecta en absoluto— ... que su carga de trabajo se va a incrementar notablemente en las próximas semanas.

Maya abre la boca, confundida, pero enseguida la cierra. Yo no.

—¿Perdón? —pregunto elevando un poco el tono.

—Sí —Anna se reclina sobre la silla, entrelaza de nuevo sus dedos y sonríe, esta vez parece sincera—. Porque las dos han sido seleccionadas para pasar a la siguiente fase del concurso.

Durante unos segundos no entiendo las palabras que dice. O sea, las oigo, pero no las encajo en mi cabeza. ¿Seleccionadas? ¿Nosotras?

Maya grita —literalmente grita— y da un pequeño salto de emoción. Yo me quedo quieta, intentando procesarlo.

—¿Nosotras? —repito como una idiota.

—Ustedes —confirma—. Entre más de tres mil microrrelatos, las hemos seleccionado a ustedes. Bueno, a sus microrrelatos —y realmente suena sincera—. Les recomiendo que no se vuelvan a saltar las normas. Ahora mismo estamos viviendo un momento de crisis en la editorial y por eso se van a salvar, pero en situaciones normales ustedes no seguirían trabajando aquí —dice con seriedad—. Tienen talento —añade—. Pero ahora empieza la parte difícil. Escribir una novela. En treinta días.

Maya sonríe como si le hubiesen anunciado que acaba de ganar la lotería. Yo asiento despacio, aún en *shock*.

Cuando vamos a salir del despacho con los documentos que nos ha entregado y que debemos firmar —las bases para la siguiente fase, plazos, condiciones, todo ese papeleo que ahora parece oro—, Anna me pide que me quede a solas con ella un momento.

—Te espero en el pasillo —susurra Maya.

—Dígame —respondo sin tomar asiento.

—Señorita Hale, me ha gustado mucho su idea, la verdad es que creo que tiene potencial. Pero Maddox y yo hemos estado hablando... Como comprenderá, la muerte de Jane Sterling es muy cercana y no podemos permitir que escriba la novela sobre el relato que mandó. No queremos que se creen falsas especulaciones sobre el suicidio de Sterling. Ni que tampoco que crean que queremos lucrarnos con su muerte. Aun así, nos gusta su estilo. Tiene voz propia. Y por eso vamos a darle la oportunidad de continuar en el reto.

—Mmm... —No sé qué decir, esa era mi única idea buena.

—¿Lo entiende? —pregunta en un tono más grave.

—Sí. Sí, no se preocupe. Buscaré otra idea —respondo sin pensar demasiado.

—Muchas gracias. Ya puede retirarse.

Al salir del despacho, Maya me espera con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Estamos dentro! —dice Maya, tan alto que un editor levanta la vista de su pantalla.

—Sí... —respondo sin ánimo—. Estamos dentro.

—¿Qué pasa, Tess? —pregunta confundida.

—Pues que necesito buscar una idea nueva para la novela —escupo enfadada.

—¿Por qué? La idea de la autora esa era muy buena —responde incrédula.

—Pues... para que la gente no crea que la editorial quiere lucrarse con el suicidio de Sterling —resoplo.

—Joder... vaya mierda.

—Sí —respondo y camino por el pasillo.

Tengo treinta días para escribir una novela. Bueno, no, una novela cualquiera no, la mejor novela que sea capaz de escribir si quiero ganar el premio. Y no tengo ni idea de por dónde empezar.

12

Llevo horas sentada frente al ordenador y el documento sigue en blanco. No porque no haya escrito nada, sino porque he borrado todo lo que he escrito una y otra vez. El cursor parpadea con una paciencia cruel, como si supiera que va a ganar —treinta días—. Tan solo tengo cuatro semanas para escribir una novela. Y ni siquiera sé por dónde empezar.

He repasado todos los libros de Jane Sterling que tengo en casa. Los he sacado de las estanterías y los he apilado en el suelo del salón como si fueran pruebas de un caso policial. Paso las páginas despacio, deteniéndome en las frases subrayadas, en las anotaciones que hice en los márgenes hace años, en esos detalles que solo notas cuando lees algo que te marcó de verdad. Sterling era brillante escondiendo cosas a plena vista. Mensajes que no parecían mensajes. Frases que cobraban sentido tres capítulos después. Pistas que solo entendías cuando ya era demasiado tarde. Siempre me fascinó eso de ella. Su manera de hablarle al lector sin que el lector supiera que le estaban hablando.

Cierro uno de los libros y me quedo mirándolo unos segundos. Pienso, sin querer, en el correo. En lo fácil que sería convencerme de que ahí hay algo más. Algo que se me ha escapado. Pero niego con la cabeza antes de que la idea termine de formarse.

No. No voy a volver a leerlo. No voy a encontrar nada nuevo. Y seguir buscándolo solo va a hacerme perder tiempo.

Devuelvo los libros a su sitio con más brusquedad de la necesaria y cambio de estrategia.

Durante un buen rato he intentado ver películas de *thriller*. Documentales sobre casos reales. Historias de asesinatos sin resolver, de giros imposibles, de culpables que no lo eran. Pero nada me sirve. Todo me parece o demasiado obvio o excesivamente sangriento. Copias malas de algo que ya he visto mil veces. Historias que no me dicen nada. Así que acabo recurriendo a mi último recurso: TikTok.

Un terreno pantanoso donde se supone que no debería buscar inspiración, pero aquí estoy, con el *hashtag* #truecrime escrito en la barra de búsqueda. El algoritmo no tarda ni un segundo en hacer lo suyo. Deslizo el dedo una vez. Luego otra.

En los tres primeros vídeos aparece Sloane contando casos que ya he escuchado. Podría parar. Cerrar la aplicación. Decirme que por hoy ya he hecho suficiente. Pero mañana solo me quedarán veintinueve días, y por mucho que me pese admitirlo, Sloane es muy buena en lo que hace, por lo que seguramente se me ocurra algo si vuelvo a ver alguno de sus vídeos. Así que le doy a reproducir a uno de sus primeros vídeos.

—El caso de hoy comienza con un sueño. El de una chica que quería ser cantante...

La voz de Sloane irrumpe en el salón con más volumen del que esperaba y me sobresalto antes de bajarlo rápidamente. En la pantalla aparecen imágenes de una casa enorme, luces de neón, una habitación llena de instrumentos. Todo tiene ese acabado artificial que delata el uso de IA, pero funciona. Siempre funciona.

—Ella solía colarse todos los sábados por la noche en la mansión de un productor muy importante de la industria. Dejaba su maqueta en la mesa de su despacho, convencida de que algún día él la

escucharía. Pero una noche, al entrar, lo encontró brutalmente asesinado. Fue arrestada. Acusada. Y casi condenada por un crimen que no cometió.

La música de fondo sube de intensidad, marcando los silencios, guiando la emoción con precisión quirúrgica. Sloane habla despacio, dejando que cada frase se asiente antes de pasar a la siguiente. Sé que debería analizarlo desde fuera, como material de estudio, pero me descubro escuchando de verdad. Estoy tan concentrada que el sonido del teléfono vibrando me sobresalta. Miro la pantalla y en ella aparece un número que no me llamaba desde hace días.

—Hola, mamá —contesto agotada.

—Tessa, cariño, ¿cómo estás? Hace mucho que no te llamo. ¿Cómo van las prácticas? —dice con ese tono cantarín que usa muy pocas veces desde que mi padre murió.

—Bien..., un poco intensas, pero bien —digo pasa salir del paso.

—Ya... me imagino. Solo quería saber que estás comiendo bien y descansando. No te obsesiones tanto con el trabajo, ¿vale? —Esta vez cambia el tono y usa el que lleva usando desde que papá se suicidó. Un tono melancólico.

—Sí, estoy intentando comer bien —miento. Últimamente comer se me olvida con facilidad.

Aunque desayunamos juntos, cada uno se prepara lo suyo y siempre vigilo que no toque mi vaso ni mi plato por las mañanas. Y ahora tampoco le permito que me prepare la comida. Le he dicho que estoy haciendo una dieta que he visto en internet. No estoy segura de que se lo haya creído, pero desde entonces cocino solo para mí y me está dando una pereza horrible. Así que al final siempre suelo coger alguna sobra de algo o alguna fruta.

—Tessa —la voz de mi madre se vuelve más suave—, recuerda lo que le pasó a tu padre.

Trago saliva con dificultad porque lo recuerdo demasiado bien.

—No te preocupes, mamá. Estoy bien. De verdad —digo deseando que la conversación termine.

—Eso espero, cariño. Llámame esta semana, ¿vale?

—Vale, lo haré. Te quiero —respondo y suspiro.

—Y yo a ti, mi vida.

Cuelgo.

Desde que mi padre murió, mi madre ha cambiado mucho. Antes era más cercana, más cálida. Ya no. Pero no puedo culparla, creo que lo hace para evitar sentir más afecto por los demás.

Durante unos segundos me quedo en silencio, mirando la pantalla del móvil. El vídeo de Sloane sigue pausado, con su rostro detenido en un gesto serio. No me da tiempo a volver a reproducir el vídeo porque el olor a café recién hecho me invita a ir a la cocina.

Durante unos segundos, antes de llegar a la cocina, me imagino a Dorian preparando su desayuno, seguramente sin camiseta y el cuerpo aún húmedo por su ducha matutina. Hace una semana que Dorian y yo no nos acostamos. Quiero pensar que es porque está muy agobiado compaginando el máster y el trabajo, pero otra idea me ronda la mente: *¿Y si ya no le gusto porque se ha dado cuenta de que me estoy volviendo loca?*

—Tessa —dice al verme.

Está exactamente como lo había imaginado, ocupando nuestra cocina con esa presencia absurdamente perfecta que siempre consigue desarmarme.

—Hola —contesto.

Sobre la mesa hay dos tazas de café, huevos revueltos, beicon, zumo de naranja e incluso un cuenco con fruta cortada. Todo está perfectamente colocado.

—¿Qué es todo esto? —pregunto bostezando.

Dorian se encoge de hombros, sin dejar de sonreír.

—Un desayuno en condiciones —dice con naturalidad—. Estoy cansado de que hagas tú sola esa dieta —añade acercándose para darme un beso en los labios.

Dudo un poco y él parece darse cuenta.

—No te preocupes, mi amor, si estás preocupada por lo de las vitaminas quiero que sepas que no volveré a hacerlo. —Su tono de voz es sincero y la culpa que siente es real.

—Gracias... —respondo, y lo abrazo.

Después de permanecer unos segundos más abrazados, nos sentamos a desayunar. El café tiene un sabor más fuerte de lo habitual, pero está bueno. Durante el desayuno todo vuelve a parecer normal.

—¿Qué tal las prácticas? ¿Y el concurso ese?

Cuando cambia de tema para preguntarme sobre el trabajo no puedo evitar soltar un suspiro largo.

—Mal... —respondo sin muchos rodeos—. Mi jefa me dijo que había sido seleccionada para la siguiente fase, pero no les ha gustado mi idea. Necesito una nueva y no tengo ninguna.

—¿No? —pregunta, frunciendo el ceño.

—No.

Dorian se queda pensativo unos segundos.

—No puedes dejar pasar esta oportunidad —me recrimina de repente—. Tienes que pensar en algo y ponerte a escribir. No puedes perder la oportunidad de ganar todo ese dinero.

—Lo sé —respondo, indignada—. Estoy en ello, Dorian. Sé que me juego un premio muy alto, no solo el dinero, sino por la publicación con la que sueño.

Ese mismo sueño que compartía con mi padre y que acabó destrozándolo. Pero eso no lo menciono. Nos quedamos en silencio

hasta que él lo rompe.

—¿Y si le pides ayuda a alguien? —dice entonces Dorian, apoyándose en la encimera.

Levanto la vista de la mesa, frustrada.

—No puedo pedirle ayuda a Maya —respondo—. Ella también tiene que escribir su novela.

—No me refería a Maya... —añade, con una sonrisa ligera.

—¿Entonces a quién?

—Ayer vi a Sloane otra vez.

Tardo un par de segundos en procesarlo.

—¿A Sloane? ¿Otra vez? —pregunto, sorprendida, más que molesta.

—Sí. Me la crucé cerca de la universidad —explica con naturalidad—. Estuvimos hablando un rato. Le conté que Maya y tú os habíais presentado al Reto Sterling y me dijo que si necesitabas ayuda que la llamaras. Como en los viejos tiempos —termina con una sonrisa.

No sé muy bien qué esperaba sentir al oírlo. ¿Celos? ¿Rabia? No. Solo una incomodidad leve, como cuando algo no encaja del todo pero no sabes por qué.

—No hacía falta que le contaras nada —digo al final, procurando que mi tono no suene acusador.

—Solo fue una conversación —responde, encogiéndose de hombros—. Pensé que te alegraría saberlo.

Asiento despacio. En realidad, no me molesta que haya hablado con ella. Sloane y yo ahora no estamos tan mal. Nos saludamos. Hablamos de trabajo. Incluso hemos compartido alguna broma absurda en el pasillo. Supongo que es parte de volver a algo parecido a la normalidad.

Antes de que pueda añadir nada más, el móvil de Dorian vibra sobre la mesa. Lo mira un segundo, sonrío y lo deja boca abajo.

—Voy a cepillarme los dientes —dice, como si nada, y desaparece por el pasillo.

Me quedo sola en la cocina y Dorian ha dejado el móvil justo delante de mí. Durante unos segundos lo observo sin pensar realmente en nada. Dorian nunca me ha dado motivos para desconfiar. Nunca. No es de esconder cosas ni de jugar a dobles lecturas. No tiene secretos raros. No tiene mensajes misteriosos. Y, aun así, siento un impulso extraño, ajeno, como si mi mano no fuera del todo mía. Estiro los dedos apenas un centímetro, sin saber muy bien por qué. Cuando estoy a punto de alcanzarlo, escucho los pasos de Dorian acercándose. Retiro la mano de golpe, como si el teléfono quemara, y Dorian entra al momento, me da un beso rápido en la cabeza y coge las llaves.

—Me voy al trabajo —dice—. Y ponte a trabajar cuanto antes en la novela. Seguro que se te ocurre una buena idea.

—Sí... —respondo, aunque no estoy convencida.

La puerta se cierra tras él y el silencio vuelve a instalarse en la cocina. Me quedo mirando mi taza de café, ya fría, sin tocarla.

No sé qué me pasa. Ni por qué he estado a punto de hacer algo que nunca antes se me habría ocurrido. No siento desconfianza exactamente. Pero hay algo que no me encaja. Y por primera vez empiezo a preguntarme si el problema no está fuera..., sino dentro de mi cabeza.

13

—¿Sigues sin tener nada? —pregunta Maya nada más sentarse frente a mí, con ese tono de preocupación mezclado con curiosidad que le sale sin esfuerzo—. ¿Vas a decírselo a Anna? ¿Que aún no tienes una idea para la novela?

Saco el portátil del bolso mientras doy vueltas a esa opción, pero es pronto para rendirme.

—Aún no, encontraré algo sobre lo que escribir —contesto poco convencida.

Maya parece muy tranquila hoy. Yo, en cambio, llevo toda la mañana con la cabeza llena de pensamientos que no deberían estar ahí. En el metro, mientras el traqueteo del vagón me adormecía, no podía dejar de pensar en Dorian, en su sonrisa cuando leyó aquel mensaje, en cómo estuve a punto de revisar su teléfono.

No se lo he contado a Maya. No quiero que me mire con esa cara que pone cuando algo no le parece bien. Además, no tiene importancia. O eso intento creer.

En cuanto hubimos llegado a Blackpage, una montaña de manuscritos nos esperaba sobre cada una de nuestras mesas.

Anna apareció con su carpeta bajo el brazo, el pelo perfectamente recogido y con el mismo gesto de siempre: autoridad y cansancio a partes iguales.

—Tenéis que hacer una criba —añadió sin más, dejando los papeles frente a nosotras—. Hay que filtrar lo que tiene potencial de lo que no.

Tal y como llega, se marcha. Anna no parece tener humor ni paciencia suficiente para escuchar que una de sus finalistas no tiene ni idea de qué escribir para un reto que, además de viral, se ha convertido en mi gran oportunidad.

Así que me preparo para empezar a trabajar y terminar la tarea que nos ha asignado. Pero entonces lo noto.

Mi mesa está... rara.

Tardo unos segundos en identificar qué es lo que falta. Siempre tengo el mismo pisapapeles en la esquina derecha. Una esfera de cristal con pequeñas motas plateadas dentro. Lo llevo usando desde primero de carrera. Siempre está ahí. Siempre. Y ahora no está.

Frunzo el ceño y aparto el teclado. Muevo la libreta. Levanto la carpeta que tengo encima. Nada. Abro el primer cajón. Luego el segundo. Reviso incluso la papelera, aunque sé que no lo tiraría jamás. Vuelvo a mirar la mesa vacía. Lo recuerdo con claridad. Ayer lo hice girar entre los dedos mientras leía un manuscrito. Incluso lo aparté un poco para que no me tapara una frase. Lo dejé exactamente en la esquina derecha, alineado con el borde. Siempre lo dejo ahí. Siempre.

Pero ahora no está.

—¿Maya, has cogido mi pisapapeles? —pregunto intentando sonar tranquila.

Ella levanta la vista del ordenador.

—¿El de cristal? No.

Intento recordar con claridad dónde he podido dejarlo, pero solo consigo agobiarme, así que me obligo a no darle más vueltas. He buscado por todas partes y no lo encuentro. Ya aparecerá.

Durante el descanso para comer, me quedo sola en el rincón de siempre con mi táper de pasta y el portátil abierto. Busco

inspiración. Leo artículos, veo vídeos. El algoritmo me lanza, una vez más, los de Sloane. No quiero, pero termino viéndolos.

En uno de los vídeos habla sobre un caso en el que una mujer desaparece tras enviar un manuscrito a una editorial. Es inquietante. Hipnótico. Me resulta imposible no quedarme escuchándola. Cuando el vídeo termina, cierro el portátil.

Nada de esto me sirve. Nada me inspira.

Me froto los ojos y, sin querer, recuerdo lo que me dijo Dorian: «Sloane me comentó que, si necesitabas ayuda, la avisaras».

Ayuda.

No sé qué tipo de ayuda podría darme, pero antes de pensarlo demasiado, abro la aplicación de mensajes y busco su nombre. Ahí está: Sloane Lane.

El cursor parpadea en la barra de texto. No me gusta la idea de necesitarla. No me gusta admitir que tal vez sea la única persona que entiende este tipo de historias como yo. Pero tampoco me gusta seguir bloqueada. Y el tiempo no se detiene.

Tecleo despacio:

Hola, Sloane. ¿Qué tal estás?

Necesito que nos veamos.

Dudo un instante. A lo mejor es demasiado pronto para pedirle ayuda. Últimamente nos hemos llevado bien, pero... antes de que pueda echarme atrás, mi dedo ya ha tocado «enviar». La pantalla se queda congelada unos segundos, hasta que aparece el icono de los tres puntos moviéndose.

Sloane está escribiendo.

14

Llevo más de veinte minutos mirando la puerta de la cafetería.

El café se ha quedado frío hace un rato, pero no tengo valor para pedir otro. No sé si por los nervios o por el hecho de que no tengo muy claro qué hago aquí. He quedado con Sloane. Sí, con Sloane. Si me lo hubieran dicho hace dos semanas no podría creerlo.

Hace cuatro días le mandé aquel mensaje. «Hola, Sloane. ¿Qué tal estás? Necesito que nos veamos».

Durante todos estos días he intentado encontrar una excusa convincente para cancelar el plan. Necesitaba algo que sonara natural, como «Me he puesto enferma» o «Ya tengo una idea increíble para la novela». Pero no.

Ni idea.

Ni excusa.

Y ahora estoy aquí, fingiendo que sé lo que hago... Me quedan veinticinco días para escribir una novela y no tengo nada. Y si alguien sabe construir una historia desde la nada es ella. Mientras, espero a la persona con la que dejé de hablar hace tres años y que gracias al destino he «recuperado» o eso espero, porque ahora mismo la necesito.

El móvil vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Maya:

Maya

Creo que me he enamorado de mi propio personaje masculino. Esto es preocupante, ¿no?

Sonrío. No, no lo es. Al menos una de las dos está disfrutando el proceso creativo.

Le respondo con un *emoji* de risa, y justo cuando empiezo a escribirle algo más, una voz familiar me sobresalta.

—Vaya, no esperaba que siguieras riéndote igual —dice una voz detrás de mí.

Levanto la vista y veo a Sloane.

Tiene el pelo más rubio y le cae en ondas perfectas, el tipo de rubio que solo se consigue pagando mucho dinero en un salón de belleza caro. La piel le brilla como si la hubiera maquillado un profesional, y esos ojos azules —tan fríos y vivos— parecen no haber cambiado nada.

Bueno, una cosa sí ha cambiado: todo lo que lleva puesto cuesta más que mi alquiler. Blazer de Gucci, bolso de una marca que solo he visto en escaparates con cámaras de seguridad, anillos finos, uñas impecables.

Sloane Lane ya no es la chica que vivía en un piso con goteras y libros apilados en el suelo. Es alguien que ha conseguido lo que pretendía y lo sabe.

Yo también lo sé.

—Hola, Tess —dice, sonriendo con ese tono que suena entre natural y ensayado.

Intento devolverle el gesto, pero me sale una especie de mueca forzada. Porque, aunque últimamente hemos intercambiado algunas palabras, todavía me siento rara ante su presencia.

Nos sentamos una enfrente de la otra. Ella deja el bolso a un lado y cruza las piernas con elegancia. Yo intento simplemente no parecer una bola de nervios.

—Cuéntame, ¿qué necesitas? —pregunta Sloane, directa, mientras saca algo que no logro ver bien de su bolso.

—Pues...

Me aclaro la garganta.

—No —me corta—. No lo hagas. No vayas a volver a disculparte. Han pasado tres años, Tessa. Hay que saber olvidar —añade con una sonrisa forzada.

«Y a ti se te da de maravilla», pienso, pero no lo digo en voz alta.

—Vale —murmuro al fin, bajando la mirada.

El camarero aparece justo a tiempo para romper el silencio. Sloane pide un café con leche de avena, sin azúcar. Yo pido otro americano, aunque el anterior sigue a medio terminar.

Cuando el chico se aleja, Sloane apoya los codos en la mesa y su voz se suaviza, recuperando un tono más familiar.

—Entonces, ¿quieres ayuda con algún manuscrito? ¿Necesitas una mente brillante que te salve el culo como en los viejos tiempos? —bromea.

Suelto una risa nerviosa.

—Más o menos. Estoy bloqueada. No sé por dónde empezar. No encuentro ninguna idea decente, y no tengo mucho tiempo para escribir —le explico con angustia.

Sloane asiente despacio.

—¿Es para el Reto Sterling? —pregunta con una ceja arqueada.

Me quedo en silencio. No puedo confirmarlo. El contrato de confidencialidad que firmé lo deja muy claro.

Ella arquea un poco más ceja y sonrío con un toque de picardía.

—Tranquila. Trabajo en la editorial. Además, Dorian me lo contó. No hace falta que digas nada, seguro que has firmado algo que te obliga a mantener la boca cerrada.

Mi estómago se encoge un poco. Últimamente Dorian y Sloane se cruzan con demasiada frecuencia. Es absurdo que me incomode. Pero lo hace.

—Pues sí —murmuro—. Algo así.

Ella toma un sorbo de su café y deja la taza con cuidado sobre el platillo.

—Vale. Pues tengo un par de casos reales que podrían servirte de inspiración, pero... creo que tengo una idea mejor.

—¿Ah, sí? —pregunto, intentando sonar más entusiasmada de lo que me siento.

Sloane me observa con una calma extraña.

—Antes de contarte nada..., ¿cómo estás con lo de tu padre?

La pregunta me deja helada y noto que me observa unos segundos, como si calibrara hasta dónde puede llegar.

—Estoy bien —respondo, aunque no suena del todo convincente.

Asiente, sin apartar la mirada.

—Perfecto. Porque creo que la mejor forma de escribir algo con garra es hacerlo real. Usa eso. Tu historia. Tu dolor. Transfórmalo.

Lo dice como si fuera sencillo. Como si el dolor fuera una herramienta.

—¿Mi historia? —repito, confundida.

—Sí. Imagina una protagonista que quiere venganza. Que entra en el mismo mundo que destruyó a su padre. Que se infiltra desde dentro, hasta convertir ese lugar en su propio infierno.

Suelto una carcajada incrédula, pero a medida que la escucho, la idea empieza a tomar forma.

—Podría ser una historia de venganza... —digo despacio, como si la probara en voz alta—. Una chica que entra a trabajar en la editorial que arruinó la vida de su padre y empieza a vengarse desde dentro —empiezo a explicar—. Habría tres asesinatos: el primero, una estudiante, el origen de todo. Luego, un editor, porque son ellos quienes deciden quién vive y quién muere en el mundo literario.

Y, por último, una gran estrella del *thriller*, como representación del éxito que nunca podrá alcanzar.

Sloane me mira con los ojos muy abiertos, entre fascinada y orgullosa.

—Joder, pelirroja. Eso es brillante.

No me creo que haya salido de mí. Ni una palabra.

—Mierda, necesito apuntarlo —digo buscando mi libreta en el bolso.

—No hace falta —me interrumpe ella con una sonrisa ladeada.

Levanta un poco la mano y se remanga la manga de su blazer, dejando ver una pequeña grabadora plateada.

La miro, atónita, y durante un segundo me pregunto cuánto tiempo lleva grabando.

—¿Has estado grabando la conversación? —pregunto un poco más alto de lo que pretendía.

—Por supuesto —responde tranquila—. Las mejores ideas siempre se escapan si no las atrapas.

Asiento.

—Algunas cosas nunca cambian, ¿no? —añade divertida—. Tú siempre has tenido mil ideas geniales y nunca las anotabas. Luego te frustrabas, y yo tenía que recordártelas. Era mi papel —dice con una risa suave—. La experta en buenas ideas siempre fuiste tú, Tess.

No puedo evitar sonreír. Por un momento la Sloane de hace años vuelve a aparecer frente a mí: la de la grabadora gris bajo la manga y la mente llena de planes imposibles.

—Gracias —le digo sincera.

—Ha sido un placer —responde.

Durante unos segundos reina el silencio. Luego, me armo de valor y le hago la pregunta que me ha rondado por la cabeza desde hace días.

—Sloane..., ¿puedo preguntarte algo?

Ella asiente, tranquila.

—Claro.

—El primer día de mis prácticas te vi un poco enfadada en el estudio de grabación —suelto de golpe.

Su rostro palidece y el brillo de los ojos se apaga.

—Eh... ¿Hace tres semanas? —pregunta asustada.

Yo asiento sin comprender su cambio de actitud.

—Vale, ¿podemos ir a tu casa? —susurra.

—Eh... claro —consigo responder confundida.

—Allí te lo explico —dice levantándose.

La imito sin entender muy bien qué está pasando.

Hay algo en su expresión que no había visto antes. No sé si es miedo... o si soy yo la que debería sentirlo. Lo que hace que por primera vez en toda la conversación me dé cuenta de que no sé si quiero escuchar lo que tiene que decir.

El trayecto en metro a casa se hace más corto de lo que esperaba. Sloane y yo estamos sentadas una frente a la otra, el traqueteo de los raíles sirve de fondo a una conversación bastante fluida y cómoda.

Le he contado que ahora siempre llevo una agenda encima, una de esas con tapas blandas y mil *post-its* pegados por dentro.

—Ya no tengo a nadie que me recuerde las cosas —le digo, medio en broma, medio en serio.

Sloane sonrío.

—¿Así que me has cambiado por una agenda? —pregunta con un dramatismo fingido.

Las dos nos echamos a reír. El sonido suena raro entre los chirridos metálicos que hace el metro, pero es cálido.

—Te he echado de menos —confieso sin pensar.

—Yo también —responde sin dudar.

Durante unos segundos, solo se escucha el ruido de las vías.

—¿Y tú? —pregunto para romperlo—. ¿Estás saliendo con alguien ahora?

Sloane ríe y asiente.

—Sí, tengo novio. Bueno..., casi nunca está. Está en Nueva York grabando una serie. Es actor —al decirlo, desbloquea su móvil y me enseña una foto. Casi me atraganto con mi propio aire. En la foto aparece un moreno altísimo, de hombros anchos, sonrisa perfecta, mandíbula de anuncio.

—Madre mía... —consigo decir—. Te pega muchísimo, amiga.

—Sí. Y encima es buenísimo en la cama —añade con tono divertido.

—¡Sloane! —le suelto entre risas mientras una señora mayor nos lanza una mirada reprobatoria desde el asiento que hay justo detrás de Sloane.

Las dos aguantamos unos segundos antes de estallar en carcajadas.

Cuando llegamos a la parada, todavía nos estamos riendo. Subimos las escaleras y el aire frío nos recibe de golpe. Lo que significa que Dorian no ha llegado. El otro día acordamos que el primero que llegase a casa encendería la calefacción. Por lo que es lo primero que hago en cuanto cierro la puerta.

En el sofá, la conversación sigue igual de fluida. Me sorprende lo fácil que ha sido volver a hablar con ella, como si el tiempo no hubiese pasado. Pero hay algo que aún me quema en la lengua.

—Vale, ahora puedes contarme —digo al fin mientras me recoloco en mi sitio. Podríamos haber hablado fuera de la editorial o en aquel bar donde me citó el otro día, pero Sloane necesitaba hacerlo aquí, en mi casa, en el único lugar donde todavía me siento a salvo. Quizá

porque ella también necesitaba sentirse así para poder hablar—. ¿Qué te pasaba?

Sloane se queda quieta, todavía con el bolso en la mano.

Respira hondo.

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunta honesta. Lo que hace que dude un poco.

—Sí. Confía en mí —le digo al final.

Resopla y se incorpora en el sofá.

—Tuve una reunión con Jane Sterling —dice al fin.

El corazón me da un vuelco.

—¿Una reunión? ¿Para qué? —escupo con impaciencia.

Sloane entrelaza las manos sobre las rodillas antes de responder.

—Estaba trabajando en un nuevo proyecto. Algo muy personal, diferente a todo lo que había hecho antes. Quería información sobre un caso real. Uno que era... bastante delicado.

—¿Y por qué te llamó a ti? —pregunto, intentando mantener la voz estable.

—Porque en este mundillo del *true crime* se sabe que tengo muy buenos contactos —me guiña un ojo y prosigue—. Y, sobre todo, que nunca revelo mis fuentes.

Asiento despacio, procesando lo que me acaba de decir.

—¿Y qué caso era? —le hago un gesto con la mano para que me cuente más detalles.

Sloane baja la mirada y respira.

—El de su marido —dice agachando la cabeza.

Tardo unos segundos en reaccionar.

—¿Su marido? —pregunto confundida.

—Sí —asiente—. Murió hace unos años. No tenías ni idea, ¿verdad?

Niego con la cabeza. No sabía que Jane se había casado y mucho menos que ahora era viuda. Nunca daba respuestas personales en sus entrevistas y sus agradecimientos en los libros eran bastante escasos, pero ahora todo encaja. Las dedicatorias de sus libros. Las frases melancólicas. Siempre pensé que estaban dirigidas a un familiar, a alguien del pasado. Pero no. Eran para él.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunto casi en un susurro—. Cuando te vi en la editorial, estabas hablando con alguien por teléfono. Bueno, más bien discutiendo —le cuento.

Sloane suspira y se recuesta en el sofá.

—Cuando Sterling me explicó lo que quería, me di cuenta de que no podía ayudarla. Estaba obsesionada. Desquiciada. No se parecía en nada a la mujer que había visto en un evento hacía un par de meses —me cuenta con voz pausada—. Y la conversación que viste era con mi representante, estaba un poco molesta con él por no avisarme de que Sterling quería verme para eso.

—Ya..., normal —contesto comprendiendo su enfado—. Pero ¿sabes lo que le pasó a su marido? —pregunto con cuidado.

—La policía determinó que su marido murió en un accidente de tráfico. No había nada sospechoso, ni pruebas que apuntaran a otra cosa. Pero ella estaba convencida de que lo habían asesinado —su voz se quiebra un poco.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda. Ahora entiendo muchas cosas. Entiendo su mirada perdida el primer día, su enfado, su fragilidad. Pero aún no entiendo por qué me miró de aquella manera.

—¿Y sabes por qué pensaba eso? —pregunto.

Sloane niega con la cabeza.

—No. Y tal vez si la hubiera ayudado a investigar, no se habría suicidado.

Sloane se queda callada. Parpadea una vez. Dos. Y entonces se le quiebra la voz. Por lo que me muevo casi sin pensar, me acerco y la abrazo.

—Eh, tranquila —le susurro—. No puedes culparte por eso. Cuando una persona llega al punto de quitarse la vida, ya no hay vuelta atrás. Seguramente nada habría cambiado.

Ella asiente entre sollozos.

—No estoy tan segura de eso.

La aprieto más fuerte.

—Créeme, Sloane. Nada habría sido distinto.

Poco a poco, su respiración se calma. Cuando se separa, tiene los ojos hinchados, pero sonrío.

—Gracias, Tess —dice sorbiendo la nariz.

—Nada, Slo —le respondo.

—¿Podemos... volver a ser amigas? —pregunta con una timidez que no le conocía.

—Nunca hemos dejado de serlo —miento un poco—. Solo nos hemos tomado un tiempo —hago una pausa—. Como las parejas modernas —bromeo.

Se ríe, y yo también. Aunque es evidente que la incomodidad sigue ahí. Dos viejas conocidas intentando reconectar, si es que algo así todavía es posible. Porque el pasado sigue entre nosotras, ensanchando esa brecha de confianza que un día nos distanció. Y también ese nombre que ninguna se atreve a pronunciar. Quizá ahora que hemos resuelto la tensión y hemos decidido volver a ser amigas, haya llegado el momento de hablar de Flynn, pero el sonido del móvil rompe el momento. Es un mensaje de Maya:

Maya

¿Puedes fijar tú la reunión de mañana?

Nos han mandado un correo y estoy
en una cita.

—Un segundo —le digo a Sloane mientras reviso el *mail*.

Efectivamente, hay que programar una reunión para mañana con Joana Leen, la autora que escogí para ser publicada y por la que Anna me felicitó. Me hace bastante ilusión conocerla.

Abro el calendario y la fijo para mañana a las 10:30 de la mañana. Reviso dos veces la hora antes de confirmar. Diez y media. Bien.

Listo. Ya la he programado.

Suerte con la cita.

Maya responde enseguida:

Maya

Perfecto. Gracias.

Y pinta muy bien.

Bloqueo el móvil con una sonrisa y me disculpo.

—Perdón, era Maya —le digo.

—Tranquila —responde Sloane, acomodándose en el sofá.

Justo en ese momento, la puerta se abre.

—Hola —dice Dorian con voz pastosa.

Entra con gesto cansado, el abrigo empapado por la lluvia. Pero cuando nos ve juntas en el sofá, su expresión cambia.

—Por Dios... ¡Sloni! ¿Qué haces tú aquí?

Sloane sonríe y se levanta.

—Dori... ¿Qué tal? —responde.

¿Sloni? ¿Dori? ¿Perdón? ¿Desde cuándo tienen mote? Dorian los odia. Siempre los ha odiado. Nunca me ha dejado llamarlo así.

Nunca.

15

Anoche estuve escribiendo hasta que se me cerraron los ojos por el cansancio.

No sé si fue por el cabreo o por la inspiración repentina, pero el caso es que las primeras páginas de mi novela por fin existen.

Supongo que estar delante cuando Dorian ha llamado «Sloni» a Sloane y ella le ha respondido con el mote de «Dori» ha sido el empujón que necesitaba para empezar a escribir.

Los celos también son una forma de expresión. ¿Verdad?

Sloane antes de marcharse me instaló un programa en el portátil. Uno para la productividad o algo así me ha explicado. Según ella, es una especie de marco que vuelca plantillas de todo tipo, un modo concentración que bloquea las demás aplicaciones, guardado automático y mil cosas más que ni sabía que necesitaba.

—Yo lo uso mucho para escribir los guiones de mis vídeos —me explicó—. Si quieres, puedes compartir tu texto con quien quieras, y tienen la posibilidad de dejarte comentarios.

Le dije que me parecía muy útil, pero que todavía no voy a compartirlo con nadie.

Cuando tenga algo decente, quizá se lo pase a Maya o incluso a ella, si tiene tiempo.

No sé a qué hora me quedé dormida, pero Dorian me trajo un té antes de acostarse. Fue todo un detalle, porque me preparó un poleo menta. Mi favorito. Después de eso creo que fue cuando me quedé dormida.

Ahora mismo hace apenas unos minutos que me he despertado desorientada. La luz que entra por el ventanal del salón me está dando de lleno en toda la cara. Cosa que no ayuda.

El portátil está apagado —seguramente se habrá quedado sin batería—, aunque juraría que lo dejé enchufado. Al incorporarme, estiro los brazos y muevo el cuello, el cual se queja con un crujido muy desagradable. A Dorian le hubiera dado bastante mal rollo. Odia el sonido que hago cuando me crujo los dedos antes de escribir. Pero a mí me encanta.

Me levanto tambaleándome hasta la cocina. El reloj marca las ocho. Perfecto. La reunión es a las diez y media. Tengo tiempo de sobra.

Antes de ducharme dejo el móvil cargando —el portátil no es el único que se ha quedado sin batería esta noche—. Me doy una ducha de unos quince minutos, lo justo para sentirme una persona medio funcional.

Al volver al salón, el vapor todavía sale del baño y el olor a mi champú de coco se mezcla con el del café que dejo preparándose en la cafetera.

Desbloqueo el móvil para escribirle a Maya y avisarla de que ya estoy en pie.

Y entonces lo veo.

Doce llamadas perdidas. Todas de Maya.

Frunzo el ceño y la llamo con el pulso acelerado.

—¿Qué te pasa? —pregunto preocupada cuando descuelga.

Su voz no suena tensa.

—¿Dónde estás? —pregunta seria.

—¿Cómo que dónde estoy? En casa. Me acabo de duchar. ¿Por qué? —pregunto confusa.

—Tessa, la reunión empieza en quince minutos —dice alterada.

—¿Qué? —mi voz se quiebra.

—¿Otra vez vas a llegar tarde? —pregunta cansada.

—No, no, no. La fijé a las diez y media. Te lo juro. Lo tengo en el calendario —protesto.

—Sí, pero Anna la modificó anoche para que no coincidiera con la de otra autora.

—¿Y no me has avisado? —pregunto gritando enfadada.

—La aplicación manda una notificación automática cuando hay cambios —explica a la defensiva—. Pensaba que la habrías visto —añade en un tono más calmado.

—Pues no me ha llegado nada —refunfuño—. Igual que la vez anterior... —esto último lo digo en apenas un susurro.

—A lo mejor las tienes silenciadas —propone buscando una explicación.

Resoplo.

—No lo sé, Maya. No lo sé.

—Intenta llegar lo antes posible. Yo te cubro lo que pueda, ¿vale? —termina con un tono más cálido.

Cuelgo sin decir nada más. Me visto a toda velocidad. No me da tiempo a desayunar. Ni a tomarme el café que me estaba preparando.

El trayecto al trabajo es una carrera contra el reloj. Cada parada del metro parece durar una eternidad. Y mi ansiedad aumenta enormemente. Ahora mismo me vendría bien una de esas vitaminas que Dorian me estaba dando.

Cuando por fin llego a Blackpage, apenas tengo aire para respirar, pero subo por las escaleras porque el ascensor está repleto de trabajadores. En el momento que doblo el pasillo hacia la sala de reuniones, Maddox me intercepta.

—Señorita Hale —dice con ese tono seco que he aprendido a identificar que usa cuando está molesto—. Ha vuelto a llegar tarde.

—Lo siento muchísimo —respondo jadeando—. Anna cambió la hora y la aplicación no me ha avisado. Lo solucionaré.

Intento abrir la puerta, pero él me detiene.

—No, Hale. No puede entrar —sentencia.

—¿Cómo que no puedo entrar? —pregunto horrorizada—. Yo fui la que seleccionó a Joana Leen. Necesito estar en esa reunión —señalo a través del cristal a la autora.

—A partir de ahora, Maya se encargará de ese proyecto —informa con tono autoritario.

Me quedo paralizada.

—¿Qué? —La pregunta sale sola de mi boca.

Él no responde. Solo se aparta un poco, lo justo para que vea el interior de la sala.

A través del cristal, Maya está sentada junto a Joana. Habla con una sonrisa profesional y seguro que está usando ese tono de seguridad que emplea cuando sabe que está brillando. En la pantalla hay una presentación abierta y reconozco cada frase, cada título, cada esquema.

Porque los he hecho yo.

Veó perfectamente las frases que escribí, las ideas que propuse y el plan de lanzamiento que me he pasado noches enteras ajustando. Maya levanta la vista, nuestros ojos se cruzan durante un segundo y su expresión cambia. Después, murmura algo y continúa hablando, pero alcanzo a leer en sus labios un «Lo siento».

Y, por primera vez en mucho tiempo, no sé si estoy más cansada, herida o enfadada. Probablemente las tres cosas. Porque mi mejor amiga me acaba de robar a la autora con la que iba a trabajar.

16

Después de la primera decepción del día intento concentrarme, pero la concentración ha decidido tomarse el día libre hoy. Cada vez que levanto la vista del monitor y veo a Maya charlando con Anna, una punzada incómoda se instala entre el pecho y el estómago. No estoy enfadada con ella. O al menos eso intento repetirme una y otra vez. No lo hizo con mala intención; solo intentó cubrirme, como buena amiga. Pero el resultado es el mismo: Maddox y Anna han decidido que, a partir de ahora, será Maya quien trabaje con mi autora.

No es culpa suya.

No es culpa suya.

Intento convencerme de que hay un lado positivo: ahora tengo más tiempo para centrarme en el manuscrito de otra autora novel. Es una novela de *romantasy* con un universo espectacular, criaturas mágicas, giros que no ves venir y un protagonista masculino que es, básicamente, la mezcla perfecta entre un sueño húmedo y una mala decisión. Guapo, oscuro, peligroso —totalmente mi tipo ficticio—. Cada vez que leo una escena suya, tengo que recordarme que no existe. Que es un invento. Aun así, cada palabra que corrijo me deja más atrapada.

Estoy tan metida en el texto que no escucho los pasos acercándose hasta que Maya deja un café en mi mesa.

—Te lo debía —dice con una sonrisa.

—Gracias —respondo, algo incómoda.

Ella duda un momento antes de hablar.

—Tess..., lo de Joana, de verdad, lo siento muchísimo —dice con tono triste.

Sus ojos son sinceros. Y eso me desarma un poco.

—No pasa nada, en serio. No ha sido culpa tuya —le aseguro.

—Lo sé, pero me siento fatal. Anna me lo pidió, y no quería que se enfadara contigo... —explica.

—Está bien, Maya. Lo entiendo —la interrumpo, más tranquila de lo que esperaba.

Ella deja escapar un suspiro de alivio.

—Gracias. Prometo compensártelo.

—Ya lo estás haciendo, con el café —bromeo, y por fin se ríe.

Durante un momento, volvemos a la normalidad. Sin egos, sin tensión. Solo dos amigas intentando sobrevivir en el mismo infierno editorial.

—¿Qué estás haciendo ahora? —pregunta asomándose un poco al monitor.

—Corrigiendo la novela de la autora nueva. Es una *romantasy* increíble. Creo que me he enamorado del protagonista.

Maya suelta una carcajada.

—Leí un poco el otro día y... sí, el tipo está buenísimo —añade antes de darle un sorbo a su café.

—No me digas eso, que ya me cuesta lo mío concentrarme —bromeo, y ambas reímos.

—¿Y cómo vas con la corrección? —pregunta con interés.

—Bien —respondo confiada—. Ahora que no tengo que preparar la presentación de Joana Leen, seguro que lo termino a tiempo.

Maya me mira raro.

—¿A tiempo?

—Sí..., quedan dos semanas, ¿no? —pregunto, aunque ya empiezo a sospechar que viene algo malo.

Ella se muerde el labio inferior, dubitativa.

—Tess..., no. El plazo fue modificado —responde con gesto preocupado.

—¿Cómo que fue modificado? —mi voz sale más aguda de lo normal.

—Tienes que entregar el manuscrito corregido en... cuatro días —dice con dificultad.

—¿Perdón? —digo más alto de lo que debería.

—Lo cambiaron la semana pasada. Me llegó una notificación. Pensé que a ti también.

Siento un nudo en la garganta.

—No, no me ha llegado nada —respondo incrédula.

—A lo mejor tienes la *app* mal configurada... —propone.

—Joder... —resoplo—. ¿Pero por qué se ha adelantado de repente?

—Es por la crisis en la editorial tras lo de Sterling —responde Maya—. Supongo que quieren publicar cuanto antes los libros que ya tenían en marcha.

El corazón me late fuerte, como si mi cuerpo quisiera salir corriendo antes que yo.

—No me puede estar pasando esto... cuatro días para corregir seiscientas páginas. Genial. Perfecto. —Suelto una risa nerviosa que suena más a colapso.

Maya me pone una mano en el brazo.

—Si quieres puedo ayudarte un poco, pero tengo reuniones con Joana Leen, y con Cleo Parks esta semana, así que...

—¿Qué? —pregunto casi sin voz—. ¿Te han dado a Cleo Parks?

Maya asiente, contenta.

—Sí. Me lo confirmaron justo antes de la reunión con Joana.

Mi sonrisa se quiebra, pero hago un esfuerzo por mantenerla.

—Qué bien —digo, con un tono que suena a todo menos a «qué bien».

Por dentro, estoy en llamas.

Esto era lo que soñaba: proyectos grandes, autoras importantes. Y en menos de tres semanas todo se me ha ido de las manos por culpa de una jodida aplicación.

No puedo seguir así. Tengo que hacer algo y tiene que ser rápido.

—¿Estás bien? —pregunta Maya al verme tan callada.

—Sí, sí. Solo... Ahora vengo —digo levantándome de golpe.

—¿Dónde vas? —pregunta confundida.

—A buscar una solución —respondo antes de desaparecer por el pasillo.

No puedo presentarme en el despacho de Anna y decirle que no sé usar un calendario digital. No después de haber presumido de ser la becaria más organizada. Así que solo me queda una opción: encontrar a Kai —él es informático, por lo que tiene que saber qué está pasando—. Aunque llevo días evitándolo, ahora mismo lo necesito.

Después de dar varias vueltas por la planta y pasar por segunda vez por la «sala prohibida» —la sala donde Sterling revisaba sus manuscritos—, caigo en la cuenta de que no he vuelto a leer el correo que me envió. He estado muy agobiada con el reto y se me ha pasado, pero esta noche lo leeré sin falta.

Al final encuentro a Kai en la sala de descanso, recostado en el sofá con una taza de café y cara de no tener preocupaciones en la vida.

—Kai —lo llamo con urgencia.

Él levanta la vista, divertido.

—Vaya, si es la becaria fugitiva. Pensé que ya habías cambiado de trabajo para seguir evitándome —responde en tono burlón.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo siento, de verdad. Pero necesito tu ayuda —me disculpo alterada.

—Mmm..., ¿qué tipo de ayuda? —pregunta con una sonrisa ladeada—. Lo digo por cumplir las expectativas —añade con una expresión aún más divertida.

—Técnica. Solo técnica —aclaro.

—Qué poco emocionante. —Hace una pausa teatral—. Aunque podría considerar ayudarte... a cambio de una cita —dice finalmente.

—Ni lo sueñes —respondo cortante.

No le he dicho que tengo novio porque no se ha dado la situación, pero ahora mismo creo que está traspasando los límites y debería decírselo.

—Kai... —intento hablar, pero enseguida me corta.

—Entonces no sé si puedo hacer nada por ti —dice recostándose en el sofá.

—Kai, por favor —le suplico y él me mira aburrido—. Una copa. Solo una —añado rápido cediendo ante su actitud pasiva.

Aunque no me parezca apropiado, necesito que me ayude y si se lo explico bien a Dorian no creo que le importe que quede con un compañero de trabajo.

—Demasiado fácil. —Responde haciéndose el pensativo—. Este viernes proyectan en el cine *Un sueño irlandés*. No sé cuál es el motivo, pero va a estar disponible solo ese día —dice incorporándose.

Parpadeo.

—¿*Un sueño irlandés*? ¿La de Lindsay Lohan? —pregunto sin entender nada.

—Sí. Esa película que finges que no te sabes de memoria, pero sí. Me cruzo de brazos.

—¿Cómo sabes eso? —digo sin pensar; es una de mis películas favoritas.

—Un pajarito me ha contado que te gustaban las pelis románticas «malas pero buenas» —suelta como si nada— y esta tiene todo lo que te gusta.

Resoplo.

—Vale, trato hecho —cedo finalmente, aunque no pienso ir al cine con él ni en sueños, pero diré lo que haga falta con tal de que me eche una mano—. Pero me ayudas ya —espeto sentándome a su lado.

—Depende del problema —dice, divertido.

Le explico lo de las notificaciones del calendario, los plazos, los cambios de última hora.

Kai me quita el móvil y lo manipula con rapidez, sus dedos se mueven con fluidez por el teclado, como si fuera una extensión natural de su propio cuerpo.

—Listo —dice tras unos segundos.

Lo miro incrédula.

—¿Ya?

—Sí. Probablemente te hayas silenciado tú misma o alguien te haya silenciado sin querer —explica aburrido.

—¿Cómo que «alguien»? —pregunto frunciendo el ceño.

—Si alguien más tiene acceso al panel del grupo, puede hacerlo. Es raro, pero pasa. Y por lo que veo, este calendario está compartido con todo el equipo —dice señalando la lista de correos.

Me quedo en silencio, procesando lo que acaba de decir.

No recuerdo haber tocado nada raro. Y nadie gana nada silenciándome las notificaciones.

Nadie...

Salvo Maya.

—¿Kai, puedes enseñarme cómo evitar volver a silenciarme o impedir que lo hagan otros? Quiero bloquear esa opción para que no vuelva a ocurrir.

—Claro —responde él con una sonrisa—. Pero eso te costará unas palomitas en el cine.

Asiento con una sonrisa fingida y presto atención. Esa cita no va a ocurrir, pero ahora mismo necesito que Kai siga hablando. Porque mientras él me explica cómo bloquear que alguien me silencie las notificaciones, yo solo puedo pensar en una cosa: Maya lo ha estado haciendo desde el primer día.

***A Sangre Fría* - Episodio 7**

Las mejores amigas no se apuñalan... hasta que lo hacen

Tiempo de reproducción: 43 minutos

[Sonido de un piano grave, seguido del leve zumbido de un televisor encendiéndose].

Dicen que no hay nada más fuerte que la amistad entre dos mujeres que se entienden sin hablar. Que cuando dos mentes creativas se encuentran, pueden construir mundos enteros.

Pero a veces esos mundos terminan siendo el escenario de una tragedia real.

Hoy, en *A Sangre Fría*, hablaremos del caso de Catherine Stone y Evelyn Halls.

Dos mejores amigas, dos guionistas en busca de una oportunidad, y una historia que terminó con una de ellas muerta.

[Cortinilla musical – cabecera del programa: *A Sangre Fría*].

Catherine y Evelyn se conocieron en un taller de escritura de guion en Los Ángeles. Ambas tenían 25 años y el mismo sueño: escribir una serie que alguien quisiera ver.

Durante meses, se convirtieron en una sola mente creativa. Trabajaban juntas, comían juntas, vivían juntas. El guion de su serie —una historia de crimen psicológico protagonizada por dos amigas— iba a ser su carta de entrada a la industria. Hasta que una de las dos decidió quedarse con todo el crédito.

[Se escucha el sonido de un ratón haciendo clic. Una respiración agitada].

En 2019, Catherine recibió un correo de una productora interesada en el proyecto. Solo había un pequeño detalle: el correo estaba dirigido solo a ella. No mencionaba a Evelyn por

ninguna parte y, pocas semanas después, el proyecto fue anunciado oficialmente, firmado únicamente con el nombre de Catherine Stone.

La serie se llamaba *Us and a Killer*.

Quizás os suene, ya que fue un éxito en su primera temporada.

Aunque nadie sabía que su verdadera historia no estaba en la pantalla, sino detrás de las cámaras.

[Pausa. Sonido de un contestador telefónico].

La noche del 23 de noviembre, Evelyn llamó tres veces a Catherine.

No hubo respuesta.

A las dos de la madrugada, Evelyn fue a su apartamento y, según los vecinos, discutieron durante más de veinte minutos.

A las 2:37, se oyó un golpe seco. A las 2:39, se escuchó un grito. A las 2:41, una llamada a emergencias:

[Fragmento recuperado de la llamada a emergencias que hizo Evelyn].

—He hecho algo horrible. No sé por qué lo he hecho —se escucha la voz arrepentida y entrecortada de Evelyn por el teléfono.

Cuando la policía llegó, Catherine ya estaba muerta. Había recibido una única puñalada en el pecho.

En su declaración, Evelyn dijo que solo quería hablar con ella. Que quería entender por qué la había traicionado. Pero los mensajes recuperados del móvil de Catherine mostraban algo más:

[Mensajes de texto entre Catherine y Evelyn].

Evelyn

No me robaste solo una historia.

Me robaste a mí.

Catherine

No puedo creer que sigas
creyendo que era tuyo.

Durante el juicio, se reveló que Evelyn había trabajado en más del setenta por ciento del guion original, aunque legalmente no figuraba en los créditos, y fue condenada a cadena perpetua por asesinato en primer grado.

[Pausa larga. Sonido de agujas de reloj].

Un año después, en una entrevista desde la cárcel, dijo algo que sigue provocando escalofríos cada vez que alguien la escucha por primera vez:

[Fragmento recuperado del documental: *No soy un asesino*].

—Catherine me quitó mi historia. Yo solo reescribí el final —
sentenció Evelyn con una leve sonrisa.

[Suenan un leve eco de la frase de Evelyn].

A veces, la línea entre la inspiración y la obsesión es tan delgada que ni siquiera las personas que la cruzan se dan cuenta.

Y, en ocasiones, la traición duele tanto... que se convierte en un crimen.

Soy Sloane Lane.

Y esto es *A sangre fría*.

Cuidad de vuestras amigas.

Y, sobre todo, cuidad de vosotras mismas.

[Silencio. Música final tenue].

Fin del episodio 7 — *A Sangre Fría*

17

El tren se detiene con un chirrido que me hace volver al presente. Pauso el episodio del pódcast justo antes de que empiece la música del cierre.

¡Joder! ¿Por qué siempre elijo los más perturbadores para escucharlos de noche?

Sloane se ha superado esta vez.

El caso de las dos mejores amigas que terminan con una de ellas muerta y la otra justificándose por justicia me ha dejado con mal cuerpo. Durante todo el trayecto a casa no he podido evitar pensar en eso.

En la lealtad. En la traición. En cómo nunca conoces del todo a las personas, por más que creas que sí. Por eso he elegido este caso entre todo el catálogo de Sloane. Porque siento que estoy viviendo algo parecido, y también digno de una de esas historias que ella decidió compartir con el mundo en su pódcast.

Aun así, no termino de creerlo. Maya no sería capaz de hacerle daño a nadie. Me reprendo en cuanto ese pensamiento se cruza por mi cabeza, como si fuera un reflejo. Solo fue un error con la aplicación, nada más. Pero, aun así, algo me pica por dentro, una duda pequeña y molesta que intento ahogar mirando por la ventana empañada del metro.

No, Maya no. Definitivamente no.

Cuando llego a casa me doy una ducha rápida. El agua caliente me despeja, pero no consigue borrar del todo esa sensación

pegajosa que me ha dejado el episodio. Al salir, me pongo el pijama y enciendo el portátil. Todavía queda un buen tramo de la interminable novela de fantasía que tengo que corregir. Aunque una parte de mí quiere tirarse en la cama y no pensar, me obliga a seguir, ya que después tengo que releer el correo de Sterling.

Las horas pasan más rápido de lo que creo. Estoy tan concentrada en un diálogo entre el protagonista y una hechicera con problemas de confianza que no me doy cuenta de que la puerta se abre hasta que escucho el ruido de las llaves.

Entonces levanto la vista. Dorian entra sigiloso, quitándose el abrigo, y se detiene al verme.

—¿Sigues despierta? —pregunta con una mezcla de sorpresa y cansancio.

—No —respondo sin levantar la mirada del portátil—. Soy sonámbula, así que edito manuscritos mientras duermo —bromeo.

Él suelta una risa breve. Se acerca para darme un beso, y en ese momento me llega un olor dulce, floral. Perfume femenino.

Frunzo el ceño antes de poder evitarlo.

—¿Dónde has estado? —pregunto sin rodeos.

Dorian duda un instante.

—Tomando algo con unos compañeros del trabajo —responde al fin.

Su voz suena tranquila, pero tarda demasiado en contestar. Demasiado.

—¿Y alguna de tus compañeras llevaba ese perfume? —pregunto con una sonrisa que no llega a los ojos.

Él me mira, sorprendido.

—¿Qué perfume? —pregunta confundido.

—El que llevas encima. —Cierro el portátil con calma—. No huele precisamente a cerveza.

Dorian deja escapar un suspiro cansado, ese tipo de suspiro que usa cuando quiere cerrar una conversación.

—No quiero discutir, Tess —se frota con una mano el ojo derecho.

—No estamos discutiendo —respondo, conteniéndome—. Solo te he hecho una pregunta.

—Y yo te he contestado. —Su tono se enfría—. Pero no pienso hablar más de esto.

Da media vuelta y desaparece por el pasillo, dejando tras de sí el olor persistente a perfume caro.

Me quedo mirando la pantalla cerrada del portátil unos segundos.

¿Y si dice la verdad? ¿Y si me estoy volviendo loca?

No sé qué me está pasando, Dorian tiene que estar pensando que me estoy volviendo loca.

La cabeza me va a mil por hora y cuando no quiero pensar, escribir es la única manera que tengo de evadirme.

Vuelvo a encender el portátil, abro el documento que dejé a medias anoche y empiezo a escribir todo lo que siento: la rabia, la frustración y el cansancio se mezclan en el texto. Las palabras salen solas, rápidas, sin filtro. No sé si es bueno o una basura, pero después de tres horas el archivo parece tener vida propia. Es la primera vez que no me importa si lo que estoy escribiendo es publicable o no. Solo quiero vaciarme.

Cuando por fin levanto la cabeza, la casa está en silencio.

La pantalla del portátil parpadea en modo suspensión y mis ojos me escuecen del sueño.

Antes de cerrar el documento, dudo unos segundos. Parte de mí no quiere compartírselo a Maya después de todo lo que ha pasado, después de las sospechas que no consigo apartar de mi cabeza. Pero también es la persona que mejor me conoce, la única cuya opinión realmente necesito. Y me siento tan miserable por desconfiar de ella

sin pruebas que, al final, termino enviándoselo igualmente. Después abro el correo y dudo si mandarle una copia a Anna. Lo que he escrito es realmente bueno y creo que podría gustarle.

Mientras doy vueltas a la idea de enviárselo a Anna, termino haciendo otra cosa.

Casi sin darme cuenta, deslizo el cursor hacia la bandeja de entrada. No debería hacerlo. Lo sé. Pero aun así hago *clic* y el buscador aparece arriba y mis dedos se quedan suspendidos un instante sobre el teclado, dudando, como si todavía estuviera a tiempo de parar. No lo hago. Escribo su nombre.

Sterling.

Pulso *enter*.

La bandeja se vacía casi por completo y se queda reducida a un único correo. El mismo de siempre. El que recibí el día antes de que se suicidara. Lo abro.

No es la primera vez que lo hago. Ni la segunda. Lo he leído tantas veces que ya no espero encontrar nada nuevo, y sin embargo mis ojos recorren cada línea con una atención que no logro justificar, como si en algún punto algo fuera a cambiar.

Pero no lo hace.

O eso creo al principio.

Porque cuanto más avanzo, más extraño se vuelve todo. No por lo que dice, sino por cómo está escrito. Hay algo en el ritmo de las frases, en la forma. Algo que ya no me suena natural. Frunzo el ceño y vuelvo al principio, esta vez más despacio. No es el contenido. Es la estructura.

Entonces aparece esa sensación incómoda, como un recuerdo que no termina de formarse del todo pero que insiste en estar ahí. Porque esto ya lo he visto antes, pero no aquí. En otro sitio.

Me quedo quieta, intentando retener la idea el tiempo suficiente para entenderla, y de pronto lo veo claro. Me levanto tan rápido que el sofá se desplaza unos centímetros hacia atrás y camino directa hacia la estantería, pasando los dedos por los lomos de los libros hasta encontrar el que busco. El primer libro de Jane Sterling:

La consulta.

Lo saco, pero, antes de abrirlo, me detengo un segundo en los *post-it* que sobresalen entre las páginas, paso el pulgar por uno de ellos y abro justo ahí. Empiezo a leer rápido, conteniendo el aliento, saltando líneas hasta que lo encuentro.

Un mensaje dentro de un correo. La protagonista recibe uno casi al final de la novela y resulta ser un mensaje en clave que lo cambia todo.

Siento cómo algo se tensa dentro de mí. Cierro el libro sin apartar el dedo de la página y vuelvo al portátil. Abro un documento nuevo, copio el correo y lo pego.

Durante un momento me quedo mirando la pantalla sin saber muy bien por qué estoy haciendo esto, pero aun así empiezo. Borro palabras tachando frases, elimino todo excepto las mayúsculas. No estoy segura de lo que estoy haciendo, pero mis manos siguen avanzando como si ya lo supieran. En el libro de Sterling, la protagonista encuentra el mensaje uniendo esas mayúsculas.

Entonces me detengo y leo.

Y esta vez no son letras sueltas sin ningún sentido. Es una frase.

Una frase clara, construida con precisión, como si siempre hubiera estado ahí esperando a ser vista. Se me eriza la piel al entenderlo, porque en ese instante ya no me queda ninguna duda.

No era un correo cualquiera.

Era un mensaje.

Y estaba dirigido a mí.

De: Jane Sterling

Asunto: Reunión urgente

Buenas noches, Tessa. **U**no de los problemas de tener tantas responsabilidades en una editorial, siendo escritora, es que acaban afectándote. **S**é que mi nivel de exigencia actual ha hecho que hayas recibido un trato tenso por mi parte. **C**omo haberte gritado, por ejemplo. **A**gradezco sinceramente tu paciencia y discreción a pesar de mi brusquedad.

Mi intención principal es enmendar este error y asegurar un ambiente laboral óptimo. **I**ntentemos que así sea de ahora en adelante.

De verdad espero que este sea solo un incidente aislado entre nosotras. **I**ntuyo que así será. **A**precio el enorme esfuerzo de las becarias. **R**econozco su profesionalidad. **I**ncluso su talento en desarrollo. **O**bviamente, me gustaría hablarlo en persona, así que ven mañana a primera hora a mi despacho.

Jane Sterling

BUSCA MI DIARIO

18

El primer pensamiento que tengo al abrir los ojos es que he dormido demasiado. El segundo, que sigo en el sofá.

El portátil permanece encendido sobre la mesita, la pantalla ilumina el salón con una luz fría que hace que todo parezca irreal, como si la noche todavía no hubiera terminado del todo. Me incorporo despacio, con el cuello rígido y esa sensación incómoda de haber descansado solo a medias, como cuando el cuerpo duerme pero la cabeza sigue trabajando en silencio.

Durante unos segundos no recuerdo nada. Solo el peso agradable del sueño y el murmullo lejano de la ciudad despertando al otro lado de la ventana.

Luego vuelve.

La imagen del correo. Las palabras. La certeza imposible de que Jane Sterling me dejó un mensaje oculto antes de morir.

Una punzada me atraviesa el estómago y termina de despejarme.

Intento ordenar los pensamientos, pero todos llegan a la vez: la estructura del mensaje, las mayúsculas, la frase que apareció cuando eliminé todo lo demás. No importa cuántas veces lo repita mentalmente; sigue sonando igual de irreal. Sterling no estaba escribiendo un simple correo. Estaba intentando decirme algo. Algo que nadie más debía entender.

Respiro hondo y me obligo a apartar la mirada del portátil, como si alejarme físicamente pudiera darme también algo de distancia mental.

Hoy no tengo que ir temprano a la editorial, lo cual roza el milagro. En circunstancias normales lo agradecería, pero ahora solo pienso en el diario que mencionaba el mensaje y en lo absurdo que resulta tener que esperar para buscarlo. Aun así, tengo tutoría con el profesor Conaughey, mi tutor de prácticas, y no puedo faltar. Maya no vendrá conmigo; tenía una reunión importante con Cleo Parks y ha cambiado la tutoría a última hora.

Yo, en cambio, solo tengo pendiente seguir corrigiendo esa novela interminable de fantasía que parece crecer cada vez que la abro, así que no puedo permitirme ir sin prisas.

En la cocina no hay ni rastro de Dorian. Ni taza en el fregadero, ni abrigo sobre la silla, ni su chaqueta colgada en el perchero. Supongo que ya se habrá ido a trabajar.

Había pensado hablar con él esta mañana, aclarar lo de ayer antes de que siguiera creciendo en mi cabeza, pero me digo que no pasa nada, que hacerlo esta noche será incluso mejor. Más tranquilos. Sin prisas.

Aun así, la idea me deja un sabor extraño, como si estuviera posponiendo algo que debería enfrentar cuanto antes.

El campus me recibe con el mismo aire gélido de siempre y ese olor imposible de confundir: papel húmedo, marihuana y café barato. Durante años me resultó familiar; ahora solo consigue despertarme una nostalgia incómoda que preferiría no sentir.

Respiro hondo y aprieto el paso. Desde lo que pasó, venir a la universidad siempre deja una sensación extraña, una mezcla de repulsión y tristeza que se instala en el pecho sin avisar. No me gusta estar aquí. Ya no.

El pasillo sigue exactamente igual: las mismas taquillas arañadas, los mismos carteles medio despegados, el mismo murmullo lejano de estudiantes que todavía creen que todo está por empezar.

Mientras avanzo, durante un instante absurdo tengo la sensación de que voy a ver a Flynn doblando la esquina, apoyado contra la pared con esa sonrisa tranquila que tenía siempre. Pero eso es imposible.

Flynn está muerto.

El profesor Conaughey me recibe con su eterna sonrisa de funcionario feliz. Tendrá unos cuarenta años, gafas redondas y ese entusiasmo casi intacto que solo conserva la gente a la que realmente le gusta enseñar. Siempre ha sido amable conmigo, incluso cuando apenas era capaz de sostener una conversación normal.

—Tessa —dice al verme—, qué gusto verte. Siéntate. Cuéntame, ¿cómo van las prácticas en Blackpage?

—Bien —respondo automáticamente.

Asiente, satisfecho, como si esa fuera exactamente la respuesta que esperaba.

—Me alegra oírlo. Es una gran editorial, una oportunidad increíble. ¿Estás llevando bien el ritmo de trabajo?

—Sí... —miento con una naturalidad que, en otro momento, probablemente me preocuparía.

Me pregunta por el diario de prácticas. Y, por supuesto, no he escrito ni una sola línea.

—Lo llevo al día —digo, acompañándolo de una sonrisa tranquila.

—Excelente —contesta él sin sospechar nada.

La tutoría avanza entre preguntas rutinarias y comentarios amables hasta que, justo antes de terminar, se inclina ligeramente hacia mí, como si fuera a compartir una confidencia.

—Por cierto, me han llamado de la editorial —dice con un brillo orgulloso en los ojos—. Me han felicitado por el gran trabajo que está haciendo Maya Graves.

Asiento despacio.

—Ah, sí. Me alegro mucho por ella.

—Seguro que pronto me llamarán también para hablar de ti —añade enseguida—. Tienes mucho potencial, Tessa. Solo necesitas confiar más en ti misma.

Sonríó por educación, aunque por dentro solo quiero salir de aquí pitando.

Cuando por fin abandono el edificio, el aire frío me golpea la cara y dejo escapar un suspiro largo, como si hubiera estado conteniendo la respiración todo ese tiempo. Justo entonces, el móvil vibra en mi mano.

Es un correo.

De Maddox.

De: Theo Maddox

Asunto: Reunión – Manuscrito recibido

Buenos días, señorita Hale.

Acabo de leer el manuscrito que me envió anoche.

Quiero hablar con usted esta tarde. Sé que hoy tiene el día libre por su reunión con el tutor en la universidad, pero la espero a las 05:00 de la tarde en mi despacho.

Me detengo en seco mirando la pantalla, sin entender. «¿El manuscrito que me envió?». Yo no le he enviado nada.

Frunzo el ceño y abro la carpeta de «Enviados» y ahí está: un correo a las tres y cuarenta y siete de la madrugada con el archivo adjunto. Mi propio nombre en la firma, mi redacción habitual, todo.

Excepto por un detalle.

No recuerdo haberlo enviado.

Intento reconstruir ese momento en mi cabeza. A esa hora estaba... escribiendo, sí. Pero no recuerdo haber enviado el correo. Entre el correo de Sterling y el cansancio puede que no lo recuerde... Quizá lo hice sin pensar. A veces, cuando paso demasiadas horas escribiendo, pierdo la noción del tiempo; entro en una especie de piloto automático del que luego apenas conservo fragmentos. Sí. Tiene que ser eso.

Vuelvo a leer el mensaje de Maddox una tercera vez y bloqueo el móvil, obligándome a restarle importancia. No pasa nada. De hecho, iba a enviárselo esta misma mañana. Así que gracias, «Tessa del pasado» —pienso mientras guardo el teléfono en el bolso—. Además, ahora tengo una excusa perfecta para volver a la editorial... y buscar el diario que Jane Sterling mencionaba en el correo.

Decido pasar por la biblioteca antes de volver a casa. Había pensado esperar hasta la cena para hablar con Dorian, pero ya no quiero hacerlo. Últimamente no estamos bien —o al menos yo siento que algo se ha desplazado entre nosotros— y empiezo a preguntarme si tiene que ver con mis olvidos constantes. Además, si a eso le sumo que ayer tuve un ataque de celos completamente absurdo porque Dorian olía a perfume de mujer...

No. Necesito verlo ahora.

El edificio está en calma. Siempre lo está a esta hora. Me gusta la sensación de entrar aquí: el olor a papel viejo y barniz, el murmullo suave de las páginas al pasar, la luz cálida filtrándose entre las estanterías altas. Durante un segundo, la tranquilidad consigue relajarme.

Aquí fue donde conocí a Dorian. El recuerdo aparece sin pedir permiso, tan nítido que casi espero verlo al fondo del pasillo, inclinado sobre algún libro imposible de encontrar. Pero no está.

Recorro la sala principal despacio, intentando no parecer alguien que busca desesperadamente a otra persona. Paso junto a las mesas de estudio, reviso la zona de ordenadores, incluso miro hacia la sección de archivo donde a veces se esconde cuando necesita un descanso.

Nada.

Resoplo en silencio y me acerco al mostrador para preguntar. Ya casi puedo imaginar la sonrisa tranquila de la señora Thompson, su manera de hablar bajito como si la biblioteca fuera una iglesia. Pero al llegar me detengo. La señora Thompson no está. Detrás del mostrador hay una chica muy joven, apenas veintipocos, sonrisa amable y uñas color vino perfectamente cuidadas. Levanta la vista enseguida.

—Hola, buenos días. ¿En qué puedo ayudarte? —pregunta con tono profesional.

—Hola... —digo, algo descolocada—. ¿No está la señora Thompson?

—Se jubiló hace unas semanas —responde con naturalidad.

Parpadeo.

—Ah... —murmuro, intentando encajar la información—. No lo sabía.

Asiento despacio antes de atreverme a hacer la pregunta real.

—¿Sabes dónde está Dorian?

La chica baja la mirada al ordenador y teclea algo.

—No, cariño. Ha tenido que salir.

Frunzo el ceño.

—¿Salir? —repito.

—Sí —dice sin darle importancia—. Su novia lo necesitaba.

Durante un segundo pienso que no he escuchado bien. El sonido ambiente parece apagarse, como si alguien hubiera bajado el

volumen del mundo.

—Perdón... —digo, notando cómo la voz me sale más baja de lo normal—. ¿Cómo ha dicho?

La chica levanta la vista, paciente, sin percibir nada extraño.

—Su novia —repite con la misma sonrisa amable—. Lo necesitaba.

19

He llamado a Dorian unas diez veces. O puede que veinte. He dejado de contar cuando el tono empezó a sonar demasiado familiar.

El caso es que no me responde. Ni un mensaje ni una llamada devuelta. Nada.

Y empiezo a notar ese vacío insoportable en el pecho, ese miedo que conozco demasiado bien. No puedo perderlo. No puedo perder a otro hombre que amo. Ya sé cómo termina la historia y no pienso volver a vivirla.

Aprieto el móvil entre las manos como si eso fuera a cambiar algo.
«No pasa nada».

«No pasa nada», repito una y otra vez, aunque la voz dentro de mi cabeza no me cree.

Me limpio las lágrimas con la manga del abrigo y respiro hondo. He perdido demasiado tiempo ya, y tengo que seguir corrigiendo la novela de fantasía. El trabajo no se va a hacer solo.

Cuando llego a casa, lo único que quiero es tirarme en la cama, esconderme bajo las sábanas y dormir. Dormir hasta olvidar, pero no puedo. Tengo que corregir. Aunque no me apetezca una mierda ahora mismo leer un *enemies to lovers* entre dos personajes guapísimos que se destrozan y se aman a partes iguales, pero no tengo otra opción.

Abro el portátil y me obligo a seguir. Podría haber hecho esto en la editorial y justamente después haber tenido la reunión, pero todavía es temprano y prefería pasar por casa, centrarme antes de la

reunión e idear un plan para entrar en la «sala prohibida». Pero antes abro el documento que debo corregir:

La llama blanca, capítulo veintisiete. Lyra Thaleis y Raek Vaylor vuelven a discutir. Otra vez.

Y otra vez acaban besándose.

Y, como siempre, el cuarto entero se prende en fuego.

En serio, ¿por qué tiene que arder todo cada vez que follan? Suspiro y pienso en que ojalá el fuego me consumiera a mí también.

Paso de página y vuelvo a pensar en el tiempo que hace desde que Dorian y yo nos acostamos. Y la escena no ayuda precisamente. Me remuevo en el sofá, incómoda y al mismo tiempo excitada, como si mi cuerpo se hubiera despertado de golpe.

El móvil vibra.

Kai

¿No vas a venir hoy a la editorial?

Tengo tu entrada para el cine.

Resoplo cansada.

Ahora mismo no me apetece nada pensar en eso. Así que, en lugar de responder, entro en su perfil —un gran error—. El muy idiota ha subido tres fotos sin camiseta. Y se parece un poco al protagonista de la novela.

Sin darme cuenta, bajo la mano por mi vientre. El roce es leve, casi una caricia. Mis dedos se cuelan por debajo del pantalón del pijama que me he puesto nada más entrar en el apartamento y cierro los ojos.

Durante unos segundos consigo no pensar en nada. Ni en Dorian. Ni en Sterling. Ni en mí misma.

La alarma del teléfono rompe el momento de golpe y el sobresalto es tan fuerte que casi me caigo del sofá. Miro la hora. Las cuatro y media —mierda—. La reunión con Maddox es en media hora. He estado tan concentrada corrigiendo que no he sido consciente de que habían pasado tantas horas. Encima no he ideado ningún plan para conseguir el libro de Sterling.

Corro al baño y me meto en la ducha, el agua caliente me recorre la piel y dejo que la alcachofa se quede fija debajo de mi vientre unos segundos más de lo necesario.

Respiro hondo.

El vapor empaña el espejo cuando salgo, y por un momento me da la sensación de que mi reflejo no soy yo. Tengo las ojeras marcadas, estoy más delgada, apenas tengo color en la cara. Parezco un cadáver.

Después de intentar arreglar un poco la mala cara que tenía, he salido corriendo a la editorial y ahora mismo estoy subiendo en el ascensor con el portátil bajo el brazo. Todavía tengo el pelo húmedo y el corazón acelerado.

Respiro hondo antes de llamar a la puerta del despacho de Maddox.

—Pase —escucho su voz amortiguada.

Agarro el pomo con fuerza y respiro hondo. Al entrar lo veo en seguida. Está sentado detrás de su escritorio, con esa expresión suya tan perfectamente neutra que da miedo. Me sorprende que a su lado no esté Anna.

—Siéntese, señorita Hale. Y gracias por la puntualidad —añade, y el tono hace que recuerde la reunión a la que llegué tarde.

Me siento en silencio.

—Aunque a las tres y cuarenta y siete de la madrugada no son horas de recibir un manuscrito, no soy quién para juzgar los ritmos

creativos de nadie —dice, sin levantar la mirada.

—Lo siento —respondo rápido—. Iba a mandárselo a usted y a la señora Anna mañana, pero debí hacerlo inconscientemente ayer por la noche.

Asiente.

—Solo me lo ha mandado a mí, señorita Hale —dice levantando la mirada.

—¿Cómo? —pregunto confusa.

—Sí, me lo ha mandado a mí y Anna no está muy contenta con ello.

Trago saliva con dificultad e intento pensar en el momento que mandé el correo.

Pero no me acuerdo de nada.

—He leído su propuesta. La idea es buena. Muy buena, de hecho —continúa diciendo.

Mi pecho se expande por un segundo hasta que añade:

—Pero está mal ejecutada.

Parpadeo.

—¿Mal ejecutada? —repito, intentando mantener la calma.

Maddox levanta la vista.

—¿De verdad pensaba que no me iba a dar cuenta? —pregunta con serenidad.

—¿De qué? —digo enseguida, nerviosa.

Cierra la carpeta frente a él.

—De que su texto está generado con IA —dice fijando la mirada en mí.

Me quedo helada. No puede ser.

—No... No entiendo —balbuceo.

—Hay frases, giros, referencias... incluso la estructura es impersonal. —Su tono es tan acusatorio que duele—. Lo que

buscamos aquí es una voz reconocible, señorita Hale. No un texto estadísticamente correcto.

Las palabras me golpean en el pecho y en ese momento recuerdo el momento exacto en el que le dije a Maya que no debería usar la IA en los trabajos de la universidad.

—Lo... siento —consigo decir—. No sé lo que ha podido pasar, yo... no... no volverá a ocurrir —termino diciendo. Es una estupidez que me excuse, no sé por qué piensa que he usado inteligencia artificial, pero por más que le diga que no ha sido así no va a creerme.

Maddox asiente.

—Eso espero. No me gusta equivocarme con la gente. —Hace una pausa—. El manuscrito de la señorita Graves es magnífico y encima tiene la decencia de no hacer trampas. Creo que usted podría llegar lejos, si aprende a confiar en su propio talento, como su compañera —añade con un tono más cercano.

Recojo mis cosas sin mirarlo.

Cuando salgo del despacho, siento que me falta el aire. Camino por el pasillo como un autómatas, intentando entender qué acaba de pasar.

¿Usar la IA?

¿Yo?

No entiendo una mierda, pero una cosa tengo clara: yo no he hecho trampas.

Alguien las ha hecho por mí.

20

He recorrido toda la editorial buscando a Maya.

Primero en su mesa, luego en el despacho de Anna, en la sala de reuniones, en la cafetería... Nada.

Cuando estoy a punto de rendirme, la veo de refilón al pasar por la sala de descanso. Está riéndose... con Kai.

No sé muy bien por qué, pero algo en mi estómago se encoge. Siento una punzada de rabia que no entiendo. Maya le toca el brazo mientras dice algo, y él sonríe de esa forma suya, tan confiada, tan cautivadora.

Perfecto. Están ligando.

—¡Maya! —la llamo desde la puerta más brusca de lo que pretendía.

Ambos giran la cabeza hacia mí. Kai sonríe, pero Maya parece confundida.

—¿Tess? Pensaba que hoy no venías —dice dejando el vaso en la mesa—. Tenías tutoría, ¿no? —añade.

—Sí —respondo seca—. Y después tenía pensado quedarme en casa corrigiendo, pero Maddox me ha mandado un correo porque ha recibido «mi primer borrador» y, al parecer, había un problema —explico con tono sarcástico.

Maya frunce el ceño al instante.

—¿Un problema? ¿Qué tipo de problema? —pregunta preocupada. Antes de que pueda responder, Kai interviene.

—Hola, Tessa —me saluda con una media sonrisa—. ¿Todo bien?

—No —respondo cortante.

Su sonrisa se borra al instante.

—Vale. Entonces..., mejor me voy —levanta las manos en gesto de rendición y añade, mirando a Maya—. Te veo luego.

Ella asiente y él sale, dejándonos solas.

—¿Qué coño te pasa? —pregunta Maya rompiendo el silencio que se había instaurado mientras se cruza de brazos—. Estás muy alterada.

En ese momento exploto.

—¿Qué me pasa? Que Maddox me ha acusado de usar inteligencia artificial, Maya —escupo cabreada.

Maya abre los ojos incrédula.

—¿Qué? Eso no tiene sentido. Tú nunca... —responde confusa.

—Ya, lo sé. Pero es lo que ha dicho —respondo, intentando contenerme—. Y no lo entiendo. Siempre he tenido mi propia voz, Maya. —Siempre.

Ella me observa con el ceño fruncido.

—Tessa, tranquila...

—No. —Doy un paso hacia ella—. Siempre ha sido al revés, ¿vale? Siempre he sido yo la que te ha ayudado, la que te corregía los textos, la que te animaba a seguir escribiendo, la que te decía que no usaras la IA —digo de forma atropellada.

Maya se tensa, sus labios se aprietan y sé que le he hecho daño.

—Tessa, no te voy a tener en cuenta lo que estás diciendo porque, claramente, hoy no has tenido un buen día y no estás pensando con claridad —dice al cabo de unos segundos con esa voz tan calmada que me enciende aún más—. Así que voy a dejarlo pasar.

—¿Dejarlo pasar? —repito, incrédula—. Quiero ver lo que llevas escrito —espeto.

—No creo que sea buena idea —responde.

Me quedo helada.

—¿Perdón? —digo con un hilo de voz—. ¿Me estás diciendo que no confías en mí? —pregunto atónita.

—Solo digo que es mejor que no lo leas. Quizás deberíamos dejar de hablar de nuestras novelas por un tiempo —sentencia.

—Claro. Perfecto. Como tú vas ganando... —contesto enfadada.

—Pero... —intenta decir.

—Entonces esa es la solución, ¿no? Dejarme tirada —le impido hablar y mi voz tiembla un poco.

—No te estoy dejando tirada, Tess. Pero ahora mismo no tengo tiempo para esto —responde bajando la mirada—. Tengo que revisar unas cosas de Parks y cerrar los últimos detalles de la presentación de Joane Leen.

Me río sin humor.

—Ah, claro. Normal que no tengas tiempo. Después de robarme a la autora, estarás ocupadísima —ironizo.

Maya levanta la cabeza, furiosa.

—Eso no es justo —replica.

—Sí lo es. Me quitaste a Joana, y ahora esto. ¿Qué quieres que piense? —elevo más el tono.

—Quiero que pienses —dice de golpe, sin medir— que, si hubieras llegado a tiempo y fueras un poco más responsable, no habría tenido que hacerlo —se defiende.

El silencio que sigue me corta el aire. Ya no estoy enfadada. Estoy dolida y Maya se da cuenta, pero es tarde. Desvía la mirada, incómoda. Yo agarro el bolso con fuerza y salgo antes de que vea las lágrimas que me arden en los ojos.

—Tessa, espera... —la escucho decir a mis espaldas.

Pero no le hago caso.

Camino rápido por el pasillo y me meto en el baño. Cierro la puerta, apoyo la frente contra el espejo y dejo que las lágrimas caigan. Ni siquiera sé si estoy llorando por Dorian, por Maddox o por ella. Solo sé que algo dentro de mí se ha roto.

Cojo un par de trozos de papel para secarme las lágrimas, me miro en el espejo, respiro e intento abrir la puerta del baño, pero el pomo no se mueve. Ni un milímetro.

Empujo, tiro, giro la manilla con fuerza. Nada.

No sé cómo es posible, pero cada vez que pienso que el día no puede empeorar, el universo decide demostrarme que sí, que todavía hay margen para el desastre.

—No puede ser —susurro, apoyando la frente en la puerta—. No, por favor, otra vez no.

Aporreo la madera con la palma de la mano.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¡Se ha vuelto a encajar la puerta! —grito, sintiéndome cada vez más ridícula.

Durante unos segundos no pasa nada. Solo se escucha el ruido del aire acondicionado.

Y entonces, de pronto, alguien empuja desde fuera y la puerta cede con un crujido.

Al otro lado está Kai. Tiene el pelo despeinado, una mano apoyada en el marco y una expresión entre divertida y preocupada.

—¿Estás bien? —pregunta.

Sin pensarlo, me lanzo hacia él y lo abrazo.

Kai se queda quieto un instante, sorprendido, y después me rodea con los brazos.

—Eh, tranquila. No pasa nada. ¿Estás bien? —Su voz suena más suave de lo habitual.

Me separo un poco, todavía con el corazón acelerado.

—Ahora sí —digo, intentando recuperar la compostura.

Kai sonríe.

—Si quieres salimos fuera para que te desahogues un poco — propone.

—¿Desahogarme? —repito, desconfiada.

—Sí. Te prometo que va a ayudarte, déjame acompañarte fuera.
—Me tiende la mano.

Dudo unos segundos, pero recuerdo el correo de Maddox, la pelea con Maya y el hecho de que Dorian sigue sin dar señales de vida. Y pienso que, total, ¿qué más da?

—Vale —respondo al fin—. Salgamos.

De camino al ascensor, Kai saca algo del bolsillo.

—Por cierto —dice, tendiéndome un papel—. Tu entrada para el viernes.

La cojo. Es para *Un sueño irlandés*.

—Gracias —susurro.

—Si no te apetece, no pasa nada. Podemos ir otro día —añade, mirándome de reojo.

—No, no me apetece mucho —admito.

Asiente, decepcionado, y llama al ascensor.

El ascensor tarda una eternidad en llegar y el marcador luminoso avanza con una lentitud desesperante. Kai está a mi lado, apoyado contra la pared mientras revisa el móvil con absoluta tranquilidad, y es justo entonces cuando el recuerdo me golpea con una claridad incómoda.

El mensaje de Sterling..., el diario.

Se me encoge el estómago al darme cuenta de que no lo he buscado. Después de todo lo ocurrido —la conversación con Maddox, la tensión con Maya, la secretaria asegurando con total naturalidad que Dorian había salido porque su novia lo necesitaba—

mi cabeza ha estado tan saturada que he olvidado lo único realmente importante.

—Espérame un momento —digo de pronto, ya alejándome antes de esperar respuesta.

Kai alza la vista, desconcertado, pero no se mueve mientras yo avanzo por el pasillo casi corriendo.

La editorial está prácticamente vacía. Muchas luces ya están apagadas y desde el fondo llega el sonido metálico del carrito de limpieza avanzando entre los despachos. El turno nocturno acaba de empezar, lo que significa que existe una pequeña posibilidad de que la sala esté abierta... o al menos de eso intento convencerme mientras acelero todavía más. Doblo la esquina y me detengo frente a la puerta del rincón de lectura de Jane Sterling, la famosa «sala prohibida». El diario tiene que estar ahí. Es el único lugar en el que se me ocurre que haya podido guardarlo.

O dejarlo para mí.

Agarro el pomo y tiro, pero no se mueve. Lo intento otra vez, esta vez con más fuerza, como si insistir pudiera cambiar el resultado. Nada.

—Genial... —murmuro para mí misma.

Debería haber venido antes. Lo sé. Pero entre la acusación absurda de haber usado inteligencia artificial, la sensación creciente de estar perdiendo terreno frente a Maya y la imagen constante de Dorian junto a una supuesta novia desconocida, mi cabeza ha estado demasiado ocupada como para recordar el maldito libro.

Vuelvo a probar la cerradura, frustrada.

—¿Se puede saber qué haces?

El susto me recorre entera. Me giro de golpe y encuentro a Kai observándome con una expresión entre divertida y curiosa.

—Yo... —busco una explicación desesperadamente— quería ver la primera edición de *La consulta*. Es... mi libro favorito.

Su mirada se vuelve escéptica, y antes de que pueda cuestionarme empiezo a hablar sin parar, encadenando detalles que salen solos: la diferencia entre ediciones, el error tipográfico del capítulo siete, una entrevista antigua en la que Sterling mencionó escenas eliminadas, la simbología recurrente del despacho de la protagonista... Datos demasiado específicos como para sonar improvisados.

Kai parpadea varias veces.

—Vale..., eso ha sido sorprendentemente intenso —dice al fin—, pero aun así es imposible coger uno de esos libros. Esa sala casi siempre está cerrada.

Hago un gesto resignado, aunque la decepción es real.

—Ya..., lo suponía.

Kai duda un instante y luego sonríe lentamente, como si acabara de tomar una decisión.

—Aunque hoy tienes suerte.

Levanto la vista.

—¿Por?

—Porque soy una de las pocas personas que tienen llave.

Mis cejas se elevan solas.

—¿En serio?

—Podría abrirle la puerta a una amiga —añade con ligereza—, pero, claro..., como no quieres venir al cine conmigo, quizá no somos tan amigos...

Pienso rápido, demasiado rápido, y la respuesta sale antes de que pueda analizarla.

—Si me ayudas..., puedo replantearme lo del cine.

Kai se ríe, claramente satisfecho, y saca un pequeño llavero del bolsillo. La llave gira en la cerradura con un *clic* limpio.

—Tienes dos minutos —advierte mientras abre la puerta.

Entro casi corriendo.

La sala está en penumbra, iluminada únicamente por una lámpara cálida junto a las estanterías repletas de libros. Camino directa hacia la librería del fondo y empiezo a recorrer los lomos con creciente ansiedad.

—Date prisa —dice Kai desde la entrada.

Mis manos se mueven cada vez más rápido. Primer estante. Ediciones repetidas. Segundo. Nada. El pulso me retumba en los oídos.

—Tessa —susurra Kai de pronto—. Viene alguien.

Levanto la mirada y, a través de la pared de cristal, veo a Maddox avanzando por el pasillo.

Mierda.

Corro hacia la puerta, pero Kai ya la está cerrando desde fuera. La llave gira y el sonido seco me paraliza.

—Kai —susurro—. Kai.

No responde.

Escucho voces al otro lado. Fragmentos sueltos.

—... necesito entrar...

—... ya puede irse...

El aire desaparece de mis pulmones. Maddox va a entrar. Miro alrededor y me escondo detrás del gran sillón verde justo cuando la puerta se abre. Sus pasos resuenan despacio sobre el suelo hasta que se deja caer en el asiento; el respaldo cede hacia atrás y tengo que inclinarme más para permanecer fuera de su campo de visión, conteniendo la respiración.

Entonces ocurre algo inesperado. Un sollozo. Maddox está llorando.

Me quedo completamente inmóvil, atrapada entre salir y ser descubierta o permanecer allí sin hacer ruido. El tiempo se estira hasta que suena un teléfono y mi mano vuela al pecho creyendo que es el mío, pero él responde enseguida, recompone la voz y abandona la sala con rapidez.

La puerta se cierra. Espero unos segundos antes de levantarme y salir casi corriendo —ya vendré a por el diario—. Apenas he dado dos pasos fuera cuando la sensación de alivio empieza a aflojarme las piernas. Pienso que he tenido suerte. Demasiada suerte. Pero... justo al cruzar el umbral, choco contra un cuerpo alto y firme.

Mierda.

Me han pillado.

21

Gracias a Dios —y al destino— la persona contra la que me choco resulta ser Kai. Apenas tengo tiempo de reaccionar antes de que me sujete por los hombros para evitar que pierda el equilibrio, y durante un segundo solo puedo pensar en lo cerca que he estado de que todo saliera mal.

Balbuceo una excusa cualquiera, salgo de la editorial casi sin despedirme y no paro hasta llegar a casa.

Cuando cierro la puerta del apartamento detrás de mí, el silencio me envuelve de golpe y mi corazón sigue latiendo con una fuerza incómoda, como si aún estuviera huyendo. Me apoyo unos segundos contra la madera, respirando hondo, atrapada entre el alivio de haber escapado y una frustración que me quema por dentro. No he encontrado el libro, pero estoy segura de que tiene que estar ahí. Así que tengo que volver.

Dejo el bolso colgado en el perchero y camino directa hacia el baño. Lo único que quiero ahora mismo es meterme bajo el agua caliente y apagar la cabeza durante unos minutos.

—¿Tessa?

Me quedo inmóvil. La voz llega desde el salón.

Me giro despacio y veo a Dorian apoyado en el marco de la puerta, todavía con la ropa de calle puesta. El alivio inicial dura apenas un segundo antes de que todo el cansancio del día vuelva a caerme encima.

—¿Dónde estabas? —pregunta con suavidad.

La pregunta me descoloca tanto que reacciono a la defensiva.

—¿Dónde estaba yo? —repito, incrédula—. ¿Por qué no me has contestado en todo el día?

Dorian frunce el ceño, claramente confundido.

—Tess, yo...

—Te he llamado mil veces —lo interrumpo—. Ni un mensaje. Nada.

Él levanta las manos con calma, intentando bajar la tensión.

—Oye, espera. No entiendo qué está pasando, pero podemos hablarlo tranquilos.

Su tono pausado solo consigue irritarme más.

—Lo que pasa es que desapareces y luego actúas como si nada.

Dorian suspira, conteniéndose.

—Últimamente te noto... distinta —dice finalmente—. Distraída. Como si estuvieras en otro sitio. Y no sé si puedo ayudarte o si te pasa algo que no quieres contarme.

Las palabras me golpean más de lo que esperaba.

Así que sí lo ha notado. No he estado fingiendo tan bien como creía.

La discusión pierde fuerza de golpe y me obligo a respirar hondo.

—Hoy he tenido la tutoría con mi profesor —digo, intentando sonar más calmada—. Después fui a la biblioteca... quería verte.

Dorian parpadea.

—¿Fuiste a buscarme? ¿Por qué no me avisaste? Habría sacado un hueco para verte.

—Porque quería darte una sorpresa —respondo, aunque ya no estoy segura de nada—. Pero no estabas.

—Tuve que salir por un asunto del trabajo —explica—. Fue algo de última hora.

Dudo un instante antes de soltarlo.

—Pues tu compañera del mostrador dijo que te habías ido porque tu novia te necesitaba...

El silencio que sigue es inmediato.

Dorian abre mucho los ojos, auténticamente desconcertado.

—¿Mi... qué?

—Eso dijo.

Niega con la cabeza al instante.

—Tessa, eso no es cierto. No sé quién te ha dicho eso ni por qué, pero no tiene ningún sentido. ¿Estás segura?

Esa última pregunta me arde en el pecho porque realmente no lo estoy y parece que Dorian se da cuenta.

—¿De verdad piensas que podría hacerte algo así después de todo este tiempo? —Su expresión pasa del desconcierto al dolor.

No respondo. Estoy demasiado cansada para discutir, demasiado confundida para poner en duda lo que ha dicho esa chica.

¿Y si he oído mal? ¿Y si la chica se lo ha inventado simplemente para cubrir su ausencia?

—Da igual —murmuro al final.

—No, no da igual —insiste él, acercándose un paso—. Quiero arreglar esto. Estás trabajando en ese premio importante y no quiero convertirme en otra cosa más que te distraiga. Podemos hablarlo. Solucionarlo.

Pero ya no tengo energía.

—Necesito ducharme —digo, apartándome—. Y dormir.

Dorian duda unos segundos, como si quisiera seguir hablando, pero finalmente asiente.

—Vale. Te doy tu espacio.

El agua caliente cae sobre mí unos minutos después y dejo que el vapor lo borre todo: la discusión, la editorial, el libro, las dudas. Funciona solo a medias. Cuando me meto en la cama siento el

cuerpo pesado, agotado hasta los huesos. Entonces el móvil vibra sobre la mesilla.

Sloane

¿Cómo llevas el manuscrito?

Hoy he tenido una reunión con un escritor de thriller increíble. Me ha dado varias ideas... creo que podrían ayudarte.

Miro el mensaje unos segundos y entonces recuerdo algo peor que todo lo demás. No he escrito nada hoy.

Nada.

Trago saliva y abro el calendario casi sin querer —veintidós días—. Solo me quedan veintidós días para escribir la novela entera.

Apago la pantalla lentamente y me quedo mirando el techo en la oscuridad, con una certeza incómoda instalándose en el pecho.

No sé qué me asusta más ahora mismo: que alguien me esté saboteando... o que esa persona haya sido yo todo este tiempo.

Quizás sea lógico. Las personas que hacen cosas terribles no suelen tener finales felices.

Y yo soy una asesina.

22

Me despierto peor de lo que me esperaba. Tengo la sensación de haber pasado la noche entera peleándome con mis propios pensamientos, como si en vez de dormir hubiera estado intentando ganar una pelea conmigo misma. Los párpados me pesan y el cuerpo me duele. Cojo el móvil por inercia y, al desbloquearlo, lo primero que veo es el recordatorio en la pantalla:

Aniversario – 3 años

¡Joder! No me acordaba.

Cierro los ojos frustrada y recuerdo las cenas en el pequeño italiano del centro, donde Dorian siempre pide vino tinto, aunque se queje de que sabe igual que el de supermercado, y yo termino cediéndole la mitad de mi postre porque nunca me lo acabo... aunque siempre digo que esta vez sí. Llevamos tres años repitiendo ese ritual, pero este año... no parece que vaya a ocurrir. Sobre todo, porque se me ha olvidado reservar.

Ah, bueno y porque no estamos en nuestro mejor momento.

Cuando intento estirarme en la cama, escucho unos ruidos amortiguados fuera del dormitorio.

Platos. El chisporroteo de algo en la sartén. Una cuchara chocando contra un vaso. Mi primer impulso es pensar que es Dorian, pero miro la hora: 08:12. No debería estar aquí. A esta hora siempre está

llegando al campus o tomándose su segundo café del día mientras revisa su agenda.

Me levanto muy despacio y abro la puerta del dormitorio con cuidado, como si temiera encontrar a un asesino haciéndome el desayuno. Pero lo que me encuentro es el olor a café recién hecho, a mantequilla fundiéndose y a tortitas. Ese olor cálido, casi hogareño, que me da un vuelco en el pecho.

Camino por el pasillo despacio, descalza, con el corazón latiéndome en las sienes como si algo fuera a estallar.

Y entonces lo veo. Dorian está en la cocina, de espaldas a mí, moviéndose con una naturalidad que envidio. Lleva su camiseta gris clara, la que le queda ligeramente grande y que yo siempre usaba para dormir. Se gira al notar mi presencia y sonrío.

—Buenos días —dice acercándose para darme un beso en la mejilla—. Y... feliz aniversario.

Me quedo quieta. Demasiado. Como si mi cuerpo hubiese olvidado cómo responder. Dorian frunce el ceño al ver mi expresión.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha olvidado? —pregunta intentando sonar ligero.

—No... —digo—. Pero después de lo de ayer...

Dorian deja la espátula, al momento, respira hondo, baja la cabeza un segundo y luego vuelve a mirarme con una expresión más seria.

—Ayer estábamos cansados, mi amor, y no pudimos hablar bien las cosas. Pero hoy es un nuevo día.

Sus palabras liberan un poco la presión de mi pecho.

—Aunque... —continúa— lo de la secretaria. No sé qué habrá pensado, pero tuvo que equivocarse.

No respondo. No sé qué decir. El ligero alivio que he sentido se ha esfumado de golpe.

—Solo salí unos minutos para hablar con Violet —añade, dando un paso hacia mí.

El nombre me resulta familiar. Tardo un instante en recordar quién es.

—¿La chica del máster? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí. Esa —dice—. Me escribió muy alterada. Su hermano... ya sabes cómo es. Pensé que te lo había contado.

Sí. Me lo contó. Hace meses.

Violet va a clase con Dorian. Una tarde la chica se derrumbó mientras hacían un trabajo y le contó su situación familiar. El hermano de Violet es drogadicto y actualmente vive en la calle porque no quiere recibir ayuda. Una historia triste.

—La secretaria debió de confundirla contigo —propone—. Violet también es pelirroja —añade como argumento.

No es el mismo tono de pelirrojo, según la foto que me enseñó hace tiempo era más bien un castaño rojizo, pero de lejos quizás... — o eso quiero creer—. ¡Joder! Me siento estúpida. Insegura. Como si las lagunas mentales me hubieran convertido en un monstruo con demasiadas patas. Dorian vuelve a acercarse. Me toma las manos, con suavidad, como si yo fuera algo frágil.

—No te sería infiel nunca. Te quiero con locura, Tess. Y quiero que estemos bien. De verdad.

Y ahí es cuando algo en mí cede de golpe. Sé que debería hacerle más preguntas para no seguir dándole vueltas. Pero cuando me mira así, todo el dolor de ayer, toda la frustración y la confusión... se disuelven como azúcar en café caliente, y yo solo quiero creerle.

Me lanzo hacia él, lo abrazo con fuerza, con desesperación, con hambre de paz y él me envuelve como si también lo necesitara.

—Lo siento —susurro contra su cuello.

—Yo también —responde también con un susurro y me besa—. Entonces... vamos a arreglarlo todo, ¿vale? —dice acariciándome la espalda—. Solo tú y yo. Como siempre.

Me da otro beso corto y se aparta.

—Siéntate —dice con una sonrisa—. Antes de que arruine las tortitas y tengas una historia más para contar sobre mis fracasos culinarios —bromea.

Obedezco y me siento casi... feliz. O algo parecido.

Dorian desaparece un segundo y regresa con un paquetito envuelto en papel dorado.

—Feliz aniversario —susurra.

Lo cojo con cuidado. El envoltorio cruje bajo mis dedos. Me deshago del papel de regalo y sostengo la caja de terciopelo negro, y recuerdo el aniversario de hace dos años. En el que me regaló un colgante precioso. Cuando abro la caja, se me corta la respiración.

Unas tijeras. Antiguas. Plateadas. Con mis iniciales grabadas a un lado. Son... preciosas.

—¿Te gustan? —pregunta él, inclinándose un poco para ver mi reacción.

—Son... —Ni siquiera sé qué palabra usar—. Son increíbles.

Dorian sonríe con ese orgullo dulce que solo muestra cuando acierta de lleno.

—Las encontré en una tienda de antigüedades. El hombre me contó que antes los correctores y editores usaban estas tijeras para montar galeradas, mover párrafos, cortar y pegar frases enteras. Eran parte del oficio —explica emocionado—. Quería que tuvieras algo que te recordara que estás siguiendo tu propio camino —dice con una leve sonrisa—. Y que estás hecha para esto.

Mis ojos se llenan de lágrimas. De emoción. De alivio. De cariño... De amor. Del mismo amor que pensé que ayer se había agrietado sin

remedio.

—Hay que buscarles un sitio especial —digo riendo y llorando a la vez.

Él niega con la cabeza.

—O puedes usarlas. Para lo que quieras. Para abrir paquetes en la editorial... o para cortar todo lo que se interponga en tu camino —añade con tono bromista.

Me río entre lágrimas y lo beso, sintiendo por un segundo que todo vuelve a ser sencillo.

—Gracias —susurro.

—Voy a recogerte esta tarde para ir a cenar —dice él—. He pedido el día libre. Quiero que celebremos esto como nos merecemos.

Mi sonrisa se ilumina... pero dura poco. El manuscrito. El plazo. El caos.

Me levanto despacio.

—Genial —digo—. Me organizaré para llegar a todo. Te escribo cuando salga.

Dorian asiente, satisfecho, convencido de que todo está solucionado.

Yo sonrío, pero mientras recojo mi bolso, siento un nudo en la garganta —una presión familiar—. Como si ya supiera que... por mucho que quiera llegar a todo... no hay manera de que esto termine bien.

La última vez que tuve esa sensación... fue con Flynn. Y sé perfectamente cómo terminó aquello.

Durante las primeras horas del día, todo parece ir demasiado... bien.

La reunión a primera hora ha ido genial, Anna incluso ha asentido varias veces mientras yo hablaba —lo que en su idioma se traduce como un «nada mal»—. Desde que le mandé «sin querer» el

borrador a Maddox, ha estado un poco distante conmigo, pero le he prometido que no volverá a ocurrir y que fue un gran error. Así que parece que no me guarda rencor. O eso espero.

Después de la reunión, me he sentado en mi mesa y he conseguido avanzar bastante con la corrección del *romantasy*; Lyra y Raek discuten, se odian, casi se matan... y yo voy arreglando diálogos como si mi vida dependiera de ello.

Para cuando llega el descanso de la comida, siento algo parecido a la satisfacción. Casi he terminado todo lo que tenía que hacer para hoy.

Estoy sola en la sala de descanso, con un *tupper* de lasaña recalentada delante, cuando la puerta se abre de golpe.

—¡Por fin te encuentro! —exclama una voz muy familiar.

Levanto la cabeza y casi se me cae el tenedor.

—¿Sloane? —pregunto con la boca entreabierta.

Ella sonríe, radiante, y se lanza a abrazarme.

—Te he buscado por toda la editorial —dice, apretándome fuerte—. Recepción, pasillos, salitas con nombres absurdos... esto parece un laberinto.

Me echo a reír mientras nos separamos.

—¿Y eso? —pregunto aún sorprendida.

—Estaba grabando unos vídeos para la cuenta de TikTok de la editorial —responde como quien dice «He ido a por pan»—. Y he pensado: «Voy a ver a la pelirroja, que ya ni contesta a los mensajes».

Se me cae el alma a los pies.

—Lo siento —murmuro—. He estado... liadísima.

—Ya, ya, la gran editora en ciernes —bromea, sentándose en la silla de enfrente—. Tienes quince minutos para contarme tu vida. Empieza.

Suspiro, juego un poco con el tenedor y acabo soltando:

—Estoy hasta arriba. Me confundí con la fecha de entrega y tengo que entregar mañana una novela de fantasía eterna. Pero por suerte me queda ya relativamente poco.

—¿Y eso no lo tenías apuntado en tu maravillosa agenda? —pregunta, levantando una ceja.

—Sí, pero lo cambiaron —respondo, poniendo los ojos en blanco—. Luego está lo del primer borrador... —digo, bajando un poco la voz—. Maddox, el director, me llamó y me dijo que mi texto estaba generado con IA.

Sloane frunce el ceño.

—¿Tu texto? ¿Con IA? —pregunta confundida.

—Sí —contesto—. No lo entiendo, yo nunca... —se me encoge un poco la voz al decirlo.

Sloane lo nota al instante.

—¿Qué pasa? —pregunta, dejando de bromear—. Cuéntamelo.

Respiro hondo.

—Pues que yo nunca he usado la IA para escribir, pero sí conozco a alguien que...

—¡Tessa, cuéntamelo ya! Por favor —me interrumpe impaciente.

—Pues que... la que siempre ha usado la inteligencia artificial ha sido Maya. Mi mejor amiga —explico—. La conocí el año después de que tú te fueras... —se me encoge un poco la voz al decirlo—. Bueno... no sé si ahora mismo seguimos siendo amigas —admito—. Discutimos por esto. Y por otras cosas.

Le cuento lo de las reuniones cambiadas de hora, lo de la presentación de Joana Leen, cómo Maya se quedó con ella «para ayudarme», lo de las notificaciones que nunca me llegan... y le explico un poco mejor lo de la IA, que sigue sin tener sentido por mucho que le dé vueltas.

Sloane escucha sin interrumpir, con esa concentración suya que siempre me ha dado un poco de miedo.

—Es mucha casualidad —dice al final—. Demasiada. ¿No te parece?

—Sí... —admito—. Pero Maya no sería capaz de hacerme algo así —me apresuro a decir.

—Cuando acabéis las prácticas, ¿hay alguna plaza abierta? —pregunta de pronto, como si esa fuera la pregunta clave.

Asiento.

—Sí. Nos han dicho que una de nosotras podría quedarse. Si todo salía bien.

Sloane inclina la cabeza, pensativa.

—Pues... —dice despacio—. No digo que Maya quiera sabotearte... pero sí creo que quiere quedarse. Y a veces, cuando alguien quiere algo con suficiente fuerza, deja de mirar a quién aparta por el camino —dice levantando ambas manos.

Me quedo en silencio. No quiero pensarlo. No quiero imaginarla así. Pero el puzle que hay en mi cabeza encaja demasiado bien.

—Bueno —rompe Sloane el momento—. Ya hemos hablado bastante de gente que no está. Enséñame tu reino. Tu mesa. Quiero ver dónde trabaja la gran Tessa Hale —vuelve a usar este tono bromista que me encanta.

Sonrío, aliviada por el cambio de tema.

—Vale. Ven, te la enseño —me levanto de la silla y le cojo la mano.

Cuando llegamos a mi «reino», Maya está en su mesa, al lado de la mía, corrigiendo un manuscrito con expresión concentrada. No levanta la vista, pero sé que se ha dado cuenta de que hemos llegado.

—Me encanta cómo lo tienes todo organizado —dice Sloane, dejando el bolso sobre mi mesa y recorriendo con la mirada mis montones perfectamente apilados de papeles—. ¿Y eso qué es? —pregunta, señalando el estuche negro.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Es un regalo de aniversario de Dorian —respondo, abriéndolo con cuidado—. Mira.

Le enseño las tijeras plateadas, con mis iniciales grabadas. Sloane las observa, alzando una ceja.

—¿En serio te ha regalado unas tijeras? Pensaba que era más... romántico —dice, medio en broma.

Me río.

—Son tijeras de edición. Servían para recortar galeradas y montar maquetas. Son preciosas. Y muy útiles.

—Bueno, por lo menos son bonitas. Y afiladas —responde con un guiño.

Sonreímos las dos y, de reojo, veo cómo Maya nos observa un segundo antes de volver a bajar la vista al manuscrito.

Sloane sigue inspeccionando mi mesa y, de repente, se detiene.

—Espera... —Abre su bolso y saca un pequeño *pendrive* malva—. ¿Tú también tienes este modelo?

Miro hacia un lado de mi teclado y me doy cuenta.

—No puede ser —me echo a reír—. El mismo color. El mismo modelo. Seguimos tan obsesionadas con el malva como cuando teníamos doce años.

—Era el color oficial de nuestra secta literaria secreta —bromea Sloane.

Las dos nos reímos y, en ese momento, Maya carraspea con fuerza. Un sonido seco, casi teatral.

Sloane gira la cabeza hacia ella.

—Hola —dice con una sonrisa amable—. Tú debes de ser Maya.
Mi amiga levanta la mirada, ligeramente tensa.

—Sí. Encantada —dice, con su voz más correcta.

—Ven, levántate —insiste Sloane, abriendo los brazos—. Las amigas de Tessa son mis amigas.

Maya se levanta con una mueca que podría interpretarse como timidez, aunque yo la conozco lo suficiente para ver el resentimiento escondido debajo. Aun así, se acerca y abraza a Sloane. Cuando se están separando, el codo de Maya se engancha con el asa del bolso de Sloane, pega un tirón sin darse cuenta y el bolso cae sobre mi mesa y se abre de golpe, desparramando todo su contenido. Llaves, cartera, labiales, la grabadora, un par de bolígrafos... todo se mezcla con mis *post-its* y mis marcadores.

—Ay, lo siento —farfulla Maya, roja como un tomate, agachándose para recoger las cosas.

—No pasa nada —responde Sloane enseguida, ayudándola—. Peor fue la vez que tiré un café entero sobre los apuntes de Tessa —añade riéndose.

Yo me limito a observar la escena en silencio.

Sloane vuelve a meter sus cosas en el bolso y lo cierra con un *clic*.

—Tengo que irme ya —dice, dándose la vuelta hacia mí—. Escríbeme luego si quieres, pelirroja. Si no estoy grabando con algún asesino encantador, te contesto —añade guiñándome un ojo.

—Te llamo, lo prometo —respondo—. ¿Quieres que te acompañe a tu planta?

—No hace falta. Me conozco bien la editorial. Aunque si me pierdo, le pregunto el camino a algún editor guapo —bromea, guiñándome un ojo.

Me río, y pienso que, en el fondo, sigue siendo la misma Sloane de siempre.

Cuando se va, me siento y cojo la carpeta roja y el *pendrive* malva de mi mesa. En diez minutos tengo una reunión para proponer posibles cierres para una saga de *thriller* muy famosa. Me hace especial ilusión porque me han dejado coordinar el esquema de la presentación.

En la sala de reuniones preparo todo: conecto el *pendrive* al televisor, dejo un índice impreso para cada asiento, reparto un par de botellas de agua. Repaso mentalmente el orden de los puntos: contexto de la saga, opciones de cierre, pros y contras, posibles finales alternativos.

La gente empieza a entrar. Se sientan, charlan en voz baja, algunos hojean el índice. Anna y Maddox aún no han entrado, pero sé que lo harán en cualquier momento.

Cojo el mando del televisor y lo enciendo, pero no funciona.

—Perdón —digo con una sonrisa tensa—. Parece que está desenchufada.

Me agacho para enchufarla a la toma de la pared, noto el tirón del cable y vuelvo a incorporarme. Esta vez, el mando sí responde. Pulso el botón de encendido del televisor sin mirar. La reacción es inmediata. Un par de personas sueltan un «¿Qué...?» a medias. Dos editores que están al fondo se llevan la mano a la boca y salen casi corriendo con arcadas, uno de ellos se choca con la puerta. El murmullo se eleva en cuestión de segundos.

Mi cuerpo entra en modo alerta y me giro hacia la pantalla. No hay esquemas. No hay portadas. No hay *bullet points*.

La pantalla parpadea un par de veces y aparece un vídeo. De mala calidad. En él se ve una habitación mal iluminada, una mujer tendida en una cama, un charco oscuro bajo su cuerpo y un hombre que no deja de apuñalarla. La imagen se sacude como si alguien hubiera grabado a escondidas un asesinato.

Pulso el botón de apagado tan rápido que casi tiro el mando.

—Lo siento —digo, con la voz estrangulada—. Lo siento muchísimo, debe de haber un error, yo... esto no...

Mis manos tiemblan tanto que casi se me cae el mando al suelo. Alguien cuchichea algo sobre «denunciar esto». El ambiente se ha vuelto espeso, áspero. Siento cómo la sangre me abandona la cara.

Entonces, mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco con manos torpes. Es un mensaje de Sloane.

Sloane

Pelirroja, tengo tu pendrive. Cuando tu amiga me tiró el bolso y recogió mis cosas, debió de meter el tuyo sin darse cuenta. Estoy volviendo para dártelo.

Espero que no lo hayas visto, no es nada agradable.

Me quedo mirando el mensaje más tiempo del necesario. «Sí, ojalá no lo hubiera visto».

Ahora mismo, lo único que se interpone en mi camino se llama Maya y, por un segundo —solo un segundo—, pienso en las tijeras plateadas que descansan sobre mi mesa de trabajo. En lo afiladas que están. En lo fácil que sería cortar aquello que me está frenando.

El pensamiento aparece y desaparece tan rápido que me deja sin aire. Hasta me asusto de mí misma. Trago saliva, guardo el teléfono y aprieto la pulsera de mi padre contra la muñeca, como si pudiera sujetarme a algo firme antes de caer demasiado lejos.

No voy a hacerle daño a nadie. Eso lo sé. Lo que ya no tengo tan claro... es si puedo confiar en mi amiga.

23

La reunión, sorprendentemente —y contra toda lógica—, ha salido increíble. Todavía no entiendo cómo ha podido ocurrir después del horror que se proyectó en esa pantalla, pero creo que pocas veces en mi vida he respirado tan hondo como cuando he visto a Sloane aparecer por la puerta, casi corriendo, con mi *pendrive* en la mano. Ha entrado en la sala con esa seguridad suya que llena todo el espacio y, antes de que yo pudiera decir nada, se ha adelantado:

—Perdonad el susto —ha dicho sonriendo, dirigiéndose a todos—. Vengo a traerle el *pendrive* correcto a mi compañera. Ese *pendrive* no era suyo. Ojalá lo fuera, porque tendría un futuro brillante en *true crime*, pero no... es mío. Cosas del oficio.

La sala ha estallado en risas nerviosas. Algunos editores la miraban boquiabiertos, otros le han dicho que eran muy fans suyos —lo han dicho varios, de hecho—, lo cual me sorprende porque no creo que sea la primera vez que la ven, ya que ella trabaja aquí.

—Pues yo soy muy fan de Tessa. Y sé que su idea os va a encantar —ha contestado con una sonrisa.

He sentido cómo se me aflojaban las rodillas del alivio. Le he susurrado un «Gracias» que ni siquiera le ha hecho justicia y, una vez que las aguas se han calmado, he continuado con la presentación como si no acabáramos de ver un asesinato en HD. Y, para mi sorpresa, ha ido bien. Muy bien.

Cuando salgo de la sala, reviso el móvil y tengo varios mensajes de Sloane y uno de Dorian.

Me decanto por leer primero el de mi novio:

Dorian

Amor, ¿te recojo a las seis?

Sí, me viene genial.

Después de contestarle a Dorian he leído por encima los mensajes de Sloane, pero todos eran deseándome suerte. Tras la reunión, tengo esa extraña sensación de ligereza que aparece cuando consigues algo que parecía imposible. Y con esa energía todavía burbujeando dentro, pienso que quizá... quizá haya llegado el momento de averiguar qué demonios está pasando con Maya y dejar de lado las teorías. Además, también tengo que hacerme con el libro de Sterling. Ahora mismo siento que puedo con todo.

Camino hacia mi mesa decidida, con un nudo en el estómago, pero con la determinación empujándome hacia delante. Sin embargo, cuando llego, su sitio está vacío. Su bolso no está, ni su chaqueta, ni siquiera el vaso de café reutilizable que siempre deja tirado sin tapa.

—¿Has visto a Maya? —pregunto a uno de los chicos de la mesa de enfrente, que está recogiendo sus cosas.

—Ah, sí —dice él—. Ha salido antes hoy. No sé por qué. Creo que tenía una cita o algo.

Una cita. Claro. Perfecto. Otro misterio más a la lista.

Le doy las gracias y me giro hacia mi mesa..., pero no me siento. En lugar de eso, espero unos segundos, observando a mi alrededor, asegurándome de que nadie está prestando demasiada atención. Cuando el pasillo queda casi vacío y las conversaciones se diluyen en el fondo, me muevo con cuidado hacia la silla de Maya. Me siento y

enciendo su ordenador, intentando que parezca que simplemente estoy buscando un bolígrafo.

El ordenador arranca sin pedirme contraseña. Debería sorprenderme, pero no lo hace. Maya nunca ha sido precisamente fan de la seguridad digital; siempre decía que nadie querría leer sus cosas —qué ironía—. Trago saliva y abro su navegador. Y ahí está. Su sesión de Google activa. Su Drive abierto. Carpetas organizadas por colores. Miles de documentos.

Respiro hondo y empiezo a buscar.

Encuentro un archivo titulado *Borrador Reto Sterling* y mi pulso se dispara cuando veo la fecha de última modificación: *hace una hora*.

Justo antes de que pueda hacer *clic*, una mano se posa en mi hombro.

—¿Qué haces? —pregunta una voz a mi espalda.

Mi cuerpo se tensa entero. Cierro de golpe todas las pestañas, casi haciendo crujir el ratón del ordenador. Tardo un segundo en girarme.

Kai.

Me mira con curiosidad, no con sospecha, pero aun así mi cerebro entra en modo pánico.

—Yo... —empiezo a decir, buscando a ciegas una excusa que no sea «Estoy investigando a mi amiga porque creo que arruina mi vida». Mi ordenador no cargaba y necesitaba revisar una cosa rápido. Solo era eso. Nada importante.

Kai me observa un segundo más, como intentando decidir si me cree o si soy la peor mentirosa del planeta. Finalmente, asiente con un encogimiento de hombros.

—Vale. —Se pasa una mano por el pelo—. No diré nada.

—Gracias —respondo enseguida, demasiado rápido, demasiado ansiosa—. Es que... Maya es muy maniática con sus cosas y no quiero que piense que... No sé. Ya sabes.

Kai arquea ligeramente una ceja, pero no dice nada.

—Claro. No te preocupes —responde.

Me dispongo a levantarme, todavía con el corazón golpeándome el pecho, cuando él añade con una sonrisa suave:

—Por cierto, mañana hemos quedado para ir al cine. No te olvides.

El cine.

Mierda. Me había olvidado por completo.

Fuerzo una sonrisa, intentando no parecer alguien que está a punto de hiperventilar.

—Sí. Claro. Mañana. No me olvido.

Kai asiente, satisfecho, y se aleja.

Yo me quedo sentada en la silla de Maya, pensando qué coño puedo hacer para no asistir a esa «cita». Las cosas con Dorian están mejor y no quiero cagarla. Otra vez.

Decido ir a por el diario. No pienso demasiado en ello; simplemente empiezo a caminar hacia el pasillo del fondo, como si mi cuerpo hubiera tomado la decisión antes que mi cabeza. Después de todo lo que ha pasado hoy, necesito una certeza, algo que no dependa de interpretaciones ni de sospechas. Jane Sterling me dejó un mensaje y ese mensaje llevaba hasta un lugar concreto. Hasta un diario. Y esta vez voy a conseguirlo. O eso quiero pensar.

La editorial está más silenciosa de lo habitual. Algunas luces ya se han apagado y el eco de mis pasos resuena sobre las partes de suelo pulido que no están cubiertas por la moqueta. Mientras avanzo hacia el rincón de lectura, siento una extraña mezcla de nervios y determinación, como si estuviera a punto de cruzar una línea invisible. Cuando llego a la puerta, el corazón me late con fuerza anticipada, convencido de que esta vez sí.

Entonces el móvil vibra en mi mano.

Dorian

Estoy abajo. ¿Bajas ya?

Parpadeo, confundida, y miro la hora. El aire parece desaparecer de golpe de mis pulmones. Habíamos quedado a las seis. Lo habíamos hablado esta mañana. Él iba a recogerme para la cena del aniversario. Y aun así... se me ha olvidado por completo.

—Joder... —murmuro, llevándome una mano a la frente.

Últimamente con todo me pasa igual: citas, horarios, pequeños compromisos que antes tenía perfectamente controlados y que ahora simplemente desaparecen de mi cabeza, como si alguien estuviera borrando fragmentos enteros del día sin avisar. Intento recordar en qué momento dejé de pensar en la cena, pero solo encuentro ruido, conversaciones, tensión... y huecos.

Aun así, pruebo suerte. Giro el pomo de la puerta con rapidez, casi con ansiedad. No se mueve. Lo intento otra vez, esta vez con más fuerza, como si insistir pudiera cambiar algo.

Cerrada.

Suelto el aire despacio, apoyando la frente contra el cristal durante un segundo. He estado tan cerca otra vez que empieza a parecer una broma cruel. Podría quedarme. Buscar a alguien con llave. Intentarlo un poco más. Pero Dorian está abajo esperando. Y si tardo demasiado, se dará cuenta. Se dará cuenta de que se me ha olvidado. De que algo no va bien conmigo.

Cierro los ojos un instante.

—Mañana —susurro para mí misma—. Mañana sin falta.

Aparto la mano del pomo, guardo el móvil y doy media vuelta, obligándome a alejarme aunque la sensación sea la de dejar atrás algo importante. Camino hacia el ascensor acelerando el paso, intentando recomponer la sonrisa antes de verlo, como si aún pudiera fingir que todo está bajo control.

Cuando lo veo desde la cristalera, apoyado con una mano en el coche mientras revisa algo en el móvil, siento una punzada de nostalgia en el pecho. Es la misma postura de siempre. El mismo hombre de siempre. Pero no sé si nosotros seguimos siendo los mismos.

Aun así, me acerco. Él levanta la cabeza justo a tiempo para regalarme una sonrisa cálida, de esas que siempre me han desmontado.

—¿Lista? —pregunta.

Asiento. Y por un momento, mientras nos subimos al coche y nos dirigimos al italiano de siempre, pienso que igual hoy sí conseguimos volver a ser nosotros.

El restaurante está como siempre: luces cálidas, mesas pequeñas, manteles blancos con velas encendidas, olor a pesto y pan recién hecho. El camarero nos reconoce al instante y nos guía a la mesa de la esquina —la nuestra—. La de todos los aniversarios.

La cena empieza bien. Muy bien, de hecho. Revisamos la carta, pero al final pedimos lo mismo de siempre —él, lasaña; yo, pasta al limón—, y conversamos con una fluidez que hacía semanas que no teníamos. Su risa me resulta familiar, reconfortante. Y por primera vez en mucho tiempo siento que... quizá todo pueda arreglarse.

Pero la sensación se rompe cuando Dorian deja los cubiertos sobre el plato con un pequeño tintineo y dice, como quien lanza una bomba disfrazada de consejo:

—Tess... creo que es hora de que vuelvas a tomar tus pastillas.

El aire se me queda atrapado en la garganta. No sé si he escuchado bien.

—¿Qué? —pregunto, mirándolo fijamente.

Dorian entrelaza los dedos sobre la mesa y respira hondo, como si fuera él quien estuviera haciendo un sacrificio.

—No quiero que te molestes —empieza—. De verdad. Pero... últimamente estás demasiado tensa, demasiado... —busca la palabra y la encuentro incluso antes de que abra la boca—. Desorientada.

Me siento atacada. Expuesta. Como si me hubiera quedado desnuda delante de todo el restaurante.

—No pienso volver a tomarlas —digo sin dudar.

Él cierra los ojos un segundo, como si intentara contener el enfado.

—Tessa... estoy intentando hacerlo bien. Estoy intentando estar bien contigo —dice en voz baja—. Pero no puedo estar con una persona que prácticamente es un zombi porque no descansa, porque no duerme, porque todo le afecta el doble. Las pastillas te ayudaban. Antes te ayudaban. Y ahora tienes un reto muy importante por delante, tienes que estar lo mejor posible para escribir esa novela ganadora que sé que puedes crear.

Aprieto la servilleta entre los dedos.

Las pastillas. Las que me dejaban aturdida. Las que me provocaban terrores nocturnos tan reales que despertaba sin saber dónde estaba. Las que me volvían ligera como una sombra durante el día, como si no perteneciera del todo a mi propio cuerpo.

En ese momento pienso en protestar, pero también es cierto que últimamente estoy desbordada, no duermo, me duele la cabeza día sí y día también y parece que una neblina me rodea cada segundo que estoy despierta.

Quizás... podría intentarlo otra vez. Quizás solo necesite estabilizarme un poco. Recuperar el control.

—Vale —susurro al final, sin mirarlo—. Voy a probar. A ver cómo me sientan.

Dorian sonríe, satisfecho, con esa ternura calculada que me derribe y me confunde a partes iguales.

—Te quiero —dice, y me acaricia la mano.

Y justo cuando estoy a punto de responder, algo a mi derecha me llama la atención. Una figura que toma asiento en una mesa cercana. Cabello castaño. Hombros tensos. La mandíbula apretada.

Maya.

Me incorporo un poco, intentando ver con quién está. Pero la otra persona tiene el rostro cubierto por la carta del restaurante.

Dorian aprieta un poco mi mano, reclamando mi atención.

—Tess —dice, suave pero insistente.

—Un momento... —susurro, sin apartar la mirada de la mesa de Maya—. Necesito ir al baño.

Me levanto despacio, intentando no llamar la atención. Camino entre las mesas con paso firme, pero por dentro estoy ardiendo de curiosidad. De alerta.

Al pasar junto a la mesa, levanto ligeramente la vista, fingiendo buscar el baño mientras intento ver a su acompañante.

Y entonces la veo.

Sloane.

El aire se me queda atrapado en el pecho, como si alguien hubiera cerrado una puerta dentro de mí. Durante un segundo pienso que me equivoco, que es otra chica con el pelo parecido, otra sonrisa parecida... pero no. Es ella. Inclina la cabeza mientras escucha a Maya, apoyada hacia delante, completamente concentrada, como si aquella conversación fuera importante.

Maya y Sloane. Juntas.

Hablando. Sonriendo. Como si fueran amigas de toda la vida, pero ellas no son amigas. No tienen nada en común. No deberían estar aquí. No así, como si fueran cercanas. No después de lo que ha pasado.

Siento que el suelo tiembla bajo mis pies. No sé qué significa esto, pero sé perfectamente que algo no encaja y que nada de esto es casualidad.

24

Intento mantener la compostura durante el resto de la cena. Le sonrío a Dorian cuando toca mi mano, asiento cuando habla del profesor del máster, y murmuro un «Sí, está todo riquísimo», aunque tengo el estómago hecho un nudo desde que he visto a Maya y Sloane juntas.

Dorian me observa alguna que otra vez con ese gesto suyo de estar intentando descifrarme.

—¿Estás bien? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Creo que la cena me ha sentado un poco mal —respondo rápido, demasiado rápido.

Él lo acepta. Me cree. Siempre me cree cuando digo que me encuentro mal.

De camino a casa, Dorian pone la mano sobre mi muslo y me acaricia con suavidad. Habla de poner una película cuando lleguemos, de abrir una botella de vino, de aprovechar que mañana él no tiene que entrar a trabajar temprano. Yo asiento a todo, aunque no esté prestándole mucha atención.

Cuando entramos en el apartamento, algo dentro de mí se deshace y suprimo por completo a Maya y Sloane de mi cabeza. Dorian ha colocado velas por todas partes, pétalos dispersos sobre la mesa y música suave sonando desde el altavoz inteligente del salón. Todo el ambiente es cálido, bonito, romántico... y me golpea una sensación de culpa tan profunda que casi me tambaleo.

—Feliz aniversario, otra vez —susurra Dorian, abrazándome por la cintura.

Me derrito. Me dejo caer dentro de él. Me dejo arrastrar. No quiero pensar. No quiero sentir esa punzada venenosa que llevo desde el restaurante.

La noche avanza sin esfuerzo. Su boca en mi cuello, mis dedos entre su pelo, su respiración acelerada contra mi oído. Lo de siempre, lo que conozco, lo que sé que debería querer sin condiciones. Y durante un rato —un breve rato— consigo olvidar. Aunque, incluso entonces, hay un instante en el que tengo la sensación absurda de que estoy interpretando un papel que antes me salía de forma natural.

Cuando Dorian se queda dormido, con el brazo sobre mi cintura y esa respiración profunda que anuncia que está entrando en esa fase del sueño donde ni un terremoto lo despertaría, me separo despacio y me levanto de la cama. Camino hacia el salón en silencio, enciendo la lámpara que hay en la mesa, abro el portátil y me siento frente al teclado.

Entonces la rabia me alcanza por fin. Empiezo a escribir sin filtro, sin ficción, sin escenas claras. Más bien escribo pensamientos, sospechas, la palabra *traición* repetida varias veces como si así pudiera entender algo —Sloane y Maya. Maya y Sloane. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué coño ha pasado entre ellas para que estén sentadas juntas, como si fueran amigas?—. Mis dedos vuelan sobre el teclado. Mi respiración es irregular, y por un segundo me siento orgullosa de lo rápido que escribo cuando estoy a punto de romperme en mil pedazos. Por lo menos no estoy tumbada llorando.

A la mañana siguiente me levanto con tiempo, me tomo la medicación a regañadientes —como le prometí a Dorian— y llego a

la editorial temprano, pero con la mandíbula apretada y los ojos hinchados por haber dormido poco.

No he contestado a los tres mensajes que Sloane me ha enviado durante la noche para preguntarme si estoy bien, si he conseguido escribir, si nos vemos hoy. Ni pienso hacerlo hasta que me aclare yo misma sobre lo que siento y para eso necesito hablar con Maya. Y hoy no pienso evitarlo.

La encuentro en su mesa, con cara de sueño y un café entre las manos. Cuando me escucha llegar, se incorpora, como si llevara toda la mañana esperando este momento.

—Tess... —empieza, con una voz demasiado suave.

No digo nada. Me cruzo de brazos.

—Tengo que contarte algo —continúa, tragando saliva—. Ayer... cuando tú estabas en la reunión, Sloane volvió a la editorial para dejar tu *pendrive* y me buscó. Me dijo que quería hablar conmigo de ti. Y... quedamos para cenar.

Mi estómago se contrae.

—¿Y por qué querría hablar contigo? —pregunto sin esconder la dureza de mi tono.

Maya baja la mirada.

—Me dijo que te había visto mal... —rumia las palabras antes de seguir hablando— ... y que creía que parte de lo que te pasaba tenía que ver conmigo. Con... cómo han ido las cosas últimamente —explica finalmente.

Me arde el pecho.

—¿Y tú qué le dijiste? —respondo enfadada.

—Que tenía razón. —Levanta la vista, tiene los ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar—. He sido tonta, Tess. He estado rara. Celosa incluso. Te he fallado. Y hablar con Sloane me hizo darme cuenta de que no quiero que estemos así.

No respondo. No puedo. Una parte de mí quiere abrazarla; otra parte quiere abofetearla. Ella continúa:

—Quiero volver a ser tu amiga. De verdad. Y para demostrarte que no tengo nada que ocultar... —hace *clic* en su portátil, abre su Drive y selecciona un archivo— ... aquí tienes mi borrador. Léelo si te ayuda. Debería habértelo pasado cuando me lo pediste —admite con tono triste.

Me quedo helada unos segundos. Es un gesto enorme —demasiado grande—. Y, aun así, no me calma del todo, pero yo también tengo que ceder y admitir mi culpa.

—Maya..., yo también lo siento. No debería haberte dicho esas cosas horribles en la sala de descanso —suspiro recordando el momento—, la tomé contigo porque estaba enfadada y no fue justo —digo con sinceridad.

Maya acepta mis disculpas, nos damos un abrazo breve, rígido, poco auténtico, como si la traición siguiera pesando dentro de mí pese a todas las palabras que acabo de decir. Después me separo y vuelvo a mi mesa fingiendo que no me siento incómoda. En ese momento el móvil vibra. Es Sloane.

La llamo antes de poder pensarlo mejor.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto sin saludar.

—¡Joder! ¿Ya habéis hablado? —pregunta atónita—. Soy cojonuda en esto de las reconciliaciones.

—Sloane, no estoy de humor —espeto.

Sloane suspira.

—Pelirroja, estabas mal. Y cuando una amiga está mal, haces lo que sea para ayudar. Hablé con Maya porque pensé que podía hacerte sentir un poco mejor. El período de prácticas es duro —señala—. Además, tenía que comprobar que no te estaba jodiendo la vida.

Eso me pega más con la personalidad de Sloane.

—¿Y has descubierto algo? —pregunto con esperanza de que me diga que sí, porque si no o estamos en mercurio retrógrado o me han echado un mal de ojo.

—Pues... —hace una pausa dramática.

—¡Sloane!

—No, no he podido averiguar nada relevante, solo que te quiere mucho —dice al fin—. Pero seguiré investigando.

Cierro los ojos y no sé si esto me tranquiliza o me inquieta aún más.

Sloane me habla de un caso bastante macabro a la vez que interesante, pero tengo que hacer la última corrección del epílogo del *romantasy*, por lo que corto la llamada pronto. Al terminar la revisión y enviar copias de la corrección a Anna recibo un correo con el remitente más inoportuno posible.

¿En serio? ¿Otra vez?

De: Theo Maddox

Asunto: Reunión urgente – Manuscrito recibido

Señorita Hale, por favor, pásese por mi despacho cuanto antes.

Mi cuerpo entero se tensa. Esto no es posible.

Ayer no le mandé ningún borrador.

Estoy segura.

O eso creía hasta hace un segundo.

25

El despacho de Maddox está demasiado ordenado para mi estado mental. Todo en su sitio. Todo bajo control. Justo lo contrario que yo.

No me invita a sentarme, por lo que permanezco de pie frente al escritorio mientras él me observa en silencio. Evaluando. Calculando.

Finalmente suspira, cansado.

—El reto era una oportunidad excepcional para usted, Hale. Y la ha estado desperdiciando de una forma francamente espectacular al usar la IA para escribir su novela —baja la mirada un instante antes de continuar—. Pero aún puede demostrarme que dice la verdad si no envió usted ese manuscrito.

Mi corazón golpea con fuerza.

—¿Cómo?

Maddox rodea el escritorio lentamente y se detiene frente a mí.

—Va a escribir aquí. En esta oficina. Conmigo delante.

El silencio vuelve a caer entre nosotros.

—Sin portátil propio. Sin acceso externo. Sin excusas.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Si esa voz es realmente suya... aparecerá otra vez. —Hace una pausa—. Y entonces decidiré si merece seguir aquí.

¿Escribir aquí? ¿Delante de él? Pero se trata de mi futuro, mi carrera y todo lo que he luchado por conseguir este sueño. No tengo elección.

—Acepto —respondo con firmeza.

Maddox asiente, satisfecho.

—No esperaba menos. La veo aquí en dos horas.

Salgo del despacho de Maddox sin recordar muy bien cómo funcionan las piernas. Me apoyo un segundo en la pared, intentando que el temblor de mis manos no me delate, pero es inútil. Estoy temblando entera. Maya aparece justo entonces, como si hubiera estado esperando a que la tierra se abriera bajo mis pies.

—Tess —dice acercándose—. ¿Qué ha pasado? Te veo... mal.

Dudo. Durante un instante pienso en inventarme algo, protegerla, protegerme, fingir que todo está controlado. Pero estoy tan cansada. Tan al borde. Tan rota.

—Casi me descalifican —digo con un hilo de voz.

Los ojos de Maya se abren como platos.

—¿Cómo que casi te descalifican? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Y entonces le cuento todo. El correo que he mandado y no recuerdo, la acusación de IA, la propuesta de Maddox para demostrar mi inocencia y mi voz literaria... Cada palabra suena peor cuando la digo en voz alta. Cuando termino, Maya parece a punto de explotar.

—No, no, no, esto no tiene sentido —dice alterada—. Ahora mismo voy a hablar con Maddox. Esto no puede quedarse así.

Cuando se gira para irse, la agarro del brazo.

—No —digo firme—. Maya, no.

Ella me mira sin entender.

—Tess, déjame ayudarte. Si él piensa que has hecho algo, yo puedo intentar explicarle...

—No —repito, soltándola despacio—. Deja de intentar salvarme cada vez que me equivoco. Así no me estás ayudando.

Sus labios tiemblan ligeramente.

—Yo solo quería... —susurra, como una niña después de ser regañada.

—Lo sé, pero si de verdad quieres ayudarme —respiro hondo—, es mejor que no hagas nada. Déjame resolverlo yo sola.

Maya baja la mirada, asintiendo con un gesto pequeño, casi imperceptible.

—Lo siento —murmura.

—Voy a volver al trabajo —digo, aunque lo que más quiero ahora mismo es encerrarme en el baño y llorar.

Regreso a mi mesa, pero Anna está allí, esperándome.

—Tessa, organiza una reunión con Leah Terrys, la autora del *romantasy* que estás corrigiendo —me ordena—. Vamos a explicarle los cambios y siguientes pasos.

Asiento antes de abrir el correo delante de ella.

—Estaré supervisándote durante todo el proceso —añade—. Para que no haya olvidos ni incidentes.

Esto último me cae como un jarro de agua fría. Definitivamente, sea lo que sea que me está pasando, está afectando a mi trabajo.

Me sobresalto un poco, pero intento disimularlo y la sigo a su despacho con el corazón aún acelerado. Anna se sienta, y me observa en silencio unos segundos.

—Maddox me ha comentado varias cosas... un poco peculiares —comienza—. Y necesito que me expliques qué está pasando.

Dudo. Otra vez. Pero ya no tengo energía para seguir inventando versiones que no cuadran.

—No sé qué me pasa —confieso finalmente.

Y lo cuento todo. Las reuniones cambiadas de hora. Las notificaciones que no me llegaban. La acusación de usar IA. La propuesta de Maddox de escribir delante de él para demostrar que he enviado un manuscrito que no he redactado yo misma... Anna

escucha en silencio. Cuando termino, se queda pensativa un instante.

—Tessa, deberías haber venido a mí mucho antes —dice sin reproche, pero con firmeza—. Maddox será el jefe, sí, pero aquí quien evalúa tu trabajo soy yo. Y no me ha gustado nada que me sobrepasaras.

Mis ojos se humedecen.

—Lo siento —murmuro.

—No te preocupes, todo el mundo se equivoca —responde a modo de consuelo, cosa que me sorprende bastante.

Asiento tan rápido que casi me mareo.

—Gracias. De verdad. Gracias —digo limpiándome una lágrima.

—Ahora relájate, respira y vuelve a tu trabajo—dice con tono maternal—. Tienes mucho que hacer. Dentro de un rato vas a demostrarle de lo que eres capaz a Maddox.

—Sí... —contesto en apenas un susurro.

—Seguro que lo haces genial. Yo intentaré pasarme para ver cómo vas y para distraer un poco a Maddox. Algunas veces puede ser un poco intenso —esto último lo dice entre risitas, a modo de broma. Pero para mí el adjetivo adecuado sería... oscuro.

Salgo del despacho sintiéndome un poco menos perdida —más aliviada—. Hasta que veo, al fondo del pasillo, a Kai. Camina despacio, mirando unas notas en el móvil. Así que lo llamo con un susurro primero, luego un poco más alto. Él se detiene, se gira, y sonríe como si llevara todo el día esperando este momento.

—Estoy deseando ir al cine —dice acercándose.

Me trago el nudo en la garganta.

—Justo de eso quería hablar contigo...

—Soy todo oídos —responde, apoyándose en la pared con los brazos cruzados.

—No voy a poder ir —suelto de golpe.

Kai pone los ojos en blanco teatralmente.

—A ver, sorpréndeme. ¿Cuál es la excusa de hoy?

—No es una excusa —digo rápido—. Tengo que quedarme después del trabajo. Es... complicado. Maddox quiere supervisar que escriba el borrador para el concurso dentro de un par de horas y no sé cuánto voy a tardar.

La sonrisa se le borra un poco. Me mira con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—¿Supervisarte? ¿Él? ¿Por qué? —pregunta confundido.

—Es... largo de explicar —suspiro—. Pero tengo que hacerlo. Es importante.

Kai asiente, más serio de lo habitual.

—Vale. Entonces, cuando termines, si quieres, nos tomamos una copa para... despejarte un poco —propone con una leve sonrisa.

Me muerdo el labio.

—Tengo que decirte otra cosa... —digo avergonzada.

—Venga —responde—. Estoy preparado para lo peor —bromea.

—Tengo novio —suelto del tirón—. Y... no creo que sea apropiado quedar a solas, y menos para...

Kai abre la boca en un gesto exagerado y me interrumpe.

—¿Tenías novio? ¿En serio? ¡Estoy devastado! —dice llevándose una mano al pecho con dramatismo falso—. ¿Cómo has podido jugar así conmigo?

Me pongo rígida.

—No estaba jugando, solo que... pensé que no era importante decirlo, pero como he visto que estabas ligando un poco conmigo...

Kai estalla en una carcajada suave, divertida.

—Tessa..., tranquila. Maya ya me lo había contado.

Me quedo helada.

—¿Qué? —digo más alto de lo que pretendía.

—Sí. Me contó que tenías novio —añade con una media sonrisa—. Y sí. Me siento un poco atraído por ti. Mucho, para ser sinceros. Pero ahora que me has rechazado... —frunce la boca pensando— ... creo que me atraes un poco más.

Me deja sin respuesta. Sin palabras. Sin aire.

—La fidelidad suma puntos —añade burlón—. Suerte esta noche —dice finalmente, dándome un golpecito suave en el brazo antes de irse.

Kai se aleja mientras mi corazón late demasiado rápido y demasiado fuerte. Pero esta vez no por él... sino por lo que me espera. Solo falta una hora. Una hora para demostrar mi voz. Una hora para que Maddox se trague sus palabras. Y esta vez... no pienso fallar.

Aunque una parte de mí empieza a preguntarse si el problema no es fallar... sino recordar cuándo lo hago.

26

Ya ha llegado la hora. La hora de demostrarle a Maddox de lo que soy capaz. O de confirmar, delante de él, que quizá tenga razón y que algo en mí ya no funciona como antes.

Mientras camino por el pasillo principal de la editorial, noto cómo el edificio empieza a vaciarse poco a poco; aún no ha terminado oficialmente la jornada, pero es viernes y muchos prefieren adelantar la salida, estirar el fin de semana todo lo posible y prometerse que el lunes compensarán las horas. Las luces de algunos despachos ya están apagadas, las conversaciones suenan más lejanas, más livianas, como si el ambiente se hubiera relajado justo cuando el mío se tensa. El eco de mis pasos resuena sobre la moqueta y, por un instante, me pregunto si alguien más siente esta presión en el pecho o si soy la única que está a punto de jugarse algo importante.

Cuando llego frente a la puerta del despacho de Maddox, me detengo un segundo, respiro hondo y llamo.

Maddox abre casi al instante, con las mangas de la camisa remangadas y ese gesto suyo de control absoluto que me da más miedo que cuando grita.

—Señorita Hale —dice, sin rastro de emoción—. Espéreme en la sala D. Enseguida voy.

Asiento sin rechistar. Durante las dos horas previas a esta reunión no he hecho otra cosa que darle vueltas a una idea que cada vez suena menos descabellada y más necesaria: hoy puede ser el día

perfecto para hacerme con el libro que Sterling me dejó. Si consigo alargar lo suficiente la sesión con Maddox —medir cada frase, fingir dudas, revisar párrafos que no necesitan revisión— la editorial terminará por vaciarse casi del todo. Y cuando los pasillos estén en silencio y solo queden unas pocas luces encendidas, bastará una excusa cualquiera —ir al baño, tomar aire, buscar un café— para apartarme de su vigilancia unos minutos.

Esta vez no pienso marcharme sin ese libro. No puedo seguir ignorando la pregunta que me roe por dentro: «¿Por qué Jane Sterling, una mujer que no me conocía de nada, decidió dejarme algo a mí justo antes de morir?».

Aparto mis pensamientos y me dirijo hacia la sala. Al llegar, me siento y saco el móvil con un leve temblor en las manos.

Hola, amor, tengo que quedarme hasta tarde en la editorial. El jefe quiere que escriba aquí el borrador del concurso.

Ya te contaré... Cuando termine te aviso.

Deséame suerte.

A Dorian no le va a costar creer que me quedo trabajando hasta tarde. Sabe que soy una obsesa del trabajo. Espero unos minutos, pero su respuesta no llega.

Inspiro. Exhalo. Para relajarme y, justo cuando estoy guardando el teléfono, vibra otra vez.

Sloane.

Dudo un segundo y descuelgo.

—Pelirroja —saluda con ese tono alegre—. ¿Qué tal el día?

—Pues... no me puedo quejar —miento sin esfuerzo—. Un poco raro. Y eterno.

—¿Quieres quedar? Estoy a punto de salir de la editorial. Te invito a una cerveza —propone entusiasmada.

—No puedo —digo enseguida—. Tengo una reunión con Maddox, quiere verme escribir. Me va a... poner a prueba.

Hay un silencio tenso al otro lado.

—¿Poner a prueba cómo? ¿Qué ha pasado? —pregunta confundida.

—Mañana te lo cuento —respondo, agotada—. Maddox va a entrar enseguida.

Sloane suspira.

—Vale. Mucha suerte, pelirroja. Y... no te hundas, ¿vale? Haz lo que sabes hacer.

Sonrío sin querer.

—Gracias.

Cuelgo justo cuando la puerta se abre. Maddox entra con paso firme, sin perder ni un segundo.

Guardo el teléfono como si contuviera mis secretos más oscuros.

—Bien —dice mientras se sienta enfrente de mí—. Le explico cómo funcionará esto.

Me enderezo un poco, intentando parecer menos frágil de lo que me siento.

—Necesito que escriba el inicio de un borrador que merezca la pena —empieza—. Tiene aproximadamente dos horas para escribir cincuenta páginas, hasta que acabe la jornada laboral. Supuestamente ya tiene la idea, así que no debería resultarle complicado.

Fuerzo una sonrisa que se siente más como una mueca. Acto seguido hago el amago de sacar mi portátil del bolso, pero Maddox

alza una mano, cortante.

—No va a usar eso.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Escribiré en mi ordenador —explica como si fuera lo más lógico del mundo—. Así me aseguraré de que no consulta documentos previos ni abre nada que pueda afectar a su trabajo. Y, por supuesto, evitaré el uso de IA.

Me entrega su portátil personal, ya encendido y abierto en una página en blanco. Lo sostengo como si fuera un objeto delicado que pudiera explotar en cualquier momento.

—Para no estar encima de usted... —añade sacando su móvil del bolsillo—, veré su pantalla desde aquí.

En el teléfono se refleja exactamente lo mismo que en el ordenador. Cada tecla que pulse aparecerá ante sus ojos.

Mierda.

—Así podrá trabajar sin sentir que estoy respirándole en la nuca —dice mientras se acomoda en la silla—. Pero lo veré todo.

—Gracias —susurro, aunque la palabra me sabe rara en la boca.

Coloco el portátil frente a mí, respiro hondo y apoyo los dedos sobre el teclado. Están fríos y un poco rígidos, como si también tuvieran miedo.

Maddox entrelaza las manos.

—Cuando quiera, señorita Hale —dice con una media sonrisa—. Por cierto, tendrá que terminar antes de que acabe la jornada laboral —añade.

Maldigo y asiento. No sé cómo voy a conseguir el diario de Sterling, pero no pienso irme de aquí hasta conseguirlo.

Empiezo a escribir y las primeras líneas salen torpes, como si mis dedos todavía dudaran de que estoy haciendo lo correcto, pero poco

a poco siento que las palabras empiezan a moverse, a alinearse, a sostenerse solas. Apenas llevo treinta minutos cuando un ruido metálico retumba en toda la editorial.

Clac.

Clac.

Clac.

El sonido es seco, pausado en el tiempo, como una serie de cerrojos encajando.

Me incorporo de golpe.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto sin apartar las manos del teclado.

Maddox ni siquiera levanta la mirada del móvil.

—Es Larry, el conserje —responde—. Estará cerrando las salas en las que no haya nadie.

Joder. Si el rincón de lectura ha estado abierto hoy en algún momento, Larry se va a encargar de cerrarlo.

El pecho se me aprieta y siento cómo el aire se vuelve más denso, como si las paredes se hubieran acercado un poco.

—Ah... —murmuro.

Maddox levanta los ojos apenas un segundo, lo suficiente para leerme la cara.

—Tranquila —dice—. Tengo la llave, si necesita coger algo antes de marcharse y Larry ha cerrado la puerta yo se la abriré.

Justo después de añadir eso vuelve a su móvil, como si no hubiera nada más que decir. Yo asiento, aunque la presión no desaparece.

Intento concentrarme. Intento volver al borrador. Pero el suelo parece inclinarse bajo mis pies.

—¿Pasa algo? —pregunta, clavando sus ojos en mí.

—No —respondo demasiado rápido—. Nada. Perdón.

Mi corazón va tan rápido ante la presencia de Maddox que no sé si soy capaz de seguir tecleando, pero me obligo a hacerlo. Si dejas que

el miedo me paralice, estoy perdida. Así que escribo. Y escribo usando justo eso: el miedo que empieza a subirme por la columna. La paranoia. Esa sensación de que algo no va bien. Pero no puedo hacer nada. No puedo salir corriendo. Está en juego mi futuro y todo lo que siempre he soñado.

Ahora tengo que arriesgarme. Debo demostrar que puedo escribir esta novela, que tengo voz propia.

Después de un rato llevo ya bastante escrito y, aunque ese mensaje me ha dejado bastante desconcertada y asustada, parece ser que me ha servido para meterme en la piel de la protagonista. Así que ya falta menos para poder terminar y averiguar cómo hacerme con el libro.

Cuando estoy a punto de empezar a escribir el segundo asesinato un golpe estridente sacude la sala. Un ruido violento, de algo que cae o que se rompe.

Maddox se pone tenso al instante.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, con la voz más aguda de lo que esperaba.

—Probablemente algo que se ha caído —responde él sin convicción.

No me tranquiliza. Ni un poco. Maddox parece notarlo. Se pone de pie.

—Voy a echar un vistazo —dice.

Abre la puerta y desaparece en el pasillo. En ese momento me quedo sola y soy consciente de que efectivamente tengo miedo.

Intento forzar mis ojos a concentrarse en la pantalla, pero el silencio ahora es diferente. Incómodo. Hasta ahora el ruido de la respiración de Maddox, el sonido que hacen sus dedos al tocar la pantalla de su móvil y el zumbido de la calefacción me han

mantenido distraída, pero ahora mismo no se escucha nada. Y entonces lo veo.

Una sombra cruza por delante de la puerta. Rápida. Baja. Humana.

—¿Maddox? —llamo con voz temblorosa.

Nada.

Me levanto despacio, sintiendo cómo mis piernas protestan. Mi cerebro repite *no salgas, no salgas, no seas idiota*, pero mi cuerpo hace exactamente lo contrario. Camino hacia la puerta, asomo la cabeza al pasillo.

Está oscuro. Demasiado oscuro para una editorial que, técnicamente, sigue funcionando. Aunque casi sea la hora del cierre.

Siempre he sido de las que critican las películas de miedo cuando la protagonista escucha un ruido y sale a averiguar qué pasa. Porque está claro que es el momento exacto en el que va a morir, pero igualmente siempre salen a ver si hay alguien. Ahora me he convertido en lo que más he criticado y sinceramente no entiendo qué coño hago en el pasillo. ¿En serio quiero saber qué está pasando? ¿Quiero morir?

Las respuestas obvias son: sí a la primera y por supuesto que no a la segunda. Pero algo dentro de mí me hace seguir avanzando, intentando encontrar alguna respuesta.

—¿Señor Maddox? —repito.

Silencio.

El miedo sigue ahí, latiendo bajo la piel, pero también la oportunidad. Si hay un momento para comprobar si el rincón de lectura de Sterling sigue cerrado, es este. Por lo que avanzo despacio, procurando que mis pasos no hagan ruido, y al final del

pasillo aparece la puerta acristalada del rincón, quieta, aparentemente inofensiva. Miro a ambos lados antes de agarrar el pomo y tirar con cuidado. Nada. Vuelvo a intentarlo, esta vez con un poco más de presión. Cerrada.

Maldigo en voz baja, frustrada, sintiendo cómo la adrenalina se transforma en rabia. Maddox tiene la llave. Eso significa que, si quiero ese diario, tendré que averiguar cómo conseguirla sin levantar sospechas. Con el pulso acelerado, doy media vuelta para regresar a la sala, pero el pasillo sigue vacío, demasiado vacío. No se escucha ni un paso, ni un murmullo, ni el zumbido lejano del ascensor. Nada. Hasta que, de repente, lo oigo justo detrás de mí.

Pasos lentos. Cercanos. Demasiado cercanos. Tan próximos que casi puedo sentir la respiración a mi espalda. Mi corazón se acelera. Dudo un segundo entre girarme o correr como una loca. Pero, antes de decidir, una mano se posa en mi hombro.

Grito. De lleno.

—Señorita Hale —dice Maddox, arqueando una ceja—. ¿Qué hace fuera de la sala?

Me llevo una mano al pecho.

—Yo... creo que he visto a alguien —consigo decir recuperando el aire.

—Habrá sido algún trabajador —su voz suena firme, casi irritada.

Asiento y le sigo la corriente. Ahora mismo estoy dando gracias a Dios por no haber sido pillada justo cuando he intentado abrir la puerta.

Maddox se gira hacia la sala.

—Vuelva dentro —indica—. No le queda mucho tiempo.

Asiento, aunque lo único que quiero es salir corriendo de aquí con el libro de Sterling y encerrarme en mi casa. Pero como no puedo hacerlo camino hacia la sala. Entro, me siento y coloco los dedos

sobre el teclado. Mientras, Maddox cierra la puerta detrás de mí y deja la llave puesta en la cerradura. Ahí está mi oportunidad. Ojalá hacerme con ella no sea el peor error de mi vida.

Con todos los acontecimientos que han ocurrido, el miedo que he plasmado en la protagonista es bastante verosímil. Después de «salir a investigar» no ha vuelto a ocurrir nada fuera de lo normal, por lo que la escritura ha sido bastante fluida y estoy a punto de terminar el borrador por hoy. Quiero acabar con algo impactante que deje a Maddox con ganas de leer más. Así que voy a terminar con la protagonista acorralada por la policía.

Estoy bastante cansada, por lo que sin querer pulso alguna tecla que desconozco y desconfiguro la página que estoy escribiendo. Doy un pequeño salto sobre mí misma, pero respiro y mantengo la calma.

—No pasa nada, solo tengo que darle a retroceder —me digo para mí misma.

Muevo el ratón hasta la flecha y sin querer deslizo más de la cuenta y minimizo la página que tengo abierta. Busco por toda la pantalla a dónde ha ido a parar mi documento. Justo en ese momento me quedo helada al ver una carpeta en el escritorio del ordenador de Maddox. La carpeta tiene mi apellido.

Maddox se da cuenta de que he cerrado el documento, se apresura hacia mí y cierra el portátil con fuerza.

—¿Qué hace? —dice agitado.

—Me... he... —intento explicarme, pero estoy asustada.

—¡Hable! —grita.

—Me he salido sin querer del documento —respondo a toda prisa.

Maddox suspira, gira el portátil y teclea con rapidez. Al instante gira de nuevo el portátil y el documento vuelve a estar abierto.

—Termina. No tenemos todo el día —añade con un tono cansado.

—Ya casi he acabado —susurro.

La puerta de la sala se abre cuando estoy revisando el último párrafo.

—Siento no haber podido venir antes —dice Anna al entrar—. Se me ha complicado la tarde, pero quería pasarme antes de irme. ¿Cómo vas, Tessa? —pregunta con calidez.

—Pues... he terminado —respondo, intentando que mi voz no delate la alegría de ver a Anna. Porque me acaba de conceder el momento perfecto para ir a por el libro.

Maddox me observa unos segundos más, como si tratara de encontrar algo en mi cara que confirme o desmienta lo que acabo de decir.

—Bien —dice al fin—. Envíelo a imprimir. Cuando esté impreso grápelo con grapas negras.

Asiento.

El portátil sigue abierto frente a mí. Guardo el documento en el escritorio —o al menos eso creo hacer— y lo exporto en PDF. La barra de progreso avanza con lentitud irritante. Cuando termina, cierro el archivo... y durante un segundo me quedo mirando la pantalla.

La carpeta con mi apellido no está. Frunzo el ceño. Hace un rato la he visto ahí. Pero ahora no aparece por ningún lado. Muevo el cursor, abro el explorador de archivos, intento no parecer nerviosa. Y entonces la tapa del portátil se cierra de golpe delante de mis narices. Alzo la vista. Maddox retira la mano con gesto impaciente.

—No hace falta que revise más —dice—. Imprímalo.

Trago saliva.

—Claro.

Me levanto y hago como que busco la impresora, aunque sé que está apagada —antes de que Maddox llegara la he apagado—, así

que tendré que salir al pasillo para usar la del área común, porque esa impresora tarda bastante en encenderse.

Perfecto.

Mientras me acerco a la puerta, veo la llave colgando del interior de la cerradura, brillante bajo la luz blanca del techo.

Mi pulso se acelera.

Giro el pomo con naturalidad, saco la llave con un gesto automático, como si formara parte del proceso de abrir la puerta, y salgo al pasillo. Pero Maddox me llama.

—Traiga el manuscrito cuando esté listo —añade a mi espalda.

—Sí —contesto más para mí misma que para él.

Anna se queda dentro hablando con él en voz baja y la puerta se cierra tras de mí.

El pasillo está vacío. La impresora más cercana está a unos metros... y el rincón de lectura, al final del pasillo. Solo necesito unos minutos. Busco con el móvil en la mano y la función de linterna activada la impresora que ha imprimido el manuscrito. En esta área habrá como siete repartidas entre las mesas de trabajo y como no he visto el nombre de la impresora no sé cuál es exactamente. Por lo que busco la única que debe de estar encendida.

Tras revisar cuatro impresoras, la quinta es la que está imprimiendo el manuscrito, así que decido ir al rincón de lectura mientras termina de imprimirse el manuscrito. Camino hacia allí con la llave apretada en la mano, notando el metal frío clavándose en mi piel. Esta vez no hay dudas, ni interrupciones, ni pasos inesperados a mi espalda. Esta vez me lo voy a llevar. No puedo seguir postergándolo, no después de todo lo que ha pasado. Jane Sterling me dejó una pista sobre algo, está ahí dentro. Y necesito saber por qué a mí.

Llego a la puerta y miro a ambos lados del pasillo antes de introducir la llave en la cerradura. El *clic* suena más alto de lo que me gustaría, pero nadie aparece. Empujo con cuidado y me deslizo dentro, cerrando tras de mí sin hacer ruido. La sala está en penumbra absoluta; solo entra una línea fina de luz desde el pasillo. Saco el móvil y vuelvo a encender la linterna. El haz de luz ilumina las motas de polvo suspendidas en el aire, estanterías repletas de libros perfectamente alineados y el sillón verde donde la última vez casi me descubren.

Avanzo despacio, repasando con la luz los lomos que no examiné la otra vez. Busco con rapidez, moviendo algunos ejemplares, comprobando huecos, contando repeticiones. El silencio es tan denso que puedo oír mi propia respiración.

Unos minutos después lo encuentro. El único ejemplar de *La consulta* que no está duplicado como los demás. Tiene que ser este. Un diario secreto oculto en el libro cuya protagonista recurrió al mismo truco de unir las mayúsculas que Sterling ha usado para enviarme su mensaje. Lo saco con cuidado. Es una primera edición, el papel está amarillento, las esquinas gastadas, el lomo ligeramente vencido por el uso. No me detengo a abrirlo. No aquí. No ahora.

Lo deslizo bajo el jersey, pegándolo a mi estómago, notando el borde rígido contra la piel. Vuelvo a la puerta, apago la linterna antes de abrir y salgo al pasillo con el corazón golpeándome en las sienes. Cierro con llave y la giro despacio hasta escuchar el *clic* final.

No me ha visto nadie.

Camino hacia la impresora con aparente tranquilidad. Las hojas ya están apiladas en la bandeja de salida, ordenadas, esperándome como si nada extraordinario hubiera ocurrido en los últimos minutos. Recojo el manuscrito con manos temblorosas por la adrenalina y, por primera vez en días, siento que he recuperado el control de algo.

Cojo el manuscrito impreso y vuelvo con Maddox, para mi sorpresa Anna ya no está, por lo que me choco con la puerta y dejo caer la llave para que parezca que se ha caído debido al golpe.

—¿Está bien? —pregunta cogiendo la llave del suelo y ayudándome a recoger las hojas del manuscrito.

—Sí, sí, perdóname.

Me levanto rápido y grapo como puedo el montón de hojas, que es más grueso de lo que permite la grapadora.

—Aquí tiene las cincuenta páginas. Imprimidas y con grapas negras —digo entregándole el inicio del manuscrito.

—Muy bien. Mañana le diré algo —responde con tono neutro.

—Vale, muchas gracias... Entonces me voy —respondo recogiendo mis cosas con rapidez.

—Un momento, señorita Hale —me llama justo cuando voy a salir por la puerta—. Recuerde que solo le quedan veinte días para entregar el manuscrito entero.

—Lo recuerdo. Tengo un aviso en el móvil —añado con ironía mientras salgo de la sala.

Al salir de la editorial con el libro bajo el jersey y la adrenalina por las nubes llamo a Dorian.

—¿Sí? —responde al décimo tono de llamada.

—Hola, mi amor, ya estoy volviendo a casa —digo alegre.

—Eso es perfecto —añade arrastrando las palabras.

—¿Estás borracho? —pregunto confundida.

—¡No! —responde al instante de modo cortante.

—Dorian, ¿dónde estás? —esta vez pregunto enfadada.

—En casa —responde enseguida.

—¿Estás bebiendo en casa?

—Sí..., Tessa, estoy bebiendo en casa. Te veo ahora —responde con esa voz que me confirma que está bastante borracho.

En ese momento se escucha la risa de una chica.

—Dorian... —intento seguir la conversación, pero me cuelga.

No. No puede ser.

Dorian no puede estar con una tía en nuestra casa. No puede hacerme esto. No es justo.

Intento llamarlo otra vez, pero me salta el buzón.

Mierda.

Ya le he demostrado a Maddox que tengo voz. Ahora me toca averiguar con quién coño está mi novio bebiendo en nuestra casa.

El Uber avanza más rápido de lo que mi respiración consigue seguir. Las luces de la ciudad se estiran contra las ventanillas, como si todo se moviera demasiado deprisa y yo fuera la única que está estancada, atrapada en un bucle mental que no deja de repetirse.

La risa.

Esa risa. Rebota en mi cabeza una y otra vez, mezclada con la voz arrastrada de Dorian, con su tono neutro, con la forma en que me ha colgado sin pensarlo. Quiero creer que ha sido un malentendido, que mi cerebro está tan saturado que ve amenazas en cada esquina. Pero la angustia no entiende de lógica.

El conductor mira el retrovisor un par de veces, probablemente preguntándose por qué estoy respirando como si hubiera corrido una maratón. No digo nada. No puedo. Guardo el libro en el bolso y aprieto el móvil con la mano, como si pudiera exprimir respuestas de él.

Cuando el Uber se detiene frente al edificio, prácticamente salto fuera. No espero el ascensor; subo las escaleras casi corriendo, con el corazón martilleando contra mis costillas. Abro la puerta de casa de golpe, sin cuidado, sin pensar en nada más.

Y lo veo.

Dorian está sentado en el sofá. Solo y con una cerveza en la mano. Parpadea sorprendido al verme aparecer como si fuera un huracán.

—¿Dónde está? —pregunto sin rodeos, sin poder contenerme.

Dorian entrecierra los ojos, confundido. O borracho. O ambas cosas.

—¿Dónde está quién? —arrastra las palabras.

Siento una oleada caliente subir desde mi estómago hasta la garganta.

—¿Dónde está la tía con la que me estás poniendo los cuernos? —escarbo entre mis propios temblores para sacar la fuerza necesaria para decirlo.

Dorian suelta una risa incrédula, torpe, que huele a alcohol incluso desde donde estoy.

—Tessa. No hay ninguna tía. ¿Qué pasa?

—La he escuchado. Reírse. Cuando te he llamado —insisto, cada palabra más afilada que la anterior.

Él mira hacia la televisión, donde un capítulo de *Friends* está reproduciéndose a todo volumen.

—Pues sería de la tele. Rachel, Phoebe, quien sea —dice restándole importancia—. Estaba bebiendo unas cervezas y viendo una serie. Nada más.

No sé si quiero creerle o quiero arrancarle la verdad a gritos. Mi cabeza va demasiado rápido, mi corazón también. Todo huele mal. Todo encaja demasiado bien con mis miedos, con mis sospechas, con las sombras que llevo arrastrando todo el día.

—Dorian, no me mientas —susurro, sintiendo cómo me tiembla la mandíbula.

Dorian se levanta y me da un beso en la frente.

—Cariño, debes de estar muy cansada. Si quieres lo hablamos mañana —dice con dulzura—. Me voy a dormir —añade—. Te quiero.

Se aparta, tambaleándose un poco, y desaparece en dirección al dormitorio.

Yo me quedo un segundo en medio del salón, inmóvil, intentando recuperar aire y el sentido común. Pero no lo consigo. Así que recojo mis cosas del suelo sin mirar realmente lo que estoy haciendo y camino hacia la habitación, me niego a dormir en el sofá.

Dorian ya está en la cama, boca abajo, respirando con el ritmo irregular de quien está a punto de quedarse dormido por pura inercia alcohólica. No digo nada. No espero nada. Tampoco quiero discutir con él.

Voy directa al baño, saco un par de pastillas del bote y me las trago con un sorbo de agua del grifo. Me apoyo unos segundos contra el lavabo, observándome en el espejo sin reconocirme del todo. No puedo tener una pesadilla peor que la realidad que estoy viviendo.

Eso es lo único que pienso mientras apago la luz y me meto en la cama, sabiendo que esta noche —habiéndome tomado las pastillas o no— no voy a descansar.

La oscuridad llega primero, como siempre me pasaba. No es una oscuridad normal; es cálida, densa, como si viniera de un rincón de mi memoria que llevo años evitando.

Entonces aparece él.

Flynn.

Apoyado en el quicio de una puerta que no reconozco, con esa media sonrisa suya que siempre parecía esconder algo que solo me mostraba a mí. Lleva la camisa azul que tanto me gustaba, la que le quedaba ajustada en los hombros, pero perfecta en el pecho. Sus ojos... sus ojos me miran como si aún me quisiera. O como si hubiera querido hacerlo y nunca pudiera admitirlo.

Mi corazón da tal salto que me duele.

—Tess... —dice él, pero su voz suena como si viniera desde muy lejos.

Estoy más cerca de lo que debería, como si el sueño nos empujara a encajarnos en el mismo espacio. Puedo olerlo. Puedo sentirlo. Y odio lo mucho que lo he echado de menos.

Pero Flynn no sonríe. No está aquí para eso. Me mira con una tristeza que me parte en dos.

—No podemos seguir viéndonos —dice sin rodeos.

La frase me taladra. Es exactamente la que me dijo aquel día. La frase que me hundió. La frase que lleva años apareciendo en mis noches más oscuras, pero nunca tan nítida como ahora.

—¿Por qué? —pregunto, igual que entonces. Igual de rota—. ¿Hay otra? ¿Es eso? ¿Estás con otra?

Flynn frunce el ceño, sorprendido.

—No hay nadie, Tess. Ese no es el motivo —espeta.

—¡Claro que lo es! —escupo, sintiendo cómo la rabia me sube por el pecho, caliente, venenosa, más fuerte que la cordura—. ¡No me mientas!

El sueño cambia. De repente ya no estamos en la puerta desconocida. Estamos en el salón del apartamento en el que vivía hace tres años. La ventana abierta deja entrar un viento frío que me pone la piel de gallina. Y sobre la mesa, igual que aquella tarde, hay un pisapapeles de cristal grueso, pesado, con pequeñas burbujas atrapadas en su interior.

Lo cojo sin pensar. Ni siquiera siento la textura del cristal; solo siento mi pulso en los dedos.

—No puedes dejarme —susurro, pero no suena a súplica. Suena a sentencia.

Flynn da un paso hacia atrás.

—Tess... —dice mi nombre con esa mezcla de miedo y ternura que me habría roto en cualquier otro contexto—. No es por ti.

Pero ya no escucho.

La rabia absorbe el sueño. Lo distorsiona. Lo vuelve rojo por los bordes.

Y antes de que pueda detenerme —antes incluso de que pueda pensarlo— levanto el pisapapeles y lo estampo contra su cabeza.

Una vez.

Otra.

Otra.

El sonido no es realista. Es hueco, como cuando golpeas una sandía. Pero la expresión de Flynn sí es puro dolor. El shock en sus ojos. La decepción. Y aun así... no deja de mirarme, incluso cuando cae de rodillas.

—No puedes dejarme —repito, llorando, jadeando, mientras el cristal se llena de sangre que en el sueño cae despacio, como si el tiempo estuviera roto—. No puedes. No puedes.

Flynn cae al suelo, pero yo sigo. No puedo parar. No sé parar. El sueño me obliga, empuja mis brazos como si no fueran míos. Como si hubiera pasado antes. Como si fuera un recuerdo que llevo años intentando enterrar.

Y entonces...

Escucho su voz por última vez.

—Tess.

Y despierto antes de gritar.

—Tess —vuelvo a escuchar de forma amortiguada.

En ese momento abro los ojos y Dorian me mira preocupado.

—¿Estás bien? —pregunta con voz adormilada.

No respondo y me acurruco enterrando mi cara en el espacio entre su cuello y su hombro. Ahora mismo solo necesito respirarlo y olvidarme de Flynn. No fue así como murió. Pero, aunque el sueño no haya sido real, la culpa sí lo es. Soy una asesina. Y Flynn sigue muerto.

28

Me despierto de golpe, como si alguien me hubiera arrancado de un sueño demasiado profundo o demasiado oscuro. Parpadeo varias veces, desorientada, intentando recordar dónde estoy. Mi mano busca automáticamente el calor de Dorian en el lado derecho de la cama..., pero solo encuentra sábanas frías.

Me incorporo un poco y agudizo el oído. Nada. Ni el sonido de la ducha, ni la cafetera, ni pasos. Solo el silencio denso del apartamento por las mañanas cuando él ya no está.

Dorian se ha ido.

Me paso las manos por la cara. Estoy empapada en sudor frío. La pesadilla sigue ahí, como un eco atrapado en mi cráneo. Flynn. Su voz. Su sangre. Mi respiración todavía se acelera un poco cuando lo recuerdo. No quiero pensarlo. No puedo pensarlo. Hacía mucho tiempo que no tenía una pesadilla así. No tan real. No tan... gráfica.

Me levanto despacio, tambaleándome un poco, como si las sombras del sueño se hubieran quedado pegadas a mis piernas. Abro el grifo del baño y me echo agua en la cara. Mi reflejo me observa como si fuera otra persona. Tengo la piel pálida, la mirada hundida, los labios secos. Parezco enferma. Culpable. O ambas cosas.

Las pastillas. Seguro que fue eso. Antes, cuando las tomaba, también tenía pesadillas horribles. Dorian cree que las empecé a tomar después del suicidio de mi padre, pero no es verdad. Las

tomo desde que murió Flynn. Y ya he pasado por esto una vez. No pienso volver a pasar por lo mismo.

Sin dudar, abro el botecito naranja, vuelco todas las pastillas en la mano y las tiro por el desagüe del lavabo. Cuando salgo del baño, me miro otra vez en el espejo del pasillo. Me veo tan... desgastada. Es normal que Dorian... —me detengo—. Corto el pensamiento en seco.

No. No quiero empezar con eso otra vez. Dorian dijo que era la televisión. Que estaba viendo *Friends*. Que no había nadie con él.

Intento arreglarme un poco. Base, corrector, un moño rápido. Nada arregla mi cara. Pero tengo que salir. Tengo que seguir funcionando o me derrumbo.

De camino al trabajo recuerdo que ayer por fin conseguí el libro de Sterling, aunque después de tomarme las pastillas caí inconsciente a los pocos minutos y no pude leerlo. Pero en cuanto tenga un rato libre hoy voy a verlo, no sé por qué querría Jane que yo tuviera un ejemplar de su primer libro. Sobre todo, después de suicidarse.

Cuando llego a la editorial, apenas he puesto mi bolso en el suelo cuando una sombra se planta frente a mí.

Maddox.

—Acompáñeme, por favor —dice con esa seriedad que siempre le caracteriza.

Mi estómago se contrae y agarro con fuerza mi pulsera.

Después de haber recibido ayer esos mensajes extraños y haber visto la carpeta con mi nombre en su ordenador, una parte de mí no quiere seguirlo. Pero me obligo. Soy una estudiante en prácticas. Tiene sentido que haga un seguimiento de mi trabajo. Aunque Anna dijo que ella evaluaría mi rendimiento, Maddox es el jefe... Así que no puedo negarme.

—Señorita Hale —repite él, impaciente, como si tardara demasiado en reaccionar.

Lo sigo hasta su despacho. Él me indica con un gesto severo que me siente. Lo hago, con las manos apretadas en mi regazo.

Maddox deja caer el manuscrito que escribí ayer sobre la mesa con un golpe seco.

—Esto —dice señalándolo con un dedo firme— es justamente lo que estaba esperando de usted. ¡Joder! Esto sí que es bueno, Tessa. Parpadeo.

¿Tessa? Nunca me llama Tessa. Es tan raro que él mismo parece darse cuenta.

—Perdón. Señorita Hale —corrige enseguida.

—No pasa nada —respondo casi sonriendo, incapaz de contener la satisfacción que me sube por el pecho.

Al fin.

Al fin una victoria.

Al fin algo que no está fallando.

Maddox se aclara la garganta y recupera su tono habitual: tajante e imparable.

—No cometa más estupideces —advierte—. Céntrese. Si sigue así, tendrá un futuro brillante. Recuerde que solo le quedan veinte días. Y los demás participantes van mucho más avanzados que usted.

Asiento sin borrar la sonrisa, aunque el comentario final me pinche un poco.

—Termino la presentación del *romantasy* y me pongo con la novela —digo.

—Perfecto. Vuelva al trabajo —ordena, levantando ya la vista hacia otro documento en su mesa.

Salgo del despacho con la sensación de que floto. De alivio. De euforia. De..., por primera vez, no estar fallando. No estoy loca. No

soy un fraude. Sirvo para esto. Y aunque mi vida personal se esté cayendo a pedazos..., esto, al menos esto, sigue siendo lo mío.

Vuelvo a mi mesa prácticamente flotando y Maya levanta la vista en cuanto oye que me siento.

—Bueno, bueno, bueno... —me dice entrecerrando los ojos—. ¿Y esta sonrisa? ¿Qué me he perdido?

Me detengo un segundo. Podría guardármelo. Podría mantener mi pequeña victoria solo para mí, por miedo a que algo lo estropee. Pero... no. Ya estoy cansada de secretos, malentendidos y paranoias que solo empeoran las cosas. Maya es mi mejor amiga. O... quiero volver a creer que lo es.

—Anoche volví a escribir mi borrador —confieso con una sonrisa tímida pero sincera—. Maddox me propuso quedarme ayer en la editorial para ver cómo escribía. Y... le encantó.

Los ojos de Maya se agrandan de inmediato.

—¿En serio? ¡Tess, eso es increíble! —dice mientras se lleva una mano al pecho, como si fuese ella quien acaba de recibir la noticia—. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Su entusiasmo me calienta el pecho.

—Ya, yo también estoy muy contenta —admito.

—Pues si quieres que te ayude a averiguar qué fue lo que pasó con los otros borradores. Dímelo —dice cogiéndome la mano.

—Gracias por ofrecerte a ayudarme, pero creo que no hace falta averiguar qué pasó exactamente. A partir de ahora voy a escribir y enviarlo del tirón. Y si puede ser... conscientemente, a ser posible —intento bromear.

Las dos reímos. Maya con ternura; yo con un alivio que necesitaba como el aire.

—Solo quedan veinte días —añado dejando caer la espalda sobre la silla—. Veinte. Y voy a tener que escribir como una loca, pero...

estoy emocionada.

—Y yo feliz por ti —dice ella acercándose para darme un abrazo rápido, de esos que se dan sin pensarlo.

Solo que, al darlo, su codo choca con su taza reutilizable.

Y todo ocurre en un segundo.

El café caliente se vuelca. Cae sobre mi portátil como una cascada marrón. Salpica mi pierna y siento el ardor instantáneo atravesar la tela de mi pantalón y abrasarme la piel.

—¡Ay! —doy un pequeño salto hacia atrás.

—¡NO, NO, NO, NO, NO! —grita Maya mientras intenta atrapar el café con las manos, lo cual obviamente no funciona.

El portátil emite un *zzzt* que me perfora el alma. La pantalla parpadea. Se apaga. Muere.

—¡Tessa, lo siento muchísimo! ¡Lo siento, lo siento, lo siento! —balbucea Maya, moviéndose como si pudiera deshacer el desastre por pura fuerza de voluntad—. ¡Ay, Dios mío, soy idiota, por favor, perdóname, no era mi intención!

Me arde la pierna. Me arde el pecho. Me arde la paciencia.

Maya se acerca para ver cómo estoy, pero levanto una mano instintivamente.

—Ahora no —digo, y mi voz sale más tranquila de lo que siento—. Maya..., ahora mismo no, ¿vale? Necesito... limpiarme.

Ella asiente al instante, con los ojos vidriosos del agobio.

—Claro. Claro, ve. Yo... intentaré ver si alguien de informática puede...

—Maya —la interrumpo antes de que entre en modo pánico total—. No pasa nada. De verdad. Solo... necesito aire.

Y sin esperar respuesta, me levanto y camino hacia el baño, sintiendo la tela húmeda en la pierna, el olor a café pegado a la ropa y un nudo creciente en la garganta.

Llego al baño todavía con la pierna ardiéndome cuando veo que la puerta está abierta... y hay un hombre con un cinturón de herramientas, ajustando algo con un destornillador.

Me detengo en seco.

—Perdón... —digo—. ¿Se puede entrar?

El hombre levanta la vista, secándose las manos en el pantalón del mono de trabajo.

—Sí, sí. Pase si quiere —responde—. Estoy arreglando la cerradura. Una chica no para de decir en recepción que esta puerta se atasca. Todas las mañanas —añade con una media sonrisa—. Hoy por fin he tenido un hueco para venir a arreglarla.

No puedo evitar sonreír yo también.

Maya.

Claro que es ella. La misma que se queja de que los baños no tienen papel, de que la calefacción está demasiado alta o demasiado baja, de que los fluorescentes parpadean. La misma que sabe que detesto que se atasque la puerta.

—Gracias por venir entonces —digo sincera.

Él asiente y vuelve a su trabajo, y yo entro al baño todavía con una sensación cálida en el pecho. Mi amiga siendo mi salvadora, una vez más.

Justo entonces, una voz conocida irrumpe por detrás.

—Vaya..., ¿has decidido bautizarte en café esta mañana?

Me giro. Kai está apoyado en el marco de la pared, sonriendo y señalando descaradamente mis manchas marrones en el pantalón.

Le sostengo la mirada sin la menor intención de seguirle la broma.

—Maya me ha tirado el café encima. Sin querer —aclaro, cruzándome de brazos.

Él hace una mueca comprensiva.

—Uf. Eso duele incluso cuando es sin querer.

Asiente un segundo..., pero no se va. Y eso ya me pone en alerta.

—Justamente quería hablar contigo... sobre Maya —añade, ahora en un susurro.

Parpadeo.

—¿Sobre Maya? —repito—. ¿Y tú qué tienes que hablar conmigo sobre Maya?

Kai mira un momento al hombre de mantenimiento, luego vuelve a mí y hace un gesto con la cabeza hacia el pasillo.

—¿Podemos... alejarnos un poco? No es una conversación para compartir con un destornillador —bromea.

Yo resoplo, impaciente. Aunque sea temprano, hoy ya he agotado todos mis límites de paciencia.

—Kai, di ya lo que tengas que decir —respondo molesta.

Él duda un segundo. Y eso no me gusta.

—No quiero acusarla de nada —empieza—. Y tampoco sé exactamente qué estaba haciendo, pero...

—Kai —lo interrumpo—. Me estás empezando a poner nerviosa.

Coge aire.

—Tenía que hablar con Anna porque el *ebook* del libro de Joana Leen se estaba viendo mal; en el capítulo tres...

—¡Kai! Ve al grano —lo corto.

—Pues que he pasado por vuestras mesas y tú no estabas allí, pero Maya... sí.

Mi estómago se tensa.

—¿Y? —pregunto sin entender nada.

—Cuando he salido del despacho de Anna... —Traga saliva—. He visto a Maya en tu sitio. Tocando tus cosas y mirando tu ordenador. Como si estuviera... buscando algo.

El mundo parece detenerse por un momento.

—¿Qué? —digo más alto de lo que pretendía.

—No sé qué estaba haciendo exactamente —se apresura a decir—. Pero no parecía que estuviera cogiendo un boli prestado...

Aprieto los dientes.

—¿Y le has dicho algo? —pregunto con rabia en la voz.

Kai niega con la cabeza.

—No.

La furia me sube como una ola.

—Claro —suelto—. A mí me viste una vez sentarme en su mesa y casi me crucificas moralmente. Pero a ella no le dices nada.

Kai da un paso hacia mí, bajando la voz.

—La diferencia es que Maya a mí me da igual —dice sin titubear—. Y tú no.

Me quedo sin palabras.

—Y además... —añade—, si hubiera dicho algo, lo que fuera que estuviera haciendo, no lo habría terminado.

Parpadeo.

—¿Qué? —Pregunto confundida.

—Si la hubiese interrumpido —continúa con voz firme—, habría parado de hacer lo que tuviese en mente. En cambio, tú... —me mira fijamente— tienes ahora la ventaja de saber que algo ha pasado. Y ella no sabe que tú lo sabes.

El pulso me martillea en las sienes.

—Entonces... —murmuro— ella estaba buscando algo...

Kai asiente despacio.

—Y ahora tú tienes que averiguar el qué.

Mierda. Voy a tener que volver a rebuscar en la mesa de Maya, pero esta vez no lo voy a hacer sola.

29

La sala de descanso está completamente vacía. Estoy sentada en una de las mesas con el móvil boca abajo, dando golpecitos nerviosos con los dedos contra el plástico del vaso vacío. He fingido revisar correos durante veinte minutos, he dado dos vueltas innecesarias por el pasillo y he entrado al baño solo para comprobar si el hombre de mantenimiento ha arreglado bien la puerta. Ahora solo falta Kai.

Cuando aparece por la puerta, con la mochila colgada de un hombro y esa expresión suya entre cansada y alerta, algo dentro de mí se relaja.

—Creía que te ibas a rajar —dice en voz baja mientras se sienta frente a mí.

—No tengo tiempo para rajarme —respondo secamente—. Tengo demasiado que averiguar.

Kai suspira, resignado, como si supiera perfectamente en lo que se está metiendo y aun así estuviera dispuesto a hacerlo.

Esperamos a que el murmullo de la editorial termine de apagarse del todo. Uno a uno, los últimos trabajadores se van marchando. Las luces se quedan encendidas y empiezo a cronometrar cuánto tardamos. Tenemos una hora antes de que Larry venga para cerrar las salas.

Cuando salimos al pasillo Kai se inclina hacia mí.

—Ahora o nunca —murmura.

Asiento.

Recorremos el pasillo como dos personas que simplemente van a recoger algo que se les ha olvidado. Sin prisas. Sin mirarnos demasiado. Fingiendo una normalidad que no sentimos ni de broma. Cuando llegamos a la mesa de Maya, mi pulso ya va demasiado rápido como para disimularlo.

—Vigila el pasillo —le digo en un susurro—. Si ves a alguien, tose, estornuda, simula una crisis existencial... Lo que sea, pero avísame.

—Muy discreto —responde él con ironía mientras se coloca estratégicamente al final del pasillo—. Pero date prisa, ¿vale? No me apetece que nos pillen jugando a los detectives.

Me acerco a la mesa de Maya con la misma sensación que tuve cuando me senté en su silla por primera vez. Como si estuviera traspasando una frontera invisible. Empiezo por lo obvio: papeles, *post-its*, bolígrafos, cuadernos. Todo parece demasiado normal. Demasiado ordenado. Como si no hubiera nada que encontrar. Mi estómago se contrae. ¿La estaré cagando?

Reviso entre las carpetas, levanto libretas, miro debajo del soporte del ordenador. Nada. Ni un papel fuera de lugar. Ni una firma. Ni una pista.

—Tess... —susurra Kai desde su puesto—. No tenemos toda la noche.

—Un segundo —respondo sin mirarlo—. Tiene que haber algo.

Vuelvo a revisar la superficie por puro miedo a aceptar que quizá no haya nada que ver. Y entonces abro el primer cajón. Dentro hay material de papelería, subrayadores, un neceser pequeño con ibuprofeno y tiritas, una libreta vieja y... un montón de hojas impresas, grapadas por una esquina. Las saco con cuidado.

No sé qué esperaba encontrar, pero desde luego esto no.

Cuando leo el título, mi cuerpo entero reacciona antes que mi mente: *La llama blanca*. La sangre me abandona la cara como si

alguien me hubiera abierto una compuerta por dentro.

Paso la primera hoja. Es una presentación estructurada, con anotaciones a mano en los márgenes, correcciones, fechas... Mi presentación. La que he estado preparando sobre el *romantasy* que debo corregir. Mis palabras. Mis esquemas. Mis ideas.

—Kai... —susurro, con la voz rota.

Se acerca enseguida, demasiado alarmado.

—¿Qué pasa?

Le enseño los papeles. Él frunce el ceño al leerlo.

—Mi presentación.

Maya ha impreso mi presentación. La ha modificado, revisado, leído y —lo sé sin que nadie tenga que decírmelo— no precisamente para ayudarme.

La está usando para presentarla ella.

Mi primera reacción es la incredulidad. La segunda, el frío. Y la tercera... es una rabia tan afilada que podría cortarme por dentro.

—¿Pretende presentarlo como suyo? —pregunta Kai, incrédulo.

No contesto. No porque no tenga respuesta. Sino porque la respuesta es tan horrible que mi mente todavía intenta protegerme de ella.

Cierro las páginas con las manos temblorosas y dejo el documento exactamente donde estaba, como si nada hubiera pasado. Pero ya ha pasado todo. Algo se ha roto definitivamente entre Maya y yo. Y esta vez sé que no es solo paranoia.

Es la realidad.

Salimos a toda prisa cuando quedan cinco minutos para que Larry haga su trabajo.

Llego a casa con la cabeza hecha un nudo imposible de desatar. Camino por las últimas calles en piloto automático, repasando una y otra vez la imagen de mi presentación en el cajón de Maya, como si

fuera una escena que el cerebro se niega a archivar. No me cuadra. Nada de esto me cuadra. Maya nunca ha sido así. Nunca ha sido... mala. ¿No?

Durante todo el camino he intentado buscarle explicaciones que no me rompan por dentro. Que quizá mañana iba a traerme la presentación llena de notas. Que simplemente quería ayudarme, corregirme, apoyarme. Que solo estaba siendo mi amiga a su manera torpe y controladora. Me aferro a esas ideas como si fueran un salvavidas... pero sé que no se sostienen. Porque imprimir mi trabajo a escondidas no es ayudar. Es invadir. Es cruzar una línea que no se vuelve a cruzar sin consecuencias.

Maya me está arruinando las prácticas a propósito. No hay otra forma de decirlo sin que me duela el pecho.

Subo las escaleras más despacio de lo normal, con la sensación de que al otro lado de esa puerta me espera otra cosa que no estoy preparada para afrontar. Y justo antes de meter la llave en la cerradura, lo escucho. La voz de Dorian y una risa de mujer. Me quedo completamente quieta.

No lo he avisado de la hora a la que iba a llegar. Para él, tranquilamente podría estar aún en la editorial. Así que esta vez no hay excusa posible, no hay serie de fondo, no hay *Friends* para salvarlo. Esta vez, si es verdad lo que mi cabeza teme, voy a pillarlo con las manos en la masa. Trago saliva y abro la puerta de golpe.

El salón está encendido. La cocina también. Y ahí están los dos. Dorian, con una cuchara de madera en la mano, y Sloane, con un delantal que es, sin duda, mío. Parpadeo. Una vez. Dos.

¿Pero qué...?

—¡PELIRROJA! —grita Sloane en cuanto me ve.

Deja lo que estaba haciendo y prácticamente corre hacia mí para envolverme en un abrazo tan fuerte que me saca el aire del cuerpo.

Yo me quedo rígida, incapaz de procesar lo que está pasando.

—Llevo aquí un rato esperándote —dice separándose solo un poco para mirarme a la cara—. No me contestabas y he pensado: «Perfecto. Pues me planto en su casa». Necesitaba verte. Necesitaba contarte algo importantísimo.

Miro a Dorian sin saber muy bien qué expresión poner. Él me mira como si llevara una hora esperando que yo apareciera.

—Es verdad —añade él—. Ahora vas a entender muchas cosas.

Muchas cosas. Claro...

Estoy en *shock*. Literal. Acabo de descubrir que mi mejor amiga me sabotea el trabajo. Que mi antigua mejor amiga está en mi cocina con mi novio. Y, bueno... dentro del caos, supongo que esto último podría haber sido peor. Podría haber sido una desconocida en mi cama.

Así queuerzo una sonrisa tensa, de esas que solo se parecen a una sonrisa en teoría.

—Vale... —digo con voz rara—. ¿Qué es eso tan importante que tenéis que contarme?

Sloane me agarra de la mano con una solemnidad que no le he visto nunca y me arrastra hasta el sofá.

—Ven, siéntate.

No me opongo. Me dejo llevar. Literalmente no tengo fuerzas para nada más.

Ella coge su bolso —el que ha dejado apoyado en el brazo del sofá— y empieza a sacar cosas como si estuviera a punto de montar un *stand*: una carpeta gruesa, su portátil, un cable HDMI.

—¿Por qué traes medio equipo encima? —murmuro.

—Dame un segundo —responde sin mirarme, ya encendiendo el ordenador.

Dorian enciende la tele como si eso fuera parte del espectáculo.

Sloane conecta su portátil a la televisión y, al instante, la pantalla se pone negra... hasta que aparece una diapositiva con el nombre del archivo, enorme, blanco sobre fondo oscuro: MAYA GRAVES.

Mi estómago da una vuelta completa.

No es el momento.

No es el maldito momento.

Abro la boca para decir algo, cualquier cosa, pero Sloane se levanta de golpe como si estuviera a punto de dar una conferencia.

—Mientras te explico un poco, puedes ir echándole un vistazo a la carpeta —me dice, dejándomela en las manos.

La cojo sin saber muy bien por qué.

—Sloane... —intento frenarla, levantando un poco la mano.

Ella sonríe, ladea la cabeza.

—Ponte cómoda, pelirroja. Porque este... es un caso peculiar.

Resoplo, cansada, superada. Pero asiento. Tal vez por inercia o tal vez porque ya no tengo fuerzas para huir de nada.

Sloane se coloca delante de la televisión como si estuviera en un escenario y empieza a hablar con esa voz suya que conozco tan bien. Con el mismo tono que usa en su pódcast.

—Bienvenida... al expediente de Maya Graves.

Sloane no habla como una amiga. Habla como cuando está grabando.

Cruza las manos frente a ella, apoya un hombro contra el mueble del salón y adopta esa postura suya de narradora profesional, la que siempre consigue que el aire pese un poco más.

Y yo, sin querer, me incorporo en el sofá como si estuviera escuchando un episodio nuevo de su pódcast. Aunque no lo sea.

—Empezamos por el principio —dice—. Como siempre.

Paso una hoja de la carpeta por pura inercia. Hay fechas, nombres, recortes, anotaciones.

No quiero leer, pero tampoco puedo dejar de hacerlo.

—Maya Graves nació y creció en una familia... bastante normal —continúa Sloane—. Madre trabajadora, barrio tranquilo, notas buenas. No hubo abusos conocidos, ni negligencia evidente. Nada que salte a primera vista.

Asiento lentamente, sin darme cuenta. Eso encaja.

—El padre... —Sloane inclina la cabeza— se fue cuando Maya tenía nueve años. No hubo discusión épica. No hubo demandas de divorcio. Simplemente desapareció.

El pecho me da un tirón pequeño. Eso también lo sabía.

—Durante años, la madre la sostuvo como pudo sola —prosigue—. Maya creció rápido. Demasiado rápido. Demasiada responsabilidad para una niña que lo único que había aprendido es que la gente importante se marcha sin avisar.

Miro los papeles. Miro una foto antigua en la que aparece Maya con trece años con una sonrisa ladeada. Demasiado seria para ser tan pequeña.

—Hasta aquí, la historia no es extraña —dice Sloane—. Podría ser la de cualquiera.

Hace una breve pausa.

Y sé que ahora viene lo malo. Siempre viene lo malo cuando Sloane baja la voz.

—El problema empieza en el instituto.

Trago saliva. Maya nunca me ha hablado de su etapa en el instituto.

—Con diecisiete años, Maya ingresó por primera vez en un centro psiquiátrico.

Mi cerebro tarda en procesarlo.

¿Ingresó? ¿En un psiquiátrico?

—Fue después de una agresión —añade Sloane.

Levanto la vista de golpe.

—¿Una... qué? —es lo primero que digo desde que Sloane ha empezado a hablar.

Sloane no me mira con pena. Me mira con honestidad.

—Su compañera de clase terminó en coma.

El mundo se me hunde un centímetro, pero no grito, ni me levanto. No hago nada. Solo... escucho. Como si fuera un episodio. Como si no fuera mi mejor amiga de quien están hablando.

—Esa chica era su mejor amiga —dice Sloane—. La única amiga que tenía.

Busco desesperada en la carpeta y encuentro el informe con el sello del centro. El Centro de Salud Mental Juvenil de Boston. Sigo leyendo y debajo de su nombre encuentro el informe de Maya: trastorno límite de la personalidad o, resumido, TLP.

—Maya fue diagnosticada con TLP —explica Sloane—. Un trastorno complejo. Inestable. Que afecta a cómo se vive el abandono, el rechazo, el amor... y el odio.

Paso hojas con las manos heladas y lo veo todo. Todo es real.

—Una persona con TLP puede amar de forma extrema —continúa—. Idealizar a alguien... y al mismo tiempo sentir que ese alguien la quiere destruir. Es una montaña rusa emocional constante —hace una leve pausa y trago saliva.

Entonces lo entiendo todo: los cambios de humor, la intensidad, el apego ansioso, las peleas absurdas...

—El miedo al abandono es brutal —dice Sloane—. Tan brutal que a veces atacan antes de ser abandonadas.

Mi respiración se descoloca.

—A veces sabotean relaciones, distorsionan la realidad, manipulan sin ser conscientes de que lo están haciendo —sigue explicando con una voz calmada.

Mi cabeza empieza a conectar piezas de forma atropellada: los correos, los horarios, los borradores, la IA...

El caos que solo me afectaba a mí.

—Maya estuvo ingresada un año y tres meses —continúa Sloane—. Medicación, terapia intensiva, observación constante.

Paso otra hoja con fechas, altas médicas e informes.

—Después salió... e intentó reconstruirse —continúa—. Entró más tarde en la universidad. Por eso no coincidimos con ella desde el principio.

Respiro con dificultad.

—Fue una estudiante perfecta —sigue—. Demasiado perfecta. Tanto que el primer año cursó más asignaturas de las normales. Quería ponerse al mismo nivel que los demás. No quería «ir por detrás» —hace una pausa y enarca una ceja—. Dato curioso —añade Sloane—. Antes de estudiar literatura, su primera opción fue Ingeniería Informática.

Levanto lentamente la cabeza.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—Su padre era informático —explica—. Maya empezó a programar poco después de que su padre la abandonara. Es increíble con sistemas, servidores, cuentas, accesos, rastros digitales... Supongo que era lo único que le recordaba a él.

¡Joder! Los avisos que no me llegaban, los correos enviados, las contraseñas, el archivo que no escribí. Todo encaja.

Todo.

—Tessa... —Sloane se queda en silencio unos segundos antes de continuar, más lenta—. Maya casi mata a su mejor amiga.

El corazón me cae al estómago.

—No fue un accidente —susurra.

No existe suelo suficiente para sostenerme.

—Y cuando alguien ha cruzado esa línea una vez... —continúa— no es imposible que la cruce de nuevo.

Levanta los ojos y me mira por primera vez directamente.

—Y tú estás demasiado cerca.

Mierda, estoy demasiado dentro. Demasiado atada emocionalmente.

No sé qué hacer con todo lo que sé ahora. No sé cómo respirar. No sé cómo desqueterla. No sé cómo protegerme.

—Esto no es un caso cualquiera, Tess —dice Sloane con voz firme.

Obviamente no es un caso cualquiera, es personal, es peligroso y no es ficción. Miro la carpeta, los informes, la portada con su nombre y por primera vez desde que todo empezó...

No dudo. Estoy aterrada y, al mismo tiempo, extrañamente... por fin todo tiene sentido.

Mi mejor amiga está saboteándome y posiblemente me quiera quitar del medio.

Cuando Sloane se marcha, el apartamento se queda en silencio. La puerta se cierra con un *clic* suave y durante unos segundos me quedo mirando el pasillo vacío, como si mi cabeza necesitara tiempo para reorganizar todo lo que acaba de pasar. Dorian ya se ha metido en la cama, me ha preguntado si quería hablar, pero no tengo fuerzas, por lo que le he dicho que prefería no hacerlo.

—¿Vienes? —pregunta desde el dormitorio, con la voz ya medio adormecida.

—Ahora voy —respondo.

Pero no voy.

Camino hasta el salón, me dejo caer en el sofá de nuevo y alcanzo el bolso que había dejado en el suelo. Ahora mismo necesito pensar en cualquier cosa que no sea Maya, por lo que abro el bolso y saco el libro.

La primera edición de *La consulta*. El mismo ejemplar que Jane Sterling me señaló antes de morir. El que he estado persiguiendo durante días como si escondiera una respuesta que todavía no sé de qué me servirá.

Lo sostengo un momento entre las manos, observando el lomo desgastado, las esquinas suavizadas por los años. Luego me acomodo mejor en el sofá y lo abro por la primera página. O eso intento. El libro se desliza de repente entre mis dedos, como si la encuadernación no estuviera tan firme como parecía. La cubierta se queda en mi mano y el resto cae al suelo con un golpe seco.

Me quedo inmóvil.

—¿Qué...?

Bajo la vista. En el suelo no hay páginas sueltas del libro. Hay un cuaderno.

Un cuaderno negro de tapa dura, más pequeño que el libro, escondido dentro de la cubierta como si Sterling lo hubiera camuflado para que pasara desapercibido. Lo recojo despacio, con el corazón laténdome más rápido de lo normal.

Giro el cuaderno entre mis manos, confusa, intentando comprender por qué Sterling querría que tuviera algo así. Por qué señalar precisamente ese libro. Por qué ocultarlo de esta manera. La respuesta debería estar aquí dentro. ¿No?

Abro la primera página esperando alguna explicación, una nota, cualquier cosa que me diga qué demonios estoy sosteniendo. Pero lo que encuentro no se parece en nada a lo que esperaba. Y durante un instante, mientras paso los ojos por las primeras líneas escritas a mano, siento un escalofrío recorrerme la espalda.

Para Tessa Hale

De Jane Sterling

SEGUNDA PARTE

Diario de Jane Sterling

No sé si alguna vez te habrás preguntado cómo empieza una vida a romperse de verdad.

Déjame decirte que en mi caso no es con un golpe. Ni con una tragedia evidente. A veces empieza con la idea equivocada de que eres feliz, y durante mucho tiempo pensé que lo era.

Pero no era esa clase de felicidad explosiva que te obliga a reírte en voz alta, sino de la otra, la tranquila, la que se parece más a una rutina bien engrasada que a una emoción.

Hace cinco años yo era ama de casa. Estaba casada con un hombre guapísimo, brillante, admirado por todos, y cada tarde me esforzaba en que la cena estuviera lista a la hora exacta a la que él cruzaba la puerta. Aprendí a reconocer el sonido de sus llaves, a saber cuándo había tenido un buen día solo por la forma en que dejaba el abrigo sobre la silla.

Hablábamos de tener hijos. A menudo. Siempre en futuro.

—Cuando los tengamos...

Era lo que siempre repetía.

Así que tomamos la decisión de que lo mejor era que yo me quedara en casa, por si acaso. Por si la vida decidía recompensarnos. Yo acepté sin cuestionarlo demasiado. Al fin y al cabo, me repetía que no me faltaba nada. Tenía una casa bonita, un marido respetado, estabilidad. Eso era lo que se suponía que una mujer debía querer. ¿No?

Pero los años pasaban y yo no me quedaba embarazada. Al principio fue solo una inquietud leve, una molestia que se colaba en los silencios. Luego se convirtió en una presión constante. Nunca había sido consciente de las ganas que tenía de ser madre.

La casa empezó a empequeñecerse. Las paredes parecían cerrarse un poco más cada día. Las tareas domésticas, que al principio hacía casi con orgullo, comenzaron a pesarme como una condena absurda. Limpiar algo que ya estaba limpio. Ordenar lo que nadie iba a desordenar. Cocinar para dos cuando una de esas dos personas empezaba a sentirse invisible...

Fue entonces cuando empecé a sentir que algo no iba bien conmigo. No con mi vida, sino conmigo. Así que decidí ir al psicólogo. El cual era un hombre mayor — demasiado mayor—. De esos que parecen haber dejado de ejercer hace años, pero que siguen recibiendo pacientes por inercia, por contactos, por favores... No lo elegí yo. Lo eligió mi marido. Me dijo que me vendría bien hablar con alguien. Que últimamente me notaba rara y, como yo también lo sentía, acepté.

En aquellas sesiones no descubrí nada revolucionario sobre mí misma. No hubo epifanías. No hubo diagnósticos claros. Nunca me preguntó qué quería yo. Siempre parecía más interesado en que volviera a estar «bien» para mi marido. Lo que hizo que algo empezara a removerse por dentro. Una incomodidad que necesitaba salir por algún sitio.

Y salió... escribiendo. Como salen las cosas cuando no queda ningún otro sitio por donde escapar.

No se lo dije a nadie al principio. Ni siquiera a mi marido. Empecé después de una de las consultas, sentada en la mesa de la cocina, con un cuaderno viejo como este y un bolígrafo que apenas escribía. No tenía un plan. No sabía cómo se escribía una novela. Solo sabía que necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro. Y así nació Alora.

La protagonista de la novela no era yo, pero al mismo tiempo sí lo era.

En Alora volqué mis frustraciones, mi sensación de estar atrapada, mi rabia silenciosa, mi deseo de ser algo más que la mujer que esperaba. Escribía cuando

él dormía. Cuando la casa estaba en silencio. Cuando nadie podía verme.

Terminé el manuscrito en apenas dos meses. Dos meses de una intensidad que no había sentido en años.

Recuerdo perfectamente el día en que decidí enseñárselo. Lo había impreso y lo había guardado en una carpeta azul. Esperé a que él llegara del trabajo rezando por que hoy hubiese sido un buen día. Me senté frente a él con el corazón desbocado y le dije que había escrito algo. Mi marido —uno de los mejores filólogos y dramaturgos de Boston— lo leyó. O, al menos, eso dijo.

Cuando terminó, cerró la carpeta, se levantó, fue hasta la cocina y lo tiró a la basura. Sin dramatismo. Sin ira. Como quien se deshace de algo inútil.

—Tienes que encontrar tu voz —me dijo—. Esto es comercial. Superficial. No tiene fondo.

No me gritó. No hubo insultos. Y, aun así, fue una de las cosas más crueles que me han hecho nunca. Esperó que yo asintiera. Que aceptara la crítica como una alumna aplicada, pero no lo hice. Cuando se fue a la ducha, saqué mi manuscrito de la basura, lo alisé con cuidado y lo guardé en el cajón más bajo del escritorio. En ese momento sentí vergüenza por rescatarlo.

Esa noche no dormí, pensé en todo lo que había sacrificado, en todo lo que había callado y pensé, también, que quizá su rechazo no tenía tanto que ver con mi novela como con él. Con el hecho de que nunca hubiera conseguido publicar nada en solitario. Con que su talento se quedara en aulas universitarias, corrigiendo textos ajenos. ¿No dicen que el que no sabe enseña?

Mi marido, Cameron Flynn, era profesor en la Universidad de Boston y adoraba su trabajo, pero no había que ser muy listo para saber que realmente quería dedicarse a la escritura. Se pasó media vida formándose para ello y no lo había conseguido.

A la mañana siguiente busqué el contacto de una de las editoriales más pequeñas de la ciudad. Mandé el manuscrito sin decir nada a nadie. Sin pedir permiso. Sin esperar nada.

Cuando, semanas después, recibí una respuesta aceptándolo para publicación, no corrí a contárselo. Porque por primera vez en mucho tiempo sentí que algo era solo mío y fue entonces cuando entendí que mi vida acababa de cambiar.

Aunque todavía no sabía hasta qué punto.

31

Me quedo sentada en el sofá con el diario entre las manos durante varios minutos sin ser capaz de moverme. El cuaderno me pesa más de lo que debería. O quizá soy yo la que ya no puede sostener nada más.

Lo he leído del tirón. No he sido capaz de detenerme tras leer el nombre de Flynn. Cameron Flynn. El hombre que durante un año fue el centro de mi vida, el que admiraba, al que creía conocer, al que amé de una forma que todavía me cuesta nombrar... estaba casado con Jane Sterling.

Siento un mareo leve, como si el suelo hubiera decidido inclinarse sin avisar.

Ahora lo entiendo. Entiendo su mirada el primer día. Ese odio mal disimulado. Esa frialdad casi violenta. No era desprecio profesional. No era arrogancia editorial. Era personal. Yo no era una becaria prometedora para ella. Era la niña con la que se acostaba su marido. Se me revuelve el estómago.

Siempre pensé que Flynn no podía estar soltero. Era demasiado guapo, demasiado correcto, demasiado seguro, pero no llevaba alianza. Nunca hablaba de su vida privada. Nunca mencionó una mujer, ni que tuviera esposa. Y yo tampoco quise preguntar nunca.

Ahora todo me parece grotesco —irreal—. Como si alguien hubiera reescrito mi pasado sin consultarme.

La carpeta que me dejó Sloane sobre la mesa me devuelve de golpe a la realidad y la rabia vuelve. Cierro el diario. Si sigo

pensando en Sterling, en Flynn, no voy a poder hacer nada en todo el día. Y no puedo permitírmelo. Tengo que escribir. No es lo que más me apetece, pero ahora mismo es la única forma que conozco de vaciarme un poco por dentro.

Además, solo me quedan diecinueve días.

Me despierto con el iPad todavía encendido a un lado de la cama. Ha sido lo único con lo que he podido escribir. Necesito un portátil urgentemente; si no, no voy a poder terminar el manuscrito.

Tengo el cuerpo entumecido por haber dormido en una postura imposible. La luz de la mañana se cuela por la ventana y, durante unos segundos, no recuerdo dónde estoy ni qué día es. Luego todo vuelve de golpe: el diario de Sterling, Sloane, la carpeta, Maya, el miedo asentándose como una segunda piel.

Son demasiadas cosas y no he dormido casi nada, aunque el poco tiempo que he estado inconsciente ha sido extrañamente reparador. No me he despertado sobresaltada. No he soñado con Flynn. No hay esa neblina espesa envolviéndome la cabeza. Me siento cansada, sí, pero lúcida. Presente.

Quizás tirar las pastillas fue la decisión correcta.

Las vitaminas que Dorian me compró siguen en la encimera del baño. Es lo único que no he dejado. Me tomo dos con un vaso de agua y mientras me observo en el espejo. Tengo ojeras, la piel pálida..., pero también algo distinto en la mirada. Determinación quizá. O simple cansancio de aguantar tantas cosas.

Mientras voy hacia la editorial, no dejo de pensar en el diario de Sterling. En que mi profesor, el que pensaba que era el amor de mi vida, era su marido y puede ser que esa sea la razón por la que Jane me ha dejado su diario. A lo mejor ella sabía la verdad y quería que yo lo supiera incluso después de suicidarse.

Entro en un bucle del que me está siendo imposible salir, por lo que me obligo a repasar mentalmente cómo abordar el tema de Maya cuando hable con Anna. No puedo entrar en su despacho diciendo «Rebusqué en la mesa de mi compañera Maya y encontré esto», por muy tentador que sea. Tampoco puedo callarme después de lo que sé. Tengo que ser inteligente. Fría. Medir cada palabra.

Me autoconvenzo de que la gravedad de lo que ha hecho Maya compensa con creces haber cruzado esa línea y, aun así, una parte de mí siente culpa, pero la entierro. Quiero ese puesto de trabajo cuando acaben las prácticas. Y voy a hacer lo que haga falta para conseguirlo. Exactamente igual que ella.

Cuando llego a la editorial dejo el bolso en mi mesa y noto algo que me incomoda de inmediato. Maya ya está allí. Son las ocho menos cinco. Nunca llega tan pronto. Pero hoy ya está sentada, concentrada y tecleando como si llevara horas. Respiro hondo. Aparto todo lo que siento —la traición, el miedo, la rabia— y me coloco mi mejor sonrisa. La profesional. La inofensiva.

—Buenos días —digo con naturalidad.

Ella levanta la vista y me sonríe.

—Buenos días, amiga, te he traído tu café favorito —saluda tendiéndome mi bebida preferida de Starbucks.

—Gracias... —es lo único que logro articular.

—Tess. Oye... —frunce el ceño—. ¿Has notado accesos raros en tu portátil últimamente?

El corazón me da un pequeño salto traicionero. El recuerdo de su ordenador abierto, con la sesión iniciada, mis dedos donde no debían estar... Doy un sorbo largo al café, que me sabe amargo, y cambio de tema sin pensarlo.

—Mmm... Por cierto —digo rápido—, ¿ya entregaste a Anna el proyecto que tenías encima de la mesa ayer?

Maya parece confundida.

—Sí, se lo entregué..., pero no lo dejé encima de la mesa.

Asiento despacio, fingiendo procesarlo.

—Ah, entonces me habré confundido —digo con una sonrisa cansada—. Últimamente no duermo muy bien.

Su expresión se suaviza.

—¿Te pasa algo? —pregunta con interés.

—No, no —resto importancia—. Nada serio.

Hay un silencio breve, incómodo, hasta que ella vuelve a hablar.

—Oye, ¿y las vitaminas de las que hablamos? ¿Te están funcionando?

—Sí —respondo con honestidad—. Bastante, la verdad.

—Me alegro mucho —dice—. Igual me las compro yo también.

Asiento mientras por dentro todo se me revuelve.

En ese momento veo pasar a Anna por el pasillo y no lo pienso dos veces. Me levanto y voy tras ella.

—Anna —la llamo.

Se gira, mira el reloj.

—Tengo cinco minutos. ¿Qué necesitas?

Entro en su despacho con el pulso firme y dejo sobre su mesa la presentación de *La llama blanca*. Anna arquea las cejas.

—¿Ya lo tienes listo? —pregunta sorprendida.

—Sí —afirmo.

—Entonces..., muchas gracias —sonríe.

—Quería comentarte una cosa —añado antes de que pueda seguir.

Vuelve a mirar el reloj.

—Tienes tres minutos.

Trago saliva.

—Ayer, antes de irme, vi esta presentación en la mesa de Maya. Estaba impresa y corregida de arriba abajo, pero yo no se la he

mandado.

Anna se queda inmóvil.

—¿Estás segura?

—Sí —respondo sin dudar—. Además, al preguntarle hoy, me ha dicho que ya te la había entregado.

—Pues eso no le corresponde a Maya —dice finalmente—. Y no tengo constancia de haber recibido nada de ella.

Asiento.

—Solo quería que lo supieras.

Anna se reclina en la silla, seria.

—Hablaré con Maddox. Si esto es cierto, pondremos medidas. No se puede corregir el trabajo de otro sin su consentimiento, porque para eso ya estoy yo.

—Gracias —digo con un nudo en la garganta.

Salgo del despacho con el corazón latiéndome fuerte, pero más ligera. He hecho lo correcto.

De nuevo siento que he dado un paso adelante. Porque esto se tiene que acabar de una forma u otra.

Paso la mañana intentando concentrarme frente a la pantalla. Pero no dejo de darle vueltas a que el hombre del que me enamoré estaba casado con Sterling. Sobre todo, no dejo de pensar en si ella descubrió que fui la responsable de su muerte...

Además de distraída, sigo con ese mareo extraño que no termina de irse. Pero necesito avanzar todo el trabajo que pueda porque en casa no tengo ordenador —gracias a Maya—, y necesito la tarde libre para poder avanzar con el manuscrito, aunque no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo. Escribir una novela desde el iPad no es muy cómodo.

Una sombra se proyecta sobre mi mesa. Levanto la vista esperando encontrarme a Maya..., pero no. Es Sloane.

—¡Hola, pelirroja! —saluda enérgica—. Toma —dice, dejando una caja blanca perfectamente reconocible sobre mi escritorio—. Es para ti.

Parpadeo. Una vez. Dos.

Mi cerebro tarda unos segundos en procesar lo que estoy viendo.

—¿Es...? —empiezo, pero no termino la frase.

—Un MacBook —confirma, como si me estuviera diciendo que me ha traído un café—. Nuevo. Sin estrenar.

Me quedo mirándola como si acabara de hablar en otro idioma.

—Sloane, no..., no puedo aceptar esto —baluceo—. Es demasiado.

Ella pone los ojos en blanco y se apoya en el borde de la mesa.

—Relájate, pelirroja. Las marcas nos mandan estas cosas constantemente para promociones, colaboraciones, reseñas... Tengo varios muertos de risa en casa —se encoge de hombros—. Ayer me dijiste que el tuyo había muerto y he pensado: *problema resuelto*.

Se me humedecen los ojos sin previo aviso.

—No tenías que... —susurro.

—Sí tenía —me corta—. Y punto.

Me levanto de golpe y la abrazo con fuerza. En estos momentos parece que las únicas personas que tengo a mi lado son Dorian y Sloane.

—Gracias —le digo contra su hombro—. De verdad. Gracias.

—Eh, eh —se ríe—. No llores, que me haces quedar como buena persona y eso va contra mi marca personal.

Cuando me separo, todavía tengo una sonrisa temblorosa en la cara. Justo entonces, una voz seca irrumpe el momento.

—Señorita Hale.

Maddox.

Mi estómago se encoge al instante.

—Acompáñeme —dice con ese tono suyo que no admite réplica.

Sloane me mira de reojo.

—¿Problemas? —pregunta en voz baja.

—Da igual —respondo restándole importancia—. Siempre es así.

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno... luego, si quieres, nos tomamos algo y me cuentas —añade antes de alejarse por el pasillo como si nada.

Respiro hondo y sigo a Maddox.

En cuanto entro en su despacho, sé que no tiene buenas noticias para mí. Lo noto en cómo no me invita a sentarme hasta que él lo hace primero. En cómo coloca unos papeles sobre la mesa con demasiada precisión.

—El proyecto del que le habló a Anna —empieza—. El que dice que su compañera envió corrigiendo su trabajo...

Asiento levemente, tensa.

—La señorita Graves lo envió hace dos días —continúa—. Pero no tiene absolutamente nada que ver con su proyecto.

Frunzo el ceño.

—Es otro proyecto. Otro encargo que no tiene nada que ver con usted. ¿Le queda claro?

El suelo parece moverse ligeramente bajo mis pies.

—Así que le recomiendo que deje de preocuparse por el trabajo de su compañera —dice con frialdad— y se concentre en terminar su manuscrito. Bastante tiene ya con eso.

Abro la boca para defenderme... pero no sale nada. Porque de pronto lo entiendo. Era una trampa.

Maya sabía que yo hablaría. Sabía que acudiría a Anna. Sabía que acabaría aquí, quedando como una paranoica competitiva, como la

chica que acusa sin pruebas sólidas. Y yo he caído de lleno. Justo como ella quería.

—Puede volver a su mesa —concluye Maddox.

Salgo del despacho con la sensación de haber recibido una bofetada invisible. Me siento gilipollas. Estúpida. Ingenua. Convencida de que esta vez estaba haciendo lo correcto.

Cuando llego a mi mesa, Maya no está. Me dejo caer en la silla, apretando los puños bajo el escritorio, intentando recomponerme, cuando Anna se detiene frente a mí.

—Hola, Tessa, parece que ya has hablado con el señor Maddox —dice con cautela.

Me limito a asentir y a morderme la lengua.

—Tessa..., no pasa nada —añade con tono tranquilizador—. Todo el mundo puede tener un día malo. Además, seguramente estés estresada con el concurso.

—Sí, será eso —me limito a responder. Es inútil explicarle que Maya me ha tendido una trampa. Voy a parecer una desquiciada, así que lo mejor es que me calle.

—Por cierto, hoy es el control médico rutinario —dice—. Lo comentamos el primer día que os incorporasteis, ¿recuerdas? Es obligatorio para todo el personal de la editorial.

Parpadeo.

—¿Un control... médico? —pregunto confundida.

—Sí —afirma—. Se hace una vez al año, es política interna de la empresa, fue Sterling quien pidió que se instaurara hace unos años —me explica—. ¿No te lo comentaron en la entrevista?

—Puede ser... no lo tengo muy claro. Es que estaba bastante nerviosa ese día —contesto con honestidad.

—No hay ningún problema, ¿no? —pregunta preocupada.

—No, no —me apresuro a contestar.

—Entonces genial. Ahora mismo Maya está pasando el suyo.
El pulso me golpea en las sienes.

—La siguiente eres tú.

Asiento despacio, sintiendo cómo algo frío me recorre la espalda.
Solo espero que nadie tenga acceso a mi historial médico aquí.

Anna me acompaña hasta una sala pequeña al fondo del pasillo, lejos de las mesas y del murmullo de la editorial. Es blanca, impersonal, con una mesa alta, dos sillas de plástico y un carrito metálico lleno de material sanitario. Todo huele a desinfectante reciente.

Dentro hay una chica joven, quizá de mi edad o un poco mayor, con el pelo recogido en un moño desordenado y una sonrisa amable que parece fuera de lugar en un sitio así.

—Hola —dice—. Tessa Hale, ¿verdad?

Asiento, un poco rígida.

—Soy Alison —continúa—. Tranquila, es un control rutinario. Nada invasivo, nada raro. Te explico cómo funciona y empezamos, ¿vale?

Su tono calmado debería tranquilizarme, pero no lo consigue del todo. Mi estómago sigue encogido.

Alison me muestra un pequeño dispositivo de plástico, una especie de vaso con varias tiras integradas en un lateral.

—Lo primero es una prueba rápida de orina —explica—. En cinco minutos tenemos el resultado.

Cinco minutos. Solo cinco.

—Antes de nada —añade—, tengo que hacerte unas preguntas de protocolo.

Asiento otra vez.

—¿Confirmas tu identidad? ¿Nombre completo y fecha de nacimiento?

Se los digo.

—¿Das tu consentimiento para realizar la prueba?

—Sí.

—Entonces perfecto —concluye con una gran sonrisa.

Me acompaña hasta el baño y se queda fuera. Cierro la puerta y me apoyo un segundo contra ella, respirando hondo. No tengo ganas de orinar. En absoluto. Mi cuerpo está en tensión constante desde hace días y parece haber olvidado cómo hacer cosas básicas.

—Vamos —me digo en voz baja—. No es para tanto.

Consigo lo justo. Lo mínimo. Me digo que es suficiente, que no puede salir mal, que no he hecho nada. Nada ilegal. Nada raro.

Cuando salgo, Alison recoge el vaso con cuidado y lo coloca sobre la mesa.

—Ahora esperamos —dice— cinco minutos. Puedes sentarte si quieres.

Me siento. Miro el dispositivo como si fuera una bomba a punto de explotar. Las líneas blancas empiezan a mojarse poco a poco, avanzando por las tiras. Cinco minutos nunca habían sido tan largos.

Mi cabeza se llena de pensamientos inútiles: la marihuana del segundo año, las noches sin dormir, las pastillas, el mareo constante y la sensación de estar siempre un paso por detrás de todo.

¿Y si...?

No. No debería haber ningún «y si».

Alison rompe el silencio.

—Ya está.

Levanto la cabeza de golpe.

Ella se acerca al dispositivo, lo observa con atención profesional, frunce ligeramente el ceño y vuelve a mirar las tiras una por una. No dice nada durante unos segundos, que se antojan eternos.

—¿Todo bien? —pregunto, intentando sonar tranquila.

Alison inspira despacio antes de hablar.

—Pues... parece que no.

Alison levanta la vista, seria.

—Parece que salen unos parámetros extraños —explica— en uno de los paneles.

Me quedo sin aire. El zumbido de la sala se vuelve más fuerte.

—¿Tomas... algo? —pregunta con una calma demasiado forzada antes de aclararse la garganta—: ¿Alguna droga, Tessa?

Durante un segundo pienso que voy a vomitar.

—Yo no... —empiezo—. Yo no he tomado nada.

La chica dice algo, pero ya no la escucho del todo.

He dado positivo.

Positivo en alguna droga.

Me quedo sentada en el cubículo con las manos apoyadas sobre los muslos, mirando un punto fijo de la pared como si pudiera atravesarla con la mirada. La enfermera me ha hecho varias preguntas más. Todas con ese tono profesional y calmado que contrasta demasiado con el caos que llevo dentro. Por lo que le he dicho toda la verdad. Le he contado que estaba tomando medicación para la depresión, pero que no tomo nada más.

La chica ha apuntado todo en un papel y se ha marchado.

Ahora mismo rezo —literalmente— para que sea eso lo que haya dado positivo. Aunque no sé si es posible, en realidad, a estas alturas no sé casi nada.

El bote de la prueba sigue sobre la mesa, con las líneas marcadas. Alison me ha dicho que la cantidad de antidepresivos detectada es

ínfima, pero suficiente para superar el umbral. Ínfima y, aun así, suficiente para ponerme el mundo patas arriba durante unos minutos.

La puerta se abre de nuevo y la enfermera vuelve a entrar con unos papeles en la mano.

—Vale —dice sentándose frente a mí—. He revisado los resultados con más calma.

Mi corazón da un salto.

—El test es positivo, sí —continúa—, pero en una sustancia que corresponde exactamente con el tratamiento que me has comentado que tomabas.

Suelto el aire que llevaba acumulando sin darme cuenta.

—¿Entonces...? —pregunto con cautela.

—Entonces no hay ningún problema —aclara—. Lo único que me llama la atención es el nivel. Es un poco alto para alguien que toma la cantidad de dosis que me has dicho.

Frunzo el ceño. Eso no tiene sentido.

—No es posible —respondo—. Tomo la misma dosis que hace años. Es la mínima. Nunca la he aumentado. —Aunque el médico me recomendara hacerlo. Pero eso no se lo digo, me lo guardo para mí.

Alison baja la vista a los papeles y revisa algo.

—Podría ser algo tan simple como un lote con una concentración distinta —dice—. No es lo habitual, pero a veces pasa —añade intentando buscar alguna solución.

Asiento despacio. No tengo energía para profundizar más en esto, pero hay otra pregunta que me bombardea la cabeza desde que el resultado ha salido positivo.

—¿Estoy... despedida? —pregunto al fin.

La enfermera se ríe. Una risa corta, sincera, sin maldad. Y yo parpadeo completamente confusa.

—No, no —dice enseguida al ver mi cara—. Perdón, no me reía de ti. Es que... no. Para nada. Este es un test rápido. Es orientativo. Detecta si una sustancia supera un umbral, no si hay consumo indebido —explica—. He comprobado los componentes de tu medicación y encajan perfectamente con el valor que ha salido. No hay ningún problema. Puedes volver a trabajar con normalidad.

El alivio me atraviesa y noto el calor que han retenido mis mejillas.

—Gracias —susurro—. De verdad.

Me levanto, todavía un poco mareada, y voy hacia la puerta.

—Tessa —me llama de pronto.

Me giro.

—Solo una cosa —añade con tono más serio—. Deberías tener cuidado con esa medicación... —Hace una pausa—. El valor es bastante alto, por lo que seguramente sea más fuerte de lo que crees, así que coméntalo con tu médico —termina dedicándome una leve sonrisa.

Asiento.

—Lo haré —respondo abriendo la puerta.

Salgo de la sala y, por primera vez en un rato, puedo respirar de verdad.

El mareo parece reducir mientras camino de vuelta a mi mesa y el agobio empieza a diluirse con cada paso. Hasta que la veo. Maya está sentada en su mesa trabajando como si nada. Como si no hubiera pasado absolutamente nada. Como si no me hubiera estado desmontando la vida pieza a pieza. Contengo la rabia con un esfuerzo casi físico, recordando que puede que mi vida esté en peligro, por lo que me siento y dejo mis cosas sin mirarla.

—¿Qué tal el día? —pregunta con una sonrisa suave.

Levanto la vista y le devuelvo la sonrisa más falsa que he puesto en mi vida. Tan perfecta que incluso yo me asusto de lo bien que me

sale.

—Muy bien, gracias —respondo.

Juraría que lo nota. Juraría que algo en sus ojos cambia apenas un segundo, pero no dice nada.

Diario de Jane Sterling

Nunca olvidaré la primera vez que crucé la puerta de la editorial. No porque el lugar fuera especialmente imponente —que lo era—, sino porque por primera vez sentí que entraba en un sitio donde mi voz no iba a ser corregida, ni suavizada, ni cuestionada. Un lugar donde no era la mujer de, ni la que escribe en casa, ni la aficionada. Era una autora.

Theo Maddox me estaba esperando. No era como lo había imaginado. Yo esperaba a un hombre mayor, quizá distante, con ese aire de editor cansado que cree haberlo visto todo. Pero Maddox tenía otra energía. Sonriente, despierto, con los ojos llenos de una curiosidad casi infantil. Me estrechó la mano con firmeza y me miró como si ya me conociera.

—Tienes una voz muy peligrosa, Jane —me dijo nada más sentarnos—. De esas que enganchan sin pedir permiso.

Recuerdo que me reí, nerviosa, sin saber si aquello era un cumplido o una advertencia.

Leyó fragmentos en voz alta. Subrayó frases. Me preguntó por Alora como si fuera una persona real. No intentó cambiar nada. No me pidió que suavizara el tono, ni que hiciera la historia más «amable». Al contrario.

—Esto va a ser un éxito —afirmó—. Y no porque sea correcto, sino porque es adictivo.

Tenía razón.

La consulta no solo funcionó bien, sino que fue un fenómeno. En cuestión de semanas estaba en lo más alto de la lista de best sellers del New York Times. Mi

nombre empezó a circular. Las entrevistas llegaron. Los lectores escribían correos larguísimos hablando de Alora como si existiera, como si fuera alguien a quien amar u odiar.

Yo, que durante años había sentido que mi vida se encogía dentro de una casa demasiado silenciosa, de pronto ocupaba espacio. Mucho.

Maddox y yo nos reuníamos constantemente. Hablábamos de lectores, de estrategias, de futuro... Fue entonces cuando le propuse algo que ni siquiera yo sabía que llevaba tiempo pensando.

—Quiero publicar otro este mismo año —le dije.

Me miró con sorpresa. No con desconfianza, sino pensativo.

—Eso es arriesgado, Jane...

—Lo sé —respondí—. Pero también sé que puedo hacerlo.

Confiaba en mí misma de una forma nueva. Salvaje. Fue entonces cuando puse la condición.

—Si el segundo libro vuelve a ser un best seller —le dije—, quiero comprar la mitad de la editorial. Quiero ser socia. Quiero decidir qué historias se publican y cómo se cuentan.

Maddox se quedó en silencio durante un largo rato. Luego sonrió.

—Si eso ocurre —dijo—, será porque habremos ganado tanto dinero que no me importará compartirlo.

Aceptó.

Y volvió a ocurrir.

El segundo libro fue incluso mejor que el primero. Alora ya no era solo una protagonista: era un fenómeno mundial. Los lectores la devoraban. La entendían. La temían. La admiraban.

Yo también.

Mientras tanto, Cameron parecía... adaptarse. Tuvimos largas conversaciones. Terapia de pareja. Discusiones que terminaban convertidas en material para mis novelas. Él decía que estaba orgulloso de mí. Yo quería creerle. Nos repetíamos

que estábamos bien. Que seguíamos siendo ese matrimonio sólido que todo el mundo admiraba. Hasta aquella cena.

Invitamos a unos amigos a casa. Gente de su círculo académico. Hablaron de literatura, de teatro, de la universidad... Y, como era inevitable, alguien sacó el tema de mi último libro.

Yo estaba nerviosa. Ilusionada. Me brillaban los ojos.

—¿Y a ti, Cameron? —le preguntaron—. ¿Qué te ha parecido?

Ni siquiera dudó.

—No lo he leído.

El silencio fue inmediato.

—No es mi tipo de literatura —añadió con tranquilidad—. Me parece demasiado comercial y le falta fondo.

Sentí algo romperse dentro de mí.

Esa noche, cuando llegamos a casa, exploté. Le dije cosas que llevaba años guardando. Le dije que no era mi culpa haber triunfado donde él había fracasado. Que no era responsable de su frustración. Que yo no iba a hacerme pequeña para que él se sintiera grande. Y Cameron... se fue.

Salió de casa en plena noche, bajo una lluvia torrencial. Me quedé destrozada. Arrepentida. Horrorizada por mis propias palabras. Horas después volvió empapado y tiritando. Lo abracé, lloré y le pedí perdón. Él también lo hizo.

—Solo necesito una ducha —me dijo.

Asentí y lo esperé en la cama. Entonces su móvil vibró.

No sé por qué lo cogí. Tal vez intuición. Tal vez miedo. Tal vez porque ya no era solo Jane.

Sino que también era Alora.

El mensaje era de un número desconocido.

Desconocido

Me ha encantado verte esta noche.

Espero que se vuelva a repetir.

En ese instante entendí que mi vida había dejado de ser una novela... y que, como en mis libros, alguien iba a tener que pagar el precio por lo que había hecho.

Lo que pasó aquella noche no es algo que quiera recordar, pero para que entiendas esto voy a tener que contártelo, Tessa.

Dejo de releer cuando llego a la parada, pero no quiero hacerlo. Sigo detenida en esa parte. La he revisado mil veces desde que tengo el diario. Ese mensaje que recibió Flynn y que yo no le mandé. Eso, al menos, lo sé. No fui yo.

Nunca le escribí desde un número oculto, nunca le mandé mensajes a las tres de la madrugada, nunca jugué a ese tipo de cosas. Lo nuestro fue... distinto. O eso creía.

Lo nuestro era más limpio. Más sincero.

Jane sitúa ese momento concreto en el tiempo con una precisión que me resulta inquietante. Habla de su tercer libro. De la gira. Del cansancio. De cómo Cameron empezó a llegar más tarde a casa. Y entonces caigo en la cuenta. Yo estaba en el primer año de la carrera. Llevaba apenas dos meses en la universidad cuando *La herida invisible* salió a la venta —el tercer libro de Jane Sterling—. Recuerdo perfectamente el día que lo compré. Lo devoré en veinticuatro horas. Me salté clases. Subrayé frases. Pensé que quería escribir así algún día. Y fue más o menos por esa época cuando Cameron Flynn empezó a fijarse en mí.

El pensamiento me provoca un escalofrío.

Si el mensaje no lo mandé yo... entonces empezó con ella antes de lo que creía. Yo no fui la primera. Fue Sloane.

Yo siempre quise creer que lo nuestro había sido especial. Que no era una alumna más. Que me veía de verdad. Pero ahora empiezo a preguntarme cuántas alumnas hubo antes que yo...

Todo parece un rompecabezas al que le faltan demasiadas piezas y, sin embargo, el diario de Jane está haciendo algo que me parecía imposible: está desmontando a Flynn en mi cabeza. Está mostrándome a un hombre que no reconocí, o que no quise reconocer. Frío. Envidioso. Capaz de despreciar el éxito de su mujer mientras buscaba validación en otras personas.

Conmigo casi siempre fue el mejor hombre del mundo. Atento. Brillante. Protector. ¿Puede alguien ser ambas cosas?

Cuando por fin llego a casa y dejo mi bolso sobre el sofá, el móvil vibra.

Dorian

Mi amor, esta noche voy a tomar algo con los del trabajo.

No me esperes despierta. Besos.

Otra vez.

Resoplo y dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa. Intento contener esa ola de celos infundados, de inseguridad, de miedo a perderlo todo que amenaza con romperme por dentro. No puedo permitírmelo ahora. No hoy. No con todo lo demás desmoronándose ya. Así que respiro e intento escribir —de verdad que lo intento—. Tengo el portátil abierto delante de mí, el documento del manuscrito esperando, el cursor parpadeando como un recordatorio cruel de todo lo que debería estar haciendo, pero no consigo avanzar ni una frase. Hay algo atascado en mi pecho, una presión constante, incómoda, como si el aire no terminara de llegar a los pulmones —angustia—. No puedo dejar de pensar en Dorian y en el mensaje. En la forma tan casual en la que lo ha escrito, como si no significara

nada. Como si realmente fuera a tomar algo con los amigos que critica casi todos los días.

Intento convencerme de que estoy exagerando. De que es el cansancio, el estrés y todo lo que ha pasado con Maya. Dorian me ha demostrado varias veces que me quiere, pero hay algo más. Una intuición desagradable, persistente, que no se va por mucho que intente ignorarla.

Respiro hondo. Una vez. Dos.

No quiero hacerlo. Nunca lo he hecho, pero la idea ya está ahí instalada en mi cabeza y no me deja en paz. Voy a mirar su ubicación.

Ni siquiera me acordaba de que la teníamos activada, ya que fue al principio de la relación cuando nos la compartimos. Dorian y yo discutíamos bastante porque muchas veces se me olvidaba avisarlo cuando llegaba a casa y según él eso le preocupaba mucho. Además, Dorian es un desastre con el móvil, lo pierde constantemente, así que hemos acabado usando la aplicación más veces para hacer sonar su teléfono que para que él supiera por dónde iba si volvía sola. Nunca por celos. Nunca para vigilarnos. De hecho, estoy bastante segura de que él también ha olvidado que sigue activa.

Cierro los ojos un instante, pero al cabo de unos segundos los abro y cedo. Abro la aplicación de «Buscar» del *iPhone* con el corazón acelerado, como si estuviera a punto de cometer un delito. Espero a que cargue. El mapa aparece en gris sin ninguna localización. Pasa un segundo, dos... al cabo de casi un minuto aparece el puntito azul que me indica la ubicación de Dorian y está justo a unas manzanas de nuestro apartamento.

Está en un restaurante. Un restaurante bueno más bien, uno caro —muy caro—. El mismo restaurante al que le eché el ojo hace unas

semanas. El mismo que le mencioné ilusionada diciendo que algún día podríamos ir. El mismo del que me dijo que no, que no podíamos permitirnos cenar allí.

Se me revuelve el estómago.

Ese no es un sitio para «tomar algo con los compañeros del trabajo». Es un sitio romántico, íntimo. De mesas pequeñas, luz tenue y cenas que duran horas.

La rabia me sube como un fogonazo, por lo que me levanto del sofá de golpe, sin pensar, sin darme tiempo a echarme atrás. Me visto a toda prisa, cojo el abrigo largo negro y me lo pongo antes de salir. Quiero pasar desapercibida. Quiero ver sin ser vista. Quiero descubrir la verdad.

Durante el trayecto mi corazón va desbocado. Me late tan fuerte que siento que todo el mundo puede oírlo.

No puede estar poniéndome los cuernos. No después de todo lo que he hecho por él. No después de decirme que soy el amor de su vida. No es justo. No es justo que alguien juegue así con otra persona. Y, aun así, una parte de mí intenta frenarme. ¿Y si de verdad está con sus amigos? ¿Y si el plan lo ha decidido el grupo? Dorian no sabe decir que no. Mucho menos si eso lo hace parecer «menos» delante de los demás. Mi cabeza es un caos, pero ya no puedo volver atrás.

En ese momento recuerdo algo que me decía mi abuela, con su acento español marcado y esa sabiduría suya que siempre comprendía demasiado tarde: «Cariño, si el río suena... agua lleva». O lo que es lo mismo: que si sospechas es porque algo está pasando. Por lo que aprieto el paso. Según la aplicación, estoy a dos minutos.

Cuando llego, me detengo frente al gran ventanal del restaurante. Miro hacia dentro, intentando localizarlo, pero el sitio está diseñado

justo para lo contrario: privacidad, intimidad, sombras. No veo nada con claridad. Así que entro y el *maître* me recibe con una sonrisa profesional.

—¿Cuántos comensales? —pregunta con educación.

—Mi novio ya está sentado —respondo rápida.

—Perfecto, entonces. Que disfruten de la cena —sonríe y señala el camino hacia el interior del restaurante.

Si él supiera la verdad...

Avanzo entre las mesas con el pulso en la garganta, buscando a Dorian. De momento solo he visto a parejas cenando. De hecho, creo que en este restaurante solo hay mesas para dos personas. Entonces la presión en el pecho se acentúa cuando por fin lo veo. Aunque está de espaldas, sé que es Dorian. Por su postura, por ese pelo rebelde que nunca se peina... mis ojos se desvían y me fijo en la mesa. Una mesa para dos.

Mierda.

Intento verle la cara para confirmarlo, pero no puedo. Así que busco a su acompañante. Pero la silla está vacía. Me acerco un poco más, disimulando, hasta que por fin lo veo de perfil. Es él —no me cabe ninguna duda—. Entonces veo a la persona que toma asiento frente a él.

Sloane.

Durante un segundo mi cerebro se niega a aceptarlo. No tiene sentido. Ninguno. No hay explicación posible que encaje con esto. ¿Qué coño hacen cenando aquí? ¿En el restaurante al que debería haberme llevado a mí? ¿Por qué? ¿Por qué me están haciendo esto?

Siento un dolor seco en el pecho, como si alguien me clavara algo por dentro y lo dejara ahí, girándolo despacio, y sin querer mi mente se va atrás. A Flynn. A cómo miraba a Sloane en clase. A las tutorías que duraban demasiado. A los comentarios que hacía... Puede ser

que ella le mandara aquel mensaje a Flynn, pero él me quería a mí. No a ella y ahora parece que todo se repite. Como si el pasado hubiera decidido vengarse; más bien, como si Sloane quisiera quitarme también a Dorian. A lo único que todavía creía seguro.

Y ahí, de pie en mitad del restaurante, con el corazón hecho trizas y la respiración entrecortada, lo entiendo.

Sloane ha vuelto para vengarse.

Algo estalla en mi interior y entro en erupción antes incluso de darme cuenta de que estoy caminando hacia ellos. No hay un momento claro de decisión, no hay un «ahora voy a hacerlo». Simplemente ocurre. Como si algo dentro de mí tomara el control y yo me quedara mirando desde dentro, incapaz de frenar nada.

—¿EN SERIO? —mi voz corta el murmullo elegante del restaurante como un cuchillo.

Las cabezas se giran. Las conversaciones se apagan. Dorian levanta la vista sobresaltado y Sloane parpadea, confundida, con la carta aún en las manos.

—Tessa... —empieza Sloane, poniéndose en pie despacio—. Espera, por favor...

—¡NO! —grito, dando un golpe seco sobre la mesa que hace temblar las copas—. No me pidas que espere. No después de lo que estás haciendo.

Dorian se levanta también, nervioso, mirando alrededor, consciente de todas las miradas clavadas en nosotros.

—Tess, mi amor, cálmate —dice en voz baja—. Estás montando un espectáculo.

Eso me hace explotar del todo.

—¿Un espectáculo? —Me río, pero no tiene nada de gracioso—. ¿En serio tienes la cara de decirme eso? ¿Aquí? ¿Con ella? ¿En este sitio?

Señalo el restaurante con un gesto amplio, casi violento.

—El sitio al que no podíamos venir porque «no nos lo podíamos permitir». El sitio que, casualmente, sí puedes permitirte cuando cenas con ella.

Sloane da un paso hacia mí, con las manos abiertas, como si estuviera intentando acercarse a un animal herido.

—Pelirroja, no es lo que piensas...

—¡No me llames pelirroja! —bramo.

—Por favor, déjame explicarte —responde con calma.

—¿Explicarme qué? —escupo—. ¿Que has vuelto para vengarte? ¿Que sigues resentida porque Flynn me eligió a mí y no a ti?

Ahí se le borra la calma de la cara. Apenas un segundo. Lo suficiente para confirmarme que le sigue doliendo.

—¡Eso no es verdad! —responde firme—. Flynn no tiene nada que ver con esto.

—¡Claro que tiene que ver! —grito—. Siempre lo ha tenido. Tú nunca lo superaste. Nunca.

Dorian intenta intervenir, colocándose entre nosotras.

—Tessa, basta. No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Me giro hacia él con una rabia tan concentrada que me tiembla el cuerpo entero.

—Cállate —le digo—. No te atrevas a defenderla ahora. No después de todo lo que he hecho por ti.

Mi voz se quiebra, pero no me detengo.

—¿Sabes qué? Rechacé una beca de Erasmus en España. ¿Te acuerdas? Porque tú no podrías soportar la distancia. Porque tú necesitabas que yo me quedara. Porque siempre soy yo la que cede.

Dorian aprieta la mandíbula.

—No fue así... —dice—. Tessa, por favor, cálmate. Estás montando un espectáculo —añade preocupado.

—¡Me da igual! —grito.

Una camarera se acerca visiblemente incómoda con una bandeja llena de copas de vino tinto.

—Señorita, por favor, necesito que se calme...

Me giro hacia ella demasiado rápido, demasiado alterada.

—¿Tú también? —empiezo a decir—. ¿Ahora resulta que soy yo la loca?

Y entonces pasa. Mi brazo golpea la bandeja sin querer, pero con fuerza suficiente. Las copas vuelan. El vino se derrama como una mancha oscura y espesa, cayendo sobre el uniforme blanco de la camarera, y el restaurante entero se queda en silencio.

La camarera se queda paralizada. Dorian dice mi nombre. Sloane me mira con los ojos abiertos de par en par y en ese instante vuelvo a la realidad, y me doy cuenta de que he perdido el control y de que seguramente ya no hay vuelta atrás, ni explicación que arregle esto, no hay nada que decir que no empeore la situación. Así que hago lo único que puedo. Salir corriendo.

Empujo la puerta del restaurante, el aire frío de la noche me golpea la cara y empiezo a caminar rápido, casi corriendo, sin mirar atrás. Escucho a Dorian gritar mi nombre.

—¡Tessa, espera!

No me detengo. No quiero oírlo. No quiero verlo. No quiero entender nada ahora mismo. Solo quiero huir antes de destrozar algo más.

O a alguien.

O a mí.

Diario de Jane Sterling

Nunca he sido una mujer impulsiva.

Todo lo que hice aquella noche fue pensado, medido, razonado hasta el extremo. Incluso lo imperdonable.

No hay muchas cosas de las que me arrepienta de verdad. Aunque he tomado decisiones cuestionables, he dicho palabras que no se pueden retirar y he usado a personas como material literario sin pedir permiso. Pero hay una noche concreta que evité recordar durante años. Una noche que enterré bajo capas de éxito, aplausos y portadas llamativas. Pero ahora ya no importa, estaré muerta y tú necesitas entenderlo, Tessa.

Cuando leí aquel mensaje en el móvil de Cameron, algo se rompió de forma irreversible. No fue solo la traición. Fue la certeza de que mi vida había estado construida sobre una mentira cómoda que yo misma había decidido no mirar demasiado de cerca, por eso me repetí que no hacía preguntas porque confiaba. No necesitaba saber qué hacía Cameron cuando no estaba conmigo. El amor es eso: confiar. Pero la verdad es... que no preguntaba porque tenía miedo de las respuestas.

El mensaje fue el detonante. No la causa.

Fue la confirmación de algo que llevaba demasiado tiempo latiendo en segundo plano —como un ruido molesto al que te acostumbras porque pensar en él resulta más doloroso que ignorarlo—, eso fue la constatación de que durante años había vivido dentro de una mentira perfectamente decorada. Años en los que no cuestioné sus horarios. Nunca pregunté por qué había días en los que llegaba

tarde con una sonrisa exultante, ni por qué otros volvía irritable, distante, casi cruel. Nunca pregunté por los viajes improvisados, por las conferencias que no mencionaba...

Yo existía dentro de estas paredes. Fuera... no importaba. Pero yo ya no era la misma mujer que cocinaba sin hacerse preguntas. La escritura me había cambiado. Me había vuelto observadora. Curiosa. Peligrosamente consciente.

Cuando Cameron salió del baño y se metió en la cama, yo ya había decidido qué iba a hacer.

No pensé en las consecuencias. No pensé con la moral. Pensé con claridad.

—Te voy a preparar un té —le dije con voz suave—. Te ayudará a dormir.

Me sonrió con esa sonrisa automática que había aprendido a interpretar como gratitud, pero sin profundidad.

*Mientras bajaba a la cocina, pensé en todo lo que había aprendido durante esos años en casa. Tener tiempo libre y una mente inquieta es una combinación peligrosa. Lees cosas que no deberías y aprendes detalles que nadie considera relevantes. Como por ejemplo que la nuez moscada o *Myristica fragrans* era uno de esos casos que aparecen en todos los manuales de farmacognosia. Un ingrediente doméstico, inocente en pequeñas cantidades, con una cara mucho más oscura si se sabe cómo usarlo.*

No buscaba hacerle daño. No quería matarlo. Solo necesitaba tiempo y la nuez moscada no provoca inconsciencia inmediata, pero sí un sueño profundo, pesado, difícil de interrumpir. Un estado intermedio entre el descanso y la ausencia.

Se había utilizado en rituales antiguos, como narcótico suave, como vía de escape de la realidad. Los romanos la quemaban como incienso. En la Edad Media se le atribuían propiedades casi milagrosas y yo solo necesitaba que Cameron durmiera.

Puse el agua a hervir con manos firmes y rallé la nuez. Ni mucho ni poco. Lo justo. La precisión siempre ha sido una de mis virtudes.

Cuando subí con la taza, él bebió sin dudar, confiado. Como había confiado siempre. Me acomodé a su lado como si fuera a dormir y esperé. Cuando sentí

cómo su respiración se volvía más profunda y regular, supe que tenía unas horas. Un espacio. Un margen.

Durante años, todo lo que había ignorado cayó sobre mí de golpe y, por primera vez, no quise preguntar. No quise gritar. No quise enfrentarle. Quise pensar.

Así que cogí mi móvil y marqué su número. Llamé a Theo Maddox no porque lo deseara —aunque lo había pensado más de una vez—, sino porque representaba todo lo que Cameron no era.. Validación. Atención. Poder. Futuro. Y porque, en ese momento, yo necesitaba cruzar una línea. No por venganza, sino para dejar de ser la mujer que siempre esperaba. Al cuarto tono contestó, con una voz que ya sonaba preocupada antes de que yo hablara.

—¿Jane? ¿Pasa algo?

—Necesito que vengas —dije seria—. Ahora.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—¿Estás bien? —preguntó con cautela.

Colgué.

No quería dar explicaciones. Quería que viniera.

Entonces fui al vestidor. No me arreglé para gustar. Me puse guapa para enfrentarme a algo que llevaba demasiado tiempo evitando. Me miré en el espejo y no vi a una esposa traicionada. Vi a Alora. Vi a la mujer que sabía exactamente cómo terminaban las historias cuando alguien deja de mirar hacia otro lado.

Esa noche no escribí, sino que tomé decisiones, y aunque durante mucho tiempo intenté convencerme de que todo lo que vino después fue inevitable... la verdad es que aquella fue la última noche en la que todavía podía haber elegido no cruzar ciertas líneas, pero no lo hice y eso, Tessa, es una de las cosas que más me pesan.

Veinte minutos después, mi móvil vibró.

Maddox

Estoy en la puerta.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos, como si esas cuatro palabras significaran algo diferente. El silencio de la casa era espeso y, arriba, Cameron dormía. O eso quería pensar.

Bajé las escaleras descalza y cuando abrí la puerta, Maddox se quedó inmóvil. No hacía falta que dijera nada. Lo sabía por la forma en que sus ojos me recorrieron con una mezcla incómoda de sorpresa y alarma. Antes de que llegara me había puesto un vestido lencero negro que dejaba muy poco a la imaginación.

—Jane... —empieza—. Yo... creo que no debería estar aquí.

Da un paso atrás, como si el aire del vestíbulo quemara.

—Vete —digo entonces—. Si eso es lo que quieres.

No se mueve.

—Estás casada —añade sin convicción—. Esto no es... correcto.

Me acerco despacio y lo agarro de la camisa antes de que pueda pensar mejor lo que dice.

—Soy tu gallina de los huevos de oro —susurro—. Y ahora mismo necesito algo que solo tú puedes darme.

Traga saliva.

—No —dice—. No así. No ahora. No cuando...

—Mi marido me ha sido infiel durante años —lo corto—. Con alumnas. Con mujeres más jóvenes. Mientras yo estaba aquí dentro —señalo la casa— convencida de que esta jaula era un hogar.

Mi voz no tiembla. Eso es lo que más me asusta.

—Necesito vivir —continúo—. Necesito sentir algo que no sea espera. Necesito contenido, Theo. Para la novela. Para mí.

No me respondió. En lugar de eso, dio un paso hacia delante y entonces me besó. No fue un beso bonito ni lento. Fue torpe, urgente, cargado de una rabia que no sabía que compartíamos. Yo le devolví el gesto sin pensar, como si llevara meses conteniéndome. Como si no fuera Jane, sino Alora. Tropezamos hasta el sofá y el mundo se redujo a respiraciones demasiado rápidas, a manos que no dudaban y agarraban con desesperación.

Él se detuvo un segundo y apoyó la frente contra la mía.

—Jane... —dice—. Dime que pare.

Abro la boca para hacerlo, pero no puedo.

Cuando me empujó suavemente contra el respaldo y noté su presencia demasiado cerca, demasiado real, el miedo se abrió paso, pero cuando posó sus manos en mis piernas y las separó lentamente este se disipó. Theo acercó su boca al interior de mis muslos y yo me desvanecí. El placer era tan intenso que necesité que parara, había estado reteniendo los gemidos por entonces, pero dudaba poder aguantar más.

—Para —susurro—. No puedo hacer ruido... Cameron está arriba.

Maddox se quedó rígido. Se apartó de golpe, como si acabara de despertar.

Y entonces oímos la voz.

—No. No hace falta que pares.

El corazón se me detuvo.

Cameron estaba justo detrás de mí. No sé cuánto tiempo llevaba ahí. No sé qué vio. No sé qué entendió. Solo sé que, en ese instante, mi vida dejó de ser mía.

Y esta vez no había novela que pudiera salvarme.

36

Me descubro entendiendo a Jane Sterling y eso me incomoda más de lo que debería.

No la justifico del todo, pero la entiendo. Entiendo cómo debe de sentirse alguien que pasa años viviendo a la sombra de un hombre brillante, admirado, convencido de que el mundo empieza y termina en él. Entiendo lo que es hacerse pequeña para no molestar, para no incomodar, para no exigir. Entiendo lo que es esperar... siempre esperar. Y, aun así, sentir que hay algo que no encaja.

Jane escribe que esa infidelidad es una de las cosas de las que más se arrepiente. Lo subraya entre líneas, como si fuera una herida que nunca terminó de cerrar, y yo no lo comprendo del todo, porque Cameron ya la había traicionado. Él llevaba años cruzando esa línea.

En cierto modo, lo único que hizo Sterling fue devolverle el golpe. Pero ¿entonces por qué tanto peso? ¿Por qué ese arrepentimiento casi obsesivo?

Cierro los ojos un segundo, con el diario apoyado sobre mis rodillas. Tal vez no se arrepiente del acto, sino de lo que desencadenó. Tal vez esa noche fue el punto de no retorno. El momento exacto en el que todo se rompió de verdad.

Estoy a punto de seguir releiendo cuando el metro anuncia mi parada. Por un instante pienso en quedarme sentada, pero no puedo llegar tarde al trabajo.

Cuando llego a mi mesa, Maya no está. Y eso me resulta bastante raro porque ella nunca llega tarde, pero tampoco le doy demasiada

importancia. Todo el mundo puede quedarse dormido alguna vez, ¿no? A lo mejor el karma está empezando a jugar a mi favor.

Dejo mis cosas sobre la mesa, abro sesión en el ordenador de mesa y selecciono el archivo —el que escribí ayer— para mandarlo a imprimir. Espero unos minutos, recojo las hojas aún calientes y las grapo con grapas negras, como a Maddox le gusta. El manuscrito ha ganado grosor y pesa en mis manos de una forma casi simbólica. Todo lo que soy ahora mismo está ahí dentro.

Camino hacia el despacho de Maddox con la esperanza de encontrarlos a Anna y a él, pero justo cuando voy a llamar a la puerta Maya sale sonriente. Está impecable. Y camina como si el mundo le pusiera una alfombra roja a sus pies. En ese momento me doy cuenta de que, al parecer, no había llegado tarde... sino demasiado pronto.

En ese momento, Maddox aparece en el umbral. Su mirada me atraviesa con una violencia tan clara que miro hacia atrás por instinto, convencida de que no me la esté dedicando a mí, pero detrás de mí no hay nadie.

—Justo iba a buscarla —dice con un tono hostil—. ¿Cómo va el manuscrito para el reto?

Se lo entrego con la cabeza baja y Maddox asiente antes de encerrarse en el despacho con mis palabras entre las manos, el mundo que he creado, la voz literaria que me obligó a mostrar a solas con él.

Me marchó sin decir nada más y, cuando llego a mi mesa, Maya está allí. Perfecta. Tranquila. Feliz. Y la rabia me sube por el pecho como un incendio.

—¿Estás bien? —pregunta.

Respiro hondo.

—No —me contengo.

—¿Quieres hablarlo? —insiste con ese tono cercano que usaba cuando un examen me había salido mal.

La miro fijamente. Aún desconfío de ella, aún siento que Maya es quien me ha estado saboteando al silenciar mis notificaciones. Ella es la responsable de que Maddox me deteste y vaya por detrás en la competición del Reto Sterling.

—Sí. Cuando acabe la jornada. Hablamos aquí —contesto seca.

—¿Por qué aquí? —pregunta, confundida.

—Porque quiero dejar en esta puta editorial todo lo que me está arruinando la vida —respondo en un tono más elevado del que quería.

Maya enmudece y asiente.

Hoy voy a acabar con esto sí o sí. Voy a hacer lo que sea necesario para que este infierno pare.

Lo que sea para descubrir la verdad.

La jornada se me hace interminable. Cada minuto pesa como si alguien hubiera decidido ralentizar el tiempo solo para verme sufrir un poco más. No puedo concentrarme en nada con Maya sentada a unos metros, escribiendo tranquilamente, como si no me hubiera destrozado la vida con una precisión quirúrgica al hacerme desconfiar de ella. Necesito hablar con ella. Necesito mirarla a los ojos y preguntarle por qué. Quiero saber iqué coño le he hecho yo! Porque yo la quería. La quería. De verdad.

Cuando ya no aguanto más, me levanto y voy a la sala de descanso con la excusa de tomarme un café. El sitio está vacío, silencioso, casi en penumbra —perfecto para mí—. Me coloco frente a la cafetera, meto la cápsula y apoyo las manos en la encimera, respirando hondo, intentando no pensar en nada más que en el ruido mecánico de la máquina.

Entonces la puerta se abre. Resoplo incluso antes de girarme, porque ahora mismo no me cae bien nadie.

—¿Qué coño haces aquí? —digo enfadada sin mirarla—. ¿Sabes que tu sala de descanso está abajo?

—Lo sé —responde Sloane con total tranquilidad—. Pero necesito hablar contigo.

Me vuelvo a girar despacio. Sloane está apoyada en la pared, con los brazos cruzados, más seria de lo habitual. La ignoro deliberadamente. Cojo el café, lo miro un segundo... y después lo tiro entero a la basura.

—No tengo nada que hablar contigo —digo mientras me dirijo a la puerta.

—Tenías razón —dice entonces—. Flynn te quería a ti.

El mundo parece detenerse y yo con él —literalmente—. Me quedo petrificada. Mi mano se queda suspendida en el aire, a medio camino del pomo. El corazón me da un vuelco tan fuerte que tengo que apoyarme un segundo en la mesa para no perder el equilibrio. Me giro muy despacio, incrédula.

—¿Qué has dicho?

Sloane traga saliva. Y por primera vez desde que la conozco, parece nerviosa.

—Que... tenías razón —repite—. Flynn estaba enamorado de ti. Siempre lo estuvo.

La miro sin parpadear.

—No... No digas eso —susurro—. No ahora.

—Es la verdad —dice, dando un paso hacia mí—. He tardado años en aceptarlo, pero lo he hecho. Lo nuestro... —hace un gesto vago con la mano— no fue lo que yo creía. No fue amor. Fue... envidia.

Parpadeo, descolocada.

—¿Envidia? —logro preguntar.

—Éramos unas crías —continúa—. Y yo solo quería ser mejor que tú en algo. En una sola cosa —hace una leve pausa y sigue hablando—. Tú siempre has sido lista, brillante, tenías claro lo que querías hacer con tu vida, escribías día y noche, y yo solo quería... ganar una vez.

Niego despacio.

—Eso no es verdad —murmuro—. Tú siempre has sido mejor que yo en todo.

Sloane suelta una risa amarga.

—No, pelirroja. Nunca lo he sido. La que tenía un futuro prometedor eras tú. Yo he acabado siendo *influencer* porque tenía que sobrevivir. No porque me guste. Lo odio —confiesa—. Odio la presión, los números, los vídeos de treinta segundos para captar la atención de gente que no puede concentrarse más de un minuto... Me consume.

Algo en mí se ablanda. Solo un poco. Bajo la guardia..., pero enseguida vuelvo a tensarme.

—Entonces explícame una cosa —digo, cruzándome de brazos—. ¿Por qué coño te has follado a Dorian?

Sloane levanta las manos al instante.

—¡Para! Para ahí —dice—. No me he acostado con Dorian. Ni lo haría.

Abro los ojos, atónita.

—¿Cómo?

—No ha pasado nada entre nosotros —insiste—. Nada.

—¿Entonces qué hacíais cenando juntos en ese restaurante? —pregunto con la voz temblándome de rabia contenida—. ¿Y por qué él desaparece tanto últimamente?

Sloane se muerde el labio. Duda. Y finalmente suspira.

—Esa última pregunta es precisamente la que estaba intentando responder por ti.

—¿Por mí? Explícate.

—Dorian... no termina de darme buena espina, pelirroja —dice—. Y después de todo lo que ha pasado con Maya, pensé que valía la pena asegurarme de que él no estuviera ocultándote algo también. Ya sabes, comprobar si realmente es quien aparenta ser.

Algo dentro de mí se rompe..., pero esta vez no duele igual.

—¿Qué? —es lo único que logro decir.

—Después de lo que vivimos con Flynn... —añade—. Pensé que..., después de tantos años sin vernos, podía hacer algo bien... por ti. Para que no nos vuelva a pasar lo mismo. Solo quiero protegerte

Me quedo muda. Literalmente. Las piernas me fallan y tengo que sentarme en la silla más cercana. Me llevo una mano a la boca y noto cómo todo se derrumba por dentro.

—¿Y cómo... cómo pretendías descubrir nada sobre Dorian cenando con él en un restaurante caro? —sollozo—. No lo entiendo.

—Venga... no subestimes mis habilidades como interrogadora después de dedicarme al *true crime* —dice con una mueca con la que resta importancia al asunto, pero a mí me arde el pecho de rabia y confusión—. Has pasado por una mierda muy grande. Lo entiendo. Si mi novio me pusiera los cuernos, me plantaría en Nueva York y lo mataría a él y a la zorra con la que se hubiera acostado. Quería comprobar que Dorian no fuera un capullo infiel. Que no se repitiera la historia.

Me separo un poco, mirándola.

—Sloane... —la reprendo.

—Vale, vale —me corta—. Dorian no te está siendo infiel. Al menos eso me quedó claro tras hablar con él. Aunque puedo seguirlo un par de días si quieres. Comprobar que...

—Para —ordeno—. No tienes que hacer eso. Yo no te he pedido nada de esto.

Sloane frunce el ceño y da un paso atrás ante mi recriminación. Y algo vuelve a tensarse en mi pecho. Porque, aunque sus intenciones sean buenas, todo esto empieza a parecer demasiado.

—Dorian está raro, pero no tienes que convertirte en mi detective sin que te lo pida.

Sloane niega despacio y abre la boca para explicarse.

—Gracias —digo antes de que conteste—. Pero no necesito tu ayuda en mi relación. No tienes por qué meterte, Sloane. Y aún menos ir a cenar con mi novio para interrogarlo.

Se queda rígida.

—Tess... —dice apartándose un poco—. Está bien, lo siento. No esperaba que te lo tomaras así. Perdóname si me he pasado.

Mi estómago se encoge. Dorian no es Flynn. Que Sloane lo insinúe, que lo haya querido investigar por miedo a que se repita todo... No. No puedo ni respirar porque todo esto sigue resultándome un poco excesivo.

—Pero tengo que contarte una cosa... —añade para mi sorpresa.

Sloane traga saliva.

—Esto es importante. He hablado con la madre de Maya —dice—. Y he grabado la conversación.

Siento cómo se me cierra la garganta.

—¿Qué? ¿La madre de Maya? ¿Por qué?

Sloane saca el móvil del bolso, me tiende un auricular y pulsa el símbolo «Reproducir».

En cuanto escucho las primeras palabras, sé que voy a confirmar todo lo que me temía.

Y después de esto... ya no voy a poder hacer como si nada.

La grabación empieza con un leve roce, como si el móvil se acomodara sobre una mesa. Luego, la voz de Sloane, más baja de lo habitual. Profesional. Medida.

—Gracias por atenderme, señora Graves. Sé que no es fácil hablar de estas cosas.

Hay un silencio corto. Al otro lado, una mujer respira hondo antes de contestar.

—No..., no pasa nada. Supongo que ya estoy acostumbrada a que me llamen por mi hija.

Trago saliva. Reconozco ese tono, es cansancio. No es una madre orgullosa. Es una madre agotada.

—Me gustaría empezar por algo sencillo —dice Sloane—. ¿Cómo describiría a su hija?

Otro silencio. Más largo.

—Maya es... muy aplicada —responde al fin—. Siempre lo ha sido. Responsable. Inteligente. Nunca ha sido una niña problemática en el sentido clásico. Sacaba buenas notas, era educada, no daba problemas en casa.

Paso los dedos por el borde de la mesa sin darme cuenta. Eso también lo sé yo. Esa es la Maya que conozco.

—¿Y ahora? —pregunta Sloane con suavidad—. ¿Diría que sigue siendo así?

La respiración de la mujer cambia. Se vuelve irregular.

—Ahora... —titubea—, ahora no está bien.

El pecho se me cierra un poco más.

—¿A qué se refiere? —insiste Sloane, sin apretar, sin juzgar.

—Mi hija estuvo ingresada en un psiquiátrico cuando tenía diecisiete años —dice de golpe, como si arrancara una tirita de una herida que nunca cerró—. Porque... casi termina con la vida de su mejor amiga —esto último lo dice en voz baja.

Me llevo una mano a la boca, aunque ya lo sé, pero escucharlo así es... distinto.

—Rebecca —continúa la madre—. Se llamaba Rebecca. Eran inseparables. Demasiado —recalca.

Sloane guarda silencio y la deja hablar. Una táctica muy buena para que alguien te cuente más de la cuenta.

—Al principio pensé que era normal —prosigue—. La adolescencia, ya sabes. Pero luego... Maya empezó a copiarla. No de forma inocente. Vestía como ella. Hablaba como ella. Se cortó el pelo igual. Usaba sus expresiones. Sus gestos. Llegó un punto en el que yo miraba a mi hija... y no la reconocía —la voz se le quiebra en ese instante—. Es muy duro ver cómo tu hija deja de ser ella misma para convertirse en otra persona.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda.

—Y... ¿Rebecca intentó alejarse? —pregunta Sloane con cuidado.

—Sí —responde la madre sin dudar—. Claro que sí. Se dio cuenta antes que yo. Intentó poner distancia, cambiar de grupo, inventar excusas... pero Maya no la dejaba.

Aprieto los dientes.

—¿Cómo reaccionó Maya? —pregunta con curiosidad.

—La manipuló —responde—. La extorsionó emocionalmente. Le dijo que sin ella no era nadie. Que si la abandonaba se haría daño. Que contaría sus secretos. Y que nadie la querría como ella.

Cierro los ojos.

—Yo intentaba justificarla —continúa la madre, con vergüenza—. Era mi hija. ¿Qué iba a hacer? Pensaba que era una fase. Que se le pasaría. Los padres siempre queremos creer eso.

Sloane interviene por primera vez en varios segundos.

—¿Qué ocurrió el día del incidente?

La respiración al otro lado del auricular se rompe.

—Discutieron. Rebecca le dijo que no quería verla más. Que estaba harta. Que necesitaba espacio. Y Maya... —se le quiebra la voz—, Maya perdió el control y la... empujó por las escaleras del instituto —eso último le cuesta decirlo.

Me quedo helada.

—Entró en coma —susurra la madre—. Gracias a Dios sobrevivió y se consideró un accidente. Rebecca no recordaba nada de lo sucedido y Maya no tuvo repercusiones legales. Pero ese día... ese día entendí que mi hija no estaba bien. De verdad.

Hay un silencio largo. Denso. Cargado de culpa.

—Desde entonces, ¿Maya ha recibido tratamiento? —pregunta Sloane.

—Sí. Terapia. Medicación. Supervisión —responde—. Pero Maya es muy lista. Aprende qué decir. Qué mostrar. Cómo parecer estable.

Trago saliva. *Demasiado lista.*

—Quería preguntarle algo más —dice Sloane—. ¿Conoce a Tessa?

Mi corazón se detiene un segundo.

—Ah..., Tessa —dice la madre, y su voz cambia—. Le tengo mucho cariño, aunque apenas la conozco. Cuando Maya empezó a hablar de ella... volvió a ser como antes de todo aquello. Estaba ilusionada. Motivada. Y pensé que era bueno.

Siento un nudo en la garganta.

—Pero... —añade, y el tono se oscurece— ahora entiendo por qué me has contactado.

Sloane no dice nada.

—Sabía que volvería a pasar —continúa la madre—. Siempre vuelve a pasar.

Me tiemblan las manos.

—¿Tessa está bien? —pregunta—. Dime la verdad.

—Sí —responde Sloane—. Pero están ocurriendo cosas raras en las prácticas. Entre ellas.

La mujer suspira, rota.

—Así empieza todo —dice—. Así empezó con Rebecca. Al principio son pequeñas cosas. Confusión. Celos. Control.

Se me eriza la piel.

—No puedo hablar con Maya de esto —confiesa—. Si lo hiciera, lo negaría todo. Pero sabía que este día volvería a llegar.

Hace una pausa. Luego, con una firmeza que no había tenido antes, sentencia:

—Tessa tiene que alejarse de mi hija.

Siento que me falta el aire.

—Sé de lo que es capaz Maya —continúa—. Y si ha vuelto a obsesionarse... la vida de Tessa corre peligro.

La grabación termina con un *clic* seco.

Me quedo inmóvil, con el auricular todavía en la mano y el corazón golpeándome las costillas como si quisiera salir de mi pecho.

Sloane no deja de mirarme mientras guarda el móvil en el bolso y me tiende un té verde que me ha traído —uno de mis favoritos—. Le he contado que me han descalificado y que prácticamente ahora mismo no tengo nada ni a nadie. Solo a ella. Y ahora tiene esa expresión suya entre protectora y vigilante, como si estuviera hablando con alguien que puede romperse en cualquier momento... o romper algo.

—Prométeme que no vas a hacer ninguna tontería —me dice por tercera vez.

—No voy a hacer nada —le miento con una calma que incluso a mí me sorprende—. Me voy a alejar. Eso es todo.

No insiste, pero sé que no me cree del todo. Sloane nunca ha sido ingenua. Aun así, asiente y suspira, como si aceptara que hay batallas que no puede pelear por mí.

—Lo siento mucho, pelirroja. De verdad.

Se me encoge algo en el pecho, pero ya no lloro. Ya no tengo lágrimas para esto.

—Da igual —respondo—. Ya está hecho.

—No da igual —corrige—. La grabación es una prueba muy seria. Si quieres justicia, puedo ayudarte.

La miro. De verdad la miro. Y me odio un poco por haber dudado de ella. Por haber pensado, siquiera un segundo, que todo esto era una venganza absurda por... Flynn.

Hace casi tres años de su muerte. Tres años desde que todo se rompió. Sloane se fue, cambió de ciudad, de vida, de profesión. Nada allí le recordaba a él. Pero yo me quedé. Yo seguí caminando por los mismos pasillos, sentándome en las mismas aulas, pasando por las puertas donde antes me esperaba con esa sonrisa tranquila que siempre me hacía sentir especial.

Nunca fue buena idea enamorarse de tu profesor. Nunca. Pero el pasado no se puede cambiar y Flynn está muerto. Eso tampoco tiene remedio.

Aunque Dorian fue una salvación. Un regalo inesperado para mi corazón roto y lleno de culpa. Tras la ausencia de Sloane y la pérdida de Flynn... todo se volvió un poco más soportable cuando él apareció en mi vida.

Cuando Sloane se marcha, me quedo sola con mis pensamientos... y con la certeza de que el día de hoy no va a terminar como me esperaba.

A medida que se acerca la hora de que los empleados se vayan a casa, los nervios me devoran por dentro. Me digo que quizá no debería hacerlo. Que después de escuchar a su madre, después de saber de lo que es capaz, lo más inteligente sería irme a casa y desaparecer de la vida de Maya para siempre. Pero no puedo. El dolor es demasiado grande. La traición, demasiado profunda. Necesito la verdad. Necesito un motivo. Uno solo que haga que todo esto tenga sentido y, si no lo consigo..., al menos podré cerrar esta herida de una vez. Porque estoy a punto de perderlo casi todo.

La posibilidad de quedarme en un trabajo que me encantaba, el concurso, la oportunidad de publicar bajo el paraguas de uno de los nombres más importantes del *thriller*. Voy a perder a mi mejor amiga y probablemente, después del espectáculo de ayer, también a Dorian.

Lo único que he recuperado es a Sloane y no pienso perderla también.

La editorial se sigue vaciando poco a poco y el silencio se va instalando entre las mesas con una presencia incómoda. He ido al baño tantas veces hoy que he perdido la cuenta. El té verde que me ha traído Sloane ha hecho su efecto y mi vejiga parece no tener fondo.

Cuando salgo del baño por séptima vez, respiro hondo y camino hacia mi mesa. Me preparo mentalmente para encontrarme con Maya allí, esperándome, con esa calma suya que siempre me ha puesto nerviosa, pero no está. Miro alrededor y las luces siguen encendidas, pero no parece quedar nadie. La editorial está demasiado silenciosa. Demasiado vacía.

La rabia me sube de golpe, saco el móvil del bolso y marco su número sin pensarlo más. El primer tono no llega a sonar del todo porque escucho un móvil vibrar a mi espalda. Me giro despacio y Maya está ahí. Demasiado cerca. Tan cerca que casi puedo oler su perfume. Me observa con una expresión seria, contenida, distinta a la de siempre. No sonrío.

—¿Me vas a contar ya qué te pasa? —pregunta.

Y en ese momento lo entiendo. Esto nunca iba a terminar bien.

Maya está demasiado cerca cuando me habla y doy un pequeño salto involuntario. No porque no la haya visto acercarse, sino porque su presencia, tan de repente, tan invasiva, me repele. Está a apenas medio metro. Siento su respiración. Su perfume.

Intento responderle, de verdad que lo intento, pero las palabras no salen. Se me quedan atascadas en algún punto entre el pecho y la garganta, como si el cuerpo supiera que, una vez que empiece a hablar, ya no habrá marcha atrás. Durante un segundo eterno no soy capaz de decir nada. Solo la miro. Y en esa mirada se cuela todo: cada pequeño sabotaje, cada duda sembrada, cada error que me hizo sentir estúpida, cada vez que dudé de mí misma mientras ella me observaba desde cerca, aparentemente preocupada, aparentemente como mi mejor amiga.

Maya me sostiene la mirada sin parpadear, con una expresión tensa, impaciente, casi irritada, como si fuera yo la que le está haciendo perder el tiempo.

—Yo... —empiezo al fin, pero mi voz sale débil, quebrada, traicionera. Ni siquiera me reconozco en ella.

Maya resopla con brusquedad, cruzándose de brazos.

—Llevas bastante tiempo rara conmigo —dice, y su tono ya no es preocupado ni suave, es seco, cortante—. Y está empezando a molestarme. Mucho. Así que si tienes algo que decir, dilo ya.

La palabra *molestarme* me golpea de lleno. No preocuparle. No dolerle. Molestarle.

Respiro hondo. Una vez. Dos.

Siento el aire bajar hasta los pulmones. Voy a hacerlo bien, me repito. Voy a intentar no perder el control. No quiero gritar. No quiero convertirme en lo que ella quiere que sea.

—Sé que has sido tú —digo por fin, despacio, pronunciando cada palabra como si pesara toneladas—. Todo lo que me ha estado pasando últimamente... ha sido cosa tuya.

Maya parpadea, sorprendida. Durante una fracción de segundo parece no entender lo que acabo de decir.

—¿Cómo? —pregunta con una mezcla muy bien ensayada de dolor y confusión—. ¿Qué estás diciendo?

—Lo sabes perfectamente —continúo, notando cómo me empieza a temblar la voz, pero sin parar—. Sé que las reuniones que cambiaban en el último momento, las notificaciones de Google Calendar que nunca me llegaban —sigo—, los correos enviados que yo no recordaba haber mandado, los plazos de trabajos cambiados, la escritora que me robaste.

Hago una pausa porque necesito aire. Porque decirlo en voz alta duele más de lo que imaginaba.

—Y el manuscrito escrito con IA que apareció en la mesa de Maddox —añado—. Todo eso... —La miro directamente a los ojos— ... lo has orquestado tú.

Durante un segundo parece que no entiende lo que acabo de decir y entonces se ríe. No es una risa divertida, ni siquiera nerviosa. Es una risa incrédula, herida, casi indignada.

—¿Estás hablando en serio? —pregunta con sequedad—. ¿De verdad crees que yo haría algo así?

—Sí —respondo sin apartar la mirada—. Lo sé.

Mi voz tiembla, pero no retrocedo.

—Es alucinante —dice, negando con la cabeza—. De verdad, Tessa. Que tu mejor amiga piense esto de ti... —se le endurece la expresión y tensa la mandíbula—. No puedes culparme de tus errores.

Eso me golpea como una bofetada.

—¿Mis errores? —repito, sintiendo cómo algo empieza a romperse dentro de mí.

—Sí —contesta, ya sin disimular el enfado—. Tus despistes. Tu estrés. Tu paranoia. No puedes ir por ahí responsabilizando a los demás de tus cagadas.

Cada palabra sube de volumen. Cada frase es más agresiva que la anterior. Ya no está defendiéndose. Está atacando.

—No me mientas a la cara —le espeto, avanzando un paso sin darme cuenta—. No después de todo lo que sé.

—¡Yo no te he hecho nada! —grita, y su voz rebota contra las paredes de cristal—. Siempre haces lo mismo. Siempre buscas un culpable cuando las cosas no te salen como quieres.

Eso último es lo que más duele. Porque es personal. Porque sabe exactamente dónde clavar el cuchillo.

Me quedo un segundo en silencio, sintiendo el golpe, y luego cojo aire, aparto el dolor a un lado y suelto lo primero que se me ocurre para devolverle exactamente lo mismo.

—Te he apoyado en todo —le digo—. ¡En todo, Maya! ¿Y así me lo pagas? —pregunto sin esperar respuesta.

—¿Apoyarme? —se burla—. Siempre me has mirado por encima del hombro, Tessa. Siempre has sido la escritora prodigio. Siempre la que iba a llegar lejos. La que tenía un pasado que cualquier editorial querría explotar para convertirla en una autora de éxito.

—Eso no es verdad —me defiendo, sintiendo cómo me arde la cara—. Yo no tengo la culpa de haberme quedado noches enteras

estudiando. No tengo la culpa de que a ti no te entusiasme lo que estudias. No tengo la culpa de que se me dé mejor escribir que a ti.

—Sí. Es verdad —escupe—. Pero por lo menos yo no he tenido que follarme a un profesor para tener matrícula de honor —dice a la defensiva.

Esa frase me atraviesa como un disparo. No sé cómo lo sabe. No sé quién se lo ha dicho, pero ahora mismo me da igual. Ha querido hacerme daño y lo ha conseguido. Así que dejo de contenerme.

—¿Qué quieres? —digo con una calma venenosa—. ¿Que acabe como Rebecca?

El silencio cae de golpe y la transformación de su cara es inmediata. Los ojos se le oscurecen. La mandíbula se le tensa tanto que parece que va a romperse. Por primera vez parece realmente descolocada.

—¿Qué coño sabes tú de eso? —pregunta, y por primera vez hay algo parecido al miedo en su voz.

Cualquier duda que me quedara sobre la historia de Sloane acaba de desaparecer por completo. No respondo. Solo la miro.

—No vuelvas a nombrarla —dice con voz baja y cargada de rabia.

—¿A quién? —insisto—. ¿A la amiga a la que casi matas? —sigo metiendo el dedo en la llaga.

No me da tiempo a reaccionar cuando me empuja con fuerza. Mi espalda choca contra una de las mesas, la lámpara cae al suelo y los papeles vuelan.

—¿Qué coño haces? —grito, incorporándome y empujándola de vuelta, pero apenas se mueve del sitio.

—¡No tienes ni idea de lo que hablas! —me grita—. ¡No vuelvas a decir su nombre!

—Ahora sí te veo —le escupo—. Esta es la verdadera Maya —la señalo con grandeza.

—¡Cállate! —grita.

—¿Qué pasa? —sigo—. ¿Quieres hacerme lo mismo que le hiciste a Rebecca? —me acerco más a ella, apenas nos separan unos centímetros.

Eso la desata todavía más y me empuja de nuevo, pero esta vez con más fuerza —demasiada—. Ahora estoy demasiado cerca y no tengo espacio para reaccionar, por lo que caigo al suelo y algo estalla en mi cara. Un dolor seco. Caliente. Me llevo la mano a la ceja y, cuando la separo, la miro y está llena de sangre.

Por primera vez, Maya parece darse cuenta de lo que ha hecho.

—Tessa... —dice Maya de repente—. Yo no quería...

Su cara cambia de golpe a una expresión de pánico. Culpa.

—Perdón —balbucea—. Perdón, no ha sido...

Me incorporo mareada y me aparto cuando intenta tocarme.

—No me toques —le digo—. ¡Esto se ha acabado! —grito alejándome de ella.

Camino hacia el baño mientras ella me sigue.

—Déjame ayudarte —implora.

—¡No! —vuelvo a gritar, pero esta vez en un tono aún más elevado—. Si vuelves a joderme, te prometo que haré de tu vida un puto infierno —le advierto sería mientras noto como un hilo caliente de sangre me recorre la mejilla.

Maya se queda atrás, llorando.

Entro al baño y cierro la puerta con más fuerza de la necesaria. El sonido del pestillo resuena demasiado alto en el silencio de la editorial vacía. Me apoyo un segundo contra la madera, respirando rápido, con el pecho subiendo y bajando de forma irregular, como si el aire no supiera ya cómo entrar en mí. Me apoyo un segundo en el lavabo antes de abrir el grifo; las manos me tiemblan tanto que tengo que apretar los dedos para que obedezcan. Abro el grifo y me

lavo la cara. El agua fría me golpea la piel y me hace estremecer. Cuando bajo las manos, el espejo me devuelve una imagen que apenas reconozco. La ceja sangra bastante; un hilo rojo desciende lentamente y se mezcla con el agua que gotea por mi mejilla. Cojo papel, presiono la herida como puedo y vuelvo a levantar la vista hacia el espejo.

Me quedo mirándome, temblando con los ojos abiertos de más, la mandíbula tensa y el pulso todavía acelerado. No me puedo creer que esto esté pasando de verdad. Que haya llegado hasta aquí. Hace dos meses mi mayor preocupación era si me darían las prácticas que quería. O si Theo Maddox querría leer algún manuscrito mío. O si Dorian llegaría a casa a tiempo para cenar conmigo.

Hace dos meses mi vida era normal. Y si alguien me hubiera contado este capítulo de mi vida, si me hubiera descrito este reflejo, este lugar, esta sensación... me habría reído. Habría pensado que era una historia exagerada, una mala novela y ahora soy yo la que está dentro.

Un golpe seco, brutal, resuena fuera del baño y me saca de mis pensamientos. El sonido me atraviesa el cuerpo entero como una descarga. Me giro de golpe, el corazón me sube a la garganta, y durante un segundo me quedo completamente quieta, intentando identificar qué ha sido. ¿Una silla que se ha caído? ¿Un portazo?

Me acerco a la puerta casi sin respirar y estiro la mano hacia el pomo.

—¿Maya? —digo, pero mi voz apenas es un susurro.

Giro el pomo con fuerza, pero no se abre.

Frunzo el ceño y vuelvo a intentarlo, esta vez con más fuerza, pero nada. El pomo gira un poco, pero la puerta no cede. Me entra

un frío raro en el estómago, trago saliva y el miedo empieza a colarse, lento, viscoso.

—No... —murmuro—. No, no, no.

La vuelvo a empujar, esta vez sin cuidado, con el pulso acelerado y la respiración descontrolada. Golpeo con la palma abierta, con el hombro, con rabia. No puede ser, el de mantenimiento arregló la puerta. No puede atascarse otra vez.

—¡Ábreme! —grito, golpeando la puerta con la palma abierta—. ¡Maya!

No hay respuesta.

El silencio al otro lado es absoluto. No hay pasos, ni voces, ni movimiento. Nada. Solo mi respiración demasiado fuerte y el sonido insistente del grifo que no he cerrado bien.

Me dejo caer al suelo, agotada de repente, con la espalda apoyada en la puerta fría. No pienso llamarla al móvil. No pienso pedirle ayuda. Prefiero quedarme aquí toda la noche antes que hacerlo. Además, seguro que ha destrozado algo y se ha largado. Siempre huye después del caos. Siempre.

En ese momento todo se vuelve negro.

El lavabo gotea. *Ploc. Ploc. Ploc.* El ruido de cada gota es lo que hace que vuelva a abrir los ojos lentamente —no sé cuánto tiempo ha pasado—. Me paso una mano por la cara, dejando una mancha de sangre en los dedos —por lo visto el golpe ha sido peor de lo que parecía—. El baño huele a jabón barato y a humedad. Jugueteo nerviosa con mi pulsera y pasan unos minutos —o eso creo— en los que no ocurre nada. El mundo parece suspendido. Yo solo escucho ese goteo constante y mi propio pulso retumbando en las sienes. Hasta que un grito rompe el silencio. No es un grito normal. No es de enfado. No es de sorpresa. Es un alarido desgarrador, roto, lleno de dolor puro. Un sonido que no debería existir.

Me levanto aún mareada y el pánico me atraviesa como un cuchillo. El corazón me golpea tan fuerte que pienso que me va a dar un infarto ahora mismo. Doy un paso hacia la puerta y la sacudo con ambas manos.

—¡Maya! —grito—. ¡¿Qué pasa?!

Nada.

El miedo cambia de forma. Ya no es solo rabia o angustia. Es terror. De ese que te hace pensar rápido o morir.

Recorro el baño con la mirada, desesperada, buscando cualquier cosa que pueda servirme. Mis ojos se detienen en el dispensador de jabón, atornillado a la pared. No lo pienso. Lo arranco con un tirón seco que me hace gemir de dolor cuando el plástico cede.

Levanto el dispensador y golpeo el pomo con todas mis fuerzas.

Una vez.

Otra.

Hasta que el metal cruje.

Vuelvo a golpear, con rabia, con miedo, con toda la desesperación acumulada en el cuerpo, hasta que algo cede con un chasquido seco. La puerta se abre de golpe y salgo corriendo. Cuando llego al sitio donde hace apenas unos minutos estaba discutiendo con Maya, el lugar está vacío. El silencio no es normal; es denso, pesado, como si estuviera completamente sola. Doy un paso más y entonces lo noto.

El olor.

Un olor metálico, espeso, que me llena la nariz y me revuelve el estómago al instante —sangre—. Mi cuerpo lo reconoce antes que mi mente. Recorro el espacio con la vista, despacio, como si tuviera miedo de confirmar lo que ya sé. El suelo brilla de una forma extraña bajo las luces de la editorial y entonces ando unos pasos más.

Y la veo.

Maya está tendida en el suelo, rodeada de un charco de sangre tan grande que no hace falta ser médica para saber que hay demasiada.

El mundo se me cae a los pies.

—Maya... —susurro, dejándome caer de rodillas junto a ella—. Maya, mírame..., por favor.

No responde. Sus ojos están abiertos, pero no me miran. No miran a nada. Tiene la ropa empapada de sangre, la piel pálida bajo el rojo brillante que lo cubre todo. Hay heridas por todas partes, profundas, violentas. La han apuñalado muchas veces.

El aire se me queda atrapado en el pecho.

—No..., no... —sollozo, negando con la cabeza como si así pudiera deshacerlo.

Instintivamente intento ayudarla, como si aún fuera posible. Presiono con las manos la herida de la que brota más sangre, pero es inútil. La sangre se me escurre entre los dedos, caliente, imposible de contener. No hay pulso. No hay respuesta. Nada.

Maya está muerta.

Un gemido animal sale de mi garganta y no lo reconozco como mío. No puedo creerlo. No puede estar pasando. Hace unos minutos estaba viva. Gritándome. Mirándome con rabia. Y ahora...

Saco el móvil del bolsillo trasero con manos torpes y empapadas de sangre. Se me resbala y cae al suelo con un golpe sordo. Lo recojo con desesperación, las manos me tiemblan tanto que apenas puedo sostenerlo.

El sonido de la llamada a emergencias conectándose me parece irreal, como si viniera de muy lejos. A los pocos segundos, una voz femenina responde al otro lado.

—Emergencias, ¿cuál es su situación?

—Mi... mi amiga... —balbuceo, llorando sin control—. Alguien la ha apuñalado. Está..., está muerta.

La mujer me pide que respire, que le diga dónde estamos. Se lo explico como puedo —entre sollozos—, le digo la dirección, el nombre de la editorial, el piso. Todo me sale atropellado.

—La ambulancia y la policía ya están en camino —me dice con voz firme—. ¿Es posible que el atacante siga en el edificio? ¿Sabe quién lo ha hecho?

—No, yo no... —balbuceo.

—Necesito que se ponga a salvo —responde de inmediato la operadora—. ¿Hay algún lugar donde pueda esconderse mientras llega la policía?

Sus palabras me atraviesan como un relámpago y entonces caigo en la cuenta de que alguien ha hecho esto y lo más seguro es que

siga aquí.

Mierda.

La siguiente podría ser yo.

El miedo me paraliza durante un segundo, pero luego me levanto de golpe respirando rápido, y con el corazón golpeándome el pecho con violencia. Antes de alejarme, miro una última vez el cuerpo de Maya. Mi mejor amiga. La persona que me traicionó. La persona a la que quise.

—Lo siento —susurro con la voz rota—. Lo siento muchísimo.

No quiero dejarla sola. No quiero abandonarla así.

—Por favor, busque un sitio seguro —insiste la mujer al otro lado de la línea—. Tiene que moverse. Ahora. Póngase a salvo.

Doy un paso atrás, luego otro, con las piernas temblándome, sin dejar de mirar el charco de sangre que se extiende por el suelo. Y entonces me giro y echo a correr, con el terror clavado en la espalda. Mis pasos resuenan demasiado fuerte por culpa de las partes de suelo pulido de la editorial que no hay cubiertas por la moqueta. El sonido rebota contra las paredes de cristal que delimitan las salas de trabajo. Todo es transparente. Todo es visible. No hay esquinas oscuras, no hay puertas sólidas, no hay lugares donde desaparecer. Solo mesas ordenadas, sillas perfectamente alineadas y paredes que no ofrecen refugio alguno.

La puerta del baño está rota —inservible—. No hay ningún sitio donde esconderse.

El pánico me empuja hacia delante sin pensar, guiada solo por el instinto más básico: sobrevivir. Paso por delante de las salas acristaladas una tras otra, sintiendo que en cualquier momento alguien va a aparecer detrás de mí, que una mano va a agarrarme del pelo y que algo afilado va a atravesarme la espalda, pero entonces la veo —la sala prohibida—. La sala donde Jane Sterling

leía sus manuscritos. Donde nadie podía entrar sin su permiso. Donde me dejó su diario. Me acerco conteniendo la respiración y empujo con cuidado, esperando que esté cerrada con llave. Pero no lo está. Cede sin resistencia. Me cuelo dentro y cierro despacio, muy despacio, intentando no hacer ningún ruido. Busco con la mirada un sitio donde ocultarme y lo veo enseguida: el gran sillón de respaldo alto, colocado de espaldas a la puerta —el mismo que me sirvió de escondite cuando Maddox entró—. Me apresuro hacia él, pero el miedo me traiciona. Tropiezo con la alfombra y caigo de rodillas detrás del sillón, chocando contra la estantería que hay junto a la pared.

—Mierda —susurro, aterrada.

El sonido me parece ensordecedor. Me quedo completamente inmóvil, con el corazón golpeándome tan fuerte que temo que pueda oírse desde fuera. No respiro. No me muevo. No parpadeo.

Un golpe sordo suena a mi derecha. Durante un segundo creo que es el asesino. Que me ha encontrado. Que todo se ha acabado. Pero entonces lo veo: un libro se ha caído de la estantería a pocos centímetros de mi mano. Tiemblo al alargar los dedos y cogerlo, pero un ruido me hace encogerme y la puerta se abre de golpe. El sonido es violento, abrupto, y una luz potente barre la sala. Me llevo una mano a la boca para no gritar. El haz de una linterna recorre el espacio lentamente, deteniéndose en el sillón, acercándose cada vez más. Me hago un ovillo detrás del sillón, rezando todo lo que sé y lo que no, prometiendo cosas absurdas a un dios en el que no creo mientras me aferro a la pulsera que me regaló mi padre.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando el sillón se mueve bruscamente y la luz me golpea de lleno en la cara cegándome durante un segundo eterno. Alguien está ahí. Es alto —demasiado—. Su silueta bloquea la poca luz ambiental de la sala.

—Tessa Hale —dice una voz grave, firme, inapelable—. Queda usted detenida por presunto asesinato.

No entiendo las palabras. Las oigo, pero no encajan. No tienen sentido. Mi cerebro intenta procesarlas, pero falla. El aire me abandona los pulmones y el suelo parece inclinarse. Todo se vuelve borroso y entonces, simplemente..., el mundo se apaga.

41

Nunca pensé que acabaría encerrada en la celda de una comisaría.

No porque me creyera invencible, sino porque nunca he sido ese tipo de persona. No he tenido problemas con la ley. No soy violenta. No cruzo líneas peligrosas. Siempre he sido la que piensa antes de hablar, la que intenta hacer lo correcto, la que pide ayuda cuando algo va mal. Y, aun así, aquí estoy. Sentada en un banco metálico demasiado frío, con la espalda rígida, las manos entrelazadas sobre las rodillas y la mente completamente en blanco.

He pasado lo que supongo que es toda la noche encerrada en una celda, pero ahora estoy sentada frente a una mesa metálica, con las muñecas esposadas y apoyadas sobre la superficie fría, intentando entender en qué punto exacto mi vida se desvió tanto para acabar aquí. La habitación es pequeña, sin ventanas, iluminada por un fluorescente que parpadea lo justo como para ponerme todavía más nerviosa. Las paredes son grises. Desnudas. No hay nada que distraiga la vista, nada a lo que agarrarme.

No debería estar aquí. Eso es lo único que tengo claro. No entiendo por qué me han detenido, por qué me han acusado, por qué me miran como si fuera un monstruo cuando fui yo la que llamó a emergencias. Si yo hubiera matado a Maya, ¿habría pedido ayuda? ¿Habría esperado a la policía? ¿Habría dicho dónde estábamos, con la voz rota, suplicando que vinieran rápido?

No tiene sentido.

La puerta se abre y entra un hombre de unos cuarenta y tantos. Lleva la camisa arrugada, la corbata floja y huele mucho a tabaco, como si acabara de apagar un cigarro. Tiene la expresión cansada de alguien que lleva demasiadas horas trabajando y pocas durmiendo.

Se sienta frente a mí sin saludar, deja una carpeta sobre la mesa y me observa durante unos segundos en silencio.

—Tessa Hale —dice por fin—. Soy el inspector Clark.

No respondo.

El hombre abre la carpeta y empieza a hablar como si estuviera leyendo una lista de la compra, como si lo que dice no pudiera destrozarme la vida.

—Discutió con la víctima minutos antes de su muerte —empieza—. Un testigo oyó gritos. Hubo un altercado físico.

Levanta la vista hacia la herida de mi ceja —la que me han cerrado con tiritas de sutura los paramédicos—.

—Tu ADN estaba en la escena. Tus huellas también. El arma homicida son unas tijeras que tienen grabadas tus iniciales. No había signos de entrada forzada. Y, curiosamente, fuiste la única persona que permaneció en el lugar después del cierre.

En el momento que escucho que Maya ha sido asesinada con mis tijeras de edición, dejo de escuchar al inspector porque me doy cuenta de que esto es mucho peor de lo que pensaba.

—Además —continúa—, según tus compañeros, últimamente tu relación con Maya Graves era... complicada. Había rivalidad profesional.

Cierra la carpeta de golpe.

—Desde fuera, señorita Hale, parece bastante claro.

Durante un segundo algo se mueve dentro de mí. Una duda mínima, traicionera. ¿Y si...? ¿Y si he perdido el control en algún

momento? ¿Y si hay algo que no recuerdo?

Ayer estuve algo mareada, cansada, y tenía mucha rabia acumulada... La idea me atraviesa como una aguja y me obliga a apretar los dientes.

No. No lo hice.

El inspector se inclina hacia delante.

—Si se declara culpable —dice en un tono más bajo, casi confidencial—, será más fácil. Para todos.

Resoplo. No puedo evitarlo. Y la risa que me sale es amarga, rota.

—¿Más fácil para quién? —pregunto por fin—. ¿Para usted, que quiere cerrar el caso e irse a casa? ¿O para mí, que me pasaré el resto de mi vida en la cárcel por un asesinato que no he cometido?

Su expresión cambia. Parece que lo he enfadado.

—Debería haber pensado en eso mucho antes de asesinar a su compañera —me escupe.

Siento la rabia subir con una fuerza atroz, pero para mi sorpresa la consigo contener.

Respiro hondo. Una vez. Dos.

Y lo miro fijamente.

—No voy a decir nada más sin la presencia de un abogado —termino y me reclino sobre la silla.

El silencio que sigue es espeso. El inspector me observa unos segundos más, frustrado, como si yo fuera un obstáculo más en un día interminable. Luego se levanta de golpe.

—Como quiera —dice—. Pero esto no le va a beneficiar —concluye saliendo de la sala y dando un portazo.

En cuanto me quedo sola, todo se desmorona. El aire me abandona los pulmones y me inclino hacia delante, apoyando la frente sobre las manos esposadas. Me tiemblan los hombros. Me

tiemblan las piernas. El miedo no deja espacio para la rabia y se instala en el pecho con un dolor horrible.

Cierro los ojos y pienso en la llamada que he hecho hace unas horas a mi madre, ella ha jurado que encontraría al mejor abogado de Boston para ayudarme. En el momento en el que me lo ha dicho me ha parecido ridículo, pero ahora mismo es lo único a lo que puedo aferrarme.

—Por favor —susurro, sin saber muy bien a quién—. Espero que lo encuentre.

Porque si no... no sé cómo voy a salir de esta porque estoy acusada de asesinato en primer grado.

Había llamado a emergencias. Había pedido ayuda. Había hecho exactamente lo que se supone que tienes que hacer cuando algo horrible ocurre y no me ha servido de nada.

Levanto la vista cuando escucho unos pasos acercarse. La puerta de la zona de las celdas se abre con un chirrido seco y un agente pronuncia mi nombre con tono neutro, como si no estuviera llamando a alguien cuya vida no acaba de implosionar.

—Tessa Hale.

Me pongo en pie casi por reflejo, el agente se aparta y entonces veo a un hombre perfectamente trajeado que me resulta algo familiar. Aunque va demasiado formal, no parece fuera de lugar. Ni tampoco parece incómodo. No mira la celda como si fuera un zoo humano ni como si yo fuera una amenaza. Camina con calma, con esa seguridad de quien conoce los tiempos del sistema y no se deja arrastrar por ellos. Como si supiera exactamente dónde está y por qué. Como si ya supiera cómo sacarme de aquí. Y yo ni siquiera lo conozco. Aunque algo me dice que sí.

—Señorita Hale —dice, mirándome directamente—. ¿Cómo se encuentra? —pregunta serio.

El aire vuelve a entrar en mis pulmones de golpe, para poder emitir algún sonido. No sé cuántas horas llevo sin hablar.

Me acerco a las rejas sin pensar, y antes siquiera de que él pueda hacerme una sola pregunta, las palabras me salen atropelladas, desesperadas.

—No he dicho nada —empiezo—. Desde el primer momento he pedido un abogado. No he respondido a ninguna pregunta. No he firmado nada... Básicamente apenas he hablado.

Lo suelto todo de golpe, como si temiera que, si me detengo, esto se vuelva aún peor. Él me escucha sin interrumpirme. No me corta. No asiente exageradamente. Simplemente me deja terminar. Cuando me callo, inclina un poco la cabeza.

—Perfecto —dice—. No podría haberlo hecho mejor, aunque la hubiera preparado yo mismo —sonríe—. Por cierto, soy Curtis, Colin Curtis.

—¡Ah! Sí, perdona —respondo nerviosa—. ¿Encantada? —respondo sin saber muy bien qué se dice en estos casos.

Sinceramente no estoy encantada, ojalá no lo hubiera conocido, ya que eso significaría que no lo necesitaba y yo no estaría aquí.

Colin asiente, pero no dice nada más. No me dice que todo va a salir bien, ni tampoco promete nada que no pueda cumplir. Y por primera vez desde que me pusieron las esposas, eso me tranquiliza. Aunque pueda sonar raro.

—Ahora vamos a volver a la sala de interrogatorios —explica con voz grave—. Y usted no va a decir nada. Yo me encargo —impone.

Aunque no confío mucho en nadie ahora mismo, no me queda otra opción que obedecer. Así que asiento varias veces rápidamente y hago el gesto de cerrarme la boca con una cremallera. Colin resopla por mi falta de seriedad, pero no me importa. Ahora mismo no me importa nada más que salir de aquí.

La sala de interrogatorios es la misma que antes. El inspector ya está allí cuando entramos. Colin toma asiento antes de que nadie se lo indique y se coloca ligeramente delante de mí. No de forma exagerada. No es una posición protectora de manual, pero sí lo suficiente como para marcar una línea clara.

Colin no empieza hablando del crimen, sino que busca cualquier grieta para meterse y derrumbar lo que lleva casi dos días construyendo el inspector.

—¿Mi clienta está detenida formalmente? —pregunta.

El inspector resopla y niega con la cabeza.

—Ahora mismo la retención es voluntaria —dice con desgana y mi cara de asombro le delata a Colin que me acabo de enterar de que estoy aquí de forma voluntaria.

—Entiendo... —responde mi abogado.

En ese momento no discute ni rebate, sino que baja la mirada para anotar algo en su cuaderno con un gesto tranquilo y vuelve a levantar los ojos.

—Entonces están reconstruyendo la cronología —habla con tono despreocupado.

No es una pregunta y el inspector duda apenas unos segundos antes de asentir.

—¿A qué hora llamó mi clienta al 911? —pregunta con curiosidad.

El inspector revisa unos papeles y responde.

—Sobre las 09:00 p. m. —responde cortante.

—Eso... —intento explicar que eso no es verdad, que llamé unos quince minutos más tarde, ya que estuve encerrada al menos unos diez minutos en el baño. Además, cuando me arrestaron eran apenas las nueve y media, pero Colin no me deja terminar.

Mi abogado no reacciona. Espera. Dos segundos. Tres...

—¿Hubo alguna llamada a emergencias antes que la de Tessa? —pregunta enarcando una ceja.

El silencio cae de golpe y el inspector parpadea una vez. Luego otra. Cuando responde, su voz ya no suena igual.

—Sí. Hubo... una llamada previa.

El silencio se espesa cuando el inspector confirma la hora de la llamada al 911. Colin no dice nada al principio. No asiente. No sonríe. Simplemente deja el bolígrafo sobre la mesa y entrelaza los dedos con calma.

—Bueno... —dice al fin— entonces hablemos de la cronología.

El inspector Clark se recuesta ligeramente en la silla, cruzando los brazos.

—Ya lo estamos haciendo.

—No exactamente —responde él, abriendo su bloc de notas—. Mi cliente llamó a emergencias a las nueve y diecisiete —continúa Colin—. ¿Correcto?

—Correcto —confirma a regañadientes.

—Y cuando llegó la patrulla, ella estaba sola en el edificio —afirma Colin.

—Así es.

El abogado asiente despacio, como si confirmara algo que ya sabía.

—Sin embargo —continúa—, me acaba de confirmar que hubo una llamada previa.

El inspector aprieta la mandíbula y duda una fracción de segundo antes de responder.

—Sí.

Mi abogado inclina ligeramente la cabeza, como si ya lo supiera.

—¿A qué hora fue esa llamada?

—A las nueve y cuatro minutos —responde sin ganas.

Trece minutos de diferencia... En ese momento siento cómo algo se recoloca dentro de mí. Colin no reacciona de inmediato, sino que deja que el dato flote en el aire, incómodo, evidente.

—Entonces —dice con suavidad—, ¿podría decirme quién hizo la llamada?

—No. La persona colgó antes de que el operador pudiera obtener los datos —replica el inspector.

—Pero existió —insiste—. Y eso es importante.

El inspector resopla.

—¿A dónde quiere llegar con todo esto? —pregunta cansado.

—A algo muy simple —responde Colin—. Alguien supo que algo había ocurrido antes de que mi clienta llegara a la escena de crimen. Antes de que llamara. Antes incluso de que ustedes supieran que había un crimen.

—Eso no prueba nada —rebate el inspector Clark.

Mi abogado apoya los antebrazos sobre la mesa, sin invadir su espacio, sin agresividad. Su voz no sube, sino que baja.

—No, inspector —concede mi abogado—, pero rompe su línea temporal. Y sin una hora de la muerte cerrada, lo único que tienen es una discusión previa y presencia en el lugar. Eso no es homicidio. Es contexto.

—Esa es su interpretación —dice a la defensiva.

—No —corrige Colin, tranquilo—. Es un hecho. Si alguien alertó de una emergencia antes de que mi clienta llegara a la escena, su teoría de oportunidad exclusiva se desmorona.

El inspector resopla.

—La señorita Hale discutió con la víctima. Hay testigos. Hubo forcejeo —el inspector sube el volumen. Colin lo está alterando con su agresividad pasiva.

—Discutir no es matar como ya le he comentado—rebate Colin sin pestañear—. Forcejear no es apuñalar. Y estar herida no convierte a mi clienta en agresora.

El inspector se inclina hacia delante.

—El arma era suya —me señala con el dedo y veo que escupe un poco al hablar por culpa de su mal genio.

Colin asiente, como concediendo un punto menor.

—Sí. Tiene usted razón, pero esas tijeras son un objeto accesible en la oficina, no un arma exclusiva. ¿Dónde estaban exactamente cuando se produjo la agresión? —Colin mantiene la calma y se acerca al inspector imitando su movimiento.

—En la editorial —escupe.

—Un espacio compartido —aclara con serenidad.

—Después de que la editorial diese por terminada la actividad laboral —ataca.

—Pero no estaba vacía —responde Colin al instante—. Y ahora sabemos que la señorita Hale no estaba sola y que no fue la primera persona en ver el cuerpo de la señorita Graves.

El inspector se queda callado unos instantes.

—¿Está diciendo que no podemos detenerla? —pregunta atónito.

—Estoy diciendo —responde con absoluta tranquilidad— que una retención prolongada o una prisión preventiva se caerían en el primer recurso. Y usted lo sabe.

El inspector guarda silencio, mira la mesa, luego el espejo y en último lugar me mira a mí.

Colin continúa, implacable pero sereno.

—No tienen hora exacta de la muerte. No tienen grabaciones. No tienen testigos directos. Tienen sangre, huellas y una discusión previa —hace una pausa mínima—. Eso no es una prueba de culpabilidad. Es una narrativa conveniente.

—La fiscalía va a presentar cargos —dice el inspector, tenso—. Asesinato en primer grado.

En ese momento un frío me recorre la nuca y siento náuseas.

Colin lo mira por primera vez con algo parecido a dureza.

—La fiscalía puede acusar de lo que quiera —responde—. Pero usted y yo sabemos que esto no sostiene una detención prolongada

ni una prisión preventiva. No con esta cronología. No con esa llamada.

El inspector se recuesta en la silla y se pasa una mano por la cara. Está cansado y, por primera vez, parece no estar seguro de lo que dice.

—La fiscalía seguirá adelante —añade finalmente— y solicitarán los cargos.

Colin asiente.

—Como debe ser.

—Pero... —añade el inspector, apretando la mandíbula— pedirán libertad bajo fianza.

Colin recoge el bolígrafo con calma.

—Es lo sensato.

El inspector lo mira unos segundos más, evaluándolo, como si acabara de entender con quién está hablando.

—No ha perdido el tiempo —murmura el inspector con una expresión de asco.

Colin se levanta despacio.

—Nunca lo hago —responde mientras se alisa la chaqueta del traje.

—Esto no ha terminado aquí —espetea abriendo la puerta de la sala.

—Nunca termina tan pronto —contesta mi abogado mientras me coge la mano—, pero hoy mi clienta se va a casa.

Y por primera vez en toda la conversación el inspector se hace a un lado y no replica.

Horas después, comparezco ante un juez. Colin habla poco, pero es porque no necesita más. La fianza es alta, acorde a la acusación, pero gracias a la herencia que dejó mi padre es asumible. En el momento en el que la pago quedo en libertad.

Al salir de la comisaría, el aire frío de Boston me golpea la cara con fuerza y respiro hondo. Camino junto a Colin sin decir una palabra. No me siento a salvo —no todavía—, aunque la persona que me ha estado saboteando esté muerta, no sé quién la ha matado y lo peor de todo... no sé por qué me quiere inculpar.

He salido de la celda, pero sé que esto solo acaba de empezar, y por cómo me mira Colin, lo más probable es que piense que soy una asesina.

Y lo peor es que... tiene razón.

43

El despacho de Colin Curtis está en uno de los edificios más altos de Boston.

No lo sé porque me lo diga él, lo sé porque el ascensor sube demasiado rápido y porque cuando las puertas se abren, la ciudad queda muy por debajo de nosotros, como si fuera una maqueta. Todo es cristal y madera oscura. No hay fotos familiares, ni diplomas ostentosos. Solo orden. Control. Poder sin necesidad de exhibirse.

Colin entra detrás de mí, se quita la chaqueta con un gesto mecánico y la deja perfectamente colocada sobre el respaldo de la silla. Afloja el nudo de la corbata solo un poco. Lo justo para respirar. No para relajarse.

—Siéntate —dice, señalando la silla frente a su escritorio.

Obedezco.

Me siento pequeña. No porque él me lo haga sentir, sino porque este lugar no está hecho para alguien como yo. Aquí no vienen estudiantes en prácticas acusadas de asesinato. Aquí vienen clientes con secretos caros. Colin se sienta frente a mí, cruza los dedos sobre la mesa y me observa durante unos segundos en silencio mientras me siento frente a su mesa sin quitarme el abrigo. No es una mirada amable. Tampoco hostil. Es... evaluadora. Como si yo fuera una pieza más del caso.

—Antes de que digas nada —empieza—, necesito dejar algo claro.

Asiento, tensa, y caigo en la cuenta de que ha empezado a tutearme.

—No soy tu amigo, ni soy tu confesor, y no estoy aquí para decirte lo que quieres oír.

Trago saliva.

—Estoy aquí para ganar el caso y dinero —continúa—. Y para eso necesito una sola cosa de ti. La verdad. Toda. Incluso la parte que no te gusta —hace una leve pausa—. Si me mientes —añade—, lo sabré. Y si lo descubro en mitad del juicio, no podré salvarte.

El silencio en estos momentos es agobiante.

—Quiero que me cuentes exactamente qué ha pasado —dice por fin—. Desde el principio. Sin adornos y sin justificaciones. Quiero saber exactamente qué pasó entre Maya Graves y tú. Todo.

Me apoyo contra el respaldo de la silla, aprieto mis manos sobre el regazo y noto cómo me sudan.

—¿Y si no te gusta lo que oyes? —pregunto con preocupación.

Colin no duda.

—Entonces sabré a qué me enfrento.

Respiro hondo. Una vez. Dos... Y empiezo.

Empiezo desde el principio. Desde el momento en el que Maya parecía ayudarme, los pequeños fallos que empecé a tener que al principio parecían casuales. Además, le hablo sobre los correos que yo no recordaba haber enviado. Las reuniones cambiadas. Los plazos imposibles. El manuscrito en el despacho de Maddox. También le cuento las discusiones que tuvimos. Le hablo sobre Rebecca —la mejor amiga de Maya que casi asesina—. Y de la rabia que sentía...

—Discutimos —continúa—. No fue una pelea cualquiera. Fue... todo junto. Meses de cosas que no entendía. De sentirme manipulada. Sabía que me estaba saboteando, Colin. Lo sabía —repito enfadada.

Colin no me interrumpe ni una sola vez. No hace gestos de sorpresa. No frunce el ceño. No me corta cuando mi voz se quiebra.

Solo escucha y toma notas —pocas— precisas.

—Me dijo cosas muy crueles —sigo—. Yo también se las dije. Nos empujamos y ahí fue cuando me golpeé en la ceja y me hice la brecha —señalo la herida.

En ese momento hago una pausa y la ausencia de ruido es arrolladora.

—¿Entonces la empujaste? —pregunta al fin.

—Sí —confieso entre sollozos.

—¿Volviste a tocarla después?

—No.

—¿La amenazaste en algún momento? —sigue preguntando.

—Le dije que si volvía a joderme... —hago una pausa porque me cuesta decirlo, pero Colin me indica con un gesto que termine la frase— le haría la puta vida imposible —consigo susurrar.

Colin levanta la vista.

—Eso no es una amenaza legal —dice—. Pero en un juicio puede sonar como una. Así que esa parte la omitiremos.

Yo me limito a asentir.

—¿Te fuiste al baño inmediatamente después? —pregunta revisando sus notas.

—Sí —vuelvo a asentir—. La puerta se atascó y grité para que Maya me sacara. No sé bien cuánto tiempo estuve allí porque creo que estuve inconsciente unos minutos, pero la puerta no debería haberse atascado.

Colin parece sorprendido.

—¿Inconsciente?

Asiento.

—Es que... —Las palabras se me atascan. La imagen de Maya cubierta de sangre, su cuerpo inmóvil—. Todo sigue girando dentro de mi cabeza.

—Está bien, Tessa. ¿Por qué no debería haberse atascado la puerta? —pregunta, cambiando de tema al notar mi malestar.

—Porque vi cómo el conserje la arreglaba. Ese baño suele atascarse y no era la primera vez que me quedaba encerrada. Por lo que lo arreglaron, pero parece que no sirvió de nada.

Colin vuelve a apuntar algo en su libreta.

—¿Y cuando lograste salir...?

—Maya estaba... muerta.

Justo después de decirlo me derrumbo. Colin se recuesta en la silla, se quita por fin la corbata y la deja junto a la chaqueta suspirando.

—¿La tocaste? —pregunta.

—Sí.

—¿Intentaste auxiliarla?

—Sí —vuelvo a afirmar entre sollozos.

—¿Había alguien más en el edificio?

—No... yo no vi a nadie —respondo sin estar muy segura.

Colin se recuesta en la silla.

—Entonces perdiste el conocimiento en algún momento, ¿no? —pregunta de nuevo.

—Sí... —dudo—. Creo que sí, pero no estoy segura, estaba mareada y muy alterada.

Colin asiente.

—Tessa —dice despacio—. ¿Podría haber un lapso de tiempo que no recuerdes bien?

Aprieto los labios.

—No lo sé —confieso.

Esa es la verdad y es lo que más miedo me da. Colin vuelve a asentir con lentitud.

—Bien —dice.

Esa palabra me descoloca.

—¿Bien? —pregunto confusa mientras me sueno la nariz.

—Sí —responde—. Porque ahora vamos a hablar de lo que de verdad importa.

Se inclina hacia delante.

—Tessa, voy a ser brutalmente honesto contigo.

Me atraviesa con la mirada y mi estómago se encoge.

—Tal y como están las cosas ahora —continúa—, si mañana te sientas frente a un juez y te declaras culpable, lo más probable es que consigas una rebaja considerable. No cadena perpetua. Quizá veinte, veinticinco años... incluso la posibilidad de libertad condicional.

El aire se me va de los pulmones.

—¿Veinticinco años? —susurro.

—Es el escenario optimista —dice sin rodeos.

—Pero... iyo no la maté! —digo a la defensiva.

Colin me sostiene la mirada.

—Eso aún no lo sabe el jurado.

Trago saliva.

—Si luchamos —prosigue—, vamos a juicio y apostamos por la absolución, hay dos caminos posibles —hace una leve pausa y levanta un dedo—. Uno: encontramos la prueba que sostenga tu versión, por lo que alguien más debe aparecer en la ecuación... y sales libre —levanta un segundo dedo—. Dos: no conseguimos nada de lo anterior.

—¿Y entonces? —pregunto asustada.

—Entonces perderemos —responde—. Y no habrá segunda oportunidad. Pasarás el resto de tu vida en la cárcel.

El silencio cae como una losa.

—¿Qué harías tú? —pregunto desesperada.

Colin no responde de inmediato.

—Yo —dice al fin— no estaba allí.

—Pero eres el mejor abogado de Boston —replico con una sonrisa tensa.

Colin no sonríe.

—Precisamente por eso no decido por impulso.

Se levanta, camina hacia la cristalera y mira la ciudad.

—Mi trabajo no es creerte —continúa—. Es protegerte del peor escenario posible.

Se gira hacia mí.

—Así que te lo pregunto una sola vez, Tessa. Y necesito que me mires a los ojos cuando respondas.

El corazón me late en la garganta.

—¿Mataste a Maya Graves?

El tiempo se detiene. Pienso en Maya. En la sangre. En el mareo que sentía en ese momento... Pero algo dentro de mí se enciende y se niega a creer que haya podido matar a la que era mi mejor amiga. Por muy enfadada que estuviera.

—No —contesto firme.

Colin me observa durante unos segundos eternos.

—Bien —responde al fin—. Entonces vamos a luchar.

No suena heroico. No suena reconfortante. Suena peligroso.

—Necesito que pienses algo —concluye—. ¿Quieres justicia... o quieres sobrevivir?

Me levanto despacio.

—Quiero saber quién la mató —respondo—. Porque esa persona quiere acabar conmigo.

Colin me observa unos segundos más.

—Entonces —dice al fin— prepárate. Porque este proceso no va a ser fácil. Ni justo. Ni rápido —explica mientras abre la puerta del

despacho.

—Tessa... —añade—, si decides luchar, nadie va a protegerte mejor que yo, pero tampoco puedo salvarte de ti misma.

Asiento y salgo sin mirar atrás.

Por primera vez desde que todo esto empezó, no estoy segura de querer saber la verdad.

Estoy a punto de abrir la puerta del apartamento cuando me doy cuenta de que lo único que quiero es tumbarme en la cama y no moverme en horas. No pensar. No hablar. No recordar. Estoy agotada de una forma que no sabía que existía, cansada hasta los huesos, como si alguien me hubiera vaciado por dentro y hubiera dejado solo el cuerpo funcionando por inercia. No sé si conseguiré dormir, pero ahora mismo soy un zombi y una ducha caliente a lo mejor podría dejarme *KO*.

Respiro hondo antes de entrar. Colin me ha pedido que no hable con nadie. Y creo que lo mejor es hacerle caso. Así que he ignorado las cincuenta llamadas perdidas de Dorian y las veinte de Sloane, aunque me duela. Me duele más de lo que quiero admitir, porque ahora mismo parecen ser las únicas personas que se preocupan por mí de verdad, pero no puedo hablar con ellos. Todavía no.

Abro la puerta y lo primero que me golpea no es el silencio. Es el caos. Hay cosas tiradas por el suelo, ropa fuera de los cajones, un libro abierto boca abajo sobre la mesa, una silla mal colocada. El apartamento no es nuestro hogar ahora mismo. Es un campo de batalla.

—¿Dorian? —lo llamo, con la voz cansada.

No termino de decir su nombre cuando la puerta del dormitorio se abre de golpe y él aparece con una maleta en la mano, avanzando a grandes zancadas, como si llevara minutos esperando este momento.

—¿A dónde vas? —pregunto sin pensar, alarmada.

Se detiene en seco y me mira como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—¿A dónde voy? —repite, y su voz ya está cargada de rabia—. ¿En serio me lo preguntas?

Da un paso hacia mí, gesticulando con el brazo libre.

—Mi novia no confía en mí, Tessa, y además es una asesina. ¿De verdad me preguntas a dónde voy?

Las palabras me dejan sin aire.

Asesina.

No puedo ni reaccionar. Me quedo mirándolo, intentando encontrar algo en su cara que me diga que no habla en serio. Que está asustado, que realmente no lo cree, pero no. Está convencido.

—¿De verdad piensas que...? —empiezo, pero no termino la frase.

—Sí —me corta—. Lo pienso. Aunque me haya costado muchísimo admitirlo. Llevas bastante tiempo rara, he intentado que hablaras, que te comunicaras, quería estar presente, pero tú te has alejado y... después de lo de ayer en el restaurante, ya no tengo ninguna duda. De que no confías en mí y de que no te conozco en absoluto.

Dorian aprieta la mandíbula y camina de un lado a otro del salón, incapaz de estarse quieto.

—Siempre intenté obviar ciertas cosas —continúa—. Tu intensidad. Tus cambios de humor. Tus paranoias... Pero ayer..., ayer vi tu verdadera cara.

Me duele. Me duele más de lo que debería.

—Dorian —digo, intentando mantener la calma—, yo no he matado a nadie.

Se ríe. Una risa corta, sin humor.

—¡Claro que no! —responde—. Y supongo que tampoco tiraste las pastillas porque sí, ¿no?

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Una de las pastillas se quedó atascada en el desagüe. Tus antidepresivos —señala—. Si me hubieras hecho caso, si no hubieras dejado la medicación de golpe, a lo mejor no habrías cometido esta estupidez.

Eso es lo que hace que explote.

—¡No he cometido ninguna estupidez! —le grito—. Tiré las pastillas porque me estaban sentando mal. Porque me hacían sentir drogada, ausente, como si no fuera yo.

Dorian se detiene y me mira con una expresión extraña.

—¿Tú te crees que soy tonto? —dice despacio.

No entiendo esa frase. No hasta que mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una bolsita de plástico transparente con unos polvos blancos dentro.

Mi estómago se hunde.

—¿Qué..., qué es eso? —pregunto, aunque algo dentro de mí ya lo sabe.

Dorian se ríe con ironía.

—¿De verdad te vas a hacer la tonta ahora? —dice—. Tessa, esto es anfetamina.

Siento un frío recorrerme la espalda.

—¿Droga? —susurro.

—Sí, droga —responde, cada vez más enfadado—. Y ahora muchas cosas encajan. Tus subidas de energía. Tu insomnio. Tu irritabilidad. Esa hiperfijación con el trabajo. Esa forma de escribir como si te fuera la vida en ello...

Cada palabra es un golpe. Porque... encaja demasiado bien.

—¿Dónde..., dónde has encontrado eso? —pregunto con la voz temblándome.

Dorian se encoge de hombros.

—Eso es lo de menos —dice volviendo a guardar la bolsita.

No. No lo es. Y en ese momento una idea pasa fugazmente por mi cabeza.

—Dorian —digo muy despacio—. No me habrás estado drogando tú, ¿verdad?

El silencio se vuelve espeso.

—¿Qué? Estás loca —escupe—. ¿Te estás oyendo?

—Me estuviste dando vitaminas a escondidas —le recuerdo—. Y yo no lo sabía. ¿Cómo se supone que voy a saber si no estabas echándome algo más?

Su cara se endurece.

—No pienso escuchar esto —dice, agarrando la maleta con más fuerza.

Me coloco delante de la puerta.

—No te vayas —le pido, desesperada—. Dime la verdad.

Dorian me aparta de un empujón.

—Necesitas ayuda —dice—. Y yo no pienso ser tu siguiente víctima.

Abre la puerta y se va.

El portazo resuena por todo el apartamento y me quedo paralizada. No. No. No.

No puede ser que el hombre al que amaba, el que pensaba que era el amor de mi vida, me haya estado drogando. No puede ser. Me llevo las manos a la cabeza y un montón de teorías e ideas me inundan la mente mientras el corazón me late desbocado.

Mierda.

¿Por qué Dorian me drogaria? Y, peor aún... Si eso es cierto... si he estado bajo los efectos de las anfetaminas sin saberlo... ¿Puede

que perdiera el control? ¿Y si...? Esta última idea me atraviesa como un cuchillo.

¿Y si fui yo la que mató a Maya... y no lo recuerdo?

Diario de Jane Sterling

Entiendo que ahora mismo no lo comprendas del todo, Tessa.

Entiendo que, desde fuera, aquella infidelidad parezca solo un gesto desesperado, un error simétrico a los que él llevaba años cometiendo. Incluso puede parecerte justicia poética. Pero déjame explicarte por qué fue una de las cosas de las que más me arrepentí en mi vida. No por el acto en sí, sino por lo que le permitió. Por lo que abrió. Por lo que le di sin saberlo.

Después de aquella noche, nada explotó como yo esperaba. No hubo gritos. No hubo reproches. No hubo una discusión catártica que limpiara el aire. Hubo algo peor. Cameron se volvió indiferente. No frío, ni cruel, sino indiferente, que es una forma mucho más refinada de castigo. Se comportó como si aquella escena no hubiera existido. Como si yo no hubiera cruzado ninguna línea. Como si Maddox no hubiera estado allí. Como si no me hubiera visto. Y eso me destrozó.

Yo siempre había sido muy creyente. No de misa diaria ni de rosario en mano, pero sí de esas personas que creen que el matrimonio es para toda la vida, que los errores se confiesan, se expían y se perdonan. Creía en la culpa como un puente hacia el perdón. Así que intenté disculparme. Varias veces. Con palabras distintas. Con gestos. Con silencios. Pero Cameron nunca me dejó terminar una frase.

—No hace falta hablar de eso —decía con una calma que me helaba la sangre—. Ya pasó.

Pero no había pasado. Se había quedado conmigo.

Una noche, semanas después, por fin dijo algo más. Estábamos cenando, la casa estaba en silencio y yo apenas había probado la comida.

—En un matrimonio —dijo de pronto— siempre se puede fallar una vez.

Levanté la vista, esperanzada.

—Y esa vez... ya la has gastado.

No gritó. No me acusó. No me reprochó nada. Lo dijo con tono tranquilo.

Me quedé con esa frase dando vueltas en la cabeza como un guijarro suelto en la lavadora. Me sentía como si hubiéramos roto algo sagrado, pero solo yo fuera culpable. Como si solo yo hubiera fallado, a pesar de que los dos habíamos cometido errores.

Pero eso estaba a punto de cambiar. Porque el día que acusaron a Cameron de acoso a una alumna, el mundo se me vino encima. La universidad abrió una investigación interna. El rumor corrió rápido. Demasiado rápido. Cameron llegó a casa desenchajado, furioso, aterrorizado. Me dijo que era falso. Que era una alumna resentida. Que había malinterpretado una tutoría. Que alguien como él jamás cruzaría esa línea y yo quería creerle. Necesitaba creerle. Cameron lloró, se mostró vulnerable como nunca antes y entonces me recordó aquella conversación.

—Debes ayudarme —me dijo—. Los matrimonios son para eso, ¿no?

Yo me sentía culpable. Seguía sintiéndome culpable aunque los dos hubiéramos sido infieles en nuestro matrimonio. Así que lo ayudé. Moví contactos, pagué grandes cantidades y doné dinero a la universidad con una discreción quirúrgica para que aquel escándalo se desvaneciera antes de llegar a los medios. Me dije que estaba protegiendo a mi marido. Me dije que estaba salvando nuestro matrimonio. Me dije muchas cosas... Pero ahora te lo digo a ti, Tessa, porque ya no sirve de nada mentirme. Yo sabía que aquella denuncia seguramente podría haber sido real, y creo saber perfectamente quién la puso.

Fuiste tú.

Y esa es la verdadera razón por la que aquella infidelidad me persigue. No porque me acostara con otro hombre, sino porque si la denuncia era real, me colocaba exactamente donde Cameron quería: endeudada, culpable y dispuesta a

mirar hacia otro lado cuando más importaba no hacerlo. Pero la denuncia era falsa. ¿Verdad?

Lo sé porque después de aquello volviste al despacho de Cameron por voluntad propia y este murió a los pocos días. Es mucha casualidad... ¿No crees?

46

No tengo que releer esa parte del diario para saber exactamente a qué se refiere Jane Sterling.

Lo sé desde la primera línea. Desde el instante en que nombra la palabra *denuncia*...

Sé perfectamente de qué denuncia habla. Y es cierto que fui yo quien la puso.

El aire se me queda atrapado en el pecho y noto cómo algo se afloja por dentro, como si por fin una costura que lleva mucho tiempo apretada hubiera cedido. No es alivio. Es aceptación. Una aceptación amarga, tardía, que llega cuando ya no sirve de nada.

Denuncié a Flynn cuando descubrí que yo no era especial. Cuando entendí que no era la excepción, sino una más. En ese momento yo estaba en primero de carrera. Era joven, vulnerable y estaba rota de una forma que entonces no sabía nombrar. Mi padre había muerto hacía poco. Yo estaba medicada. Perdida. Necesitaba sentir que alguien me veía, que alguien me elegía. Y Flynn lo hizo...

Durante un tiempo pensé que estaba enamorado de mí. Que yo era la excepción. Que conmigo bajaba la guardia y no era solo el profesor admirado, sino un hombre. Un hombre que me escuchaba, que me hablaba de libros, de teatro, de frustraciones. Me hizo sentir inteligente. Especial. Importante. Hasta que descubrí la verdad. No fue una revelación elegante. No hubo confesión ni explicación cuidadosa. Lo descubrí porque los vi juntos, demasiado juntos y algo dentro de mí se rompió de golpe.

Sloane no era una alumna confundida. Era segura, brillante, libre. No necesitaba su atención como yo y, aun así, la tenía. Recuerdo la rabia, la humillación, la sensación de haber sido utilizada como un experimento emocional, de haber sido una distracción conveniente y entonces... lo denuncié.

Lo denuncié de forma anónima por acoso sexual. No fue porque se hubiera pasado de la raya conmigo, sino porque necesitaba recuperar el control. Porque necesitaba que él sintiera el mismo miedo que yo estaba sintiendo.

Pero ahora entiendo por qué aquella denuncia no llegó a ningún sitio, por qué el proceso se diluyó, por qué nadie volvió a llamarme y por qué todo se cerró con un silencio tan limpio. Jane Sterling pagó para que aquello desapareciera, pero yo... no lo dejé pasar.

Volví al despacho de Flynn porque, a pesar de todo, seguía enamorada. Yo no quería destruirlo. Quería que me eligiera. Quería entender. Quería que todo volviera a tener sentido. Pero Flynn fue claro —cruelmente claro—. Me dijo que no habría nada más entre nosotros. Que yo era su alumna y que lo nuestro había sido un error que debía olvidar, y entonces lo perdí hasta que... le dije que sabía lo de Sloane.

En ese momento vi su cara casi deformarse y el miedo cruzar sus rasgos por primera vez. Saqué el móvil y le enseñé la foto. Una foto de él y de Sloane besándose.

—Si no estás conmigo —le dije—, no vas a estar con nadie. Publicaré la foto y destruiré tu carrera. Como tú me has destruido a mí. Porque tengo más. Fotos de nosotros dos juntos. La universidad sabrá que juegas con varias de tus alumnas.

A veces recuerdo esa frase en mi cabeza y no me reconozco. No era yo. O sí lo era, pero una versión que preferí olvidar.

Ahora sé que me pasé de la raya. Crucé una línea que no tenía vuelta atrás, pero en ese momento estaba dolida, medicada, enfadada con el mundo y nadie me enseñó a manejar eso sin hacer daño.

Después de esa conversación, Flynn cambió. Lo noté enseguida. Llegaba tarde, cansado, en tensión. Incluso olía distinto, parecía ir atropellado, como si viviera con un peso constante en el pecho y cuando, meses después, salió la noticia de su muerte... lo entendí todo.

Profesor de la Universidad de Boston fallece en un trágico accidente de coche en la I-90

Las palabras vuelven a mí como un eco deformado por el tiempo, pero ahora pesan distinto. Ya no son un titular borroso ni una noticia que pasé rápido porque dolía demasiado. Ahora son una acusación directa. Lo recuerdo perfectamente. Era de madrugada cuando lo leí en el móvil, medio dormida, con los ojos hinchados de tanto llorar por él y por mí.

El coche se había salido de la vía en una curva suave, una de esas que no deberían ser peligrosas si estás sobrio, si estás atento, si no llevas la cabeza hecha pedazos. Decían que no había habido otro vehículo implicado, tampoco había marcas de frenada y que el impacto fue frontal contra la mediana. Luego vinieron los detalles que entonces intenté no unir: alcoholemia positiva, restos de estimulantes en sangre, conducción temeraria...

Recuerdo haber dejado el móvil sobre la cama como si quemara. Recuerdo haber pensado que aquello no podía ser cierto. Cameron no bebía así. No se drogaba. Era control, pulcritud, corrección. Era el hombre que me hablaba de ética, de límites, de responsabilidad. El

hombre que me decía que yo era brillante, pero imprudente e inmadura.

Ahí fue cuando la culpa se instaló en mí como algo permanente. Porque, aunque yo no le puse una copa en la mano ni droga en el cuerpo, sé que lo empujé. Sé que añadí presión. Sé que le di motivos para huir de sí mismo y si no le hubiera dicho lo que le dije esa noche... tal vez no estaría muerto.

Desde entonces, una parte de mí siempre se ha considerado culpable. No legalmente, pero sí moralmente. Por eso, cuando ahora leo las palabras de Jane Sterling y la certeza con la que sabía que aquella denuncia era falsa, que sabía que fui yo... no me indigno. No me defiendo. No me enfado. Solo siento una certeza helada asentarse en mi interior. Tal vez no maté a Maya ni empuñé el arma, pero ya he destruido una vida antes y eso... me convierte en algo muy parecido a una asesina.

Estoy a punto de volver a leer cuando alguien golpea la puerta con fuerza de una forma desesperada. El corazón me da un vuelco tan fuerte que me pongo de pie de un salto y el diario de Jane cae al suelo. Lo recojo como puedo, lo dejo bajo la mesa de café y la palabra *borracho* todavía me retumba en el cráneo. Camino hacia la puerta conteniendo la respiración y miro por la mirilla.

Es Sloane, y parece nerviosa. Se mueve de un lado a otro, se pasa una mano por el pelo, se muerde el labio. Parece al borde del colapso.

Dudo un instante en abrir la puerta porque las palabras de Colin me atraviesan la cabeza como una alarma: *No hables con nadie*. Levanto la mano para alejarme... y entonces la oigo.

—Tessa, ábreme —dice con la voz rota—. Acabo de hablar con Dorian.

Abro la puerta antes de pensarlo. La agarro del brazo y la meto dentro casi arrastrándola. Cierro de un portazo y echo el cerrojo.

—¿Estás bien? —pregunta de inmediato, mirándome de arriba abajo—. No me cogías el teléfono, he llamado mil veces, no puedo creer que te hayan acusado de asesinato, Tessa... —Los ojos se le llenan de lágrimas—. Esto es una locura.

Habla rápido, atropellada, como si tuviera miedo de que se le acabe el tiempo.

—Conozco a un abogado buenísimo —añade—. Me debe un favor. De verdad, es increíble, podría ayudarte...

—Sloane —la interrumpo con suavidad—. Para. Siéntate.

Me mira sorprendida, pero obedece. Se sienta en el sofá y me observa como si esperara verme desmoronarme.

—Estoy... —busco las palabras— todo lo bien que se puede estar después de que asesinen a mi mejor amiga y me acusen por ello.

No sonrío. No bromeo. Es un hecho.

—No te he contestado porque no podía —continúo—. Necesitaba entender qué estaba pasando antes de hablar con nadie, y ya tengo abogado —le informo—, pero gracias. De verdad.

Sloane suspira, aliviada.

—Me alegra verte así de... ¿calmada? —responde confusa—. Pensé que estarías hecha polvo.

No le digo que esto no es calma. Es estar en *shock*.

—¿Qué te ha dicho Dorian? —pregunto.

El cambio en su cara es inmediato. Se tensa y aprieta las manos sobre las rodillas.

—Esta mañana he hablado con él —empieza—. Y me ha contado que...

Se queda en silencio y duda.

—Dímelo —la presiono tras unos segundos de espera.

—Me ha dicho que encontró anfetaminas en tu mesita de noche — responde rápidamente sin mirarme a los ojos.

El mundo se me cae encima y la falsa «calma» que había construido se hace añicos de golpe.

—¡No! —grito—. No. Eso es mentira.

La voz me tiembla.

—Tessa...

—Es mentira —repito—. Joder, es mentira.

Me paso las manos por la cara y empiezo a hablar sin orden, sin filtro, sin cuidado.

—Me cuesta creerlo, pero... creo que Dorian me estaba drogando. Hubo una mañana —trago saliva— en la que lo pillé echando algo en mi zumo. Me dijo que eran vitaminas. Me enseñó un bote de NeuroBloom. Dijo que era para la energía o yo qué sé —explico abrumada.

Sloane me mira con atención absoluta.

—¿De verdad crees que Dorian haría algo así? —pregunta preocupada.

—¡No! No lo sé. Es que no encuentro ninguna otra explicación. Yo pensaba que Dorian era perfecto —digo alterándome con cada palabra.

—Bueno, pelirroja, cálmate. Vamos paso a paso. ¿Sigues teniendo el bote de las vitaminas? —intenta calmarme.

Asiento, me levanto y me dirijo al baño con las piernas temblorosas. Cojo el frasco del armario, vuelvo al salón y se lo tiendo. Sloane lo examina con cuidado. Lee la etiqueta, lo gira, lo abre y saca una cápsula transparente. La parte en dos y el polvillo blanco cae sobre la mesa de café.

Sin decir nada, humedece el dedo meñique con la lengua, lo posa sobre el montoncito y se lo lleva a la boca.

—Sloane, ¿qué haces? —susurro, horrorizada.

Ella espera unos segundos que se me antojan eternos y luego me mira.

—Esto no son vitaminas, Tessa —dice muy seria.

Se me corta la respiración.

—Son antidepresivos en polvo —añade en el mismo tono.

El silencio que sigue es absoluto.

Me levanto de golpe del sofá y empiezo a caminar por el salón sin rumbo, con las manos en la cabeza, los dedos hundiéndose en el pelo como si así pudiera sujetar algo que se me está escapando por dentro. No puede ser. No puede ser que haya estado drogándome sin saberlo. No puede ser que todo este tiempo... todo... haya sido real y no lo haya visto.

—Es un cabrón —murmura Sloane, rompiendo el silencio—. Un puto cabrón.

Me giro hacia ella, pero no soy capaz de decir nada. Siento el pecho demasiado lleno, como si el aire se hubiera vuelto espeso de repente.

—Tessa —añade con cuidado—, ¿desde cuándo te las estás tomando?

La pregunta me atraviesa como una aguja.

—No lo sé... —respondo al principio, pero enseguida niego con la cabeza—. Bueno, sí lo sé. Más o menos... dos meses.

La expresión de Sloane cambia al instante y entonces algo encaja. Es como si una pieza enorme, afilada, hubiera estado flotando delante de mí todo este tiempo y de pronto se colocara en su sitio con un golpe seco.

—El test... —susurro.

Sloane frunce el ceño.

—¿Qué test?

Me dejo caer otra vez en el sofá, incapaz de sostenerme en pie.

—El control médico del trabajo —explico—. El test rápido de orina.
¿Te acuerdas?

Levanto la vista hacia ella.

—Sí, es verdad, es política de la empresa —aporta.

—Pues... mi prueba dio positivo —añado mordiéndome las uñas nerviosa.

Sus ojos se abren un poco más.

—¿Positivo en qué?

—En antidepresivos —digo entendiéndolo todo—. Los he estado tomando, pero la enfermera me advirtió que la dosis que mostraba el resultado era demasiado alta.

Sloane asiente lentamente, como si ya lo esperara.

—Has estado tomando una dosis extra con estas pastillas —dice.

Me llevo las manos a la cara.

—La enfermera también me dijo que no era normal que superara tanto el umbral. Que lo dejara. Que algo no cuadraba.

Sloane no dice nada durante unos segundos.

—Tessa... —empieza con cuidado tras la pausa—. Los antidepresivos no son una tontería. Sus efectos son muy fuertes. Pueden causar paranoia, mareos, euforia extrema, bajones, desorientación, lagunas de memoria... y más cosas que seguramente no recuerdo ahora mismo.

La palabra me golpea.

—¿Lagunas? —repito.

Asiente.

—Amnesia. Pérdidas parciales de conciencia. Momentos que no recuerdas con claridad —explica—. Muchos de los asesinos a los que he investigado se drogan antes de cometer el asesinato para tener una experiencia más fuerte y con menos remordimientos. Por lo que

sé, hay drogas muy comunes que producen este tipo de efectos, y una de ellas es la anfetamina.

Siento cómo el estómago se me retuerce.

—Yo estaba mareada ese día... —digo casi sin darme cuenta—. Antes de discutir con Maya me dolía la cabeza y sentía como si todo fuera demasiado intenso.

Sloane me mira con una mezcla de preocupación y miedo.

—Tessa...

—No entiendo por qué —interrumpo—. No entiendo por qué Dorian haría algo así. ¿Qué ganaba con esto?

Sloane niega despacio.

—No lo sé, pelirroja, pero lo vamos a averiguar.

Se levanta y se acerca a mí.

—Juntas —añade agarrándome las manos.

Asiento, porque no tengo fuerzas para hacer otra cosa, y cuando me rodea con los brazos me aferro a ella como si fuera lo único sólido que queda en mi vida, pero mientras la abrazo, mientras apoyo la frente en su hombro, no puedo dejar de pensar en una sola cosa.

En la sangre de Maya por todas partes. En el tiempo que estuve encerrada en el baño. Y en la posibilidad —terrible e insoportable— de que quizá fui capaz de hacerlo.

De que quizá maté a mi mejor amiga y que, drogada, rota y fuera de mí... simplemente no lo recuerdo.

Diario de Jane Sterling

Durante mucho tiempo pensé que la culpa iba a destruirme.

Tras la muerte de Cameron, los primeros días fueron un bloque de hormigón de sensaciones: incredulidad, vértigo, un dolor tan denso que parecía ocupar espacio físico dentro del pecho. Me repetía que, si aquella noche no hubiera ocurrido, si yo no hubiera cruzado ciertas líneas, quizá él seguiría vivo. Quizá no habría salido de casa. Quizá no habría bebido. Quizá no habría conducido. Los «quizá» son una forma elegante de tortura y, al parecer, mi forma favorita. Pero entonces pasó algo curioso. Algo que me avergüenza admitir incluso ahora: el éxito no me dejó tiempo para el duelo. Mis libros se vendían como si el mundo necesitara desesperadamente leerme. Firmas interminables. Aeropuertos. Hoteles impersonales. Entrevistas donde me preguntaban por Alora, por su mente, por su oscuridad, por su moral ambigua. Nadie preguntaba por Cameron. Nadie sabía nada sobre mi vida privada. Solo querían a la autora y yo acepté ese papel con una facilidad alarmante.

Durante meses, viví en una huida constante. Si no me detenía, no tenía que sentir. Si no dormía en la misma cama demasiadas noches seguidas, no tenía que escuchar el eco de su respiración. Si estaba rodeada de lectores, de aplausos, de expectativas, podía fingir que el pasado no me alcanzaba. No lloré a Cameron como debía y eso lo entendí demasiado tarde.

Todo cambió cuando las giras terminaron y volví a casa. A nuestra casa. Entonces el silencio me cayó encima como una condena. Cada habitación estaba impregnada de él. No como un recuerdo amable, sino como una presencia

incómoda. El perchero donde dejaba el abrigo. El escritorio donde corregía textos ajenos con una severidad casi cruel. El pasillo que conducía al dormitorio, ese mismo pasillo que había recorrido tantas veces creyendo que mi matrimonio era un lugar seguro. En ese momento una idea empezó a tomar forma en mi cabeza: Cameron no se había ido, solo había cambiado de forma.

Empecé a dormir mal, a despertarme sobresaltada, a escuchar pasos que no existían y entendí que, si no hacía algo, perdería la cabeza. Así que hice lo único que ya me había salvado una vez: Escribir. Pero no como había estado haciendo antes, no buscaba gustar, ni vender. Esta vez quería escribir para entender.

Sentía pena por la muerte de Cameron, sí, pero eso no borraba lo que había vivido con él. No borraba su manipulación sutil, su forma de girar siempre la culpa hacia los demás, su posición de poder disfrazada de ética académica. Y entonces la idea empezó a formarse con una claridad aterradora. El villano sería él. Un profesor universitario respetado, admirado, intocable. Un hombre que utilizaba su posición para moldear voluntades, para confundir admiración con deseo, para cruzar límites sin dejar huellas visibles, y la protagonista sería una de sus alumnas. Theresa Hale. La chica que había denunciado a Cameron de forma anónima, la que me había costado dinero, tiempo y una parte de mi conciencia, la que, durante años, había sido una espina clavada en mi memoria.

Quería entenderlos a los dos, por lo que me metí en sus cabezas como solo alguien obsesionado puede hacerlo. Revisé archivos de Cameron. Correos. Documentos. Viejas notas. Pedí información —extraoficial— sobre la denuncia de hacía años. Usé contactos que no debería haber usado. Crucé líneas que ahora sé que no tienen justificación ética. Pero necesitaba respuestas.

Llegado ese punto conocía perfectamente a mis dos personajes. Sabía todo sobre ellos. Todo. Pero seguía faltando algo... algo que cambió cuando conseguí las grabaciones de seguridad del pasillo donde estaba el despacho de Cameron. Horas y horas de imágenes mudas. Pasillos vacíos. Profesores entrando y saliendo. Estudiantes nerviosos. Gestos aparentemente irrelevantes. Hasta que vi algo. Tú volviste. Después de denunciarlo y poner en marcha un proceso que podía haber

destruido su carrera. Volviste voluntariamente a su despacho y esa fue la pregunta que lo cambió todo: ¿por qué volvería alguien a ver por voluntad propia a su supuesto acosador? Esa pregunta no solo me obsesionó a mí. Supe, en ese instante, que también obsesionaría a los lectores. Que los obligaría a cuestionar la verdad, la culpa, la victimización, el poder. Así que seguí investigando.

Sabía que la denuncia era falsa. Lo sabía porque descubrí que habías tenido tutorías regulares con Cameron. Tutorías largas, frecuentes y de las que salías satisfecha. Demasiado cómoda para alguien que, en teoría, debía temer a su agresor.

Intenté recuperar los mensajes del teléfono de Cameron, pero el accidente lo había destrozado casi por completo. Aun así, indagando en foros especializados, encontré un pequeño local en el centro de Boston que prometía recuperar datos incluso de dispositivos dañados, por lo que lo llevé sin pensarlo. Pero no supieron decirme cuánto tardarían.

Mientras tanto, tenía compromisos editoriales. Fechas. Plazos. Obligaciones. Escribía lo que me pedían... y guardaba mis verdaderas horas de lucidez para La alumna. Así lo llamé. Me obsesioné de forma insana y no se lo enseñé a nadie, ni siquiera a Theo. Porque era algo mío y era peligroso.

Cuando supe que tú —Tessa—, ibas a trabajar en Blackpage, sentí algo romperse dentro de mí. Una furia antigua, densa, que creía enterrada. No podía permitir que volvieras a entrar en mi vida. Me había costado demasiado dinero, culpa, silencio y, de algún modo que aún no sabía nombrar, también la muerte de mi marido. Pero no podía decirle nada a Theo. Así que hice lo que siempre hacía cuando perdía el control: escribir. Y esa misma tarde recibí el mensaje del taller:

Arreglos Marsh

Su dispositivo está listo.

Fui a recogerlo sin dudar y lo que encontré dentro no solo cambió el rumbo del libro.

Cambió el sentido de todo.

Tan grande fue la verdad, tan insoportable, que comprendí algo con una claridad absoluta: una autora de thriller no sobrevive a verse implicada en su propia historia. No cuando el escándalo amenaza con devorarlo todo. No cuando la línea entre ficción y realidad desaparece por completo.

Había olvidado algo que quería por encima de todas las cosas. Algo que durante años había apartado a un lado con cuidado, como se aparta un objeto frágil para no romperlo del todo. Me convencí de que ya no dolía. De que el deseo se había apagado. De que la ausencia se había vuelto costumbre. Pero verlo con mis propios ojos hizo que ese dolor —el que creí insoportable años atrás— regresara de golpe, intacto, afilado, como si nunca se hubiera ido.

No quise verlo caer. No quise presenciar cómo todo lo que había construido —mi nombre, mis libros, mi voz, mi lugar— se desmoronaba ante mis ojos. No quise enfrentarme a lo que significaba. A lo que implicaba. A lo que me convertía. Así que elegí desaparecer antes.

No fue cobardía. Fue control y la última decisión que aún podía tomar por mí misma. Por eso, Tessa, si quieres saber la verdad... si quieres entender por qué nada de esto encaja del todo, si quieres ver lo que yo vi y que no pude soportar, esto es para ti.

Aunque creo que a estas alturas lo sabes de sobra.

Despego con cuidado la foto que encontré en el diario de Jane Sterling porque mis dedos no dejan de temblar y temo romperla. Apenas he sido capaz de volver a verla desde que leí el diario. El celo se resiste un poco, pero la libero del papel sin romperla, la sostengo entre los dedos y la observo durante unos segundos que se me hacen eternos. No hace falta ser médico para entender lo que estoy viendo. Una ecografía. Y no es de Sterling.

Sino mía.

El estómago se me revuelve con violencia. Apenas llego al baño, caigo de rodillas frente al váter y vomito. Me apoyo con una mano en el suelo frío y respiro como puedo hasta que el mareo cede un poco. Me enjuago la boca, me miro en el espejo y apenas me reconozco. Tengo la cara pálida, los ojos demasiado abiertos, como si acabara de despertar de una pesadilla... o como si aún no hubiera salido de ella.

Cuando vuelvo al salón, el silencio es espeso. El diario de Jane se ha convertido en una sucesión de sombras: fragmentos de su vida, pensamientos que no estaban pensados para ser compartidos, recuerdos oscuros, retorcidos y... brillantes. Ahora mismo la conozco mejor de lo que nunca imaginé que la conocería, pero nada me había preparado para este último fragmento. La forma que se aprecia en la foto es clara. Inconfundible. Un perfil diminuto, casi irreal, suspendido en ese blanco y negro borroso. Un feto.

Vuelvo a mirar la ecografía desde la cama, con la luz tenue de la lámpara y entonces lo entiendo. No todo, pero sí lo suficiente.

Después de años intentando ser madre. De renunciadas. De frustración. De silencios incómodos. Descubrir que tu marido —muerto— dejó embarazada a otra persona tiene que ser devastador. No solo por la traición, sino por lo que simboliza. Por todo lo que no fue contigo y sí con otra.

Me pregunto si Jane llegó a descubrir de quién era esa ecografía y por eso me dejó el diario. Aunque no hay nombre, ni hay fecha clara. Solo la prueba. Cruda. Irrefutable. De que Cameron iba a tener un hijo.

Ahora empiezo a entender por qué Jane Sterling se suicidó. No lo justifico. Pero lo entiendo... y eso es lo realmente peligroso.

Siempre pensé que hacía falta algo inmediato, algo insoportable en el presente, para empujar a alguien hasta ese límite. Además, nunca habría imaginado que alguien como ella —una autora de éxito, una mente brillante, una mujer que parecía tenerlo todo bajo control— pudiera romperse por algo que ocurrió hace tres años. Pero hay heridas que no caducan. Sobre todo, cuando tienen que ver con lo que nunca llegas a tener.

El móvil vibra sobre la mesa y el sonido me sobresalta. Lo cojo con manos algo torpes y leo el mensaje.

Sloane

He visto a Dorian y tengo todo lo
que necesitamos.

El pulso se me detiene y siento un escalofrío recorrerme la espalda, lento, desagradable. Mi mente empieza a correr sin control. ¿Qué significa «todo lo que necesitamos»? ¿Ha descubierto algo

sobre Dorian... o sobre mí? ¿Y si no se trata de demostrar que él me drogaba? ¿Y si ha encontrado algo que apunta justo a lo contrario?

Trago saliva.

¿Y si Sloane ha llegado a la conclusión de que yo soy la asesina... y simplemente no lo recuerdo?

Mis dedos se mueven antes de que pueda pensarlo demasiado.

Por favor, no tardes.

Envío al instante. No espero respuesta y dejo el móvil sobre la mesa. El apartamento vuelve a quedarse en silencio y me agobio, por lo que me levanto, doy un par de vueltas sin sentido y finalmente vuelvo a sentarme.

El timbre me arranca de golpe del pozo mental donde me he sumergido estos últimos veinte minutos, pero tardó un segundo en reaccionar. Así que el timbre vuelve a sonar, pero esta vez más insistente. Camino rápidamente hacia la puerta como si mi vida dependiera de ello. Al llegar cojo aire y miro por la mirilla. Es Sloane, tiene el pelo recogido a medias, la chaqueta mal cerrada y el portátil apretado contra el pecho como si fuera una extensión de su cuerpo. Tiene los ojos demasiado despiertos, como si llevara horas sin dormir. Cuando abro no me da tiempo a decir nada porque Sloane entra directa y me abraza con fuerza, de esas veces que no son un «hola», sino un «no te derrumbes ahora».

—No he podido dormir —murmura contra mi hombro—. No sé si tú..., pero yo no he podido.

Yo tampoco, pienso, pero no lo digo. Porque si abro la boca, no estoy segura de poder articular palabra.

Sloane se separa un poco, me mira la cara y frunce el ceño.

—No te vas a creer lo que tengo que decirte —añade con seriedad.

Nos movemos al salón, Sloane se sienta en el sillón, deja el portátil en la mesa de café y lo empuja en mi dirección. Yo me quedo en el borde del sofá, rígida, con las manos entrelazadas como si estuviera rezando.

—Voy a ir al grano —dice después de respirar hondo—. Y lo que voy a contarte es... bastante fuerte. Así que necesito que me escuches sin interrupciones.

Levanto una ceja y por un instante dudo si de verdad quiero saber lo que ha descubierto porque puede significar que lo que va a decirme puede salvarme... o hundirme.

Sloane apoya las manos en el sillón con actitud.

—Tessa —dice, y por primera vez desde que ha entrado su voz se suaviza—. Necesito que seas fuerte. Y necesito que no te culpes por lo que voy a decir, ¿vale?

Trago saliva con dificultad y abro el portátil. Mi mirada va de la pantalla a Sloane como un metrónomo.

—Empieza —añado.

Sloane asiente y cuando habla, lo hace con una calma que me resulta inhumana.

—Dorian no está «pasando por una mala racha». Está hundido. —Hace una pausa mínima—. Está hasta arriba de deudas.

El estómago se me cae al suelo.

—No... —susurro, pero me muerdo la lengua. Había prometido escuchar, pero no tenía ni idea de esto.

—Tarjetas, préstamos personales y lo peor: un prestamista privado —continúa Sloane.

Alzo la vista.

—Hay extractos bancarios, pagos fraccionados, ingresos de origen dudoso y transferencias recurrentes a un nombre que no aparece en ningún directorio legal de Massachusetts —sigue explicando.

Yo no logro reaccionar hasta que veo los datos que aparecen en la pantalla. En ese momento me llevo una mano al pecho, agobiada. Dorian... deudas... prestamista... No encaja con el hombre que me hacía tostadas y me decía que me iba a ir genial en Blackpage. No se corresponde con el novio que me besaba la frente cada día.

—¿Por qué? —se me escapa, porque no puedo contenerlo—. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué me lo ocultaría? —pregunto sin saber si realmente quiero una respuesta—. Sloane...

Ella me corta con suavidad.

—Déjame terminar, pelirroja —me corta apoyando una de sus manos en mi hombro—. Según lo que he investigado... Dorian tenía problemas con el juego y si tú te enterabas, podías irte. Y si tú te ibas... él se quedaba solo con el problema —explica mientras camina alrededor del sillón—. Cuando me dijiste que participabas en el concurso literario y lo que supondría un gran salto profesional, me resultó raro que Dorian estuviera tan... encima. Tan pendiente. Apoyándote tanto. —Sus labios se tensan—. Y cuando luego me contaste lo de las vitaminas...

Vuelvo a sentir el nudo en la garganta.

—¿Qué quiere decir? —pregunto casi en un susurro.

Sloane deja el portátil un momento y coge el frasco de NeuroBloom de mi mesa.

—Que te drogó para que fueras más efectiva. Para que escribieras más. Para que escribieras mejor.

El silencio cae como una losa y mi garganta se cierra. La palabra *drogó* no cabe en mi cabeza, aunque llevo horas viéndola desde dentro.

—Eso... no tiene sentido —digo, pero mi voz no suena convencida ni para mí.

Sloane me mira con una pena que me enciende por dentro.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Segura —dice—. Y ahora viene lo peor.

Se gira hacia mí.

—Tessa, tú pensabas que Maya te sabotaba. Yo también. —Traga saliva y por primera vez se le nota algo humano—. Pero hay una parte que no encajaba: el motivo. Maya quería controlarte, sí. Estaba obsesionada, sí. Pero... ¿para qué sabotarte el trabajo si eso te alejaría de ella?

Me quedo helada y Sloane señala el portátil.

—Lo que Dorian quiere es el dinero del premio —sentencia—. Si estabas reventada con plazos, correos, reuniones, caos... no escribías. Pero si dejabas de acudir a las reuniones, si incluso conseguían echarte de la editorial, tendrías todo el tiempo del mundo para encerrarte en casa con el portátil y centrarte en el reto. Además, ser becaria de la editorial iba contra las normas del concurso, ¿no? Le convenía que dejaras de serlo para que pudieras participar sin problemas. —Hace una pausa—. ¿Y qué pasaba mientras él te boicoteaba y tú no cumplías con tu trabajo en la editorial? —hace una leve pausa, pero no espera respuesta—. Que escribías como una máquina. Como si te fuera la vida en ello.

Siento un mareo, pero no digo nada y Sloane continúa. Cada palabra es un paso más hacia un precipicio.

—Dorian necesitaba que triunfaras. Porque si ganabas el concurso, si conseguías el contrato, si publicabas... él tenía una salida. Dinero, Tessa. —Se inclina un poco hacia delante—. Y si no podías escribir rápido, necesitaba empujarte.

—¿Entonces insinúas que... me drogó para mejorar mi rendimiento? ¿Por el dinero del premio? —logro preguntar.

—No lo insinúo —responde Sloane—. Lo... confirmo.

En ese momento me noto temblar.

—Es retorcido, pero tiene sentido. —Señala el portátil—. Y tengo pruebas.

—Enséñamelas —pido impaciente.

Sloane abre un archivo de audio.

—Esto es una grabación —dice—. De hoy.

Me quedo rígida.

—¿De hoy? —repito sorprendida, aunque ya sabía que Sloane había quedado con él.

—Sí, he quedado con Dorian —contesta—. Y he puesto el móvil a grabar desde que me he sentado. Escucha —dice acercando el dedo a la tecla.

Sloane pulsa la tecla para reproducir la grabación y la voz de Dorian suena amortiguada al principio, como en un bar o un coche. Después se escucha con claridad.

—... no sé qué coño quieres que te diga, Sloane. —Suena irritado—. Esa tía está... está ida. Siempre lo ha estado.

Me llevo una mano a la boca porque me sube la bilis al oírlo. «Esa tía». Yo. Como si no hubiera sido nada para él.

Sloane, en la grabación, habla tranquila.

—¿Ida..., por qué? ¿Por las pastillas?

En ese momento se hace un silencio de unos segundos y, luego, Dorian lo rompe.

—Yo solo intentaba ayudarla, joder —se defiende y da un golpe en lo que parece ser la mesa del bar.

Sloane detiene la grabación y abre otra carpeta. Esta vez hay capturas: mensajes, notas, números, fechas.

—¿Qué es esto?

Sloane señala una conversación.

—Mensajes de Dorian con un prestamista —dice—. He cruzado el número con los créditos que ha pedido y que no puede pagar.

—¿Y cómo has hecho eso? —pregunto confundida.

—No me subestimes de nuevo —contesta con el ceño fruncido.

—Te pedí... —La voz se me rompe al pensarlo, pero consigo decir —: Te pedí que no te metieras, que no investigaras a Dorian.

Sloane traga saliva.

—Tessa. —Su mirada me atraviesa—. Dorian es quien envió a Theo Maddox mensajes en tu nombre. Lo he comprobado, tiene copia de los correos en su propia cuenta.

—No puede ser...

—Tienes que creerme... —añade Sloane—. En uno de los borradores hay una nota guardada en el móvil de Dorian con tus contraseñas. —Levanta la mano antes de que yo explote—. No sé cómo las conseguí, pero las tenía.

Siento que me falta el aire.

—No..., no... —susurro—. Esto... no puede estar pasando.

Sloane sigue, implacable.

—Dorian no te sabotaba para hundirte, pelirroja. Te sabotaba para aislarte. Para que no tuvieras margen de pensar. Para que tu vida fuera solo escribir, escribir, escribir... y él pudiera controlarlo todo desde fuera. ¿Entiendes ahora por qué sospechaba de él? No quería meterme, pero sentía que pasaba algo raro.

Me cubro la cara con las manos.

—No lo entiendo —digo derrumbándome—. Ese borrador que envió me ha jodido el Reto Sterling —consigo articular entre sollozos.

—Lo sé, amiga, pero él pensaba que lo estaba mejorando. Como cualquier hombre neandertal, pensaba que lo haría mejor que una mujer —me explica con suavidad.

—¿Y Maya? —pregunto con la voz rota—. Desconfié de Maya. Y ella ahora está... muerta. ¿Por qué?

Sloane se queda quieta un segundo, como si esa parte le doliera incluso a ella.

—Creo que lo hizo Dorian —revela de repente y el corazón se me para por completo—. Porque Maya lo descubrió. Tuvo que descubrirlo, ¿por qué, si no, iba a matarla? —Sloane aprieta los dientes—. Nos equivocamos con Maya. Yo me equivoqué. Con lo que me contó su madre, pensé que ella era la que te estaba saboteando. Pero ya no lo creo. Maya, aun con todos sus problemas de salud mental, no creo que quisiera hacerte daño. Dorian lo hizo. Está tan endeudado que ha perdido el juicio, Tessa. Estás en peligro.

Me tiemblan las piernas.

—¿Me estás diciendo que...?

Sloane asiente, despacio.

—No —digo, cabeceando—. Dorian no me haría daño.

—Lo ha hecho porque te necesita —responde y se inclina un poco hacia mí—. Necesita que lo salves de sus deudas impagables. Y cuando tú discutiste con Maya y te fuiste al baño... él tuvo la oportunidad perfecta. No sabemos hasta dónde puede llegar por conseguir lo que quiere.

La habitación se queda sin sonido.

—¿Tienes algo que lo sitúe en la editorial en ese momento? —pregunto alterada.

Sloane abre otro archivo.

—Metadatos de ubicación de su teléfono —responde—. No exactos, pero lo colocan cerca de Blackpage esa noche, y tengo un registro de su coche: un ticket de parking a dos calles.

Me levanto falta de aire y doy tumbos hasta la cocina. Sloane me persigue y es ella la que me sirve un vaso de agua.

—Pelirroja —dice en voz baja—. Mírame.

La obedezco.

—Tú no mataste a Maya —afirma con una seguridad que yo no puedo permitirme—. Fue él. Maya descubrió lo que Dorian estaba haciendo. Tienes que irte de aquí, desaparecer de este piso. Ponerte a salvo de Dorian. No sabemos lo que puede llegar a hacer y es mejor que no te encuentre.

—No, si hago eso pareceré sospechosa —respondo—. Si me escondo o desaparezco ahora, seguirán pensando que tuve algo que ver con la muerte de Maya.

En ese momento comienzo a sollozar sin control y Sloane me abraza con fuerza mientras me consuela. Yo intento escucharla, pero mi cabeza no deja de pensar que si Dorian hizo esto... si Dorian me drogó... si Dorian mató a Maya... Entonces el asesino no está solo en la editorial. El asesino ha estado durmiendo en mi cama.

49

Al día siguiente el móvil vibra sobre la mesilla y me sobresalto. Es un mensaje de Kai.

Kai

Hola. No he querido hablarte hasta ahora porque creo que necesitabas tiempo, pero me gustaría saber cómo estás.

Exhalo despacio y recuerdo las palabras de mi abogado: *no hables con nadie*. Durante un segundo dudo, pero luego dejo el diario a un lado. No puedo estar sola ahora mismo. No quiero.

Hola. Gracias por darme espacio.

No sabría decirte muy bien cómo estoy.

La respuesta llega enseguida.

Kai

Es normal. Si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes.

Me quedo mirando la pantalla unos segundos y pienso en Sloane, en lo agotada que debe de estar y en todo lo que ha hecho por mí. También pienso en Kai, en su voz tranquila, en lo poco que tiene que ver con todo esto, y quizás eso es justo lo que necesito.

¿Te apetece venir un rato?

Kai

Claro. Ahora mismo salgo, si te parece bien.

Veinte minutos después, el timbre suena. He aprovechado para recoger un poco el salón y cambiarme. Desde que volví del despacho de Colin no me había quitado el pijama. Ahora llevo algo sencillo, cómodo, pero presentable. Abro la puerta y Kai está ahí, sonriendo con suavidad. Me sorprende lo guapo que es. O quizá siempre lo fue y yo no estaba en condiciones de verlo. Se ha cortado el pelo y eso le da un aire más juvenil, casi aniñado.

—Hola —dice con timidez.

—Hola —devuelvo el saludo en el mismo tono.

Lo invito a pasar y entra con cierta cautela, como si percibiera que este piso ya no es un lugar tranquilo, pero supongo que eso solo lo pienso yo.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunto.

—Sí, claro —responde—. Lo mismo que vayas a tomar tú.

Sonrío por primera vez en días.

—Entonces algo fuerte —adviento.

Él sonrío también y asiente.

—Algo fuerte —confirma.

Mientras me dirijo a la cocina, pienso que quizá no sea buena idea. Pero también pienso que, por primera vez en días, no quiero

pensar en nada más y eso, ahora mismo, es suficiente. Así que nos sentamos en el sofá con las bebidas en la mano y, durante unos minutos, ocurre algo que casi había olvidado que existía: normalidad.

Hablamos de tonterías. De películas malas que nos gustan demasiado. De comedias románticas que fingimos odiar pero que vemos siempre que estamos cansados del mundo. Kai me cuenta que es incapaz de superar *Notting Hill* y yo me río porque no me lo esperaba de él. También me cuenta que en la editorial «cogió prestado» un libro hace meses —hace comillas con los dedos— y está convencido de que me encantaría.

—Te pega muchísimo —añade—. Tiene ese punto irónico que seguro que te gusta.

Luego menciona un anuncio reciente. *La llama blanca*. Un *romantasy* con dragones, política, traiciones y una protagonista feroz. Dice que tiene una pinta increíble y ahí es cuando algo se me apaga por dentro. Porque *La llama blanca* era la novela en la que estaba trabajando justo antes de que me despidieran. La que había empezado como una tortura y terminó siendo lo único que me hacía levantarme por las mañanas. Supongo que se me nota, porque Kai se calla de golpe.

—Lo siento —dice enseguida—. No pretendía... No sabía.

—No pasa nada —respondo demasiado rápido—. De verdad.

Pero sí pasa. Solo que no quiero hablar de ello. No ahora. Ni tampoco con él.

—Voy al baño un segundo —añado, levantándome.

En el baño me echo agua fría en la cara y apoyo las manos en el lavabo. Me miro al espejo y apenas me reconozco. Parezco una versión cansada de mí misma. Más mayor. Más frágil.

—Todo va bien —me digo en voz baja—. Todo va bien.

No sé a quién intento engañar.

Respiro hondo una vez. Dos. A la tercera vuelvo al salón. Y entonces lo veo. Kai está inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, sosteniendo algo entre las manos. Algo que reconozco de inmediato. El corazón me da un salto violento.

—No —digo demasiado alto.

Me acerco a toda prisa y le arrebató el diario de Jane Sterling de las manos antes de que pueda reaccionar. Lo aprieto contra el pecho como si así lo pudiera hacer desaparecer.

—Lo siento —dice él enseguida, sorprendido—. No debería haberlo cogido. Estaba... aburrido... y era lo que tenía más a mano —señala la balda inferior de la mesa de café—. Perdón, de verdad.

Me maldigo por haberlo dejado ahí y no haberlo llevado al dormitorio. Pero quería tenerlo cerca.

Kai me mira con cautela.

—¿Qué es? —pregunta despacio bebiendo un trago de vodka.

Sopeso la respuesta, pero me limito a beber de mi copa con desesperación, y entonces ocurre algo que no tenía planeado. Algo que le prometí a Colin que no haría. Me siento y empiezo a hablar. No sé por qué se lo cuento. Tal vez porque no me interrumpe. Tal vez porque no me mira con lástima. Tal vez porque escucha como si cada palabra importara. Le cuento casi todo, ya que hay detalles que me guardo. Cosas que no estoy preparada para compartir con nadie.

Al terminar, tengo la garganta seca y los ojos ardiendo. Kai se queda en silencio unos segundos, procesando.

—Es... —empieza—. Es muy fuerte. Que tú tengas esto. Que seas tú quien tenga las últimas palabras de Jane Sterling.

Asiento sin decir nada.

Luego señala el diario con la cabeza.

—¿Y la foto? —pregunta—. La que hay dentro.

El estómago me da un vuelco.

—Es una... ecografía —consigo articular.

Abre los ojos, sorprendido.

—¿Jane Sterling estaba embarazada? —pregunta sorprendido.

—No —contesto—. No es de ella.

Frunce el ceño, confundido.

—Entonces..., ¿de quién es?

Suspiro y decido contarle la verdad.

—Es mía —digo casi en un susurro.

Lo suelto de golpe. Siempre lo hago con las cosas que más pesan. Primero le explico que el embarazo no es actual. Que ocurrió hace tres años. Que no hubo nombre, ni habitación pintada, ni planes a futuro. Que el padre era Cameron Flynn, el marido muerto de Jane Sterling, y que yo era joven, pero no estúpida. Que aborté. Porque no había otra opción posible. Porque traer a alguien al mundo desde el engaño, el silencio y la desigualdad no era valentía, era crueldad.

Kai escucha sin interrumpirme, pero algo en su postura cambia. Se tensa. Cruza, descruza los dedos y asiente demasiado despacio. Cuando termino, hay un silencio incómodo que no sé cómo llenar, así que lo rompo diciendo que quizá deberíamos parar, que necesito descansar, Kai acepta y parece comprensivo.

Cuando se va, cierro la puerta con cuidado y me quedo apoyada contra ella unos segundos, preguntándome si de verdad ha ido a por comida... o si simplemente ha decidido huir. No lo culparía. No estoy segura de qué hubiera hecho yo en su lugar.

Regreso al salón y el diario sigue abierto sobre la mesa, justo donde lo he dejado, como si me estuviera esperando. No lo toco. Ni siquiera me acerco. Me quedo de pie, a unos pasos, mirándolo como si fuera algo peligroso. Como si... al abrirlo otra vez, ya no pudiera

volver atrás. Como si cruzar esas últimas páginas fuera cruzar una línea de la que no hay retorno.

Respiro hondo. Una vez. Dos. Pero no sirve de nada.

Todo lo que he leído sigue ahí, pegado a mí como una segunda piel. La voz de Jane Sterling. Sus pensamientos. La imagen de Cameron... no, de Flynn —porque para mí siempre será Flynn— desmoronándose en algo que no quiero nombrar.

Pero lo peor no es eso.

Trago saliva y aparto la mirada del diario como si así pudiera apartar también el recuerdo, pero ya es tarde. Ha vuelto. Se ha abierto paso sin pedir permiso, igual que todo lo demás.

El embarazo.

Siento cómo se me encoge el estómago, como si alguien me hubiera golpeado por dentro. Durante años he hecho todo lo posible por enterrarlo. Por no pensarlo. Por convertirlo en una parte borrosa de mi vida, en algo que ocurrió... pero que no tenía por qué seguir existiendo en mi cabeza. Y ahora está aquí otra vez. Más nítido. Más real. Imposible de ignorar.

Aprieto los ojos un segundo, intentando contenerlo, pero no desaparece.

Sterling lo sabía. Esa idea se instala en mi cabeza con una claridad helada. Lo sabía y no sé cómo. No sé en qué momento. No sé qué encontró exactamente en ese teléfono o en sus investigaciones, pero lo sabía. Y aun así... me dejó el diario. No lo publicó. Ni tampoco lo usó. Podría haberme expuesto... pero no lo hizo y decidió escribirlo para mí.

Miro el cuaderno otra vez. Las últimas páginas siguen ahí. Intactas. Esperando. Y una parte de mí —la parte más cansada, la que ya no puede más— no quiere abrirlo nunca más. Porque sé que ahí dentro hay algo que va a terminar de romper lo poco que queda

en pie. Pero hay otra parte. Más fuerte y peligrosa que necesita saber. Porque esto no puede ser solo un castigo. No puede ser solo una forma de decirme «Sé lo que hiciste». Tiene que haber algo más. Tiene que haber una razón para que Jane Sterling, con todo lo que sabía, con todo lo que podía haber hecho..., decidiera dejarme esto en lugar de destruirme.

Me acerco despacio como si el tiempo pudiera estirarse entre un paso y otro. Apoyo los dedos en la cubierta del diario y lo abro. Porque no voy a poder seguir adelante sin saberlo. Sin entender si esto es venganza... o una advertencia.

Diario de Jane Sterling

No hubo un instante concreto en el que todo se derrumbara. Ninguna frase subrayada en rojo, ningún archivo revelador, ninguna prueba definitiva que lo cambiara todo de golpe. La verdad no llegó así. Llegó despacio, como llegan las cosas que de verdad duelen, cuando ya no tienes fuerzas para seguir huyendo y la única opción que queda es mirar de frente.

Durante mucho tiempo me aferré a una versión soportable de mi historia. Una narración que podía repetirme sin que me doliera demasiado. Cameron había muerto en un accidente de coche. Hubo errores, silencios, zonas grises, pero yo había actuado como una buena esposa, debía hacerlo: protegí a mi marido de una denuncia injusta y defendí la vida que habíamos construido juntos. No era una historia limpia, pero era humana, comprensible y, sobre todo, me permitía seguir adelante. Esa versión me salvó durante un tiempo.

La alumna nació como una necesidad creativa, no como una investigación consciente. Quería escribir sobre el poder, sobre los límites difusos entre autoridad y deseo, sobre la fragilidad de las jóvenes que confunden admiración con amor porque nadie les ha enseñado a distinguirlos. Creí —con una ingenuidad que ahora me resulta casi ofensiva— que la ficción me permitiría comprender sin mirar directamente, que podría diseccionar a Cameron desde la distancia literaria sin tener que desmontar del todo al hombre con el que había compartido mi vida. Pero me equivoqué.

Regresé a la universidad, pero no como viuda ni como esposa desechada, sino como escritora. Pedí acceso a registros antiguos, a expedientes archivados, a

procesos cerrados que nadie revisa por interés. Sabía cómo hacerlo, a quién llamar, cuánto costaba que alguien mirara hacia otro lado el tiempo suficiente. Tu denuncia seguía allí: inactiva, invisible para el público, pero intacta. No había sido borrada. Solo enterrada bajo otros expedientes con cuidado. Lo que encontré no coincidía con la historia que Cameron me había contado, ni con la que yo había repetido durante dos años para no volverme loca.

Había fechas, solicitudes formales, tutorías registradas, encuentros que no encajaban con un simple malentendido ni con una acusación caprichosa. Y había un nombre que aparecía con demasiada frecuencia, siempre en segundo plano, como una sombra persistente: Sloane Lane. No como una presencia ocasional ni como una figura de apoyo circunstancial, sino como una constante silenciosa, casi estructural, en la vida académica de mi marido.

Aun así, quise creer que estaba forzando las piezas, que el dolor distorsiona la percepción y que una mente entrenada para crear conflictos los ve incluso donde no existen. Durante semanas me repetí que aquello no significaba nada, que estaba proyectando, que necesitaba escribir para no pensar. Hasta que recuperé el teléfono de Cameron.

Mi marido había sido meticuloso, incluso en la infidelidad. Borraba mensajes, cambiaba nombres, archivaba audios con claves que solo él entendía. Pero nadie borra del todo su rastro cuando cree que no tendrá que rendir cuentas. Y allí estaba ella. No como una casualidad ni como una aventura aislada, sino como la constante. La mujer que yo misma había invitado a mi casa y a mi editorial, mucho antes de saber nada, para documentarme mejor. Sloane me había mirado a los ojos mientras yo defendía a mi marido con una convicción que ahora me resulta obscena. Fue entonces cuando comprendí algo que no se puede desaprender: tú decías la verdad. Y yo te había silenciado.

No fue por maldad, sino por miedo. Por amor mal entendido. Por la necesidad desesperada de que mi vida no se desmoronara del todo. Cuando volví a quedar con Sloane la enfrenté. Yo no buscaba una confesión, ni siquiera una disculpa.

Buscaba una grieta, algo que me permitiera seguir sosteniendo una parte del relato. Pero ella no me ofreció eso.

Sloane no negó nada, no se justificó, no fingió arrepentimiento. Me habló con la seguridad de quien sabe que el sistema siempre ha estado de su lado, y me explicó —sin necesidad de decirlo explícitamente— que ciertas verdades no salen a la luz porque nadie gana nada con ellas. Que yo ya había intervenido una vez y que podía hacerlo de nuevo. No fue una amenaza directa. Fue peor. Fue la certeza de que, si hablaba, no solo caería la reputación de Cameron. Caería yo. Mi nombre, mi obra, mi autoridad. Y quizá, también otras mujeres.

No supe cuántas fueron. No quise saberlo. Porque en ese momento entendí la magnitud del daño, no solo el que me habían hecho, sino el que yo había permitido. Me vi con una claridad insoportable: una mujer inteligente, poderosa, admirada, sosteniendo un sistema que devoraba a las más vulnerables mientras yo escribía novelas sobre justicia y ambigüedad moral.

No podía escribir esa historia y seguir viviendo como si no fuera parte de ella. No podía permitirme el escándalo ni la exposición pública, pero, sobre todo, no podía soportar la idea de convertirme en el monstruo de mi propia obra. Por eso no luché. Por eso no me defendí. No fue un acto impulsivo ni romántico, sino una decisión fría, pensada, casi editorial. Elegí desaparecer antes de que alguien más escribiera mi final. Elegí controlar, por última vez, el relato.

Tessa, si has llegado hasta aquí, es porque la verdad siempre encuentra una grieta, y porque, aunque yo no fui capaz de sostenerla, alguien tenía que hacerlo. Aunque duela. Aunque no quede nadie limpio cuando todo termine.

Ahora que estoy muerta... puedo permitirme ser sincera.

Lo que has leído en el diario no es ni una décima parte de lo que he vivido. De lo que he permitido. De lo que he callado. Pero estoy dispuesta a contarlo todo. A mi manera. Con la precisión que siempre me ha definido. Porque si algo he aprendido es que las historias no destruyen a quien las escribe, sino a quien cree que puede controlarlas sin pagar el precio.

Y yo ya he pagado demasiado. Así que decidí que esta vez...

Voy a decirte toda la verdad porque hay algo que no te he contado. Algo que necesitaba llevarme a la tumba, pero ahora... supongo que da igual.

La muerte de Cameron no fue un accidente, fue provocada. Una persona cortó los frenos del coche de Cameron y esa persona...

Fui yo.

51

Tessa

No debería haber abierto el diario otra vez. Lo sé, igual que sé que tocar una herida abierta solo hace que sangre más, que hay cosas que, una vez que las entiendes, ya no puedes desentenderte de ellas. Aun así, el diario sigue ahí, sobre la mesa, como si no fuera un objeto, sino una decisión, y yo ya he tomado demasiadas malas como para empezar a hacer las cosas bien ahora.

Pero Jane Sterling me dejó una confesión y no soy capaz de dejar que el mundo lo sepa.

Ella cortó los frenos. El accidente nunca fue un accidente. Y solo yo lo sé.

Me siento en el sofá con más cuidado del necesario, como si cualquier movimiento brusco pudiera cambiar algo. El salón está en silencio, pero no es un silencio tranquilo. Mis ojos recorren las últimas líneas del diario, las mismas que ya me dejaron sin aire hace días. El nombre aparece otra vez.

Sloane Lane.

Y esta vez no lo leo igual. Antes era un dato incómodo, una pieza más en un conjunto que no terminaba de encajar. Ahora tiene peso. Ahora parece ocupar más espacio del que debería dentro del texto, como si todo orbitara ligeramente hacia ella. Ha hecho tanto por mí. Ahora soy consciente de dos responsables de asesinato que nadie más sabe. Y Sloane me ha ayudado a descubrir que no fui yo.

Yo no maté a Maya.

La conversación de ayer se cuela sin permiso, su voz, la seguridad con la que me decía que yo no había matado a Maya. Fue Dorian. El hombre con el que comparto mi vida es un asesino.

Cierro el diario de golpe y el sonido resuena demasiado fuerte en el salón. No puedo hacer esto. No puedo empezar a dudar de todo.

Me levanto y voy a la cocina casi sin pensar, cojo un vaso y bebo agua directamente del grifo. El pulso me va demasiado rápido y noto el cuerpo ligero, como si no terminara de estar del todo aquí. Como ese día... antes de discutir con Maya.

El recuerdo aparece de golpe, sin transición: la luz blanca de la editorial, el ruido constante de los teclados, la sensación de que todo iba demasiado rápido y yo no era capaz de seguir el ritmo. Estaba mareada, irritable y con esa presión en la cabeza que no me dejaba pensar con claridad. Las palabras de Sloane vuelven, nítidas: «Los antidepresivos pueden provocar lagunas». Abro los ojos de golpe y dejo el vaso en la encimera con más fuerza de la necesaria.

Cierro los ojos un segundo, pero no sirve de nada. La escena sigue ahí, intacta, como si estuviera grabada en algún lugar mucho más profundo. Abro los ojos de golpe.

—Dorian, no... —susurro, pero mi propia voz suena débil, poco convincente, como si ni siquiera yo misma me creyera.

Apoyo las manos en la mesa para incorporarme, pero las noto torpes, pesadas. Bajo la vista. Y por un instante, muy breve, casi imperceptible, no veo mis manos limpias. Veo sangre.

Parpadeo y desaparece.

El aire se me atasca en la garganta y tengo que obligarme a respirar hondo, una vez, dos, tres... pero cada respiración es más corta que la anterior, como si mi cuerpo no terminara de entender qué necesita hacer.

El problema soy yo. Yo llevé a Dorian hasta Maya. Yo he provocado que todo esto pasara y, por primera vez desde que todo esto empezó... dejo de intentar convencerme de lo contrario.

TERCERA PARTE

52

Sloane

El móvil vibra sobre la encimera. Lo miro unos segundos antes de cogerlo. No porque dude, sino porque ya sé que no es una llamada cualquiera. A estas horas nadie llama para decir nada bueno. No hay nombre en la pantalla. Nunca lo hay.

—Dime —respondo, llevándomelo al oído.

—Tenemos un problema —dice la voz grave al otro lado de la línea.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con una urgencia que me avergüenza.

—Tessa... tiene algo.

El estómago se me tensa, pero mi voz no cambia.

—¿El qué? —digo sin ocultar la tensión.

—Un diario.

El silencio se alarga un segundo de más.

—¿Un diario? —pregunto confundida.

—Sí, el de Jane Sterling —responde contundente.

Ahí el cuerpo reacciona antes que la cabeza. Es casi imperceptible, pero suficiente para saber que esto cambia algunas cosas. Camino hacia la ventana sin darme cuenta, apretando el teléfono contra la oreja.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Miro mi reflejo en el cristal. La ciudad empieza a despertarse detrás de mí, como si nada.

—¿Sabes lo que contiene? —pregunto intentando sonar calmada.

—Pues... habla de ti —responde seco.

Exhalo despacio. Esto es peligroso. No por lo que haya escrito Jane. Sino por cómo lo haya escrito.

—Le encantaba dramatizar —digo al fin—. Convertirlo todo en algo más grande de lo que era.

—O más conveniente... —añade la voz grave.

No respondo. Porque también es verdad.

—Tessa no va a creerse todo lo que lea —añado—. No es estúpida.

—No. Pero está vulnerable.

Y ahí está el problema. Porque cuando Tessa está así... conecta cosas que nadie más ve. Y no siempre en la dirección correcta.

Cuelgo y el silencio vuelve, pero ya no es el mismo. Apoyo las manos en la encimera y cierro los ojos un segundo. No me gusta cuando alguien más cuenta mi historia. Nunca lo hacen bien. Siempre falta algo. O sobra. O, peor aún, lo convierten en algo que no fue. Es curioso cómo funciona la memoria cuando se mezcla con la emoción: los hechos dejan de importar y lo único que queda es la versión que mejor encaja con lo que uno necesita creer. Y Jane necesitaba creer muchas cosas.

El móvil vibra de nuevo, pero esta vez no es la persona que creía. Miro la pantalla y el nombre me deja completamente rígida.

Colin Curtis

Te ha enviado un mensaje nuevo.

No respiro. No parpadeo. No me muevo.

La sonrisa desaparece de mi cara como si nunca hubiera estado ahí. Y por primera vez desde que empezó todo esto... entiendo que

esto se me puede ir de las manos.

53

Tessa

No llego al baño. El vómito me sube de golpe, sin aviso, de forma violenta, y apenas tengo tiempo de apoyarme en la pared antes de inclinarme hacia delante. Todo mi cuerpo reacciona como si estuviera intentando expulsar algo mucho más profundo que el contenido de mi estómago. Me tiemblan las manos. Las piernas. La respiración se me rompe en pequeñas sacudidas irregulares mientras intento recuperar el aire.

—Joder... —susurro, aunque no sé muy bien a quién.

El sabor amargo se me queda pegado a la garganta y tengo que cerrar los ojos un segundo para no perder el equilibrio. El suelo está frío bajo mis manos. Demasiado real. Demasiado presente.

Aprieto los ojos con más fuerza, como si así pudiera borrar la imagen de Maya tirada en el suelo, pero no desaparece. Está ahí, fija, insistente y eso es lo que me hace volver a inclinarme, con una arcada seca que ya no saca nada, pero que me deja igual de vacía.

Cuando por fin consigo incorporarme, lo hago despacio, sujetándome al lavabo. Me miro en el espejo y tardo un segundo en reconocerme. Tengo la piel pálida, los labios secos, los ojos demasiado abiertos. Parezco... culpable.

La idea aparece sin pedir permiso y no la rechazo. Abro el grifo y me enjuago la boca varias veces, intentando quitarme el sabor, la sensación, el recuerdo... pero no funciona. Nada de esto funciona

así. Nada de esto se limpia. Apoyo las manos en el lavabo y bajo la cabeza, intentando estabilizar la respiración y en ese momento mi móvil vibra. El sonido me sobresalta más de lo que debería, ya que no recordaba tenerlo encima, así que tardo un segundo en reaccionar, pero al final lo saco del bolsillo y miro la pantalla.

Kai

¿Chino o italiano? Estoy en la esquina.

Kai. Mierda. No me acordaba.

Me quedo mirando el mensaje sin responder. La normalidad de la pregunta me resulta casi ofensiva. Como si existiera un mundo en el que la mayor preocupación ahora mismo fuera elegir qué cenar. Como si yo siguiera formando parte de ese mundo. Trago saliva y mis dedos se mueven solos.

Lo siento mucho... pero me encuentro mal.

Creo que prefiero estar sola hoy.

Lo dejamos para otro día, ¿vale?

Dudo un segundo antes de enviar, pero no por él, sino por mí. Porque sé lo que estoy haciendo. Sé que estoy cerrando la puerta. Que estoy eligiendo quedarme aquí. Sola. Con esto.

Pulso «Enviar» y la respuesta tarda apenas unos segundos.

Kai

Jo... pero bueno... claro. Descansa.

Si necesitas algo, escíbeme.

No contesto. Bloqueo el móvil y vuelvo al salón despacio. Cada paso pesa más que el anterior. El diario sigue en la mesa y el portátil también. Todo está exactamente donde lo dejé y, sin embargo, todo es distinto. Porque ahora sé algo o creo saberlo.

El móvil vibra de nuevo en mi bolsillo y miro la pantalla esperando un mensaje de Kai porque Dorian parece haber desaparecido, pero el nombre que me encuentro me da más miedo.

Colin Curtis

Llamada entrante

Durante un segundo dudo porque ahora mismo no quiero hablar con él. No quiero escuchar nada que tenga sentido ahora mismo, pero sorprendentemente contesto.

—¿Sí? —digo en apenas un susurro.

—Buenas noches, Tessa, perdona que te llame a estas horas —su voz es exactamente igual que siempre. Calmado. Controlado. Como si el mundo no estuviera rompiéndose—, pero quiero saber cómo estás.

La pregunta me descoloca y no sé qué responder.

—Pues... estoy... bien —digo, aunque suena mal incluso para mí.

Hay un pequeño silencio al otro lado de la línea. No es incómodo. Es analítico.

—No suena a que lo estés —responde.

Me apoyo en la encimera, apretando el teléfono contra la oreja.

—No he hablado con nadie —añado rápidamente—. Ni he salido. He hecho lo que me dijiste —miento.

—Bien —dice—. Eso es lo importante.

Su tono no cambia. No me consuela. No me juzga. Solo evalúa.

—Escúchame con atención —continúa—. A partir de ahora, todo lo que hagas importa. Cada conversación. Cada mensaje. Cada

decisión. Necesito que mantengas la cabeza fría.

Cierro los ojos un segundo. Cabeza fría.

—¿Has recordado algo más de esa noche? —añade entonces.

El corazón se me detiene, solo un instante, pero es suficiente.

—No... —respondo demasiado rápido—. Nada nuevo —vuelvo a mentir.

De nuevo silencio, pero esta vez es un poco más largo.

—De acuerdo —dice al final—. Es normal, no te fuerces.

Pero no suena convencido y eso me pone nerviosa.

—Tessa —añade—. Ahora mismo hay dos cosas que me preocupan.

Aprieto el teléfono con más fuerza.

—¿Cuáles? —logro preguntar.

—Uno: que la policía refuerce la cronología —explica—. Y dos: que aparezca algo que tú no controles.

El aire se me vuelve a atascar y pienso en el portátil, en el borrador, en la sangre...

—¿A qué te refieres con eso último? —pregunto, intentando sonar normal.

—A cualquier cosa —responde—. Un mensaje. Un correo. Un archivo. Algo que pueda interpretarse en tu contra.

Me quedo completamente quieta.

—Por eso —continúa—, necesito que no toques nada sensible sin decírmelo antes. Nada. ¿Entendido?

El silencio se estira demasiado.

—Sí —consigo articular al final.

—Bien —responde—. Voy a pasarme luego para hablar en persona. Hay cosas que prefiero no tratar por teléfono.

—Vale.

—Y Tessa —añade antes de colgar—. Confía en mí.

La llamada se corta y yo me quedo con el móvil en la mano, mirándolo sin ver realmente la pantalla.

«Confía en mí».

Levanto la vista despacio hacia el salón, más concretamente hacia el portátil. Hacia el lugar donde hace apenas unos minutos había algo que ahora ya no existe. Una prueba.

Algo que él me ha dicho explícitamente que no toque y que yo ya he borrado. Siento un escalofrío recorrerme la espalda, pero no es por lo que he hecho, sino por lo fácil que ha sido hacerlo.

Vuelvo al salón y me siento otra vez en el sofá, exactamente en el mismo sitio de antes, con las manos apoyadas sobre las piernas, la espalda recta, mirando al frente. Todo está en su sitio. Todo parece normal. Pero... ya no lo es. Porque si eso era real... Si de verdad fui capaz de hacer algo así...

Entonces el problema nunca fue Maya. El problema soy yo y lo peor... es que una parte de mí no está segura de querer demostrar lo contrario.

No sé cuánto tiempo paso sentada sin moverme. El salón sigue en silencio, pero ya no es un silencio vacío. Es un silencio cargado, como si algo estuviera a punto de romperse en cualquier momento. Tengo la sensación constante de que hay algo más, algo que no estoy viendo, algo que se me está escapando, y eso es lo que me empuja a levantarme otra vez. No lo pienso demasiado. No quiero pensar. Pensar es lo que me ha traído hasta aquí, así que cojo el portátil de nuevo, lo abro y la pantalla en blanco me devuelve una tranquilidad extraña, artificial, pero insuficiente. Porque no es solo el documento. Hay más cosas. Tiene que haberlas. Empiezo a revisar: carpetas, archivos, historiales. Todo lo que podría haber tocado. Todo lo que podría haber dejado atrás sin darme cuenta. Todo lo que podría delatarme.

El cursor se mueve rápido, demasiado rápido, como si mis manos ya supieran lo que tienen que hacer antes de que yo lo procese del todo. Abro una carpeta, la cierro. Entro en otra. Busco sin saber exactamente qué busco, pero sé que quiero encontrar algo. Algo que confirme que esto es real o algo que me permita negarlo.

Y entonces entiendo que ya da igual lo que encuentre, ya que no voy a poder confiar en ello. Porque si he sido capaz de escribir todo lo que hice sin recordarlo... ¿qué más puedo haber hecho? ¿Qué más puedo haber dejado atrás?

El pulso se me acelera otra vez, así que empiezo a borrar, pero no de forma metódica ni ordenada, sino impulsiva. Borro un archivo. Otro. Una carpeta entera... El sonido del *clic* se repite, constante, mecánico, como si cada eliminación fuera un intento de recuperar el control que ya no tengo. No pienso en las consecuencias. No pienso en Colin. No pienso en nada. Solo en una cosa. Si no está... no existe y si no está no pueden usarlo.

El móvil vibra sobre la mesa y el sonido corta el momento como un cuchillo.

Kai

Tengo una sorpresa deliciosa para ti.

Frunzo el ceño porque no lo entiendo.

¿Cómo?

La respuesta llega casi al instante.

Kai

Te he pedido comida china.

El repartidor debe de estar a punto de llegar.

Parpadeo atónita durante unos segundos y miro el mensaje otra vez.

Comida china.

La normalidad de la situación me resulta casi absurda después de todo lo que ha pasado, pero también... reconfortante. Alguien pensando en mí. Sin segundas intenciones. Sin mentiras. Sin... Dorian.

No puedo evitar pensar en él. En todo lo que Sloane me enseñó. En los mensajes. En el dinero. En la droga. En la posibilidad de que todo haya sido una mentira desde el principio y él sea el responsable de todo. Y aun así... No encaja. No del todo.

Dorian no puede ser esa persona. No puede ser un asesino, el mismo que me hacía café por las mañanas, el que me besaba la frente, el que se reía conmigo por tonterías sin sentido. No puede ser. Pero también... Pensaba lo mismo de muchas cosas.

El timbre suena y el sonido me sobresalta. El corazón me da un vuelco y tardo un segundo en reaccionar, como si necesitara recordarme a mí misma dónde estoy.

La comida. Claro.

Guardo el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y camino hacia la puerta. Al llegar, no miro por la mirilla. No lo pienso. Simplemente abro. Y me quedo paralizada. No hay casco. No hay bolsa de comida. No hay repartidor.

Es Sloane.

Durante un segundo no entiendo nada. Mi cerebro tarda en reaccionar, como si la escena no encajara con el guion que esperaba. En ese momento al verla ahí plantada, tan serena, se me clava en la cabeza un pensamiento que he estado intentando opacar: tengo delante a la causante de que Sterling se suicidara. Un escalofrío breve me atraviesa de forma desagradable. Quizá por eso, antes siquiera de decir nada, ya siento que algo no va bien. Así que agarro lentamente el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al fin, sin apartarme del marco de la puerta y apretando con fuerza el móvil.

Sloane me observa con atención. No parece nerviosa. Al contrario. Tiene esa calma suya, afilada y controlada, que siempre he asociado con seguridad.

—He venido a verte —responde—. Pensé que no debías estar sola. Por si Dorian viene.

No sé por qué, pero esa frase no me tranquiliza. Al contrario, me pone en alerta, por lo que vuelvo a guardar el móvil.

—Estoy... bien —miento.

Ella inclina ligeramente la cabeza, como si no me creyera ni una palabra.

—No, no lo estás —dice con suavidad—. Y tú lo sabes.

Dudo un instante, pero al final me aparto lo justo para dejarla entrar. No porque confíe plenamente en ella, sino porque ahora mismo me cuesta incluso sostener una conversación en la puerta

como una persona normal. Sloane entra despacio, mira el salón de una sola pasada —la mesa, el portátil, el diario— y por un segundo tengo la impresión de que está registrándolo todo.

—¿Has comido algo? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Ya imaginaba.

Se quita el abrigo, lo deja en el respaldo de una silla y se mueve por el apartamento con una naturalidad que me resulta extraña, como si ya supiera dónde está cada cosa. Yo la observo en silencio mientras va hacia la cocina y coge dos vasos.

—¿Te importa si te preparo algo? —pregunta sin girarse—. Tienes una cara horrible, pelirroja.

La broma me roza apenas. Ni siquiera sonrío.

—Pues... justo tiene que llegar un repartidor de comida china —respondo algo nerviosa.

Sloane asiente y entra en la cocina. Oigo el agua correr, el golpe de unos cubitos de hielo contra el cristal y el ruido del mueble al abrirse. Me quedo donde estoy, en mitad del salón, mirándola de espaldas mientras una incomodidad espesa empieza a instalarse en mi estómago. Pero entonces Sloane se detiene un segundo frente a la encimera y hace un movimiento raro. Rápido. Casi invisible. No entiendo lo que ha hecho exactamente, solo veo su mano inclinarse sobre uno de los vasos y después volver a su sitio con una naturalidad impecable.

Frunzo el ceño.

—¿Qué haces? —pregunto.

Ella gira la cabeza lo justo para mirarme por encima del hombro.

—Vodka —dice, alzando la botella—. Creía que hoy tocaba algo fuerte. —Termina con una sonrisa.

Esa respuesta debería bastarme. Debería. Pero algo no encaja. Lo noto antes de entenderlo. Sloane vuelve al salón con dos copas y me tiende una. La cojo por puro reflejo, aunque no me la llevo a los labios enseguida. Ella sí bebe primero. Un sorbo corto, apenas lo saborea. Luego se sienta en el sillón y cruza las piernas con una calma insultante. Yo me limito a sostener la copa.

—Bueno —dice, observándome—. Ahora sí. Cuéntame qué has descubierto.

La frase me deja quieta. No me ha preguntado cómo estoy. No me ha preguntado qué necesito. No ha venido a consolarme. Ha venido a averiguar algo.

Aprieto el vaso entre las manos.

—¿Descubierto... sobre qué? —pregunto con cautela.

Sloane se encoge de hombros, pero sus ojos siguen clavados en mí.

—Sobre Jane Sterling, por ejemplo. Sobre el diario. Sobre lo que te dejó. Sobre lo que tú crees que significa todo esto.

Todo suena demasiado medido. Como si llevara rato ensayándolo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto confundida.

—Yo lo sé todo, Tessa.

Su respuesta me deja paralizada.

—Pelirroja, tengo que saberlo todo porque te están acusando de asesinato y quiero ayudarte.

Ayudarme... Miro el diario sobre la mesa de café. Luego a ella. Luego otra vez al vaso. No bebo y Sloane lo nota.

—¿Qué pasa? —pregunta con una media sonrisa—. ¿Ahora también desconfías de mí?

No respondo. No sé si porque no quiero o porque la respuesta ya está demasiado clara.

Ella apoya el vaso en la mesa con un pequeño tintineo.

—Tessa —dice, y su voz baja un tono, se vuelve más íntima—. Necesito saber qué sabes.

Y ahí está. No lo dice como una amiga. Está usando la misma voz que usa en sus pódcast cuando va a contar el desenlace del caso.

—No sé de qué me hablas —contesto, aunque ya siento el pulso demasiado rápido.

Sloane suspira.

—No me hagas esto más difícil —me advierte.

—Pues no vengas a mi casa en mitad de la noche a interrogarme —replico.

Durante un segundo su expresión se endurece. Apenas un segundo. Luego vuelve a componerla.

—Mira —dice—. Sterling no estaba bien. Ya lo sabes. Era brillante, sí, pero también profundamente inestable. No puedes dar por hecho que todo lo que escribiera fuera verdad.

No sé si me sobresalta más lo que dice o la forma exacta en que lo dice. Como si necesitara desacreditar a Jane antes siquiera de saber lo que he leído.

—Curioso... —murmuro—. No te he dicho que haya leído nada comprometedor.

La sonrisa se le borra lo justo.

—No hace falta —dice—. Te conozco.

En ese momento me doy cuenta de que no. Eso no es verdad. No me conoce. No ya. O quizás nunca me conoció tanto como yo creía.

Intento responder, pero justo en ese momento noto algo raro en el cuerpo. Una especie de lentitud extraña. No es mareo al principio. Es más sutil. Como si la habitación hubiera empezado a alejarse apenas unos centímetros de mí. La miro confundida, no he bebido ni una gota y Sloane sigue hablándome, pero su voz empieza a sonar un poco más lejos.

—... solo quiero entender hasta dónde has llegado —dice.

La miro de golpe. ¿Hasta dónde has llegado? Ahora ya lo entiendo. No ha venido a ayudarme.

Ha venido a comprobar qué sé.

Dejo la copa sobre la mesa con demasiado cuidado. Como si cualquier movimiento brusco pudiera delatar que me he dado cuenta de que la he visto echarme algo en la bebida.

—Voy al baño un segundo —digo.

Ella me mira unos segundos que se me hacen larguísimos.

—Claro.

Me levanto. O por lo menos lo intento y las piernas parecen sostenerme, pero noto una pesadez rara, como si no terminaran de responderme a la velocidad habitual. Camino hacia el pasillo conteniendo la respiración, concentrada en no tropezarme, en no parecer más alterada de lo que ya estoy. Cuando entro en el baño, cierro la puerta y apoyo las dos manos en el lavabo. Miro mi reflejo, veo mi cara pálida y los ojos abiertos de más.

Joder.

No estoy imaginando esto. No es ansiedad. Me ha echado algo.

Siento una náusea breve y me llevo una mano a la boca. Luego recuerdo el movimiento en la cocina. Su espalda. Su mano inclinándose sobre el vaso.

—Hija de puta... —susurro.

Tardo un segundo demasiado largo en decidir si vomitar, gritar o salir corriendo. Al final abro el armario del baño buscando cualquier cosa útil, pero antes de encontrar nada la puerta se abre a mi espalda.

Me giro de golpe y Sloane está apoyada en el marco, observándome con una tranquilidad que ya no intenta fingir.

—Sabía que lo habías visto —dice.

El corazón me golpea con tanta fuerza que casi me duele.

—¿Qué me has dado? —pregunto, y odio lo débil que suena mi voz—. Si ni siquiera he bebido.

Sloane sonrío, pero no con la sonrisa amable de antes. Sino con otra. Más pequeña. Más nítida. Más cruel.

—Todavía no lo suficiente como para que dejes de hacer preguntas —responde—. Y... no te he echado nada en tu copa, simplemente la he recubierto de un agente nervioso que hace efecto al contacto —dicho esto último sonrío.

Intento apartarla, salir al pasillo, llegar al salón, coger el móvil, hacer algo. Lo que sea. Pero el cuerpo ya no va a la misma velocidad que mi cabeza. Sloane solo tiene que empujarme con una mano para hacerme tambalear.

—Tranquila —dice mientras me sostiene lo justo para que no me caiga del todo—. Estoy aquí.

El alivio absurdo que provoca esa frase dura exactamente un segundo. Lo suficiente para que mi cerebro termine de comprender que eso no es algo bueno.

—¿Qué está pasando? —consigo decir.

—Estoy deseando explicártelo.

No llego a reaccionar cuando siento el golpe. Es seco. Brutal. No sé con qué me da. Solo noto el estallido del dolor en la cabeza y después... nada.

Despierto con un latido salvaje en las sienes y un sabor metálico en la boca. Tardo unos segundos en entender que no puedo moverme. Los brazos me duelen. Las muñecas están atadas a los laterales de una silla del comedor. Las piernas, inmovilizadas. Mi cuerpo entero está en alerta.

—¿Sloane...? —consigo decir con la voz rota.

Miro alrededor buscando desesperadamente otra explicación. Quizá Dorian. Quizá algo ha salido mal. Quizá ella también está atada. Quizá no estoy sola en esto, pero entonces la veo. Está de pie a mi lado. Tranquila. Entera. Observándome como si yo fuera una pieza que por fin ha encajado.

—Tranquila —dice—. Estoy aquí.

—¿Qué... qué está pasando? —pregunto—. Sloane, suéltame. Esto no tiene gracia.

Ella sonríe, esta vez sin disimulo.

—Paciencia, ahora voy a explicártelo.

Empiezo a forcejear. La silla parece moverse un poco y el pánico me sube por la garganta.

—¡Suéltame ahora mismo! —espeto.

No llego a gritar del todo, porque ella me manda callar con un gesto seco y, antes de que pueda reaccionar, siento el frío del metal rozándome la piel. Un cuchillo. Lo apoya justo bajo mi barbilla, tan cerca que dejo de respirar por miedo a que me corte.

—Ni una palabra más —susurra.

Las lágrimas me nublan la vista, pero no caen. El miedo es demasiado puro para eso. Sloane aparta el cuchillo con calma y empieza a caminar por el salón como si nada, como si yo no estuviera atada frente a ella. Sus ojos se detienen en la mesa de café. En el diario de Jane Sterling.

—Ah... —murmura—. Qué interesante. Así que esto es lo que Sterling estaba escribiendo.

—No —digo con un hilo de voz—. No lo toques.

No me mira. Solo levanta un poco el cuchillo para que entienda el mensaje.

—¡Cállate!

Coge el cuaderno, lo hojea despacio, frunce el ceño y enseguida se da cuenta.

—Anda, si aparezco en el final —dice—. En la mejor parte.

Pasa las últimas páginas que he leído y las lee en silencio durante unos minutos que se me hacen eternos, y su expresión cambia poco a poco. Se ilumina.

—Jane siempre tuvo buen pulso narrativo —comenta al fin—. Incluso cuando escribía sobre sí misma.

Cierra el diario y me mira.

—¿Sabes qué es lo divertido? —pregunta—. Que todo esto existe porque ella no fue capaz de soportar la verdad.

Se acerca con el cuaderno todavía en la mano y entonces lo entiendo del todo. Jane Sterling no se suicidó solo por culpa, ni por vergüenza, ni siquiera por miedo al escándalo. Se suicidó porque Sloane la acorraló, porque comprendió que si dejaba que aquella verdad saliera a la luz Sloane se encargaría de destruirla pieza por pieza. Su nombre. Su obra. Su legado. Todo. Y eligió desaparecer antes de ver cómo otra persona escribía su final por ella.

La tristeza que me invade es tan densa que casi me aplasta. Jane había comprado silencios, sí, y había protegido a su marido. Pero desde el lugar en el que estaba, desde el miedo, desde el amor mal entendido... quizá yo también lo habría hecho.

Sloane chasquea la lengua y me devuelve al presente.

—No sigas hilando —dice con un tono casi condescendiente—. Ya casi tienes toda la verdad.

Levanto la mirada y siento algo parecido al asco. Una repulsión física, visceral. Ella lo nota y sonrío, como si le divirtiera.

—Te diré qué va a pasar ahora —continúa—. Pero antes deberías saber que esto no lo hice sola, Kai me ayudó.

Mi cuerpo no se siente del todo distinto. No como imaginaba. No estoy inconsciente. No tengo la cabeza completamente embotada. Pero la duda se instala igual.

—¿Kai? —pregunto, incrédula—. ¿Qué tiene que ver Kai en todo esto?

Sloane suelta una carcajada breve.

—¿Cómo crees que conseguí separarte de Maya?

La miro sin entender y ella suspira de forma exagerada.

—Anda, qué tonta soy —dice—. Esa parte todavía no te la había contado.

Se endereza, satisfecha, y me observa con la frialdad de alguien que por fin puede presumir de su obra.

—Todo lo que te conté sobre Maya era mentira —suelta como si nada y la sangre se me va del rostro.

—¿Qué...? —consigo preguntar.

—Mentira —repite, saboreando la palabra—. Pero estaba bien construido, ¿verdad? Me encantó tu cara mientras creías que tu vida se desmoronaba. Fue... muy gratificante.

Su sonrisa ya no intenta parecer humana.

—La que se encargó de que Maya pareciera la peor amiga del mundo fui yo —añade—. Con ayuda de Kai.

—Eso es imposible —susurro—. Me enseñaste una grabación de su madre...

Sloane ladea la cabeza, divertida.

—La inteligencia artificial está muy avanzada, Tessa. Y es sorprendentemente fácil de usar. Nada de lo que escuchaste sobre Maya es verdad. Sí que tuvo una amiga llamada Rebecca que falleció, pero Maya no tuvo nada que ver con eso.

Algo se rompe dentro de mí. Recuerdo la última conversación con Maya, la rabia, las acusaciones, mis palabras, todo lo que le hice

creer que pensaba de ella.

—La verdad es que fue una pena tener que matarla —dice con un falso suspiro—. Era muy leal. Mucho más de lo que tú fuiste con ella.

Esas palabras me atraviesan el pecho.

—Eres una hija de puta —escupo, temblando.

Ella sonríe, encantada.

—Gracias. Pero déjame terminar. Me he tomado muchas molestias para joderte la vida como es debido.

—¿Por qué? —pregunto entre sollozos—. ¿Por qué, si lo tienes todo?

Durante un segundo, algo en su cara se descuadra. Da un paso hacia mí.

—No —dice en voz baja, furiosa—. No tengo lo más importante.

Y me clava los ojos.

—Me falta Flynn.

Entonces lo entiendo todo.

—Es culpa tuya —continúa—. Si no lo hubieras denunciado, si no lo hubieras presionado, si no lo hubieras amenazado... seguiría vivo.

—Yo no le puse una copa en la mano —digo llorando, aguantando la verdad, que me trepa por la garganta, pero no voy a contarle. La confesión de Sterling es solo mía por ahora—. Ni le di droga.

Su rostro se contrae.

—Hiciste algo peor. Te quedaste embarazada de él.

Me quedo muda y el silencio me atraviesa por completo.

Sloane respira hondo, se recompone, como si acabara de decir algo incómodo pero necesario, y cambia de tema con una frialdad monstruosa.

—La droga que encontró Dorian aquí la puse yo. Así fue facilísimo convencerlo de que eras una adicta. Además, el pobre está

destrozado, cree que el amor de su vida es una drogadicta y una asesina.

Entonces lloro de verdad. Porque durante dos días que se me han antojado eternos he creído que Dorian podía haber sido capaz de todo aquello. Porque he dudado de él. De mí. De todo.

—Sí —dice, leyéndome la mente—. Todo lo que te dije sobre Dorian era mentira. No tiene deudas ni te quiere por el premio. Pero era verosímil. Lo bastante verosímil como para que tu abogado no dude cuando piense que te suicidaste por no soportar la verdad.

Sonríe y en ese instante entiendo que este es el final de mi historia. Solo que no ha sido escrito por mí. Así que no pienso morir hoy.

—¡Ah! Hasta he redactado una confesión de tu parte —dice mencionándolo de golpe—. Una obra maestra a la altura de tu talento, Tessa. Un manuscrito donde cuentas cómo mataste a Maya. No te preocupes, lo enviaré para que sea totalmente creíble desde tu email como he hecho todo este tiempo que has estado trabajando para la editorial.

En ese instante el cuerpo parece que se me viene abajo.

—Tu abogado me ayudará a convencer a todos de que ese manuscrito es real y es tuyo, es tu confesión final.

—¿Mi abogado? —pregunto confusa intentando retomar la conversación.

—Desde luego no es el mejor abogado de Boston, pero sí el mejor actor —hace una mueca y luego se ríe—. Y mi novio, por supuesto.

¿Cómo no he podido caer en la cuenta? Recuerdo el momento en el que me enseñó una foto de él, pero no lo reconocí en ningún momento.

Mientras Sloane sigue hablando, dejo de escucharla del todo. No es consciente al principio. Su voz sigue ahí, clara, segura, modulada

como siempre, pero deja de tener significado. Se convierte en ruido de fondo. Porque si sigo escuchándola, no voy a resistirlo. Y porque ahora solo hay una cosa que importa. Escapar.

Las muñecas me duelen. La cuerda no está lo bastante floja como para ceder, pero tampoco tan ajustada como para impedir cualquier movimiento. Respiro despacio. Entonces algo se abre paso entre el pánico y el dolor. Un recuerdo. El primer libro de Jane Sterling. La protagonista estaba atada. Igual que yo, así que cierro los ojos un segundo y fuerzo la memoria. Jane siempre era meticulosa. Nada estaba ahí por casualidad. La protagonista había tensado el cuerpo antes de que terminaran de atarla, había contraído todos los músculos para que las cuerdas no quedaran ajustadas del todo, para crear un margen mínimo, casi invisible, pero suficiente.

Muevo las manos apenas unos milímetros. Muy despacio. Como si solo estuviera acomodándome y entonces lo noto. Hay un pequeño espacio entre la cuerda y mi piel. No mucho. Pero si lo justo. El alivio me golpea con una intensidad peligrosa. Tengo que controlarlo. No puedo permitirme ni una respiración de más, así que vuelvo a prestar atención a Sloane justo a tiempo.

—... encontrar a alguien dentro de la editorial fue facilísimo — continúa—. Kai tenía acceso, confianza... y un pasado lo bastante turbio como para recordarle lo que podía perder.

No quiero oír esto. No quiero imaginarlo. Así que vuelvo al plan.

El siguiente paso no era tirar de la cuerda, sino retorcerla. Empiezo a mover las manos hacia delante y hacia atrás, muy despacio, aprovechando ese margen ridículo que tengo. La fricción quema, la piel protesta, pero me muerdo la lengua para no emitir ni un solo sonido, pero no funciona tan rápido como en los libros. Por supuesto que no.

Entonces siento la pulsera. La que me regaló mi padre. Es rígida, de plata, con un cierre de clip. La llevo desde hace años y casi nunca pienso en ella, pero ahora mismo podría salvarme.

Con movimientos mínimos, casi invisibles, empiezo a manipular el cierre, pero me tiemblan los dedos y me da miedo que se me resbale.

Respiro hondo. Uno. Dos. Tres.

Al tercer intento el clip cede. La pulsera cae en mi mano y la sujeto como si fuera un arma. El pequeño *charm* tiene un borde irregular, apenas afilado, pero suficiente si insisto.

Empiezo a frotar la cuerda. Al principio no ocurre nada. Así que sigo y el metal se hunde un poco. Durante un segundo pienso que lo he roto, que acabo de perder mi única oportunidad. El pánico amenaza con subir, pero lo aplasto y continúo, una y otra vez, hasta que oigo un crujido mínimo y la cuerda cede.

No la dejo caer. La sujeto con fuerza, disimulando el movimiento, como si nada hubiera cambiado. Mi corazón late tan fuerte que temo que Sloane pueda oírlo. Miro de reojo mis pies. Lo cuales siguen atados. No puedo ocuparme de eso todavía. Necesito distraerla.

—Has sido muy ingenua, Tessa —dice Sloane, ajena a todo—. Usar la *app* que yo te recomendé. Escribir en el portátil que yo te regalé... De verdad, me lo pusiste facilísimo.

Trago saliva.

—Acércate —le digo de pronto.

Sloane se detiene.

—¿Qué?

—Necesito decirte algo —añado—. Algo que llevo pensando desde hace años.

La curiosidad puede más que la prudencia. Siempre le ha podido. Sonríe, satisfecha, y se acerca con esa seguridad insolente de quien

cree que ya ha ganado.

Cuando se inclina un poco hacia mí, invadiendo mi espacio, actúo. Le doy un cabezazo con todas mis fuerzas. El impacto es seco, sordo y siento cómo me vibra el cráneo, pero no me detengo. La empujo con las manos, ahora libres, con una desesperación que no controlo, y Sloane cae hacia atrás con un grito ahogado.

Algo golpea el suelo y de pronto la luz se apaga. El salón queda completamente a oscuras. No es una penumbra suave. Es negro y denso. Como si alguien hubiera borrado el espacio de un golpe.

—Joder... —oigo su voz, cerca.

El pánico me atraviesa el pecho y mis manos buscan a ciegas y torpemente bajo la silla hasta que encuentro la cuerda de los tobillos. Tiro. Rasgo. Me quemo la piel... Pero no me importa. Ahora mismo lo único que me importa es salir de aquí.

—¿Dónde estás...? —murmura Sloane en la oscuridad.

Su voz ya no es tranquila y eso debería tranquilizarme. Pero no lo hace. Porque no sé dónde está y ella tampoco sabe exactamente dónde estoy yo.

La cuerda cede y me levanto de golpe, por lo que me mareo y el mundo parece no estar donde debería. Todo gira, se desplaza, pero avanzo igual, a ciegas, guiándome por memoria, por instinto, por puro terror. Así que doy un paso, otro. La puerta tiene que estar...

Algo me agarra fuerte. Un tirón violento que me arranca hacia atrás. Siento el cuerpo de Sloane contra el mío.

—¡Quietecita! —escupe Sloane.

El aire se me queda atrapado en la garganta. Forcejamos en la oscuridad. No veo sus manos, pero están en todas partes. En mi brazo. En mi hombro. En mi cuello. Tirando. Sujetando. Arrastrando. Intento golpearla, pero no sé si acierto. No sé si estoy golpeando el aire. Todo es demasiado rápido. Además, no tengo referencia, ni hay

espacio. Solo oscuridad y respiraciones entrecortadas chocando en algún punto entre nosotras.

Y entonces noto un dolor agudo en el cuello. Un pinchazo. Es tan rápido que casi no lo entiendo y me quedo rígida.

—¿Qué...? —mi voz no sale entera—. ¿Qué coño has hecho...?

Me llevo la mano al cuello por instinto y noto la piel húmeda. No sé si es sangre u otra cosa. Sloane se aparta y su respiración se vuelve más tranquila. Más... segura.

Entonces escucho un *clic* seco y vuelve la luz. Sloane da un paso atrás y veo que tiene la nariz ensangrentada por el cabezazo, un hilo rojo le recorre el labio superior, pero sonrío. Sonríe de verdad. No parece una sonrisa nerviosa.

—Te he inyectado algo —dice—. Casi indetectable.

Parpadeo y el salón parece inclinarse apenas un par de grados.

—Es lo que tiene ser la reina del *true crime* —añade con un deje orgulloso—. Acceso VIP a la *deep web*.

No. Esto no puede estar pasando.

Abro la boca para responder, para insultarla, para hacer algo... y entonces llega el mareo. Una ola lenta, densa, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

—No te voy a matar todavía —continúa, como si estuviera explicando una receta—. Pero esto irá apagando tus músculos poco a poco —dice mostrándome la jeringuilla—. Es lo que hace la ketamina en altas dosis.

Las piernas me fallan de golpe y caigo al suelo sin poder amortiguar la caída. El aire se me escapa de los pulmones y durante un segundo solo soy respiración rota y pánico. Intento incorporarme, arrastrarme, moverme en cualquier dirección, pero mis brazos no responden como deberían. Es como si alguien hubiera añadido

mucho peso a cada articulación. Así que empiezo a reptar por el suelo, desesperada.

—No, no, no —dice Sloane, deteniéndome con el pie—. Aún no hemos terminado tú y yo.

Levanto la vista hacia ella con dificultad.

—Maya se portó mejor —continúa—. No me dio tantos problemas cuando tuve que matarla.

La frase cae con una naturalidad obscena. Como si hablara de una tarea molesta pero necesaria.

—¿Por... qué...? —susurro con la lengua cada vez más pesada.

Ella suspira, encantada de escucharse.

—Era muy inteligente —dice—. Y el día que nos viste comiendo juntas, lo supe. Supe que iba a darme problemas.

Trago saliva con dificultad.

—Mi plan siempre fue destrozarte la vida, Tessa. Y quitarte a la persona que más querías. Era perfecto. Y si además conseguía que pareciera que tú la habías matado, mejor todavía.

Me arde la garganta.

—Y bueno —añade—, de paso eliminaba a una participante del Reto Sterling. Dos pájaros de un tiro.

Niega con la cabeza, casi divertida.

—Aunque tengo que reconocer algo. Maya era... generosa. Me confesó que estaba escribiendo mal a propósito para que tú ganaras. Porque sabía que era tu sueño, por eso no te quiso enseñar el borrador —se ríe—, y tú pensando que te estaba sabotando...

Hace un gesto teatral con la mano.

—Muy bonito por su parte. Una pena que no le sirviera de nada.

No. No puede ser. Maya no me estaba sabotando. Se estaba... ¿sacrificando por mí? El dolor es tan grande que ni siquiera puedo llorar.

—¿De verdad has hecho todo esto por Flynn? —murmuro con asco.

Sloane sonríe despacio.

—Eso fue el impulso inicial —admite—. Pero luego vi algo mejor. Un podcast sobre cómo mi mejor amiga resultaba ser una asesina... y encima ganar el Reto Sterling contando la historia, que, de hecho, ya está escrita.

Esa última aportación hace que mi cabeza vaya a toda prisa y el mundo encaja de golpe. Anne Slow. El tercer nombre de la lista... era un seudónimo también. Soy estúpida. Increíblemente estúpida por no haberlo visto antes.

Sloane me observa, disfrutando.

—Gracias a ti voy a tener la historia de mi vida —dice—. Y ha sido mucho más fácil de lo que pensaba.

De pronto se queda rígida. El móvil suena y su expresión cambia al instante.

—Mierda.

Mira la pantalla y, antes de que pueda reaccionar, me tapa la boca con la mano. Su palma huele a metal y a sangre seca. Intento gritar, pero solo consigo un sonido ahogado.

—Shh —susurra, furiosa.

Y descuelga.

—Sí —dice con otra voz, una voz tranquila y controlada—. Está todo bajo control.

Intento moverme. Apenas un espasmo. Me lanza una mirada asesina y vuelve a la llamada.

—No hace falta que vengas. De verdad.

Hay una pausa. La persona al otro lado insiste.

—He dicho que no.

Cuelga de golpe.

—Era Dorian —dice mirándome—. Viene hacia aquí.

El corazón me da un vuelco salvaje. Una esperanza absurda intenta abrirse paso. Pero no me deja sostenerla porque Sloane va directa a la cocina, vuelve con un trapo y, antes de que pueda negarme, me lo mete en la boca con fuerza.

Intento resistirme. Lo intento de verdad. Pero la ketamina parece que ya ha ganado terreno. Mis brazos apenas responden y todo se vuelve lento y espeso.

Sloane me agarra por los tobillos y empieza a arrastrarme por el suelo y me lleva hasta el dormitorio. Lo examina de un vistazo y me empuja hacia el estrecho espacio entre la cama y la pared. Me coloca ahí como si fuera un objeto incómodo que hay que esconder y luego desaparece.

Lucho por no cerrar los ojos. Por no dejarme ir. Pero el mundo empieza a deshilacharse por los bordes y cada parpadeo dura un poco más que el anterior. Oigo a Sloane moverse por el salón. Cajones. Objetos desplazándose. Pasos calculados. Está borrando mi rastro. Preparándolo todo para que parezca que no ha pasado nada. Pero entonces la puerta del apartamento se abre de golpe.

—¿Tessa? —dice una voz que no esperaba volver a oír así.

Dorian. Hay algo roto en su tono. Algo urgente. Mi pecho se contrae.

—¿Tessa? —repite—. ¿Dónde estás?

Quiero responder. Quiero gritar su nombre. Pero solo consigo un sonido inútil, ahogado contra el trapo.

—He intentado pararla —contesta Sloane con una voz temblorosa que me revuelve el estómago—. Pero se ha ido.

Escucho pasos desordenados recorriendo la casa. Fuertes. Nerviosos.

—Eso es imposible —dice él—. Tessa no huiría.

Las lágrimas me brotan sin permiso. Durante días he creído que no le importaba. Que lo había perdido. Pero esa frase lo desmiente todo.

Escucho que algo se rompe. Un golpe seco. Luego otro. Está tirando cosas, buscándome. El ruido cesa de pronto y el silencio me aterra más que cualquier otra cosa.

No. No te vayas. No la creas.

—¿Dónde está Tessa?! —grita de nuevo.

Sloane vuelve a fingir miedo.

—Ya te lo he dicho... Se ha marchado.

Pero esta vez Dorian no cede.

—Mientes —escupe—. Tessa no se iría a ningún sitio sin su pulsera.

El mundo se detiene. La pulsera. Cuando la usé para cortar las cuerdas no me la volví a poner. Siento un sollozo subir desde lo más hondo mientras escucho pasos acercándose. Son firmes. Rápidos. Decididos. Es él.

Intento gritar. Decirle que estoy aquí, que, por favor, no se vaya. Pero no me sale ni una palabra. Solo un ruido quebrado y miserable.

Escucho pasos firmes en el pasillo y el corazón se me desboca con una violencia que me duele en el pecho. Son pasos decididos. Pesados. Es él.

Intento gritar. Intento decir *estoy aquí, por favor, no te vayas*. Pero mi garganta no responde. Solo sale un sonido ahogado que muere contra el trapo empapado que me aprieta la boca. El pánico me recorre entera y me paraliza más.

Oigo cómo abre la puerta del baño de un golpe, luego la del dormitorio. Su respiración parece agitada. No me ha visto. Y las lágrimas me caen sin control. Silenciosas. Desesperadas. Porque si

se va ahora, si sale de esta habitación creyendo a Sloane, no voy a sobrevivir.

—¿Dónde está Tessa?! —grita otra vez.

Consigo moverme un poco en el estrecho hueco cuando escucho un paso más cerca. El colchón se mueve apenas y entonces su cara aparece en el hueco estrecho entre la cama y la pared. Nuestros ojos se encuentran y algo dentro de mí se rompe y se recompone al mismo tiempo. Lloro con una fuerza que no sabía que me quedaba.

—Tessa... —dice, y su voz se quiebra.

Se arrodilla enseguida, me saca de ahí con cuidado y me quita la mordaza.

El aire entra de golpe y duele.

—¿Estás bien? —pregunta—. Dios... ¿estás bien?

Una lágrima le cae por la mejilla mientras me mira, como si no pudiera creer lo que está pasando. Intento responderle, decírselo todo, pero apenas consigo un sollozo.

Sloane aparece en la puerta.

—¡Dorian! —exclama—. Gracias a Dios. Yo... Yo solo estaba defendiéndome.

Su voz es otra vez perfecta. Rota. Asustada. Convincente.

—Ha intentado matarme —continúa—. He venido a ver cómo estaba y cuando le he dicho que lo mejor era que se entregara... se ha vuelto loca.

Niega con la cabeza, como si todavía no pudiera creerlo.

—Me ha atacado. He tenido miedo...

Dorian duda un segundo, pero ese segundo se me antoja eterno.

—No —dice al fin, con una firmeza que no esperaba—. Tessa no ha matado a nadie. La conozco.

Se gira hacia Sloane.

—Y nunca me he fiado de ti.

El aire cambia. Lo noto incluso antes de que ocurra.

Sloane deja de fingir. No es un cambio brusco. No es teatral. Es peor que eso. Simplemente... todo rastro de emoción, de duda, de humanidad se borra de su cara como si nunca hubiera estado ahí. Y lo que queda es algo frío y calculador.

Sloane saca una pistola y dispara.

El sonido estalla en la habitación y durante un segundo no entiendo lo que acaba de pasar. Solo veo el movimiento. El retroceso del arma. El eco rebotando en las paredes. Luego veo a Dorian. Su cuerpo se sacude hacia atrás, como si alguien hubiera tirado de él con una fuerza invisible. Sus ojos se abren, incrédulos, después pierde el equilibrio y cae.

El golpe contra el suelo resuena más bajo que el disparo, pero se me clava más hondo.

—No... —sale de mi boca, pero apenas es un hilo de voz.

No puede ser. No puede ser real.

Sloane ni siquiera lo mira. Como si ya no importara. Como si nunca hubiera importado y se gira despacio hacia mí levantando de nuevo la pistola.

—¿Te gusta? —pregunta, mostrándomela—. Es un juguetito nuevo. Lo he comprado a tu nombre.

Niego levemente con la cabeza, aterrada. Intento moverme, arrastrarme hacia Dorian, pero la ketamina ya ha ganado. Mi cuerpo ha dejado de pertenecerme.

—No te resistas más —dice con dulzura falsa—. Déjate llevar.

Esta vez no hay distracciones. No hay duda. No hay prisa. Solo ella, yo y el cañón negro apuntando directamente a mi pecho.

Intento moverme, pero no puedo. Mis brazos pesan. Mis piernas no responden. La droga me arrastra hacia abajo, me hunde, me roba cada segundo de reacción que necesito para sobrevivir.

—Ya está —dice Sloane, casi en un susurro—. Se acabó.

La miro y, por primera vez, no siento rabia. Solo incredulidad. Porque lo he visto con mis propios ojos. He visto cómo disparaba. He visto cómo Dorian caía y algo dentro de mí se ha roto de forma definitiva.

Esta es la verdad y me da igual lo que cuente Sloane después. Ahora sé que no estoy loca.

Sloane aprieta un poco más el arma y su dedo empieza a tensarse sobre el gatillo.

—Adiós, Tessa. Este no era el final que quería para ti. Había imaginado algo mucho mejor —admite—. Fui yo quien llamó a emergencias después de matar a Maya. Quería que la policía llegara y te encontrara junto al cadáver. Que no tuvieras otra opción más que dudar de tu propia cordura y convencerte de que lo habías hecho tú.

El arma sigue apuntándome mientras intento moverme. Mientras proceso cada palabra.

—Pero ahora quiero que mueras, pelirroja —confiesa—. No me has dejado otra opción que fingir tu suicidio por culpa de tu maldito novio. Porque incluso después de convencerlo de que eras una asesina drogadicta y completamente inestable, seguía sin rendirse contigo. Seguía eligiéndote a ti. Y tú no mereces amor, Tessa. No después de quitarme el de Flynn a mí. Así que acabaré con los dos. Ahora.

—Estás enferma, Sloane —mascullo, obligándome a mantener la voz firme.

Entonces veo un movimiento detrás de ella que me parece imposible. Dorian. No debería poder levantarse, no después de recibir un disparo, pero lo hace de forma torpe e inestable. Con el cuerpo vencido hacia un lado.

—Tú... —consigue decir con la voz rota.

Sloane duda. Solo un segundo, pero es suficiente porque gira la cabeza. Lo justo para mirarlo. Lo justo para perderme de vista y, en ese instante, algo en mí reacciona.

No pienso, ni decido nada. Solo actúo por instinto de supervivencia y mi mano se arrastra por la mesilla de noche. Tropieza con algo frío y pesado. Lo agarro sin verlo del todo.

Es la lámpara que uso para leer por las noches. El metal se clava en mis dedos mientras reúno la poca fuerza que me queda.

Sloane vuelve a girarse hacia mí, pero es demasiado tarde porque muevo el brazo y la lámpara impacta contra su cabeza con un sonido seco, contundente, que vibra en mi propia mano. Pero no es suficiente porque su dedo ya estaba en el gatillo y el disparo se escapa.

La bala me roza las costillas. Un dolor ardiente me atraviesa el costado y pierdo el equilibrio, cerrando los ojos un instante mientras el impacto casi consigue hacerme caer de rodillas.

Frente a mí, Sloane también se tambalea al llevarse una mano a la cabeza por el golpe con la lámpara. Un fino hilo de sangre le serpentea por la frente, deslizándose lentamente por la nariz hasta la barbilla.

Pero no cae.

Su mirada vuelve a encontrar la mía, desorientada, llena de furia, y entonces entiendo que, si dispara otra vez, me matará. Está completamente decidida a hacerlo. Sloane me ha destrozado la vida. Asesinó a Maya. Me obligó a desconfiar de ella, a odiarla. Retorció mi mente hasta hacerme dudar de mí misma. Rompió mi confianza, mi relación, mi trabajo.

Así que me abalanzo sobre ella y vuelvo a golpearla antes de que suba la mano en la que carga el arma.

Una vez.

Y otra.

Y otra más.

La sangre de Sloane me salpica las manos, la ropa, la cara, pero no me detengo a pesar del desgarró que noto en las costillas. No paro hasta que Sloane deja de moverse sobre el suelo. Hasta que el arma resbala de sus dedos. Hasta que el silencio cae sobre la habitación como algo espeso y monstruoso.

La lámpara se me escapa de las manos y rueda por el suelo manchada de sangre hasta los pies de Dorian, que sigue inconsciente.

Me quedo paralizada un segundo más, respirando a trompicones, mirando el cuerpo inmóvil de Sloane mientras una única idea me atraviesa la cabeza: acabo de matarla.

Entonces reacciono y me lanzo hacia Dorian, desesperada por comprobar que él siga con vida.

Me despierto en una habitación blanca. Durante unos segundos no sé dónde estoy. Mi cuerpo tarda más que mi cabeza en volver. Tengo la sensación de que alguien ha apagado partes de mí a propósito y se ha olvidado de encenderlas de nuevo. La lengua me pesa, los brazos no responden del todo y hay un pitido lejano que se mezcla con algo que no reconozco.

Por un momento pienso, con una serenidad extraña, que quizá he muerto. Que esto es el cielo o algo parecido. Pero descarto la idea casi de inmediato. El cielo no tendría grietas en el techo. No habría un aire acondicionado zumbando con insistencia junto a la cama. Y, desde luego, no tendría una vía clavada en el brazo.

Estoy en un hospital. La palabra se forma lentamente en mi cabeza mientras intento tragar saliva y descubro que tengo la garganta tan seca que duele. Como si hubiera gritado durante horas.

El pánico me atraviesa incluso antes de poder moverme.

Un gemido suave rompe el silencio. Giro la cabeza hacia la derecha y el movimiento me provoca un dolor punzante en la sien, pero no me importa. En la cama de al lado, está él, cubierto con una manta ligera. Dorian. El recuerdo de lo ocurrido tarda unos segundos en encajar del todo. Luego lo hace de golpe y el alivio es tan intenso que me arden los ojos. Lo miro sin tocarlo. Necesito comprobarlo primero. Su pecho sube y baja. Respira. Tiene la cabeza ladeada, el ceño fruncido incluso dormido, como si no hubiera dejado de preocuparse ni un segundo.

Está vivo. Dios mío. Está vivo. No hay respiradores. No hay cables.
—Dorian —susurro.

Él se mueve, pero no despierta.

—Dorian —repito con la voz ronca.

Sus ojos marrones se abren de golpe. Se incorpora, desorientado durante un segundo, y cuando me ve, su expresión cambia por completo. Una sonrisa se dibuja en su rostro, una sonrisa cansada, aliviada, real.

—Estás despierta.

Asiento despacio.

—Sí —digo—. Estoy despierta.

Se levanta y se acerca a la cama, sin gestos de dolor, sin secuelas más allá de una herida cubierta de vendas en la pierna. Me coge la mano con cuidado, como si temiera que pudiera romperme. La suya está caliente, firme, y me avergüenza notar la humedad de la mía.

—Gracias a Dios —murmura—. Estaba muy preocupado, Tessa...

Me froto los ojos con el brazo que no tiene el gotero.

Miro su pierna vendada y lo que le cuesta moverla.

—Te disparó.

—¿Ah, eso? —retira la mano para tocarse la pierna y hace una mueca—. Una herida superficial. Me cosieron en urgencias. Estoy bien.

—Pero Sloane... —me muerdo el labio—. Yo... la he...

Dorian suspira y baja la cabeza.

—Iba a matarte —añade—. Hiciste lo que debías para que no nos matara a los dos con la pistola.

No sé qué siento exactamente. Hay alivio. Hay horror. Hay una pena que no esperaba. A pesar de todo lo que Sloane me ha hecho, una parte de mí llora por ella. Fue mi mejor amiga durante años. Quiero creer que no todo fue una actuación. Que algo de lo que

compartimos fue real. Extrañaré su forma de contar historias. Extrañaré lo que un día fuimos, aunque ya no exista.

—Quiero que sepas algo —dice Dorian en voz baja—. Nunca pasó nada entre Sloane y yo. Y no sabía nada de lo que estaba tramando.

Lo miro.

—Te creo.

Sus hombros se hunden.

—¿De verdad?

—Sí. Claro que sí.

Suspira con amargura.

—Me siento como un idiota.

—Era muy buena manipulando a la gente —digo.

Asiente.

Me acerco un poco más y vuelvo a agarrarle la mano.

—Te oí entrar preguntando por mí —le digo—. Sé que te importo. Y sé que hiciste todo lo posible para impedir que me disparara.

Aprieta mis dedos con fuerza.

—Eres todo lo que tengo, Tessa.

Trago saliva.

—Lo sé.

Se mueve en el sillón.

—Y siento no haberte creído respecto a las drogas. Nunca debí dudar de ti.

Asiento, aunque el dolor sigue ahí.

—Nunca pensé que hubieras matado a Maya —añade—. No sabía qué estaba pasando, pero no me lo creí.

Hace una pausa.

—¿Sabes? Fue Sloane quien me dijo que te comprara esas tijeras de edición. El día que vino a casa y tú aún no habías llegado... le pedí ideas para el regalo de aniversario.

Niega con la cabeza.

—No puedo creer que ya lo estuviera planeando entonces.

—Lo llevaba planeando años —susurro.

Dorian se queda en silencio, luego asiente y no hablamos mucho más de eso.

La verdad llega en trozos pequeños, repartida entre visitas de policías con caras cansadas, preguntas que se repiten demasiado y silencios incómodos cuando no saben cómo decir algo sin romperme del todo. Algunas cosas me las cuenta Dorian en voz baja. Otras me las explica mi nuevo abogado con tono profesional y otras las entiendo sola, cuando las piezas por fin encajan.

En ese momento recuerdo a mi padre. Recuerdo cuando me regaló la pulsera años atrás. El momento en el que me dijo, con una seriedad que en aquel momento me pareció exagerada, que nunca me la quitara. Que daba igual lo elegante que fuera el vestido o lo poco que combinara con lo que llevara puesto.

—Prométeme que siempre la llevarás —me dijo—. Aunque no la uses nunca.

Yo asentí sin entender del todo por qué insistía tanto.

Ahora sí lo entiendo, si no fuera por la pulsera..., no habría podido desatarme. Mi padre no pudo salvarse a sí mismo, pero me dejó una forma de salvarme yo. Y eso... eso es algo que no voy a olvidar nunca.

A los pocos días de estar ingresada, Kai terminó confesándolo todo. No porque quisiera salvarse —eso vino después—, sino porque ya no podía sostener el peso. Contó cómo Sloane lo había chantajeado durante meses —mucho antes de que Maya y yo entráramos a Blackpage— con algo que había enterrado hacía años: cuando era joven, consumía drogas y su novia de entonces sufrió

una sobredosis. Kai huyó preso del pánico y llamó a emergencias de forma anónima, pero nunca lo contó y su novia murió.

Sloane lo descubrió por el grupo de rehabilitación al que Kai acudía y porque ella sabía escuchar cuando alguien se siente culpable. Así que lo grabó, lo guardó y lo convirtió en un arma. Desde ese momento lo tuvo atrapado.

Kai no aceptó matar a nadie. Eso se lo dejó claro a la policía. Pero sí hizo todo lo demás. La parte invisible. La que no mancha las manos de sangre, pero las acerca peligrosamente. Cambió reuniones, manipuló accesos, tocó reglas de correo, dejó sesiones abiertas, imprimió documentos en la mesa de Maya para que pareciera que yo había estado allí. Incluso compró la bolsita con droga que Sloane dejó después en mi casa, sin saber exactamente qué era. Pensó que solo estaba ayudando a crear tensión, contexto, ruido. Nunca un asesinato. Pero para entonces ya era demasiado tarde. La logística perfecta para alguien que quería construir una historia.

Cuando registraron el apartamento de Sloane, encontraron el corazón del plan. El portátil. La grabadora TASCAM. Infinitas pruebas de que no era un pódcast improvisado. Ni una investigación que se le fue de las manos. Era premeditación. No había borradores caóticos, sino ordenados y clasificados en carpetas creadas semanas antes de la muerte de Maya. También encontraron audios con microcortes imposibles. Cambios de *room tone* que delataban edición con IA. Un teléfono de prepago, el mismo que había llamado trece minutos antes que yo a emergencias cuando Maya murió para que la policía me culpara a mí al encontrarme en el escenario del crimen. Fragmentos recortados para forzar significados. Un piloto privado listo para publicarse. Incluso un *teaser* enviado a prensa,

con un título provisional y una sinopsis inquietantemente clara. Todo existía antes del cadáver y eso fue lo que lo cambió todo.

La policía entendió entonces que el asesinato no era el clímax del plan, sino un paso más. Maya murió porque Sloane quería verme pudrirme en la cárcel antes de narrar mi historia como un simple episodio más de su pódcast.

Después del asesinato de Maya, Sloane dejó de querer incriminarme cuando entendió que Dorian no pensaba abandonarme ni siquiera creyéndome capaz de matar a alguien. Y si yo iba a seguir teniendo su amor, entonces prefería matarme. Sloane intentó arrastrar a Kai a ese plan. Le pidió que me matara para fingir mi suicidio. Él se negó. Y entonces decidió que lo haría ella misma. Que yo sería el final perfecto. La asesina ideal con un cierre brillante. Un suicidio creíble y un pódcast inolvidable.

La policía cerró el caso con una claridad que a mí me costó aceptar. Sloane Lane había construido un relato falso desde el principio. Era la autora del asesinato de Maya, de la manipulación de pruebas, del pódcast premeditado y del intento de hacer pasar mi muerte por un suicidio provocado por la culpa. El informe policial que me enseñó mi nuevo abogado lo resumía con una frialdad que me revolvió el estómago.

Cuando por fin me quedo sola, miro el techo del hospital, lleno de grietas, y pienso en Jane Sterling. El diario simplemente fue su forma de escribir su propia historia, de asegurarse de que el último capítulo de su vida fuera según sus propios términos.

Yo no tuve esa opción. Pero sigo aquí.

Y, esta vez, la historia —toda la historia— es mía.

Epílogo

Cuatro meses después...

Mi vida no se parece en nada a la que tenía antes de que todo se rompiera. Tampoco es una vida nueva. Es algo intermedio. Una vida recompuesta con piezas antiguas y otras que todavía estoy aprendiendo a encajar.

Ya me he graduado y el día de la ceremonia, mientras me colocaba la toga y buscaba con la mirada a Anna entre el público, la ausencia de Maya era un hueco físico, casi tangible. No hubo discursos épicos ni frases redondas que cerraran nada. No hubo un final limpio. Sino que subí al escenario, recogí el diploma y seguí adelante porque entendí algo esencial: hay victorias que no celebras, solo aceptas. Y aun así cuentan.

Mi libro también siguió su camino. Para entonces, todo lo relacionado con la editorial ya había pasado, como cuando pasa una tormenta y el paisaje ya no es el mismo. Theo Maddox se disculpó. Al parecer, sabía perfectamente quién era yo, quién era mi padre. Quiso darme una oportunidad como becaria para intentar enmendar el pasado. Terminó leyendo el manuscrito original que le di antes de marcharme de la editorial y comprendió —por fin— lo cerca que había estado de destruir algo irrepetible. Me pidió que terminara el manuscrito y, a pesar de que al principio me negué, finalmente accedí, pero no para demostrar nada ni para cumplir expectativas

ajenas, sino porque necesitaba cerrar esa historia con mis propias manos.

Cuando lo entregué, Blackpage respiró de nuevo. Y cuando salió a pre venta, el libro encontró lectores antes incluso de existir del todo.

—Tercera edición en el primer día —me dijo Maddox por teléfono, entre incrédulo y aliviado—. Esto ya no hay quien lo pare.

Colgué sin euforia.

El éxito no llegó como un estallido, sino como una certeza tranquila. Como si, por primera vez, algo bueno no exigiera que me rompiera a cambio.

Durante esos meses, Dorian también lo hizo y dejó de refugiarse en el silencio y la culpa. No intentó justificarse. Tampoco pidió perdón, como si eso fuera suficiente. Simplemente se quedó. Escuchó. Aguantó las conversaciones incómodas. Las largas. Las que no tienen solución inmediata, y no volvió a ser el hombre que había sido antes de todo aquello. Volvió a ser mejor y, con el tiempo, reconocí en él al hombre del que me había enamorado, esta vez sin idealizarlo, sin convertirlo en refugio ni en salvación. Solo como alguien real, imperfecto y presente. Y eso, después de todo, fue más que suficiente.

En algún momento —sin golpes de pecho ni dramatismos— fui capaz de admitir algo que llevaba tiempo ordenándose dentro de mí. Estuve enamorada de Cameron Flynn. Sí. Pero no de cómo era realmente. No me enamoré del profesor respetado ni del hombre con poder. Tampoco de la versión que ahora sé que manipulaba y destruía. Me enamoré de una idea equivocada: la de sentirme elegida cuando estaba rota. La de creer que alguien me veía justo en el momento en que yo no sabía cómo mirarme a mí misma. Pude ponerle nombre sin excusarlo. Entendí que nunca fue bueno para mí. Que nunca lo habría sido. Y que reconocerlo no significaba justificar

nada. Nunca quise chantajearlo. Nunca fue eso. Solo le dije la verdad: que estaba embarazada y que abortaría, porque era lo correcto. Porque no iba a traer una vida al mundo desde el silencio, la desigualdad y el miedo. Flynn no quiso aceptarlo. Intentó convencerme. Presionarme. Hacerme sentir culpable. Y ese fue el límite que no crucé. El único lugar en el que, incluso entonces, supe mantenerme firme.

El libro salió con una dedicatoria breve. Sin nombres propios. Sin explicaciones. Pero clara para quien supiera leerla. Fue mi forma de honrar a Maya. No hubo homenajes públicos ni actos simbólicos pensados para otros. Solo algo pequeño, íntimo, compartido con Anna y Maddox, que entendieron sin que hiciera falta decir nada. A veces el respeto se parece mucho al silencio.

Ahora estoy en casa de mi madre. Le he entregado un ejemplar del libro como se entregan las cosas importantes cuando no necesitan ser anunciadas y lo ha sostenido entre las manos como si fuera algo frágil. No ha dicho mucho, pero no hacía falta. Sé que está orgullosa.

Antes de irme, paso por el despacho de mi padre. Entro despacio, como si todavía esperara verlo levantar la vista desde el escritorio.

Dejo un ejemplar del libro en la estantería, entre los volúmenes que él había amado, y al sacar uno de ellos encuentro una carta. Tiene pocas líneas, pero son suficientes para entender lo que más me atormentaba. Leo la carta dos veces. La primera sin entender del todo por qué me duele tanto. La segunda con una claridad que no estaba preparada para sostener.

Tessa,

No sé si algún día leerás esto. Tampoco sé si quiero que lo hagas. Hay decisiones que solo se entienden cuando ya no sirven de advertencia.

Durante años creí que escribir era una forma de ordenar el mundo, de darle sentido a lo que no lo tiene. Me repetí que contar historias era un acto honesto, incluso cuando exigía mirar donde otros preferían apartar la vista. Pero hay una línea —fina, silenciosa— que se cruza sin darse cuenta.

Un día me sorprendí justificando cosas que antes me habrían horrorizado. Pequeños atajos. Silencios convenientes. Pensé que el fin lo merecía. Que una buena historia siempre encontraba la manera de absolver a quien la escribía. Entonces me pregunté: ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar por una buena historia?

La respuesta me dio miedo porque no supe volver atrás. Solo supe detenerme.

Así que, si algún día dudas, recuerda que ninguna historia vale más que la persona en la que te conviertes al escribirla.

Papá

No lloro enseguida. Me quedo sentada, con el papel entre las manos, sintiendo cómo algo encaja por fin en un lugar que llevaba años desordenado dentro de mí.

Siempre pensé que mi padre se había suicidado por cansancio. Por tristeza. Por una suma de días grises que acabaron pesando más que él. Era una explicación soportable. Triste, pero soportable. Esto no lo es. Porque ahora entiendo que no se fue huyendo del mundo, sino de sí mismo. De la persona en la que estaba a punto de convertirse, y esa diferencia lo cambia todo.

Cierro los ojos y veo a Jane Sterling. Veo a Sloane. Veo el mismo filo en todas las historias. El mismo punto exacto en el que la ambición deja de ser hambre y se convierte en algo más oscuro. Algo que empieza a pedir sacrificios. Abro los ojos y respiro hondo. Mi padre se detuvo. Jane también. Y yo estuve peligrosamente cerca.

Doblo la carta con cuidado y la devuelvo a su sitio, como si fuera algo frágil que no debe moverse más de lo necesario. Luego paso la mano por el lomo de los libros, por el escritorio, por la madera gastada donde tantas veces lo vi escribir sin saber realmente lo que le estaba costando hacerlo.

—Lo entiendo —murmuro, aunque no sé si se lo digo a él o a mí.

Y por primera vez desde que todo terminó, no siento culpa al pensar en seguir escribiendo.

Siento responsabilidad.

Cierro el libro con cuidado, me quito la pulsera y la dejo sobre el escritorio.

—Papá, gracias por salvarme —susurro.

Salgo del despacho y cierro la puerta con cuidado, como si el silencio de dentro pudiera romperse si no lo hago despacio. El pasillo está en penumbra y huele a polvo antiguo y a libros. Doy unos pasos sin pensar en nada concreto y entonces mi móvil vibra en la mano.

Maddox

Piensa en el segundo libro.

El primero está siendo un éxito.

Me detengo de nuevo. Apoyo la espalda en la pared y cierro los ojos. Pienso en Sterling. En Sloane. En Maya. En mi padre. En todo lo que he sobrevivido. En todas las historias que me han atravesado sin pedirme permiso. Y, por primera vez, en la que aún no he escrito.

Abro los ojos.

Ya tengo algo.

Y, esta vez, sé exactamente hasta dónde estoy dispuesta a llegar.

FIN

Agradecimientos

Antes de dar las gracias como se merecen, quiero contar algo muy breve sobre cómo nació esta historia.

Todo empezó en una reunión maravillosa con Sara y Ana, mis editoras. Hablamos de distintas propuestas, de ideas que llevaban tiempo rondando, de caminos posibles. Y, casi sin darme cuenta, la que empezó a brillar fue la que más miedo me daba: el *thriller*.

Siempre me ha fascinado el género. Me encanta leerlo, me obsesionan sus giros, su tensión, su capacidad para incomodar. Y quizá por eso mismo siempre me había parecido inalcanzable escribir uno. El *thriller* exige precisión, estructura, giros bien medidos y muchos quebraderos de cabeza. Aun así, fue esa historia la que no me soltó.

La idea inicial era muy distinta a la que hoy tienes entre las manos. Creo que mis editoras aún se preguntan qué pasó con aquella primera versión. La respuesta es sencilla: no me parecía suficiente. Las propuestas que vinieron después iban mejor encaminadas, pero fue gracias a las críticas constructivas de Ana, Noelia, Sara y Antonio como esta novela empezó, de verdad, a tomar forma.

Antes de entrar en los agradecimientos, quiero mencionar a dos autoras que han sido una inspiración constante y responsables directas de mi adicción al *thriller*: Freida McFadden y B. A. Paris. Leerlas me recordó por qué este género merece tanto respeto... y tanto miedo.

Y ahora sí.

Quiero empezar dándote las gracias a ti, lector, por llegar hasta aquí. Por quedarte. Por no soltar la historia cuando se volvió incómoda. Ojalá hayas podido meterte de lleno en la piel de Tessa y acompañarla hasta el final, incluso cuando dolía.

Ahora viene la parte sentimental, y no podía empezar de otra manera que dándote las gracias a ti, una de las personas más importantes de mi vida: Antonio, mi pareja. La persona con la que comparto cada detalle, cada duda y cada pequeño triunfo. Gracias por apoyarme de forma incondicional en todas mis aventuras, incluso en las más caóticas. Por ser el editor más pejugero y el crítico más duro. Sin ti, esta novela no sería la misma... y Tessa habría sido acusada de muchos asesinatos más de los necesarios.

Gracias a mis padres, por ser los pilares más firmes de mi vida. Por hacer fácil —o al menos posible— que vuestro hijo persiga sus sueños cueste lo que cueste. Un día os dije que tenía que escribir algo para mucha gente y no dudasteis ni un segundo de mí. Eso no se olvida.

Gracias a mis editoras, Ana, Noelia, Isabel y Sara, por hacer que esta historia fuera verosímil y por convertirla en el libro que hoy es. Ha sido un placer trabajar con vosotras y estoy deseando volver a hacerlo.

Gracias a María, por encargarse del marketing de este libro, y a todo el equipo de Matchstories, por confiar en mí y poner un poco de cada uno de vosotros para que esto pudiera ser posible.

No puedo no darles las gracias a mis amigas, por estar siempre y por no dejar de preguntarme cómo llevaba la novela. Inés, Cintia, María, Claudia, Alba, Daniela, Juanjo: gracias por animarme, por

distraerme, por ser como sois y por aguantarme cuando hablaba — una vez más— de personajes ficticios y de cómo hacer la historia más interesante. María, nunca olvidaré el día que llevé una pizarra a tu casa e hicimos el esquema completo de la novela.

Gracias a Samara, amiga, lectora beta y editora en su tiempo libre. Gracias por tus consejos, por tu ojo crítico y por tu generosidad.

También quiero darles las gracias a mis suegros, Vevy y Antonio, por acogirme en vuestra casa y tratarme como uno más. Parte de esta novela se escribió en ese sótano maravilloso que reformasteis y siempre formará parte de la historia. Gracias a mis cuñadas, Lorena y Raquel, por regalarme a tres sobrinos maravillosos: Lucía, Alberto y Eva. Ojalá algún día lean esto y piensen lo guay que es su tito Alvaro —sin tilde—. Gracias por interesaros siempre por la novela y, en especial, a Lorena, por ser también lectora beta. Gracias a mis cuñados, Alberto y Chelu, por decirme que voy a llegar lejos y por confiar en mí incluso cuando yo dudaba.

Gracias a mis amigas de la universidad, Rocío, Manuela, Lucía y María. Gracias por meterme presión para escribir, por hacer trabajos por mí para que pudiera hacerlo y por quererme así. Os adoro.

Y, por último —pero no menos importante—, gracias a mí. Por no dejar nunca de perseguir mis sueños. Porque sé que algún día lo conseguiré.

La becaria
Álvaro Jurado

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: José Luis Paniagua
Ilustración de la cubierta: © José Luis Paniagua

© Álvaro Jurado, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-270-5559-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Primera parte

1. Tessa

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

Segunda parte

30. Diario de Jane Sterling

31

32

33. Diario de Jane Sterling

34

35. Diario de Jane Sterling

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45. Diario de Jane Sterling

46

47. Diario de Jane Sterling

48

49

50. Diario de Jane Sterling

51. Tessa

Tercera parte

52. Sloane

53. Tessa

54

55

Epílogo

Agradecimientos

Créditos